

VINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

A portrait of Mary Wollstonecraft, a woman with reddish-brown hair, wearing a dark blue bonnet and a white, high-collared dress. She is looking slightly to the left of the viewer. The background is dark and indistinct.

Mary Wollstonecraft

Esta apasionada declaración de independencia de la mujer escrita por Mary Wollstonecraft hizo añicos el estereotipo de la dama dócil y ornamental, anticipando una nueva era de igualdad y consagrando a su autora como fundadora del feminismo moderno. «Vindicación de los derechos de la mujer» (1792), cuyo título original en inglés es «A Vindication of the Rights of Woman: with Strictures on Political and Moral Subjects», es una de las primeras obras de la literatura y filosofía feministas. En ella, Wollstonecraft rebate la postura sostenida por los teóricos políticos y educacionales del siglo XVIII de que las mujeres no debían tener acceso a la educación. Wollstonecraft argumenta que las mujeres deberían recibir una educación acorde a su posición en la sociedad ya que, según la escritora, son esenciales para la nación porque son ellas las que educan a los hijos y porque podrían ser consideradas no sólo meras esposas, sino pares de sus maridos. En lugar de verlas como simples elementos decorativos en la sociedad o bienes con los que comerciar a la hora de acordar un matrimonio, Wollstonecraft mantiene que las mujeres son seres humanos que merecen los mismos derechos fundamentales que los hombres.

Vindicación



*de los
derechos
de la
mujer*



Mary Wollstonecraft

*Edición de
Marta Lois González*





Mary Wollstonecraft

Vindicación de los derechos de la mujer

ePub r1.1

KayleighBCN 09.07.2019

Título original: *A Vindication of the Rights of Woman* Mary Wollstonecraft, 1792

Traducción: Marta Lois González

Diseño de cubierta: David Pearson

Editor digital: KayleighBCN

ePub base r2.1

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Índice de contenido

Cubierta

Vindicación de los derechos de la mujer

Prólogo de Marta Lois

Bibliografía

Nota a la traducción

Vindicación de los derechos de la mujer

A M. Talleyrand-Périgord

Nota de Mary Wollstonecraft

Introducción

I. Consideración sobre los derechos y deberes que conciernen al género humano

II. Discusión acerca de la opinión preponderante de un carácter sexual

III. Continuación del mismo tema

IV. Observaciones sobre el estado de degradación al que la mujer es reducida por varias causas

V. Censuras a algunos de los escritores que han hecho de las mujeres objetos de piedad, al borde del desprecio

Sección I

Sección II

Sección III

Sección IV

Sección V

VI. Del efecto que una temprana asociación de ideas tiene sobre el carácter

VII. La modestia, exhaustivamente considerada y no como una virtud sexual

VIII. La moralidad, minada por nociones sexuales sobre la importancia de una buena reputación

IX. De los efectos perniciosos que surgen de las distinciones innaturales establecidas en la sociedad

X. Del afecto paternal

XI. De los deberes hacia los padres

Autora

Traductora y prologuista

Notas

Marta Lois

A la mujer que piensa se le secan los ovarios. Nace la mujer para producir leche y lágrimas, no ideas; y no para vivir la vida, sino para espiarla desde las ventanas a medio cerrar.

Eduardo Galeano, *Mujeres*

Dejad que la mujer se manifieste como es, para conocerla y juzgarla; respetad su derecho como ser humano; pensad que una Constitución es también una transacción entre las tradiciones políticas de un país y el derecho constituyente, y si el derecho constituyente, como norma jurídica de los pueblos civilizados, cada día se aproxima más al concepto de libertad, no nos invoquéis el trasnochado principio aristotélico de la desigualdad de los seres desiguales.

Clara Campoamor, *Diario de Sesiones de las Cortes*

Presentar la obra de Mary Wollstonecraft, *Vindicación de los derechos de la mujer* de 1792, transcurridos más de dos siglos, supone un reto y al mismo tiempo un placer asociado a la reflexión que suscitan siempre los grandes clásicos. Esta obra fascinante e inquietante desde sus primeros párrafos nos devuelve la mirada hacia un asunto tan presente como pasado: el tema de la educación de la mujer, la igualdad, los derechos, la reclamación de ciudadanía, etc. La distancia que separa el tiempo de Mary Wollstonecraft sólo cambia el modo de hacernos las preguntas, pero no el fondo. Una vez que analizamos la historia de las ideas para comprender la situación del género femenino como parte de la humanidad, descubrimos que muchos de los principales debates acerca de la igualdad y la educación, en este recién estrenado siglo veintiuno, mantienen una deuda importante con *Vindicación de los derechos de la mujer*.

Desde la primera línea la autora establece un diálogo crítico con la Ilustración, plantea con un coraje extraordinario la decepción que, desde el punto de vista de la situación de las mujeres, trae consigo la modernidad. La celebrada Ilustración excluyó a las mujeres de su *libertad, igualdad y fraternidad*. En realidad, los momentos de la historia denominados de progreso han significado, en gran medida, una asimetría en los logros y el *status* entre los sexos. Las mujeres al comienzo de la modernidad, por su supuesta naturaleza, continuaban estando sujetas al uso y regulación de los hombres. La razón ilustrada pone así de manifiesto una insólita capacidad de irracionalización y deslegitimación del poder en todas sus formas, y, como afirma Celia Amorós, el poder patriarcal no era una excepción^[1].

Una de las pioneras y más sutiles denuncias de la sujeción fue precisamente la realizada por Mary Wollstonecraft, «en el nombre de la razón, e incluso del sentido común», y que hoy en día se considera ya un texto fundacional de la tradición feminista. Esta obra, como subraya Isabel Burdiel en su excelente estudio sobre la vida y pensamiento de la autora, continúa teniendo una capacidad especial de fascinación que lleva a las nuevas generaciones de lectores y lectoras a sentirse aludidos a la vez que recompensados por un viaje en el tiempo plagado de

complicidades. *Vindicación de los derechos de la mujer* ha servido como punto de referencia para periodos posteriores hasta llegar a nuestros días, una obra a la que se ha vuelto constantemente para desarrollarla o discutirla, convirtiéndose en auténtica fuente de elaboración de nuevas ideas.

El mundo lejano que se deja entrever en el texto, bajo esa mezcla a veces desconcertante de puritanismo, racionalismo y sentimentalismo, produce el efecto de la interrogación necesaria acerca del pasado con que las primeras mujeres intelectuales han perfilado el futuro. Mary Wollstonecraft es hija de la Ilustración, del momento histórico en el que se reclama la individualidad, la autonomía de los sujetos y los derechos. Un periodo calificado por Norberto Bobbio como «el tiempo de los derechos» y que, lamentablemente, no había llegado todavía para las mujeres.

La reivindicación de la inclusión de la mitad del género humano en los principios universales de la Ilustración, como la aplicación del principio de igualdad, la educación y la emancipación de los prejuicios, constituyen los principales objetivos de esta autora convertida ya en figura fértil de la memoria. Una memoria que nos produce vértigo si tenemos en cuenta que no fue hasta 1971, casi dos siglos más tarde, cuando se logró el sufragio femenino en Suiza^[2], lugar donde nació y vivió el ginebrino Rousseau, principal interpelado en las críticas filosóficas de Mary Wollstonecraft. En efecto, hasta hace relativamente muy poco tiempo las mujeres, incluso en regímenes políticos con una larga tradición democrática, como en el caso que acabamos de mencionar, se han visto obstaculizadas no sólo en su papel como sujetos de la historia, sino en las atribuciones plenas de ciudadanía, con sus correspondientes derechos. En este sentido, la obra que aquí nos ocupa se actualiza constantemente por su capacidad de ofrecernos las primeras valoraciones críticas de esta situación.

Asimismo, respecto a la educación, tema fundamental de *Vindicación de los derechos de la mujer*, y salvando las distancias y las costumbres de la época, resulta igualmente posible tender un puente desde la obra de Mary Wollstonecraft hasta el presente y constatar que todavía hoy una proporción importante de las mujeres jóvenes que han recibido educación media o superior poseen una menor tasa de actividad laboral y un salario inferior respecto a los jóvenes varones de igual formación^[3]. En este sentido, el ideal ilustrado de la educación, compartido por la autora y revestido de una importancia cívica que conduce al progreso, permanece todavía incompleto, resultando falsamente universalizador, ya que no se han extendido todos los logros a ambos sexos. Aunque el accidente de nacer hombre o mujer ya no acarrea consecuencias significativas en el terreno de los derechos legales, y las consecuencias que implica en el terreno de la educación se están limitando a gran velocidad, sin embargo, todavía tiene efectos importantes en relación con la posición que ocupa el individuo en el trabajo, el papel que asume en el cuidado de los hijos y su relación con la política. Y es que, desafortunadamente, el sexo, como afirma Anne Phillips^[4], continúa siendo un factor de predicción esencial respecto a

las oportunidades vitales del individuo y, siempre que esto sea así, persisten las razones para luchar en favor de la igualdad.

Desde esta consideración, leer *Vindicación de los derechos de la mujer* resulta muy actual y su aportación tiene, si cabe, un mayor mérito. Es por ello que se recomienda su lectura a las mujeres y hombres del siglo veintiuno, para que descubran a la mujer que se enfrentaba a Sofía, al *ángel del hogar* y de la supuesta moral inferior.

* * *

Mary Wollstonecraft era uno de esos seres que aparecen quizá sólo una vez en cada generación y que ofrecen a la humanidad un resplandor al que no puede sustraerse ninguna divergencia de opinión. Su genio era innegable. Había sido educada en la escuela de la adversidad y, conociendo los sufrimientos de los pobres y los oprimidos, alimentó en su alma el ardiente deseo de disminuir tales sufrimientos. Su sólida inteligencia, su carácter intrépido, su sensibilidad y su viva simpatía impregnaron todos sus escritos de una gran fuerza y verdad.

Mary Shelley, *Frankenstein*

Mary Wollstonecraft nació el 27 de abril de 1759 en Inglaterra. Su vida marcó claramente la vocación de sus textos y el mérito de una escritura desafiante con el entonces negado espacio para las mujeres. He aquí a una escritora que se exigió demasiado y experimentó todo cuanto, desde el punto de vista intelectual y existencial, pudiese dolerle, para extraer otra mirada del pensamiento y de la vida. En efecto, no todas las intuiciones filosóficas brotan originariamente de la lectura y la reflexión centrada; algunas surgen, en ciertas ocasiones, a raíz de discernimientos silenciosos que suscita una conciencia crítica respecto a un modelo patriarcal, social, económico y cultural sufrido en las propias carnes.

El horizonte revolucionario francés y las circunstancias de su vida la convirtieron en una fascinante excepción del pensamiento de la época. Costurera, profesora, niñera y escritora, fueron algunas de las experiencias vitales de esta singular pensadora. Una vida azarosa e inusual para una mujer que inicialmente constituía un ejemplo más de los valores y los comportamientos asignados a la mujer dentro de la ascendente clase media burguesa. El destino truncó esa identificación debido a la situación financiera de la familia, consecuencia del despilfarro de su padre, y a los continuos cambios de domicilio, que llevaron a Wollstonecraft a un sentimiento de cierto desarraigo social y desconcierto en torno a los valores de la clase media en cuyos márgenes sobrevivió durante toda su vida.

Esta situación convertía al matrimonio en una tabla de salvación contra la miseria y la pérdida de *status*; sin embargo, no se obsesionó por encontrar un marido, como su gran amiga de la infancia Fanny Blood. Decidió intentar salir adelante por otros medios, aunque éstos, para una joven como ella, resultaban muy escasos. En 1778 comunica a su familia la decisión de trabajar como dama de compañía para la señora Dawson, hija de un canónigo de Windsor y viuda de un rico comerciante londinense.

Éste es el comienzo de un periplo de nueve años en los que ejerció respectivamente de dama de compañía, maestra en una escuela junto a Fanny Blood y su hermana Elizabeth^[5], y finalmente trabajó como institutriz para una familia aristocrática; todo un abanico de profesiones claramente femeninas, que sintonizaban con las costumbres de la época.

Esta singular trayectoria vital despertó en ella su vocación de escritora, una profesión desde la que era posible el desarrollo de una conciencia crítica y la resistencia frente al modelo imperante de la «mujer decente». En 1787 regresa a Londres, y escribirá su primera obra, *Reflexiones sobre la educación de las niñas*, en la que defiende un tipo de enseñanza no discriminatoria con el sexo femenino. La publicación se realizó gracias a Joseph Johnson, quien la animó a que colaborase en la revista *The Analytical Review* con traducciones y la redacción de artículos críticos acerca de obras filosóficas y literarias. Gracias a estas primeras colaboraciones es posible comprobar la evolución del pensamiento político de su obra. Por ejemplo, la crítica a la apología de Catherine Macaulay recogida en *Cartas sobre la educación* le permitió denunciar la educación diferenciada impartida en función del sexo. Un elemento fundamental de esta crítica reside no sólo en la denuncia sobre la moral que se enseña a las niñas para encaminarlas exitosamente hacia el matrimonio, sino también en el aprecio nulo que se tiene por las capacidades intelectuales de las mujeres. En este artículo se encuentra el germen de las ideas que posteriormente aparecerán en *Vindicación de los derechos de la mujer*.

Gracias a la existencia de *The Analytical Review* Mary Wollstonecraft entra en contacto con los grandes escritores e intelectuales de la época, como Holbach, Voltaire, D'Alembert o Rousseau, así como los radicales y disidentes londinenses con los que discutió los ideales ilustrados en sus múltiples perspectivas, simpatizando con el movimiento político en defensa de la reforma constitucional en Inglaterra^[6]. En ese ambiente y gracias a esa especie de club situado en St. Paul's Churchyard, tuvo la oportunidad de conocer también a los pintores John Opie y Henry Fuseli^[7], al poeta William Blake, a los teóricos radicales Tom Paine o Joseph Priestley, y al filósofo Godwin, con el que se casaría más tarde.

El estallido de la Revolución francesa hace que tanto la autora inglesa como todo el círculo de intelectuales apoyen este acontecimiento y estén convencidos de que el proceso revolucionario traería consigo el fin de la opresión. Mary Wollstonecraft confiaba en que los derechos humanos iban a ser por fin reconocidos y que ello equivaldría al comienzo de la justicia. Por eso, cuando Edmund Burke publica en 1790 sus *Reflexiones sobre la Revolución*, donde expresa su desacuerdo acerca del acontecimiento revolucionario, la autora inglesa responde anónimamente^[8] pero de forma inmediata con un escrito elaborado en tan sólo treinta días y denominado *Defensa de los derechos del hombre*, en el que ponía de manifiesto que los derechos del individuo son sagrados. Esta fue sin duda la primera y valiente incursión de esta mujer en el terreno de los escritos políticos, lo que permitió incluir su voz y su

palabra escrita en un espacio por definición masculino, como era el del pensamiento político, dando cuenta de su compromiso con la praxis política. Este momento fue recogido por Godwin en sus *Memoirs*: «hasta la fecha la carrera literaria de Mary había sido resultado de ella misma y silenciada en gran medida, sin aparentemente llevarla a alcanzar la fama». La reacción en clave feminista de Wollstonecraft nació de un profundo compromiso personal y político que enriqueció el debate en torno a los derechos políticos. Encontró su voz en sus propias vindicaciones, rompió el silencio de su sexo dentro del debate clásico de la teoría política^[9] con una interpretación particular de la Revolución francesa. Su objetivo era combatir la tradición conservadora y gradualista que negaba la revolución, una tradición representada por el pensamiento de Burke, defensor de la jerarquía, la clásica aristocracia y los privilegios.

En *Defensa de los derechos del hombre* se subraya la importancia de la libertad civil y religiosa en tanto que derechos fundamentales. Al mismo tiempo, se defiende la igualdad y condena la tradición que, bajo la supuesta naturalidad, perpetúa la subordinación de una gran mayoría de ciudadanos mediante la jerarquía, la propiedad y los derechos adquiridos por la herencia.

El contexto filosófico ilustrado y el contexto político revolucionario proporcionaron a Mary Wollstonecraft, y a otras mujeres de la época que recibieron con expectación la Revolución Francesa, nuevos referentes de su situación^[10]: la búsqueda de la emancipación, la racionalidad, la lucha contra la autoridad, los derechos, etcétera.

La Revolución fue comprendida por la mayoría de los intelectuales radicales políticos de la época como discontinuidad, umbral y ruptura con un pasado que procedería a denominarse —y a constituirse como lo totalmente otro— como *Antiguo Régimen* (el término no surgiría más que para confirmar la liquidación de este último). La Revolución francesa implicaba, por definición, destrucción de la monarquía despótica; un fenómeno abocado a cambiar tanto el Estado, en cuanto tránsito del despotismo a la libertad, como al individuo mismo, en cuanto a que dejaba de ser súbdito para convertirse en ciudadano. El momento revolucionario francés pasó a convertirse en un modelo inédito de la acción y de la historia, representando una línea divisoria del tiempo provocada por la voluntad de los hombres, y de las mujeres, que plantea a partir de entonces un futuro político y social decididamente nuevo.

Pronto Mary Wollstonecraft asimilará las consignas ilustradas utilizadas por los revolucionarios para impugnar el Antiguo Régimen, reapropiándose de las mismas con el fin de reelaborarlas e interpelarlas por su incoherencia desde el punto de vista de la diferencia entre los sexos. Su papel no fue de espectadora pasiva y entusiasta, sino que, a diferencia de la contribución de los varones liberales radicales, irrumpió en el debate reclamando para ambos sexos la realización íntegra de los principios de la Revolución^[11], la construcción de un nuevo mundo que debía beneficiar

igualmente a las mujeres. Suponía una cuestión de sentido común, entendido precisamente como «buen sentido» o capacidad autónoma de juzgar y razonar sin dejarse llevar por «el prejuicio».

Animada por Thomas Paine e influenciada por el trabajo de Condorcet^[12], quien había publicado en 1787 las *Cartas de un burgués de Newhaven* y *Sobre la admisión de las mujeres al derecho de ciudadanía*, donde se postulaba la igualdad política entre los sexos, Mary Wollstonecraft escribe en apenas seis semanas *Vindicación de los derechos de la mujer*. Esta obra posee un estilo un tanto descuidado debido quizá al entusiasmo creativo, careciendo en ocasiones de una ordenación lógica que evite la repetición de las ideas; sin embargo, se debe subrayar su vitalidad y su denuncia directa respecto a la situación de las mujeres. Con este libro se ponen a la vez las bases del feminismo del siglo XIX. Más que llevar a cabo una reivindicación de derechos políticos específicos, plantea una reivindicación de la individualidad de las mujeres y de la capacidad de elección de su propio destino^[13]. Supuso un momento de distanciamiento respecto de las atribuciones que se proyectaban sobre las mujeres, un gesto, como diría Gunther-Canada, de *rebeldía ilustrada*.

Por tanto, *Vindicación de los derechos de la mujer* responde en gran medida a ese contexto revolucionario marcado por importantes cambios y debates acerca de los significados de la educación en el contexto del nuevo Estado-nación francés^[14]. La discusión de la autora inglesa se situó más allá de los problemas de las mujeres: abordó, aunque sucintamente, los privilegios de las clases altas y la problemática de la esclavitud, conectando esta última con la dominación sexual. De acuerdo con Moira Ferguson, Wollstonecraft compara la resistencia femenina contra la opresión patriarcal con el movimiento antiesclavista^[15].

En la etapa que comienza a partir de la publicación de *Vindicación de los derechos de la mujer* Mary Wollstonecraft, tras el deterioro de sus relaciones amistosas y sentimentales con el pintor Fuseli, decide visitar Francia y descubrir en persona el gran movimiento producido por la Revolución francesa^[16]. Pronto se hizo asidua de los círculos de intelectuales radicales de París, entablando amistad con los girondinos, entre los cuales figuraban ya sus mejores amigos. Al mismo tiempo, contradiciendo sus premisas de no vincular el sentimiento al juicio, se enamoró de Gilbert Imlay, antiguo oficial del ejército que luchó contra los ingleses por la independencia de las colonias americanas. Vivió una pasión bastante turbulenta, de la que nació su primera hija en 1794, y que terminó en una profunda crisis e intento de suicidio.

Mary Wollstonecraft, con la ayuda de Johnson y Mary Hays, se irá recuperando. En 1796 coincide de nuevo con el ya por entonces célebre William Godwin, y redacta una novela que titularía *Mary, the Wrongs of Woman*, en la que retratará las diversas injusticias que padecen las mujeres debido a las leyes y costumbres aceptadas por la sociedad. Una obra que no pudo ser concluida, aunque se ha publicado el material disponible como parte de sus obras postumas.

Por aquel entonces el amor vuelve a llenar su corazón, esta vez gracias a un viaje que comienza en la amistad y se convierte en una experiencia más íntima. Fruto de ese amor, Wollstonecraft se queda de nuevo embarazada y Godwin decide casarse con ella, decisión, por otra parte, que contradecía el previo rechazo de ambos a la institución del matrimonio. Desafortunadamente, pocos días después del nacimiento de su segunda hija fallece víctima de unas fiebres puerperales a los treinta y ocho años. Fue su último castigo como mujer, un castigo que tal vez condense el sufrimiento de toda una vida. Su muerte se unió así a todas las circunstancias que acompañaron y construyeron el mito Wollstonecraft, en el que el sexo marcó inexorablemente un destino.

La criatura a la que dio a luz poco antes de morir esta revolucionaria mujer se convertiría más tarde en una de las grandes luces literarias, Mary Shelley, quien escribirá el célebre *Frankenstein*, el moderno Prometeo que se interroga acerca de su propia identidad, origen y destino:

¿Quién era yo? ¿Qué era? ¿De dónde venía? ¿Cuál era mi destino?

* * *

A lo largo de los trece capítulos que componen *Vindicación de los derechos de la mujer* se analizan, entre otros aspectos, los principales argumentos filosóficos de Rousseau. Gran parte del entramado conceptual de la obra se sitúa precisamente en los tratados de educación. Entre ellos, el *Emilio*, del filósofo ginebrino, cobró una gran relevancia en su época. Mary Wollstonecraft orienta sus reflexiones filosóficas hacia las mujeres, abordando el debate acerca de la subordinación natural y la consiguiente exclusión política. Ahora bien, el interés de la autora por conceder visibilidad pública a las mujeres dentro del debate revolucionario, lo que ella denominaba «el destino de la mujer», se enmarca en un esquema más amplio que el estrictamente político.

Las preguntas, que sacan a la luz sus principales objeciones respecto al talante generalizado de la época, se refieren a la naturaleza de las mujeres, a si éstas poseen la misma que los hombres o si son aptas, por su condición natural, para el trabajo intelectual. Su creencia en una igualdad esencial pese a todas las diferencias secundarias, el escepticismo hacia el prejuicio y las costumbres dominantes, la confianza en las normas externas de racionalidad y justicia funcionarán como parámetros para medir el mundo que Wollstonecraft desea cambiar. Sobre este horizonte interrogativo lleva a cabo una revisión de la identidad femenina desde la educación, comprendida en un sentido global de adquisición de valores, orientaciones y costumbres para la vida. Sus refutaciones tienen como punto de mira el *Emilio* de Rousseau de 1775, pero también los principales libros de conducta y educación de la época, como el célebre *Sandford and Merton* de Day, o los trabajos de Fordyce y el Dr. Gregory. Sus objeciones se dirigieron contra los escritores del momento, quienes

construían un modelo de mujer que contradecía la naturaleza, mostrándola como un ser artificial, débil e inferior al hombre.

Es precisamente en este punto donde reside en gran medida el mérito y el valor extraordinario de la autora, la cual, presa de un modelo sociocultural, se enfrentó a sí misma al intentar cambiar el mundo que la rodeaba. En efecto, si se compara su teoría política con las más célebres aportaciones femeninas de la época, se comprueba el importante salto de Wollstonecraft. Catharine Macaulay, por ejemplo, en su obra *Letters on Education* de 1790, se centraba en la clase alta con la esperanza de que una educación liberal e igualitaria en este segmento social llevaría más tarde a la extensión de estos principios al resto de las clases sociales. En contraposición a ello, Wollstonecraft defendió que no era posible ningún tipo de progreso mientras no se diese fin a los privilegios aristocráticos. Otro ejemplo sería el de Sarah Trimmer^[17], quien sostenía que las escuelas benéficas deberían educar a las niñas pobres para servir a las damas de clase alta. Por el contrario, la autora de *Vindicación de los derechos de la mujer*, deudora de su experiencia vital, es de nuevo clara y contundente: lo importante es una educación que conduzca a la autonomía y a la independencia económica.

Ahora bien, como se apuntaba más arriba, una parte sustancial de *Vindicación de los derechos de la mujer* supone una crítica al modelo específico de mujer^[18] defendido por Rousseau. Sin duda, uno de los grandes ideólogos de la idea de naturaleza, filósofo que, a juicio de esta pensadora, excluye a las mujeres del pacto político y por tanto de la ciudadanía. Rousseau niega a las mujeres una posición pública, instándolas a ser activas y fuertes en el espacio que les es propio: la esfera privada. Este punto queda muy bien reflejado en el *Discurso sobre el origen los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1775):

Sed, pues, siempre lo que sois, las castas guardianas de las costumbres y los dulces vínculos de la paz, y continuad haciendo valer en toda ocasión los derechos del corazón y de la naturaleza en provecho del deber y de la virtud^[19].

El deber de las mujeres reside pues, en la preservación de la moralidad de la comunidad, en ser las guardianas morales de la república. Su fuerza y su poder radican en su vinculación a lo doméstico y a las virtudes familiares. Con este enfoque, Rousseau expresa algunos de los argumentos que desempeñan un papel clave en el desarrollo de los derechos de las mujeres, a saber, el de la excelencia moral de éstas, pues es en la esfera privada donde se encuentran las virtudes naturales frente a una corrompida esfera pública. Las mujeres devienen, por tanto, portadoras y reproductoras de esas virtudes. Mary Wollstonecraft utilizará el propio sistema discursivo de Rousseau para criticarlo, empleando sus mismas nociones filosóficas e incluso los mismos paradigmas que emplea el ginebrino, pero invirtiendo el contenido, en la gran mayoría de las ocasiones, con el fin de demostrar sus inconsistencias. En este sentido, *Vindicación de los derechos de la mujer* supone una denuncia de la contradicción en la que incurre Rousseau a la hora de hablar de las

mujeres, en algunos momentos descritas como seres dominados por el desorden y el deseo, que sólo la sujeción al esposo puede contener, mientras que en otros se les reserva la condición de «guardianas de las costumbres» y «ángeles del hogar».

El *Emilio* se concibió como un tratado de educación del buen ciudadano; en él se describen los modelos de masculinidad, representada en la figura de Emilio, y de feminidad, retratada en Sofía, amada de Emilio, a la que se dedica el célebre libro quinto de la obra, capítulo que, según señaló el propio Rousseau, constituía su parte favorita. Para Mary Wollstonecraft, Sofía constituye un esquema ideal de mujer que únicamente habita en la imaginación de su autor y que carece de concreción histórica. Sofía no es el icono de las mujeres ni las mujeres se comportan como ella. La heroína de Mary Wollstonecraft no busca la sensibilidad que la lleva a ser esclava del amor y a ser incapaz de hacerse cargo del deseo de gobernarse a sí misma; es una mujer que no se instruye en el arte de la seducción para convertirse en objeto de dominación. La nueva Sofía reivindica un rol de mujer caracterizado por la racionalidad y su propia capacidad intelectual, en lugar del sentimentalismo.

La crítica a la artificialidad del esquema femenino es una constante en *Vindicación de los derechos de la mujer*. Al abordar la cuestión de la identidad femenina a través de Sofía, Rousseau incurriría reiteradamente en argumentos falaces consistentes en derivar proposiciones prescriptivas, esto es, juicios de valor a partir de enunciados descriptivos, de juicios de hecho. Por ejemplo, las diferencias físicas y morales entre hombres y mujeres eran deducidas de la anatomía física con el fin de plantear, *a posteriori*, la prescripción de distintos modelos de comportamiento moral en los que la mujer debería quedar sujeta al hombre, pues su sentido es hacer más placentera la vida a los que van a ser ciudadanos. Las falaces distinciones sexuales elaboradas por Rousseau y otros autores de la época tenían un propósito común, a saber, la voluntad de mantener el privilegio patriarcal, perpetuando la sujeción mediante una educación de las niñas dirigida exclusivamente a la preparación para el matrimonio y el recogimiento en la esfera privada. En última instancia, un proyecto político que permitía la separación de la familia frente al Estado. Mary Wollstonecraft comprendió que las mujeres, en el contrato social rousseauiano, no nacieron libres ni encontrarían la libertad, el argumento biologicista escribía el destino de las mismas.

La vulneración de los principios de igualdad en lo que respecta a las mujeres, reflejadas en la figura de Sofía, se aprecia especialmente en la educación específica para mujeres, esto es, en la imposición de la naturaleza doméstica, la discreción, el autocontrol y la importancia de la opinión pública de las mujeres. El destino de Sofía estaba marcado inexorablemente por la dependencia y la sujeción; por el contrario, el de Emilio debía ser la independencia de criterio frente a los prejuicios. En el contexto puritano que rodeaba a la época, los hombres y las mujeres se ordenaban bajo una clara jerarquía. El hombre constituía la cabeza, la mujer el cuerpo; el hombre debía mandar, la mujer obedecer. Como muy bien describe Leites^[20], en el siglo XVIII a las

mujeres se les encomendó la tarea de desenvolver la cultura del «autocontrol»; se las consideró responsables del éxito y desarrollo de esta cultura puritana y, por consiguiente, se les exigió que fuesen puras de conducta y de sentimientos. Asimismo, los hombres también debían alcanzar un cierto grado de desarrollo moral de la limitación, pero se les permitió tener un comportamiento más lascivo, fallar más a menudo. Al fin y al cabo, eran hombres, y con ellos funcionaba el doble rasero moral.

Poco a poco se fue construyendo, fundamentalmente en Inglaterra, el ideal del hogar burgués, normalizándose una nueva sociedad restringida a la familia y los amigos íntimos. Es un momento en que entra en escena el tema de la mujer como madre, como madre moral, instructora y creadora de una conciencia en sus hijos. Por su parte, el matrimonio constituía el modelo del amor solidario, fiel y comprensivo entre los cónyuges, frente al modelo francés, más perturbador, del «amor pasional». El puritanismo se hará cómplice del proceso ilustrado con la prescripción del mantenimiento en todo momento de los buenos modales y el control de los estallidos temperamentales. Las mujeres pasarán a ser devotas de la maternidad y del recogimiento en el ámbito de lo privado, concediéndoseles la categoría de una «superioridad moral» vinculada a la decencia.

En realidad, Mary Wollstonecraft también participó paradójicamente de esta moral puritana; pese a su afán por dignificar a la mujer apartándola del sentimentalismo como fuente de corrupción, cayó presa de su propio autocontrol, que la obligaba a negar el sexo y el amor pasional. En su enfrentamiento con el mundo y su compromiso de cambiarlo se interponía ella misma en la medida en que era producto de la moral de la que intentaba apartarse. Atrapada en la lógica de «la mujer decente» de la época, que otorgaba prioridad a la razón frente al sentimiento, sacrificó en su proyecto político la sexualidad femenina y el goce de las mujeres^[21]. De acuerdo con Cora Kaplan, Wollstonecraft resultó deudora de la misógina construcción rousseanniana acerca de la sexualidad femenina concebida como peligrosa^[22]:

Con el objetivo de cumplir con las obligaciones de la vida y ser capaces de perseguir con fuerza las distintas ocupaciones que forman el carácter moral, el padre y la madre de una familia no deberían continuar amándose con pasión. Quiero decir que no deben permitirse aquellas emociones que alteran el orden de la sociedad^[23].

Respecto a los ámbitos de conocimiento, Rousseau establece uno para el hombre, donde se encuentra la abstracción, la especulación y la facultad de crear sistemas de pensamiento, y otro para la mujer, que contiene facultades de observación, intuición y sutileza, sin olvidar que el objeto propio de conocimiento de las mujeres es el hombre. Mary Wollstonecraft no sólo critica al filósofo, sino que extiende lúcidamente esa crítica a la apropiación histórica de la razón por parte de los hombres. Compara el modo en que los hombres se comportan con las mujeres con la

conducta de la aristocracia respecto al pueblo. Con este símil arremete contra la clase masculina que condenó a las mujeres a la ignorancia.

De acuerdo con esta división del conocimiento, la educación de las niñas, a juicio de Rousseau, no tiene otro fin que el cultivo de la dependencia, la obediencia y el freno de cualquier atisbo de individualidad. Frente a la educación en favor de la autonomía que se dirigía a los hombres, la educación femenina debía orientarse, no a la individualidad, sino a lo que le es propio en función de su pertenencia a su sexo, a los asuntos agradables y al cultivo de la modestia. Mary Wollstonecraft se rebela contra este destino impuesto para las mujeres, exigiendo que los ideales ilustrados de carácter igualitario se extiendan en concreción real a las mujeres.

Si los derechos abstractos del hombre son sometidos a discusión y explicación, los de la mujer, por un razonamiento similar, no escapan al mismo análisis; pero en este país predomina una oposición diferente, basada en los mismos argumentos que usted utiliza para justificar la opresión de la mujer: la prescripción. [...]

Que la mujer comparta los derechos del hombre y emulará sus virtudes, pues se perfeccionará si se emancipa^[24].

Su crítica crucial al ideal rousseauiano respecto a ambos sexos no puede entenderse entonces como una teoría menor limitada por el individualismo burgués tal como ha afirmado Kaplan. Resulta más acertado, desde nuestro punto de vista, el interesante y detallado análisis que ha llevado a cabo Virginia Sapiro^[25], quien rebate la afirmación anterior y reconoce la aportación fundamental de *Vindicación de los derechos de la mujer* para el canon de la teoría política. La radicalidad de lo que Sapiro ha denominado «psicología política» de Wollstonecraft hace que se la considere una adelantada respecto a los debates feministas del siglo diecinueve en lo relativo a la frágil noción de autonomía liberal y a la división público/privado existentes. Sus reflexiones acerca de la incapacidad de la tradición clásica de la teoría política de concebir a las mujeres como sujetos políticos, relegándolas a la esfera doméstica, fueron conformando su conciencia feminista de que la mitad del género humano continuaba siendo el eterno ausente del discurso político sobre la «sociedad buena». En este sentido, *Vindicación de los derechos de la mujer* deviene un auténtico acto de génesis política de la mujer como sujeto capaz de hacerse cargo de su propio destino^[26].

Para Mary Wollstonecraft la cuestión fundamental a la que hay que responder es muy simple: si las mujeres tienen igual capacidad racional o no. Y su respuesta pasa por poner en cuestión la autoridad intelectual masculina que define la naturaleza femenina como diferente y, por tanto, dotada con otras cualidades, en las que no se incluye la razón. La capacidad de raciocinio es la facultad que establece la línea divisoria entre los animales y los seres humanos, y las mujeres representan a la mitad de la humanidad. Sin embargo, la conceptualización de la mujer, en la medida en que ha sido objeto de un análisis diferencial, la ha considerado por doquier «naturaleza» en el esquema contrapuesto de cultura y naturaleza. Cada sociedad ha constituido y

organizado sus divisiones internas; en el caso de la mujer, se ha querido ver el motivo de esta asociación en el hecho de su vinculación —por sus funciones reproductivas— con la naturaleza. Ahora bien, esta asociación conceptual ha significado vincular a la mujer con un conjunto de connotaciones con las que la idea de naturaleza es definida —corporalidad, sensibilidad, inmediatez, etc.— y redefinida frente a un universo intelectual en el que el hombre se piensa a sí mismo como cultura y racionalidad.

La autora inglesa elabora una teoría feminista donde la distinción entre el sexo biológico frente a la representación de género queda perfectamente delimitada. Cuestiona por tanto el origen natural de la diferencia sexual, defendiendo la tesis de que tanto el hombre como la mujer comparten la misma capacidad racional que deriva de Dios^[27]. Excepto la diferencia física, todas las distinciones entre los sexos son resultado de convenciones sociales y diferencias en la educación para hombres y mujeres. Esta afirmación constituía claramente un desafío a Rousseau y a aquellos autores que justificaban la diferenciación social de sexos en base a la diferencia biológica.

Asimismo, en relación a este tema, se ha subrayado que *Vindicación de los derechos de la mujer* articula el denominado «dilema de Wollstonecraft»^[28], es decir, constituye un texto ambiguo respecto a la igualdad y la diferencia, disyuntiva que condensa algunas de las cuestiones cruciales de la teoría política feminista contemporánea^[29]. En efecto, para Carole Pateman, el dilema se produce en el momento de reivindicar una ciudadanía completa para las mujeres; dos son los caminos, delimitados pero incompatibles: o bien se demanda una identidad política común para hombres y mujeres, basada en la completa igualdad, o bien se reivindica una ciudadanía diferenciada, basada en cualidades, necesidades y capacidades distintas para las mujeres. Mary Wollstonecraft, paradójicamente, utiliza argumentos en ambas direcciones:

el destino específico de la mujer es la crianza de los hijos, esto es, el establecimiento de las bases para que la nueva generación tenga una salud sólida tanto de cuerpo como de alma [...]. No obstante, no veremos mujeres afectuosas hasta que se establezca una mayor igualdad en la sociedad^[30].

Estas líneas revelan lo complejo que resultaba para Wollstonecraft elaborar una respuesta acerca de cómo debía ser la ciudadanía para ambos sexos. Por una parte, imbuida del ideal revolucionario, la autora inglesa reivindicaba la extensión igualitaria de los derechos de ciudadanía. La educación de las mujeres que conlleve un desarrollo más amplio de las facultades de la razón, frente a los «sentimientos», será la llave de la igualdad; las diferencias no son «esenciales», sino construidas en la desigualdad educativa. Desde este punto de vista, Wollstonecraft perfila tempranamente algunas de las críticas al esencialismo que rodea la construcción de la identidad femenina^[31]. Sin embargo, al mismo tiempo la autora, sensible a la problemática y las funciones de las mujeres de su época, insiste en el hecho de que

las mujeres poseen intereses propios, se les encomiendan funciones específicas de su sexo que deberían estar reflejadas también en la ciudadanía.

En otro orden de cosas, las motivaciones de raigambre patriarcal que amparaban abiertamente o no la exclusión de las mujeres del universo público de la razón fueron mayoritarias en la época; la mujer de finales del siglo XVIII que osaba rebelarse contra estas pautas dominantes parecía encontrarse en el estado más *antinatural*. Para Mary Wollstonecraft, la revolución en la conducta y las maneras de las mujeres de la Ilustración forma parte de una inaplazable necesidad de recuperar la «dignidad perdida». La respuesta al discurso de la diferencia de los sexos es la que la llevó a reivindicar esa dignidad mediante una «REVOLUCIÓN en la conducta femenina» que implicase la desaparición de la cultura de las mujeres educadas únicamente para ser objetos silenciosos y sumisos y diera paso al protagonismo de las mismas como sujetos con voz propia. La igualdad de la razón exige que las mujeres lean y se cultiven gracias a las grandes obras filosóficas, históricas y literarias, no a través de la literatura que tendía a degradar a las mujeres y convertirlas en meros objetos de deseo de los hombres.

Ha sido un lugar común tanto en el pensamiento como en la praxis política de la modernidad que los hombres se autoerigieran como lo genéricamente humano, asumiendo lo masculino el neutro, mientras que lo femenino, «la mujer», tan sólo ha sido sexo para el hombre, aquello que se contrapone a lo neutro en tanto que «sexo» en sí mismo. De hecho, fueron las propias mujeres, como Mary Wollstonecraft, las que asumieron esta designación en su reivindicación de la ciudadanía en el contexto de la Revolución Francesa, pues la solicitaban para el sexo femenino; mientras que el hombre solamente sería «sexo» en contraposición a la posición de sujeto de las mujeres, siendo su carácter esencial más amplio. Esta trampa del lenguaje no ha impedido avanzar y trazar un camino que, como en la obra que nos ocupa aquí, *Vindicación de los derechos de la mujer*, apela «al buen sentido de la humanidad», frente a la «alucinación de la razón» encontrada en las disertaciones de Rousseau. Un buen sentido que, en última instancia, apuntaba al problema de las relaciones humanas, entre hombres y mujeres de carne y hueso.

Esta *rebelde* ilustrada tomó conciencia de él al igual que del resto de las sutiles consideraciones acerca de la educación, los derechos, la razón o la igualdad; todos ellos los presentó como problemas normativos enfrentados al canon clásico de la teoría política, y no sólo como parte de un sufrimiento vital. Gracias a esto, fue posible encontrar las huellas y reconstruir otra cara de la Ilustración. La fuerza de las ideas de Mary Wollstonecraft es ya patrimonio de la humanidad; sus pensamientos pueden descubrirse y reinventarse todos los días.

1. Obras de Mary Wollstonecraft (ediciones originales)

- Thoughts on the Education of Daughters: With Reflections on Female Conduct, in the More Important Duties' of Life*, Londres, Joseph Johnson, 1787.
- Mary, A Fiction*, Londres, Joseph Johnson, 1787.
- Original Stories from Real Life: With Conversations Calculated to Regulate the Affections and Form the Mind to Truth and Goodness*, Londres, Joseph Johnson, 1788.
- The Female Reader: Or Miscellaneous Pieces, in Prose and Verse: Selected from the Best Writers, and Disposed under Proper Heads: For the Improvement of Young Women*, Londres, Joseph Johnson, 1789.
- A Vindication of the Rights of Men, in a Letter to the Right Honourable Edmund Burke*, Londres, Joseph Johnson, 1790.
- A Vindication of the Rights of Woman, With Strictures on Political and Moral Subjects*, Londres, Joseph Johnson, 1790.
- An Historical and Moral View of the Origin and Progress of the French Revolution; and the Effect It has produced in Europe*, Londres, Joseph Johnson, 1794.
- Letters Written During a Short Residence in Sweden, Norway, and Denmark*, Londres, Joseph Johnson, 1796.
- Posthumous Works of the Author of A Vindication of Rights of Woman*, 4 vols., Londres, Joseph Johnson, 1798.

2. Obras y artículos sobre Mary Wollstonecraft

- AMORÓS, C., «Feminismo, Ilustración y misoginia romántica», en F. Birulés (comp.), *Filosofía y género. Identidades femeninas*, Pamiela, 1992.
- ARMSTRONG, N., *Desire and Domestic Fiction*, Nueva York, Oxford University Press, 1987.
- BARKER-BENFIELD, G. J., *The Culture of Sensibility: Sex and Society in Eighteenth-Century Britain*, Chicago, University of Chicago Press, 1992.
- BLUM, C., *Rousseau and the Republic of Virtue*, Ithaca, Cornell University Press, 1986.
- BRAILSFORD, H. N., *Shelley, Godwin y su círculo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- BROMWICH, D., «Wollstonecraft as a Critic of Burke», *Political Theory* 23, 4 (1995), pp. 617-634.
- BROWN, W., *Manhood and Politics*, Totowa, N. J., Rowman & Littlefield, 1988.
- COOLE, D., *Women in Political Theory*, Boulder, Lynne Reinner Publishers, 1993.

- CRACIUN, A. (ed.), *Mary Wollstonecraft A Vindication of the Rights of Woman*, Londres y Nueva York, Routledge, 2002.
- DUBY, G. y PERROT, M., *Historia de las mujeres*, vol. 4, El siglo XIX, Madrid, Taurus, 2000.
- FALCO, M. (ed.), *Feminist Interpretations of Mary Wollstonecraft*, Pensilvania, Penn State University Press, 1996.
- FERGUSON, M., «Mary Wollstonecraft and Mr. Cresswick», *Philological Quarterly* 62, 4 (1983), pp. 459-475.
- GATENS, M., *Feminism and Philosophy: Perspectives on Difference and Equality*, Bloomington, University of Indiana Press, 1991.
- GODWIN, W., *Memoirs of the Author of «The Rights of Woman»* [1978], Nueva York, Penguin Books, 1987.
- GREGORY, J., *A Father's Legacy to His Daughters*, Edimburgo, A. Strahan y T. Cadell, 1788.
- GUBAR, S., «Feminist Misogyny: Mary Wollstonecraft and the Paradox “It Takes One to Know One”», *Feminist Studies* 20, 3 (1994), pp. 453-473.
- GUNTHER-CANADA, W., *Rebel Writer, Mary Wollstonecraft and Enlightenment Politics*, DeKalb, Illinois, Northern Illinois University Press, 2001.
- JONES, V. (ed.), *Women in the Eighteenth Century*, Londres, Routledge, 1990.
- KAPLAN, C., *Sea Changes: Culture and Feminism*, Londres, Verso, 1986.
- KELLY, G., *Revolutionary Feminism: The Mind and Career of Mary Wollstonecraft*, Nueva York, St. Martin's Press, 1992.
- LANDES, J., *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*, Ithaca, Cornell University Press, 1988.
- LEITES, E., *La invención de la mujer casta*, México, Siglo XXI, 1990.
- LOIS, M., «La nueva ola del feminismo», en J. A. Mellón (ed.), *Las ideas políticas en el siglo XXI*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 163-180.
- MARTIN, J. R., *Reclaiming the Conversation: The Ideal of the Educated Woman*, New Haven, Yale University Press, 1985.
- MELLOR, A., *Mothers of the Nation: Women's Political Writing in England, 1780-1830*, Bloomington, Indiana University, 2000.
- MELZER, S. y RABINE, L. (eds.), *Rebel Daughters: Women and the French Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1992.
- OKIN, S. M., *Women in Western Political Thought*, Princeton, Princeton University Press, 1979.
- PATEMAN, C., *The Sexual Contract*, Stanford, Stanford University Press, 1988.
- PHILLIPS, A., *The Politics of Presence*, Oxford, Oxford University Press, 1995.
- POOVEY, M., *The Proper Lady and the Woman Writer*, Chicago, University of Chicago Press, 1984.

- POSTON, C., «Mary Wollstonecraft and “the Body Politic”», en M. Falco (ed.), *Feminist Interpretations of Mary Wollstonecraft*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1996, pp. 85-104.
- SAPIRO, V., *A Vindication of Political Virtue: The Political Theory of Mary Wollstonecraft*, Chicago, University of Chicago Press, 1992.
- «Wollstonecraft, Feminism, and Democracy: “Being Bastilled”», en M. Falco (ed.), *Feminist Interpretations of Mary Wollstonecraft*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1996, pp. 33-45.
- TAYLOR, J. McLean, GILLIGAN, C., y SULLIVAN, A. (eds.), *Between Voice and Silence: Women and Girls, Race, and Relationship*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1995.
- TODD, J., *Mary Wollstonecraft: A Revolutionary life*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2000.
- YEO, E. J. (ed.), *Mary Wollstonecraft and 200 Years of Feminisms*, Londres, Rivers Oram, 1997.

El texto que se ha utilizado corresponde a la segunda edición de *A Vindication of the Rights of Woman*^[1], en la que Mary Wollstonecraft revisa la edición original incluyendo variantes sustantivas; por ejemplo, se introdujeron modificaciones en la puntuación, y algunas frases y expresiones fueron cuidadosamente reemplazadas.

Esta obra fundamental le otorgó a la autora, dentro de su trayectoria literaria, una destacada reputación, convirtiéndola en una de las grandes pensadoras de la época. *A Vindication of the Rights of Woman* había causado una profunda conmoción, sobre todo, tras la publicación de las *Memoirs* de William Godwin, en las que éste relataba la poco convencional vida de su esposa. Quizá por ello, desde 1792, fecha de la primera publicación, han aparecido diecisiete ediciones diferentes. El lector interesado en aspectos lingüísticos y estilísticos que conciernen a las diferentes ediciones podrá encontrar en la excelente edición crítica de Ulrich H. Hardt de 2001 para Whitston Publishing Company un valioso acercamiento a la obra, así como una rica bibliografía.

Cualquier traducción siempre implica un reto en cuanto al acierto en la mejor aproximación posible al espíritu del texto, sobre todo teniendo en cuenta que una única traducción ideal no puede existir. En este caso, se añade la particularidad de que se trata de una obra clásica, publicada en 1792 y redactada en pocas semanas. Una obra fresca y directa, aunque quizá un poco descuidada en cuanto a la reiteración de expresiones o de temas. La ausencia de palabras ampulosas o giros grandilocuentes, sin embargo, no impide descubrir la riqueza y originalidad de Wollstonecraft.

Atendiendo a estos aspectos, se ha procedido a reflejar esa implicación de la autora en un periodo tan apasionante como el de la Revolución francesa. En lo referente al léxico, hay que recordar que hoy se dispone de un vocabulario más rico y más extenso del que podía disponer la autora; por ello se ha considerado oportuno acudir a él, con el fin de no incurrir en reiteraciones innecesarias. Por otra parte, en ocasiones se ha optado por traducir literalmente algunas imágenes que reflejan adecuadamente la mentalidad y el estilo de la época, pese a que en el presente hayan perdido su sentido y resulten desconcertantes.

Asimismo, la traducción se ha enriquecido con una serie de notas al pie que profundizan en la comprensión del texto y ayudan a interpretar el mismo (están señaladas en el texto con números arábigos, para diferenciarlas de las originalmente incluidas por Wollstonecraft, en romanos). Es por ello que se valoró positiva, entre otros aspectos, la inclusión de numerosas referencias bíblicas que subyacían al hilo argumental de las tesis de Wollstonecraft, así como la identificación de personajes históricos, filósofos, escritores, leyendas, obras clásicas, etcétera.

Finalmente, no se puede concluir esta nota sin agradecer los comentarios y sugerencias de Philip Wilson, así como la colaboración imprescindible de la excelente investigadora doctoranda María del Mar Medina^[2], sin la cual esta

traducción hubiera carecido de todo el cuidado y los matices que han enriquecido el texto. Su esfuerzo y dedicación completa merecen un reconocimiento especial y mi más sincero y profundo agradecimiento.

VINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Mary Wollstonecraft

Señor,

Habiendo leído con gran satisfacción un panfleto que ha publicado recientemente^[2], le dedico este volumen, para incitarle a reconsiderar el asunto, y para que evalúe maduramente cuanto he avanzado respecto a los derechos de las mujeres y la educación nacional; y lo declaro con el firme tono de la humanidad, pues mis argumentos, señor, son dictados por un espíritu desinteresado: abogo por mi sexo, no por mí misma. Hace tiempo que considero la independencia como la gran bendición de la vida, la base de toda virtud; y ésta siempre conservaré, encogiendo mis deseos, aunque tenga que vivir en un páramo estéril.

Es entonces el afecto por el conjunto de la raza humana el que hace que mi pluma fluya rápidamente para suscribir lo que considero constituye la causa de la virtud; y el mismo motivo me lleva a desear de todo corazón ver a la mujer situada en una posición desde la que debería avanzar, en lugar de retrasar, el progreso de aquellos principios gloriosos que dan sustantividad a la moralidad. Mi opinión sobre los derechos y obligaciones de las mujeres parece fluir, en efecto, de modo tan espontáneo de esos principios sencillos, que considero escasamente probable que algunas de las mentes abiertas que dieron forma a vuestra admirable Constitución no coincidan conmigo^[3].

En Francia existe, sin duda, una mayor difusión del conocimiento que en cualquier otra parte del mundo europeo, y lo atribuyo, en gran medida, a la relación social que ha subsistido entre los sexos durante largo tiempo^[4]. Es cierto, expongo mis sentimientos con libertad, que en Francia se ha extraído la esencia misma de la sensualidad para deleitar al voluptuoso y ha prevalecido una especie de lascivia sentimental que, junto con el sistema de duplicidad que enseña todo el ejercicio de su gobierno político y civil, ha proporcionado un tipo perverso de agudeza al carácter francés, denominada propiamente *finesse*, de la que surge de forma natural un refinamiento de modales que perjudica la esencia, al expulsar a la sinceridad de la sociedad. Y la modestia, el atuendo más bello de la virtud, ha sido más groseramente vilipendiado en Francia que en Inglaterra incluso, hasta el punto de que sus mujeres consideran mojigata esa atención a la decencia que las bestias observan de forma instintiva.

La conducta y la moral se encuentran tan unidas que con frecuencia se han confundido; pero, aunque la primera sólo debe resultar un reflejo natural de la última, sin embargo, cuando varias causas han originado comportamientos engañosos y corruptos, los cuales se adquieren muy temprano, la moralidad se convierte en un vocablo vacío. La reserva personal y el respeto sagrado por el aseo y la delicadeza en la vida doméstica, que las mujeres francesas casi menosprecian, constituyen los pilares elegantes de la modestia; pero, lejos de despreciarlos, si la llama pura del patriotismo les ha llegado al corazón, deberían trabajar para mejorar la moral de sus

conciudadanos, enseñando a los hombres no sólo a respetar la modestia en las mujeres, sino a adquirirla ellos mismos, como el único medio de merecer su estima.

Al luchar por los derechos de la mujer, mi principal argumento se construye sobre este principio sencillo: si no se la prepara con la educación para que se convierta en la compañera del hombre, detendrá el progreso del conocimiento y la virtud. Pues la verdad debe ser común a todos o se volverá ineficaz a la hora de influir en la práctica general. ¿Y cómo puede esperarse que la mujer coopere, a menos que sepa por qué debe ser virtuosa, salvo que la libertad fortalezca su razón de modo que comprenda su deber y vea de qué manera se encuentra vinculada con su auténtico bienestar? Si se ha de educar a los niños para que comprendan el verdadero principio del patriotismo, su madre debe ser patriota; y el amor a la humanidad, del que brotan una serie ordenada de virtudes, tan sólo puede producirse si se tienen en consideración la moral y los intereses civiles del género humano; pero la educación y la situación de la mujer en el presente la excluyen de tales investigaciones.

En esta obra ofrezco muchos argumentos que, desde mi punto de vista, resultan concluyentes para demostrar que la noción prevaleciente en relación al carácter sexual resulta subversiva para la moral, y considero que, para perfeccionar el cuerpo y la mente del ser humano, debe prevalecer de modo más universal la castidad, y que ésta no será respetada en el mundo masculino mientras la persona de la mujer sea idolatrada, si así se puede decir; hasta que una exigua virtud o sentido la embellezcan con grandes rasgos de hermosura de mente, o con la interesante sencillez del afecto.

Considere, señor, estas observaciones de forma desapasionada, pues un reflejo de esta verdad pareció abrirse ante usted cuando observó «que ver una mitad de la raza humana excluida por la otra de toda participación en el gobierno suponía un fenómeno político que, de acuerdo con los principios abstractos, era imposible explicar». Si es así, ¿en qué descansa vuestra Constitución? Si los derechos abstractos del hombre son sometidos a discusión y explicación, los de la mujer, por un razonamiento similar, no escaparán al mismo análisis; pero en este país predomina una opinión diferente, basada en los mismos argumentos que usted utiliza para justificar la opresión de la mujer: la prescripción.

Considere —me dirijo a usted como legislador— si cuando los hombres luchan por su libertad y por poder juzgar por sí mismos su propia felicidad, ¿no resulta inconsistente e injusto subyugar a las mujeres, incluso aunque usted crea firmemente que está actuando de la forma mejor calculada para promover su felicidad? ¿Quién hizo al hombre el juez exclusivo, si la mujer participa con él en el don de la razón?

En este estilo argumentan todos los tiranos, de cualquier tipo, desde el rey débil hasta el pusilánime padre de familia; están todos ellos ansiosos por subyugar la razón, afirmando siempre que usurpan el trono sólo para ser útiles. ¿No se comporta usted de forma similar cuando fuerza a todas las mujeres, al negarles los derechos políticos y civiles, a continuar enclaustradas en sus familias, caminando a tientas en la oscuridad? Pues seguramente, señor, ¿no estará afirmando que un deber que no se

funda en la razón puede obligar? Si éste es en realidad su destino, los argumentos podrían ser extraídos de la razón y así, venerablemente apoyados, cuanto más entendimiento adquieran las mujeres, más se ligarán a su deber comprendiéndolo; porque si no lo comprenden, si su moral no se fija en los mismos principios inmutables de los hombres, no hay autoridad que pueda eximirlos de cumplirlo de un modo virtuoso. Pueden resultar esclavas adecuadas, pero la esclavitud producirá su efecto constante, la degradación del amo y de su vil dependiente.

Pero, si las mujeres deben ser excluidas sin tener voz ni participación en los derechos naturales de la humanidad, demuestre primero, con el fin de prevenirse de la acusación de injusticia e inconsistencia, que están desprovistas de razón; si no, este defecto en vuestra NUEVA CONSTITUCIÓN siempre mostrará que el hombre, en algún sentido, debe actuar como un tirano, y la tiranía, cualquiera que sea el lugar de la sociedad donde se levante su descarado frente, siempre minará la moralidad.

He afirmado reiteradamente, proporcionando lo que considero son argumentos irrefutables extraídos de cuestiones de hecho, que las mujeres no pueden ser confinadas por la fuerza a las tareas domésticas; porque, aunque ignorantes, se entrometerán en los asuntos de mayor peso, desatendiendo los deberes privados sólo para entorpecer con astutas artimañas los planes ordenados de la razón que se elevan por encima de su comprensión.

Además, mientras estén hechas solamente para adquirir habilidades personales, los hombres buscarán el placer en la variedad, y los maridos infieles harán esposas infieles; semejantes seres ignorantes, en realidad, se podrán disculpar de intentar hacer justicia mediante la represalia, pues no se les ha enseñado a respetar el bien público o no se les ha concedido ningún derecho civil.

Abierta en la sociedad, por tanto, la caja de todos los males^[5], ¿qué es lo que va a preservar la virtud privada, la única garantía de la libertad pública y la felicidad universal?

No permitamos que ninguna coerción sea establecida en la sociedad y, al prevalecer la ley general de la gravedad, los sexos caerán en sus lugares apropiados. Y ahora que unas leyes más equitativas están formando a vuestros ciudadanos, el matrimonio puede tornarse más sagrado; vuestros jóvenes pueden elegir esposas por motivos de afecto y vuestras doncellas dejarán que el amor destierre la vanidad.

Así, el padre de familia no debilitará su constitución ni viciará sus sentimientos visitando a la prostituta; ni olvidará obedecer la llamada del instinto, el fin por el cual fue implantado. Y la madre no descuidará a sus hijos para practicar las artes de la coquetería, cuando el sentido y la modestia le garanticen la amistad de su esposo.

Pero mientras los hombres no presten atención al deber de un padre, resulta vano esperar que las mujeres dediquen ese tiempo al cuidado de los niños, que, «sabias en su generación»^[6], opten por pasarlo ante el espejo; porque este ejercicio de astucia es sólo un instinto natural que les permite obtener indirectamente un poco de poder del que injustamente se les niega una parte. Pues si no se permite a las mujeres disfrutar

de derechos legítimos, harán viciosos tanto a los hombres como a ellas mismas, con el fin de obtener privilegios ilícitos.

Deseo, señor, sacar a la luz en Francia algunas investigaciones de este tipo y, si condujeran a confirmar mis principios, cuando se revise vuestra Constitución, los Derechos de la Mujer deberían ser respetados, si se prueba enteramente que la razón exige este respeto y demanda en voz alta JUSTICIA para la mitad de la especie humana.

Suya respetuosamente,

M. W.

NOTA

Cuando comencé a escribir esta obra, la dividí en tres partes, dando por supuesto que un volumen contendría una discusión completa de los argumentos que me parecía surgen de forma natural de unos pocos principios sencillos; pero conforme avanzaba se me ocurrieron nuevos ejemplos, por ello presento al público ahora sólo la primera parte.

Sin embargo, muchos temas a los que he aludido muy por encima exigen una investigación particular, en especial las leyes relativas a la mujer y la consideración de sus deberes peculiares. Todo ello aportará amplio material para un segundo volumen, que será publicado a su debido tiempo con el fin de esclarecer algunos de los sentimientos y completar muchos de los esbozos adelantados en el primero.

Después de considerar el transcurrir histórico y observar el mundo viviente con ansiosa solicitud, las emociones más melancólicas de triste indignación han afligido mi espíritu; he suspirado cuando me he visto obligada a confesar que la Naturaleza ha hecho una gran diferencia entre un hombre y otro, o que la civilización que hasta ahora ha habido en el mundo ha sido muy parcial. He revisado diversos libros sobre educación y he observado pacientemente el comportamiento de los padres y la administración de las escuelas; pero ¿cuál ha sido el resultado? La profunda convicción de que la educación descuidada de mis compañeras es la gran fuente de desgracia que deploro, así como de que a las mujeres, en particular, se las hace débiles y desgraciadas por una variedad de causas concurrentes, derivadas de una conclusión precipitada. El comportamiento y la forma de ser^[1] de las mujeres, de hecho, prueban con claridad que sus mentes no se encuentran en un estado saludable, pues, como ocurre con las flores plantadas en una tierra demasiado rica, la fortaleza y la utilidad se sacrifican a la belleza; y las ostentosas hojas se marchitan una vez que han complacido a una mirada quisquillosa, ignoradas sobre su tallo, mucho antes de la estación en que tendrían que haber llegado a su madurez. Atribuyo una de las causas de esta floración estéril a un sistema de educación falso, tomado de los libros que sobre el tema han escrito hombres que, al considerar a las mujeres más como tales que como criaturas humanas, se han afanado más en hacer de ellas damas seductoras que esposas afectuosas y madres racionales. El entendimiento del sexo ha sido embaucado hasta tal punto por este homenaje engañoso que las mujeres civilizadas del presente siglo, con unas pocas excepciones, sólo ansían inspirar amor, cuando debieran albergar una ambición más noble y exigir respeto por sus capacidades y virtudes.

Por lo tanto, en un tratado acerca de los derechos y conductas de la mujer, no se deben pasar por alto las obras que se han escrito expresamente para su perfeccionamiento, en particular, cuando se afirma en términos directos que las mentes femeninas se hallan debilitadas por un falso refinamiento; que los libros de instrucción escritos por hombres de talento han tenido la misma inclinación que las obras más frívolas; y que, en un verdadero estilo mahometano, se las trata como seres subordinados y no como parte de la especie humana^[2], a la par que se admite que la razón perfectible es la noble distinción que eleva al hombre sobre la creación animal y pone en esa mano débil un cetro natural.

No obstante, por el hecho de que sea mujer no debería llevar a mis lectores a suponer que pretendo agitar con violencia el discutido tema respecto a la igualdad o inferioridad del sexo, si bien, como se presenta en mi camino y no puedo pasarlo por alto sin exponer a malinterpretación la principal inclinación de mi razonamiento, me detendré un momento para exponer mi opinión en pocas palabras. En el reino del mundo físico se puede observar que la mujer es, en cuanto a fuerza, en general, inferior al hombre. Ésta es la ley de la naturaleza y no parece que vaya a ser

suspendida o derogada en favor de la mujer. No puede, pues, negarse cierto grado de superioridad física, ¡y ésta constituye una prerrogativa noble! Pero, no contentos con esta preeminencia natural, los hombres se empeñan en hundirnos todavía más, simplemente para convertirnos en objetos atractivos para un rato; y las mujeres, obnubiladas por la adoración que bajo la influencia de sus sentidos les muestran los hombres, no tratan de obtener un interés duradero en sus corazones o de convertirse en las amigas de sus semejantes, que buscan entretenimiento en su compañía.

Soy consciente de una inferencia obvia: he oído exclamaciones contra las mujeres masculinas provenientes de todas partes, pero ¿dónde se encuentran? Si con esta denominación los hombres quieren arremeter contra su pasión por la caza, el tiro y el juego, me uniré de la forma más cordial al clamor; pero si es en contra de la imitación de las virtudes masculinas o, hablando con mayor propiedad, del logro de aquellos talentos y virtudes cuyo ejercicio ennoblece el carácter humano, y eleva a las mujeres en la escala de los seres animales, cuando comprensivamente se las califica de humanidad, creo que todos aquellos que las observan con una mirada filosófica tienen que desear conmigo que se vuelvan cada día más y más masculinas.

Esta discusión divide, de modo natural, el tema. En primer lugar, consideraré a las mujeres a grandes rasgos, en tanto que criaturas humanas que, en común con los hombres, se encuentran en la tierra para desarrollar sus facultades; y, posteriormente, subrayaré de forma más particular su peculiar destino.

Deseo igualmente evitar un error en el que han caído muchos escritores respetables, pues la instrucción que hasta ahora ha sido dirigida a las mujeres se ha aplicado más bien a las *damas*, exceptuando los pequeños e indirectos consejos que se han difundido a través de *Sandford and Merton*^[3]; si bien, al dirigirme a mi sexo en un tono más firme, presto una especial atención a las de la clase media, porque parecen hallarse en el estado más natural^[4]. Quizá las semillas del falso refinamiento, la inmoralidad y la vanidad han sido sembradas por la nobleza. Seres débiles y artificiales, situados por encima de los deseos y afectos comunes de su raza de modo prematuro y antinatural, socavan los cimientos mismos de la virtud, ¡y expanden la corrupción por toda la sociedad! Como clase de la humanidad, tienen el mayor derecho a la piedad; la educación de los ricos tiende a hacerlos vanidosos y desvalidos, y la mente en expansión no se fortalece mediante la práctica de aquellos deberes que dignifican el carácter humano. Sólo viven para divertirse, y, por la misma ley que en la naturaleza produce invariablemente ciertos efectos, pronto sólo obtienen diversiones estériles.

Pero, como me propongo adoptar una visión separada de los diferentes niveles de la sociedad y del carácter moral de las mujeres en cada uno de ellos, por el momento esta mención es suficiente. Y sólo he aludido a este tema porque me parece que la esencia misma de una introducción es proporcionar una explicación superficial de los contenidos de la obra que se presenta.

Espero que mi propio sexo me disculpe si trato a las mujeres como criaturas racionales en vez de halagar sus encantos *fascinantes* y considerarlas como si estuvieran en un estado de eterna infancia, incapaces de valerse por sí mismas. Deseo de veras mostrar en qué consiste la verdadera dignidad y la felicidad humana. Deseo persuadir a las mujeres para que intenten adquirir fortaleza, tanto de mente como de cuerpo, y convencerlas de que las frases suaves, la sensibilidad de corazón, la delicadeza de sentimientos y el gusto refinado son casi sinónimos de epítetos de la debilidad, y que aquellos seres que son sólo objetos de piedad, y de esa clase de amor que ha sido denominada como su hermana, pronto se convertirán en objetos de desprecio.

Desechando, pues, esas bellas frases femeninas que los hombres utilizan con condescendencia para dulcificar nuestra dependencia servil, y despreciando esa débil elegancia de mente, esa sensibilidad exquisita y dulce docilidad de conducta que se supone constituyen las características sexuales del recipiente más frágil, deseo mostrar que la elegancia es inferior a la virtud, que el primer objetivo de una loable ambición es adquirir un carácter como ser humano, sin tener en cuenta la distinción de sexo, y que las observaciones secundarias deberían ser conducidas a esta simple piedra de toque.

Este es el esbozo en líneas generales de mi planteamiento, y, si expreso mi convicción con las enérgicas emociones que siento cada vez que pienso sobre el tema, algunos de mis lectores apreciarán los dictados de la experiencia y la reflexión. Animada por este importante objetivo, desdeñaré seleccionar mis frases o pulir mi estilo; me propongo ser útil, y la sinceridad me hará más natural, ya que deseo persuadir por la fuerza de mis argumentos en vez de deslumbrar por la elegancia de mi lenguaje: no perderé el tiempo componiendo frases elegantes o construyendo pomposas grandilocuencias sobre sentimientos artificiales que, al proceder de la cabeza, nunca alcanzan el corazón. ¡Me ocuparé de las cosas y no de las palabras! Deseosa de hacer a las de mi sexo miembros más respetables de la sociedad, trataré de evitar esa prosa florida que se ha deslizado de los ensayos a las novelas y de ellas a las cartas y conversaciones familiares.

Estos bellos superlativos, que se escapan de la lengua fluidamente, vician el gusto y crean una especie de delicadeza enfermiza que se aparta de la verdad simple y sin adornos; y un aluvión de falsas sensaciones y sentimientos inmoderados, que ahogan las emociones naturales del corazón, vuelven insípidos los placeres domésticos que deberían suavizar el ejercicio de aquellos severos deberes que educan al ser racional e inmortal para un terreno de actuación más noble.

La educación de las mujeres ha sido atendida últimamente más que en el pasado. Aun así, todavía se las considera un sexo frívolo y los escritores que tratan de mejorarlas mediante la sátira o la instrucción las ridiculizan o se apiadan de ellas. Se reconoce que emplean muchos de los primeros años de sus vidas en adquirir talentos básicos, mientras se sacrifica la fortaleza del cuerpo y el alma a las nociones

libertinas de belleza, al deseo de establecerse mediante el matrimonio —única forma en que las mujeres pueden progresar en el mundo—. Y, como este deseo las convierte en meros animales, cuando se casan actúan como se espera que lo hagan los niños: se visten, pintan y ponen nombres a las criaturas de Dios^[5]. ¡Ciertamente, estos frágiles seres sólo son aptos para un serrallo! ¿Puede esperarse que gobiernen juiciosamente una familia o que cuiden de los pobres infantes que traen al mundo?

Si puede, por tanto, deducirse con imparcialidad de la conducta presente del sexo, de la inclinación extendida hacia el placer, que ocupa el lugar de la ambición y de aquellas pasiones más nobles que abren y ensanchan el alma, que la instrucción que han recibido las mujeres hasta ahora sólo ha tendido, con la constitución de la sociedad civil, a convertirlas en objetos insignificantes del deseo —¡meras propagadoras de necesidades!—; y si puede probarse que al pretender formarlas sin cultivar sus entendimientos son apartadas de la esfera de sus deberes y convertidas en ridículas e inútiles cuando finaliza el breve florecimiento de la belleza^[1], supongo que los hombres *racionales* me excusarán por intentar persuadirlas para que se conviertan en más masculinas y respetables.

En realidad, la palabra «masculina» es sólo un espantajo^[6]: hay poca razón para temer que las mujeres adquirirán demasiada fuerza de mente o coraje, ya que su evidente inferioridad respecto a la fortaleza corporal debe hacerlas en cierto grado dependientes de los hombres en las diferentes relaciones de la vida; pero ¿por qué debería incrementarse esta dependencia con prejuicios que asignan un sexo a la virtud y confunden las verdades simples con ensueños sensuales?

De hecho, las mujeres se encuentran tan degradadas por nociones erróneas acerca de la excelencia femenina, que no pienso añadir una paradoja cuando afirmo que esta debilidad artificial produce una propensión a tiranizar y da lugar a la astucia, enemiga natural de la fortaleza, que las lleva a adoptar aquellos despreciables ademanes infantiles que socavan la estima aun cuando exciten el deseo. Si los hombres se vuelven más castos y modestos, y las mujeres no se hacen más reflexivas en la misma proporción, entonces quedará claro que poseen entendimientos más débiles. Apenas parece necesario decir que hablo del sexo en general. Muchas mujeres tienen más sentido que sus allegados masculinos; y, como nada predomina donde hay una lucha constante por el equilibrio, sin el cual se impone naturalmente una mayor gravedad, algunas mujeres dominan a sus maridos sin degradarse, porque el intelecto siempre dominará.

En el estado presente de la sociedad, parece necesario volver a los principios fundamentales en busca de las verdades más simples y disputar cada palmo del terreno con algunos de los prejuicios predominantes. Para despejar mi camino, se me debe permitir enunciar algunas sencillas cuestiones, cuyas respuestas parecerán probablemente tan inequívocas como los axiomas sobre los que se construye el razonamiento; no obstante, cuando se enredan con diversos motivos de acción, se contradicen formalmente, bien por las palabras o por la conducta de los hombres.

¿En qué consiste la preeminencia del hombre sobre la creación animal? La respuesta es tan clara como que una mitad es menos que el todo: en la Razón.

¿Qué cualidades exaltan a un ser sobre otro? La virtud, respondemos con espontaneidad.

¿Con qué intenciones fueron implantadas las pasiones? Para que el hombre, al luchar contra ellas, pueda obtener un grado de conocimiento negado a los animales, susurra la Experiencia.

Por consiguiente, la perfección de nuestra naturaleza y la capacidad de felicidad deben valorarse por el grado de razón, virtud y conocimiento que distinguen al individuo y dirigen las leyes que obligan a la sociedad. Si se considera a la humanidad en su conjunto, resulta igualmente innegable que el conocimiento y la virtud fluyen de forma natural del ejercicio de la razón.

Simplificados de este modo los derechos y deberes del hombre, resulta casi insolente tratar de ilustrar verdades que resultan tan incontrovertibles; no obstante, prejuicios muy profundamente enraizados han nublado tanto la razón, y cualidades tan espurias han asumido el nombre de razón, que es necesario perseguir el curso de la razón cuando, por varias circunstancias adventicias, ha sido confundida y envuelta en el error al comparar el axioma simple con las desviaciones casuales.

Los hombres, en general, parecen emplear su razón para justificar los prejuicios, los cuales han sido asimilados de un modo que les resulta difícil descubrir, en lugar de erradicarlos. La mente que forma sus propios principios con decisión debe ser fuerte, pues predomina una especie de cobardía intelectual que hace que muchos hombres se acobarden ante la tarea o sólo la realicen a medias. Sin embargo, las conclusiones imperfectas que se extraen de este modo son a menudo muy verosímiles, porque se basan en la experiencia parcial, en opiniones sensatas aunque estrechas.

Volviendo a los principios fundamentales, los vicios, con toda su deformidad innata, se ocultan a una investigación cuidadosa; pero algunos razonadores superficiales siempre exclaman que esos argumentos^[1] prueban demasiado y que puede que sea conveniente esa misma medida corrompida hasta la médula. De este modo, la conveniencia difiere continuamente de los principios básicos, hasta que la verdad se pierde en una confusión de palabras, la virtud en las formas y el

conocimiento se entrega a una insensatez, debido a los prejuicios engañosos que se apropian de su nombre.

En abstracto, resulta tan forzosamente obvio para todo ser pensante que la sociedad está formada del modo más sabio y que su constitución se basa en la naturaleza del hombre^[2], que resulta insolente tratar de probarlo; no obstante, deben presentarse pruebas o la razón nunca será la que obligue al mantenimiento de un precepto; además, exponer un precepto como argumento para justificar que se prive de sus derechos naturales a los hombres (o a las mujeres) es uno de los absurdos sofismas que insultan a diario el sentido común.

La civilización de la mayor parte de los pueblos europeos es muy parcial; mejor dicho, se puede plantear la cuestión de si, a cambio de la inocencia, han adquirido algunas virtudes que resulten equivalentes al desconsuelo producido por los vicios que se han generado para ocultar la fea ignorancia y la libertad que se ha trocado por una esclavitud espléndida. El deseo de deslumbrar por las riquezas (la preeminencia más segura que un hombre puede obtener), el placer de mandar sobre aduladores serviles y muchos otros cálculos bajos y complicados, propios de un narcisismo complaciente, han contribuido a aplastar a la masa de la humanidad y a hacer de la libertad un apoyo conveniente para el falso patriotismo. Porque mientras que se otorga al rango y los títulos la mayor importancia, ante los cuales el Genio «debe esconder su cabeza disminuida»^[3], con muy pocas excepciones, resulta muy desafortunado para una nación que un hombre de facultades, sin rango o propiedades, se haga valer. ¡Ay, qué sufrimientos inauditos han padecido cientos para adquirir un capelo de cardenal a un aventurero oscuro e intrigante que codiciaba equipararse a los príncipes o tratarlos con despotismo empuñando la triple corona!

La miseria que ha emanado de la monarquía, las riquezas y los honores hereditarios ha sido tal, que los hombres de aguda sensibilidad casi han llegado a blasfemar para justificar el designio de la Providencia. El hombre se ha mantenido tan independiente del poder que lo creó como un planeta sin ley que se lanza desde su órbita para robar el fuego celestial de la razón, y la venganza del Cielo, oculta en la sutil llama, como la malicia encerrada en Pandora, castigó de modo suficiente su temeridad con la introducción del mal en el mundo.

Impresionado al contemplar la calamidad y el desorden que saturaban la sociedad, y cansado de chocar contra necios superficiales, Rousseau acabó prendado de la soledad y, como a la vez era optimista, trabajó con una elocuencia poco común para probar que el hombre era por naturaleza un animal solitario^[4]. Desencaminado por su respeto a la bondad divina, que ciertamente —¡porque qué hombre con sentido y sentimientos puede dudar!— dio la vida sólo para comunicar felicidad, consideró el mal como algo positivo, obra del hombre, sin tener en cuenta que exalta un atributo a expensas de otro, necesario por igual para la perfección divina.

Levantados sobre una hipótesis falsa, sus argumentos en favor del estado de naturaleza son verosímiles, pero erróneos. Digo erróneos porque afirmar que el

estado de naturaleza es preferible a la civilización, en toda su perfección posible, es, en otras palabras, someter a juicio la sabiduría suprema; y la exclamación paradójica de que Dios ha creado todas las cosas bien y que el error ha sido introducido por la criatura que él formó^[5], sabiendo lo que hacía, es tan poco filosófica como impía.

Cuando aquel Ser sabio que nos creó y colocó aquí concibió esta hermosa idea, quiso, al permitir que fuera así, que las pasiones desarrollaran nuestra razón, porque pudo ver que el mal presente produciría el bien futuro. ¿Podía la desvalida criatura a la que trajo de la nada escaparse de su providencia y aprender audazmente a conocer el bien a través de la práctica del mal, sin su permiso? No.

¿Cómo pudo ese enérgico defensor de la inmortalidad argumentar de forma tan inconsistente? Si la humanidad hubiera permanecido siempre en el brutal estado de naturaleza, que ni siquiera su mágica pluma puede pintar como un estado en que arraigar una sola virtud, habría resultado evidente, aunque no para el caminante sensible y poco reflexivo, que el hombre nació para recorrer el ciclo de la vida y la muerte, y adornar el jardín de Dios con algún propósito que no podría reconciliarse fácilmente con sus atributos.

Pero si, para coronar el conjunto, se tenían que crear criaturas racionales a las que se autorizaba a aumentar su excelencia mediante el ejercicio de poderes implantados para ese cometido; si la misma benignidad tuvo a bien dar existencia a una criatura por encima de las bestias^[i], que podía pensar y mejorarse, ¿por qué debe llamarse a este don inestimable, porque es un don, en términos directos, una maldición? Pues el hombre fue creado de manera que tuviese capacidad para estar por encima del estado en que las sensaciones producen un bienestar animal. Se podría considerar una maldición si toda nuestra existencia estuviese limitada por nuestra continuación en este mundo, ya que ¿por qué la fuente divina de la vida^[6] debería darnos las pasiones y el poder de reflexionar sólo para amargar nuestros días e inspirarnos nociones equivocadas de dignidad? ¿Por qué debería conducirnos del amor a nosotros mismos a las sublimes emociones que el descubrimiento de su sabiduría y bondad provoca, si estos sentimientos no se pusieran en movimiento para mejorar nuestra naturaleza, de la que forman parte^[ii], y hacernos capaces de disfrutar de una mayor porción divina de felicidad? Firmemente persuadida de que no existe mal en el mundo que Dios no haya decidido que tuviera lugar, fundamento mi creencia en su perfección.

Rousseau se esfuerza en probar que originalmente todo *era* correcto; una multitud de autores en que todo *es* ahora correcto, y yo en que todo *será* correcto.

Pero, de acuerdo con su primera posición, junto al estado de naturaleza, Rousseau celebra la barbarie e, increpando la sombra de Fabricio, olvida que, al conquistar el mundo, los romanos nunca soñaron con establecer su propia libertad sobre bases firmes o con extender el reino de la virtud^[7]. Deseoso por apoyar su sistema, estigmatiza como vicioso todo esfuerzo del genio; y, para expresar la apoteosis de las virtudes salvajes, exalta las de los semi-dioses, que eran escasamente humanos: los

brutales espartanos que, desafiando la justicia y gratitud, sacrificaban a sangre fría a los esclavos que se habían portado como héroes para rescatar a sus opresores.

Hastiado de los comportamientos y las virtudes artificiales, el ciudadano de Ginebra, en lugar de tamizar de forma adecuada el tema, se deshizo del trigo y de la cizaña, sin detenerse a indagar si los males que su alma ardiente rechazaba indignada eran el resultado de la civilización o los vestigios de la barbarie. Vio el vicio pisoteando a la virtud y a la apariencia de bondad ocupando el lugar de la realidad; vio el talento doblegado por el poder con fines siniestros, y nunca pensó en rastrear el gigantesco mal hasta el poder arbitrario, hasta las distinciones hereditarias, que chocan con la superioridad mental que sitúa por encima de modo natural a un hombre sobre sus semejantes. No percibió que el poder real, en pocas generaciones, introduce la idiotez en el linaje noble y ofrece el cebo que vuelve vagos y viciosos a miles.

Nada puede ubicar el carácter real en una posición más despreciable que los diversos crímenes que han elevado a los hombres a la dignidad suprema. Viles intrigas, crímenes contra natura y todo vicio que degrada nuestra naturaleza han sido los peldaños de esta distinguida eminencia; y, sin embargo, millones de hombres han consentido, sumisos, que las débiles extremidades de la posteridad de esos rapaces merodeadores descansan tranquilamente en sus tronos ensangrentados^{[8][iii]}.

¿Qué sino un pestilente vapor puede cernirse sobre la sociedad cuando su principal mandatario solamente se ha instruido en la invención de crímenes o en la tonta rutina de ceremonias de niños? ¿Nunca serán los hombres inteligentes?, ¿nunca cesarán de esperar maíz de la cizaña y peras del olmo?^[9]

Cuando se dan las circunstancias más favorables, resulta imposible para cualquier hombre adquirir el suficiente conocimiento y fortaleza de mente para cumplir los deberes de un rey, al que se ha confiado un poder incontrolado; ¿cómo deben violarse, entonces, cuando su mismo ascenso es una barrera insuperable para el logro de la sabiduría o virtud, cuando todos los sentimientos de un hombre se encuentran ahogados por la adulación y el placer deja fuera la reflexión! Sin duda es una locura hacer que el destino de miles dependa del capricho de semejante débil, cuya mera posición le coloca por debajo del más miserable de sus súbditos. Pero no se debe mermar un poder para exaltar otro, porque todo poder embriaga al hombre débil, y su abuso prueba que, cuanto mayor igualdad exista entre los hombres, mayor virtud y felicidad reinarán en la sociedad. No obstante, ésta o cualquier otra máxima similar deducida de la razón simple aumentan la indignación, pues la Iglesia o el Estado se encuentran en peligro si no se tiene fe absoluta en la sabiduría de los tiempos antiguos. Y aquellos que, movidos por la visión de la calamidad humana, se atreven a atacar su autoridad, son vilipendiados por despreciar a Dios y ser enemigos del hombre. Son calumnias amargas que han alcanzado a uno de los mejores hombres^[10] [iv], cuyas cenizas todavía predicen paz y cuya memoria pide una pausa respetuosa, cuando se tratan temas que reposan tan cerca de su corazón.

Tras atacar la majestad sagrada de los reyes, es poco probable que cause sorpresa añadir mi firme convicción de que es muy perjudicial para la moralidad toda profesión cuyo poder suponga una gran subordinación de rango.

Un ejército permanente, por ejemplo, es incompatible con la libertad, porque la subordinación y el rigor son los pilares mismos de la disciplina militar; y el despotismo es necesario para proporcionar vigor a los proyectos que uno dirigirá. Un espíritu inspirado por las nociones románticas del honor, una especie de moralidad basada en los usos de la época, sólo pueden sentirlo unos cuantos oficiales, mientras que el cuerpo general debe ser movido mediante órdenes, como las olas del mar; porque el fuerte viento de la autoridad empuja hacia adelante con furia temeraria a la multitud de subalternos, que poco conocen o les importa el porqué.

Además, nada puede ser tan perjudicial para la moral de los habitantes de las poblaciones rurales como la residencia temporal de un grupo de jóvenes indolentes y superficiales, cuya sola preocupación es la galantería y cuyos pulidos modales hacen más peligroso el vicio, al disimular su deformidad bajo alegres ropajes ornamentales. Una apariencia de moda, que no es más que una señal de esclavitud y prueba que el alma no tiene un fuerte carácter individual, impresiona a la sencilla gente del campo, que imita los vicios cuando no puede captar los encantos evasivos de la cortesía. Todo cuerpo es una cadena de déspotas que, al someter y tiranizar sin ejercitar su razón, se convierten en un peso muerto de vicio e insensatez para la comunidad. Un hombre de rango o fortuna, seguro de su ascenso por el interés, no tiene otra cosa que hacer sino perseguir algún excéntrico asunto, mientras que el *caballero* necesitado, que tiene que ascender, como bien afirma la frase, por su mérito, se convierte en un parásito servil o un vil halagador.

Los marinos, los caballeros navales, reciben la misma descripción, salvo porque sus vicios adquieren un aspecto diferente y más grosero. Son más indolentes, cuando no cumplen las ceremonias de su puesto, mientras que la insignificante agitación de los soldados puede denominarse indolencia activa. Más limitados a la compañía de los hombres, los primeros adquieren cierta afición al humor y las bromas maliciosas, mientras que los últimos, al mezclarse con frecuencia con mujeres bien educadas, adquieren una jerga sentimental. Pero la razón queda por igual fuera de cuestión, tanto si conduce a la carcajada como a la sonrisa amable.

¿Se me permitiría extender la comparación a una profesión donde se encuentra con mayor certeza la razón, puesto que el clero tiene oportunidades superiores de perfeccionamiento, aunque la sumisión restringe casi por igual sus facultades? La ciega sumisión a las normas de creencia impuestas en el seminario afecta desde el noviciado al sacerdote, que debe respetar servilmente la opinión de su rector o patrón si quiere prosperar en su profesión. Quizá no pueda darse un contraste más contundente que el existente entre el modo de andar servil y dependiente de un pobre sacerdote y el semblante distinguido de un obispo. Y el respeto y desprecio que inspiran hacen el cumplimiento de sus distintas funciones igualmente inútil.

Es de gran importancia observar que el carácter de todo hombre se encuentra formado, en cierto grado, por su ocupación. Un hombre con sentido puede que sólo presente una forma de semblante que desaparece conforme traza su individualidad, mientras que es raro que el hombre común y débil posea otro carácter que no sea el que pertenece al cuerpo; por lo menos, todas sus opiniones han sido tan maceradas en el cáliz de consagración por la autoridad, que no puede distinguirse el tenue alcohol que producen las uvas de su propio mosto.

Por lo tanto, la sociedad, como se hace evidente cada vez más, debe ser muy cuidadosa en no crear cuerpos de hombres que necesariamente se volverán viciosos o necios por la misma naturaleza de sus profesiones.

En la infancia de la sociedad, cuando los hombres se encontraban saliendo de la barbarie, los jefes y los sacerdotes, al tocar los resortes más poderosos de la conducta salvaje, la esperanza y el temor, debían poseer un dominio ilimitado. La aristocracia, sin duda, es naturalmente la primera forma de gobierno. No obstante, al perder pronto el equilibrio los intereses en conflicto, de la confusión de las luchas ambiciosas aparecen la monarquía y la jerarquía, asegurándose sus cimientos mediante las posesiones feudales. Esto parece ser el origen del poder de la monarquía y el poder eclesiástico y los albores de la civilización. Pero esos materiales combustibles no pueden ser acumulados largo tiempo y, al encontrar una salida en las guerras exteriores y en las insurrecciones intestinas^[11], el pueblo adquiere algún poder en el tumulto, que obliga a sus gobernantes a disfrazar su opresión con una muestra de derecho. Por tanto, como las guerras, la agricultura, el comercio y la literatura expanden el entendimiento, los déspotas se ven forzados a hacer que la corrupción encubierta mantenga firme el poder que anteriormente fue arrebatado por la fuerza abierta^[v]. Y esta pútrida gangrena latente se extiende más rápidamente mediante la lujuria y la superstición, los verdaderos despojos de la ambición. El títere indolente de una corte se vuelve al principio un monstruo lujurioso o un sensualista exigente y luego se contagia de lo que su estado antinatural despliega, el instrumento de la tiranía.

La pestilente púrpura^[12] es la que hace que el progreso de la civilización resulte una maldición y deforma la comprensión, hasta el punto de que los hombres de sensibilidad dudan de si el desarrollo del intelecto produce una mayor porción de felicidad o miseria. Pero la naturaleza del veneno muestra su antídoto; y si Rousseau hubiese subido un peldaño más en su investigación o su mirada hubiera podido traspasar la atmósfera espesa que no se dignó casi a respirar; su mente activa se hubiera lanzado a contemplar la perfección del hombre en el establecimiento de la civilización verdadera, en lugar de emprender su feroz retorno a la noche de la ignorancia sensual.

II. DISCUSIÓN ACERCA DE LA OPINIÓN PREPONDERANTE DE UN CARÁCTER SEXUAL

Con el fin de explicar y excusar la tiranía de los hombres, se han esgrimido muchos argumentos ingeniosos para demostrar que los dos sexos, en el logro de la virtud, deben tender a alcanzar un carácter muy diferente; o, para expresarlo de modo más explícito, no se admite que las mujeres posean la suficiente fortaleza de mente para adquirir lo que realmente merece el nombre de virtud. Sin embargo, al admitir que tienen almas, debería parecer que sólo hay un camino designado por la Providencia para conducir a la *humanidad* a la virtud o la felicidad.

Si las mujeres no son una manada de seres frívolos y efímeros, ¿por qué se las debería mantener en la ignorancia bajo el nombre engañoso de inocencia? Los hombres se quejan, y con razón, de la insensatez y los caprichos de nuestro sexo, cuando no se burlan con agudeza de nuestras impulsivas pasiones y nuestros vicios serviles. He aquí lo que debería responder: ¡el efecto natural de la ignorancia! La mente que sólo descansa en prejuicios siempre será inestable y la corriente marchará con furia destructiva cuando no existan barreras que rompan su fuerza. A las mujeres desde su infancia se les dice, y se les enseña con el ejemplo de sus madres, que para obtener la protección del hombre basta un pequeño conocimiento de la debilidad humana, denominado de forma más precisa astucia, suavidad de temperamento, *aparente* obediencia y una atención escrupulosa a una especie de decoro pueril; y, si son hermosas, todo lo demás es innecesario, al menos durante veinte años de sus vidas.

De este modo describe Milton^[1] a nuestra primera y frágil madre; aunque, cuando nos dice que las mujeres fueron creadas para la dulzura y la gracia seductora^[2], no puedo comprender su significado, a menos que, en el verdadero sentido mahometano, pensase en privarnos del alma e insinuar que sólo somos seres designados para agradar los sentidos del hombre mediante el encanto dulce y atractivo y la obediencia ciega y dócil, cuando el mismo hombre no puede por más tiempo elevarse sobre las alas de la contemplación.

¡De qué modo tan grosero nos insultan quienes así nos aconsejan hacer de nosotras sólo animales gentiles y domésticos! Por ejemplo, la encantadora dulzura que gobierna bajo la obediencia y que tan calurosa y frecuentemente es recomendada. ¡Qué expresiones tan pueriles, y qué insignificante es el ser —¿puede ser inmortal?— que condesciende a gobernar mediante métodos tan deplorables! Lord Bacon afirma: «Ciertamente, el hombre pertenece a la familia de las bestias por su cuerpo; y, si no perteneciera a la de Dios por su espíritu, sería una criatura baja e innoble»^[3]. Es cierto, me parece que los hombres actúan de modo muy poco filosófico cuando tratan de lograr la buena conducta de las mujeres manteniéndolas siempre en un estado de infancia. Rousseau fue más coherente cuando deseaba detener el progreso de la razón en ambos sexos, porque, si los hombres comen del árbol del conocimiento^[4], las

mujeres irán a probarlo; pero de la formación imperfecta que ahora reciben sus entendimientos sólo logran el conocimiento del mal.

Reconozco que los niños deberían ser inocentes; pero, cuando este epíteto se aplica a hombres o mujeres, sólo es un término cortés de debilidad. Porque si se admite que las mujeres estaban destinadas por la Providencia a adquirir las virtudes humanas, mediante el ejercicio de su entendimiento, y ese equilibrio de carácter que constituye el terreno más sólido donde sostener nuestras esperanzas futuras, se les debe permitir volver a la fuente de luz, en vez de forzarlas a adaptar su curso al titilar de un mero satélite. Confieso que Milton fue de una opinión muy diferente, ya que sólo reconoce el irrevocable derecho de la belleza, aunque resulta difícil hacer consistentes dos pasajes que quiero contrastar ahora. Pero a menudo grandes hombres, llevados por sus sentidos, se han visto en similares inconsistencias.

l, adornada de una *belleza perfecta*,
respondió: «Mi autor y mi soberano,
ida que yo te obedezca *sin replicar*»;
s lo ordena así; Dios es tu ley,
res mía. La gloria de una mujer
iencia más dichosa
cifra en no saber más^[5].

Éstos son los argumentos que he empleado exactamente para los niños, pero he añadido: vuestra razón ahora está consiguiendo fuerza y hasta que alcancéis cierto grado de madurez, debéis pedirme consejo; después tenéis que meditar y sólo confiar en Dios.

Sin embargo, en los versos siguientes Milton parece estar de acuerdo conmigo, cuando hace que Adán objete frente a su Creador:

o me has hecho tu representante?
o has ordenado que esas criaturas
rvieran colocadas en una categoría
y inferior a la mía? Entre seres *desiguales*,
é sociedad, qué armonía, qué verdadera
cia puede existir? Todo lo que ha de ser mutuo
e darse y recibirse en justa proporción;
o en la *desigualdad*, si el uno está muy elevado
otro rebajado, no pueden concertarse mutuamente,
o, por el contrario, pronto será enojoso.
quiero hablar de *compañía*
cual la busco, capaz de participar
odo goce racional^[6].

Así pues, al tratar la conducta de las mujeres, prescindamos de los argumentos sensuales y esforcémonos en intentar cooperar, si la expresión no resulta demasiado osada, con el Ser Supremo.

Por educación individual entiendo (pues el sentido de la palabra no está definido con precisión) una atención al niño para que agudice lentamente los sentidos y forme el carácter, regule las pasiones cuando comienzan a bullir y ponga a funcionar el

entendimiento antes de que el cuerpo alcance la madurez, de tal forma que el hombre sólo continúe, no comience, la importante labor de aprender a razonar y pensar.

Para evitar cualquier interpretación equivocada, debo añadir que no considero que la educación personal pueda hacer milagros, tal como le atribuyen algunos escritores optimistas. Los hombres y las mujeres deben educarse, en gran medida, a través de las opiniones y costumbres de la sociedad en la que viven. En cada época ha habido una corriente de opinión popular que ha sobresalido y ha dado al siglo, por expresarlo de algún modo, un carácter familiar. Por tanto, puede extraerse debidamente la conclusión de que, mientras que la sociedad no se constituya de modo diferente, no es posible esperar mucho de la educación. Sin embargo, resulta suficiente para mi propósito presente afirmar que, cualquiera que sea el efecto que las circunstancias tengan sobre las facultades, todo ser puede volverse virtuoso, mediante el ejercicio de su propia razón. Pues si uno sólo fuese creado con inclinaciones viciosas, esto es, positivamente malo, ¿qué puede salvarnos del ateísmo? O ¿no será el Dios que adoramos un demonio?

Por consiguiente, la educación más perfecta constituye, en mi opinión, un ejercicio del entendimiento, orientado lo mejor posible para fortalecer el cuerpo e instruir el corazón. O, en otras palabras, que capacite al individuo tanto en el logro de prácticas de virtud como en la independencia. De hecho, es una farsa llamar virtuoso a un ser cuyas virtudes no son resultado del ejercicio de su propia razón. Ésta era la opinión de Rousseau con respecto a los hombres; yo la extiendo a las mujeres y afirmo con seguridad que lo que las ha sacado de su ámbito ha sido el falso refinamiento y no el intento por adquirir cualidades masculinas. Sin embargo, el regio homenaje que reciben es tan embriagador, que mientras que las costumbres de la época no cambien y se formen sobre principios más razonables, puede que sea imposible convencerlas de que el poder ilegítimo que obtienen al degradarse a sí mismas resulta una maldición y de que deben regresar a la naturaleza y a la igualdad si desean preservar la satisfacción plácida que transmiten los afectos sencillos. Pero en esta época debemos esperar, quizá, hasta que los reyes y nobles, iluminados por la razón, prefieran la dignidad real del hombre al estado de infantilismo, y se desprendan de sus llamativas galas hereditarias; pues entonces las mujeres no renuncian al poder arbitrario de la belleza, demostrarán que poseen *menos* inteligencia que el hombre.

Se me puede acusar de arrogante, pero, pese a ello, debo declarar que estoy firmemente convencida de que todos los escritores que han abordado el tema de la educación y la conducta femeninas, desde Rousseau hasta el doctor Gregory^[7], han contribuido a hacer de las mujeres los caracteres más débiles y artificiales que existen y, como consecuencia, los miembros más inútiles de la sociedad. Podría haber expresado esta convicción en un tono más comedido, pero me temo que habría parecido un fingido lloriqueo, no la ferviente expresión de mis sentimientos, extraídos del resultado evidente de la experiencia y la reflexión. Cuando llegue a esta

parte del tema, me referiré a los pasajes que más desaprubo en las obras de los autores mencionados; pero primero es preciso advertir que mi objeción se extiende al propósito general de estos libros, que, en mi opinión, tienden a degradar a una mitad de la especie humana y a hacer agradables a las mujeres a expensas de toda virtud sólida.

Sin embargo, para discutir en el terreno de Rousseau, si el hombre ha obtenido un grado de perfección de mente cuando su cuerpo alcanza la madurez, sería apropiado que ella confiara en su entendimiento, para hacer a éste y su esposa *uno*; y la hiedra airosa, abrazando al roble que la sostiene, formaría un todo en el que fuerza y belleza destacarían por igual. Pero, ¡ay!, los maridos, al igual que sus esposas, a menudo sólo son niños grandes —mejor dicho, debido a una vida disipada precoz, apenas hombres en su apariencia externa—, y, si el ciego conduce al ciego^[8], no es necesario que alguien descienda del cielo para contarnos la consecuencia.

En el actual estado corrupto de la sociedad son muchas las causas que contribuyen a esclavizar a las mujeres, limitando su entendimiento y agudizando sus sentidos. Quizá una causa que disimuladamente ocasiona mayor mal que todas las restantes es su desinterés hacia el orden.

Hacer las cosas de modo ordenado supone el precepto más importante que en general las mujeres, al recibir únicamente un tipo de educación desordenada, rara vez observan tan estrictamente como los hombres que desde su infancia han sido educados por este método. Esta especie de suposición negligente —porque, ¿qué otro epíteto puede utilizarse para indicar la actividad azarosa de una suerte de sentido común instintivo que nunca ha superado la prueba de la razón?— les impide extraer generalizaciones de los hechos; de tal modo que hacen hoy lo que hicieron ayer, simplemente porque lo hicieron ayer.

Este desprecio del entendimiento en las primeras etapas de la vida tiene consecuencias más nefastas de lo que habitualmente se supone; porque el pequeño conocimiento que las mujeres de mayor capacidad de entendimiento alcanzan resulta, por distintas circunstancias, una especie más inconexa que el de los hombres y es adquirido en mayor medida por puras observaciones de la vida real que de la comparación que ha sido individualmente observada, con los resultados de la experiencia generalizada mediante la especulación. Llevadas por su situación de dependencia y sus ocupaciones domésticas a estar más en sociedad, lo que aprenden es fragmentario y como, en general, el aprendizaje es para ellas sólo algo secundario, no persiguen ninguna materia con esa perseverante energía necesaria para dar fuerza a las facultades y claridad al juicio. En el estado presente de la sociedad, se requiere tan sólo un poco de aprendizaje para confirmar el carácter de un caballero, y los niños se ven obligados a someterse a unos cuantos años de disciplina. Pero, en la educación de las mujeres, el cultivo del entendimiento siempre está subordinado a la adquisición de ciertas capacidades corporales. Incluso cuando, debilitado por la reclusión y las falsas nociones de modestia, el cuerpo se ve impedido de alcanzar ese encanto y

belleza que los miembros relajados y a medio formar nunca exhiben. Además, en la juventud no se desarrollan sus facultades mediante la rivalidad y, como no realizan estudios científicos serios, si poseen una agudeza natural, ésta se orienta demasiado pronto hacia la vida y el comportamiento. Se ocupan de efectos y modificaciones, sin trazar el origen de sus causas, y las complicadas reglas que rigen la conducta constituyen un débil sustituto para los principios elementales.

Como prueba de que la educación ofrece esa apariencia de debilidad a las mujeres, podemos citar el ejemplo de los militares, que, como ellas, son enviados al mundo antes de que sus mentes se hayan provisto de conocimiento o se hayan fortalecido mediante principios. Las consecuencias son similares: los soldados adquieren unos pocos conocimientos de carácter superficial, recogidos de la corriente enfiada de la conversación, y alcanzan, al mezclarse continuamente en sociedad, lo que se denomina conocimiento del mundo. Esta confianza con las costumbres y hábitos cotidianos se ha confundido a menudo con un conocimiento del corazón humano. Pero ¿puede el resultado grosero de la observación casual, que nunca ha pasado la prueba del juicio, formado mediante la comparación de la especulación y la experiencia, merecer mejor ese nombre? Los soldados, así como las mujeres, practican las virtudes menores con una amabilidad meticulosa. ¿Dónde se encuentra entonces la diferencia sexual, cuando la educación ha sido la misma? Todas las diferencias que puedo comprender surgen de la ventaja superior de la libertad, que permite a los primeros ver más mundo.

Quizá sea extraviarse del tema presente hacer una observación política, pero, como surgió de forma natural al hilo de mis reflexiones, no la pasaré por alto.

Los ejércitos permanentes nunca pueden estar constituidos por hombres decididos y fuertes; podrán ser máquinas bien disciplinadas, pero raramente incluirán hombres motivados por fuertes pasiones o de capacidades muy vigorosas. En cuanto a la profundidad del entendimiento, me aventuraré a afirmar que resulta tan raro encontrarlo en el ejército como entre las mujeres. Y mantengo que la causa es la misma. Puede observarse además que los oficiales están también especialmente centrados en sus personas, aficionados como son a los bailes, las habitaciones repletas de gente, las aventuras y las burlas^[1]. La galantería, al igual que para el *bello sexo*, supone el objetivo de sus vidas; se les enseñó a agradar y sólo viven para ello. No obstante, no pierden su rango en la distinción de los sexos, dado que todavía se les reconoce una superioridad respecto a las mujeres, pese a que es difícil descubrir en qué consiste su superioridad, más allá de lo que acabo de mencionar.

La gran desgracia es ésta, que ambos adquieren comportamientos antes que principios morales, y conocimiento de la vida antes de que hayan comprendido, mediante la reflexión, el gran planteamiento ideal de la naturaleza humana. El resultado es natural. Satisfechos con lo cotidiano, son presa de los prejuicios y, al dar crédito a todas sus opiniones, se someten ciegamente a la autoridad. De tal forma que, si poseen algún sentido, es una especie de mirada instintiva que reconoce las

proporciones y decide respecto a la conducta, pero que fracasa a la hora de analizar opiniones o entender argumentos complejos.

¿No podría aplicarse la misma observación a las mujeres? Mejor dicho, el argumento puede llevarse todavía más lejos, puesto que ambos se han quedado sin un puesto de utilidad debido a las distinciones no naturales establecidas en la vida civilizada. Las riquezas y los honores de carácter hereditario han convertido a las mujeres en ceros para dar categoría a las cifras. La ociosidad ha producido en la sociedad una mezcla de galantería y despotismo que lleva incluso a los mismos hombres, esclavos de sus amantes, a tiranizar a sus hermanas, esposas e hijas. Es cierto que esto sólo es una manera de mantenerlas en su lugar. Fortalezcamos la mente femenina ampliándola y concluirá la obediencia ciega. Pero, como el poder persigue la obediencia ciega, los tiranos y los libertinos están en lo cierto cuando tratan de mantener a la mujer en la oscuridad, porque los primeros sólo desean esclavos y los últimos un juguete. El sensualista ha sido, en realidad, el más peligroso de los tiranos; las mujeres han sido embaucadas por sus amantes, como los príncipes por sus ministros, mientras soñaban que reinaban sobre ellos.

Aludo ahora especialmente a Rousseau, porque su personaje de Sofía^[9] es sin duda cautivador, pese a que resulta enormemente artificial. Sin embargo, lo que quiero criticar son los principios en los que se basa su educación, los cimientos de su carácter, no la estructura superficial. Pese a la cálida admiración que siento por el talento de este capaz escritor, cuyas opiniones con frecuencia tendré ocasión de citar, ésta se vuelve siempre indignación, y el ceño serio de la virtud ofendida borra la sonrisa de complacencia que sus párrafos elocuentes acostumbran a suscitar, cuando leo sus voluptuosos ensueños. ¿Es éste el hombre que, en su afán por la virtud, desterraría todas las artes delicadas de la paz y casi nos devolvería a la disciplina espartana? ¿Es éste el hombre que disfruta retratando las fructuosas luchas de la pasión, el triunfo de las buenas disposiciones y las heroicas idas y venidas que dejan fuera de sí al alma encendida? ¡Cómo se rebajan estos inmensos sentimientos cuando describe el hermoso pie y el gesto seductor de su pequeña preferida! Pero abandono el asunto, por el momento; y, en lugar de censurar severamente las efusiones pasajeras de una sensibilidad soberbia, tan sólo destacaré que cualquiera que haya mirado con benevolencia a la sociedad, con frecuencia debe haberse sentido gratificado a la vista del modesto amor mutuo que no dignifica el sentimiento o fortalece la unión desde motivos intelectuales. Las menudencias domésticas diarias han dado pie a la conversación animosa y las caricias inocentes han suavizado las labores que no requerían gran esfuerzo de mente o amplitud de pensamiento. ¿No ha suscitado más ternura que respeto esta imagen de felicidad moderada? Una emoción similar a la que sentimos cuando los niños juegan o los animales retozan^[ii]; mientras despierta admiración la contemplación de la noble lucha del mérito, que conduce nuestros sentimientos a ese mundo donde la sensación cederá a la razón.

Entonces, las mujeres, o son consideradas seres morales, o bien son tan débiles que deben someterse enteramente a las facultades superiores de los hombres.

Analicemos esta cuestión. Rousseau expresa que una mujer jamás debería, ni por un momento, sentirse independiente, que debería moverse por el miedo a ejercitar su astucia *natural*, y que se trata de hacer de ella una esclava coqueta, con el fin de convertirse en un objeto de deseo más seductor, una compañía más *dulce* para el hombre, cuando quiera relajarse. Lleva sus argumentos todavía más lejos, pretendiendo extraerlos de los indicios de la naturaleza, e insinúa que verdad y fortaleza, las piedras angulares de toda virtud humana, deberían ser cultivadas con ciertas restricciones, porque, en relación al carácter femenino, la obediencia constituye la gran lección que debe inculcarse con vigor implacable.

¡Qué sinsentido! ¿Cuándo surgirá un gran hombre con la suficiente fuerza de mente para hacer desvanecer los humos que el orgullo y la sensualidad han extendido sobre el asunto? O bien las mujeres son por naturaleza inferiores a los hombres y sus virtudes deben ser las mismas en cuanto a calidad, ya que no en grado, o la virtud constituye una noción relativa; en consecuencia, su conducta debería estar basada en los mismos principios y tener el mismo objetivo.

Vinculadas al hombre como hijas, esposas y madres, su carácter moral puede valorarse por la forma en que llevan a cabo estas simples obligaciones; pero el objetivo, el gran objetivo de su esfuerzo, debería ser realizar sus propias facultades y adquirir la dignidad de la virtud consciente. Pueden intentar hacer más placentero su camino, pero jamás deben olvidar, al igual que el hombre, que la vida no proporciona la felicidad que puede satisfacer a un alma inmortal. No deseo insinuar que cualquiera de los dos sexos debería perderse tanto en divagaciones abstractas o en perspectivas lejanas como para olvidar los afectos y las obligaciones que tienen enfrente y que son, en verdad, los medios indicados para producir el fruto de la vida; por el contrario, les recomendaría enérgicamente, e incluso afirmo, que proporcionan mayor satisfacción cuando se consideran bajo la luz verdadera y sobria.

Probablemente la idea prevaleciente de que la mujer fue creada para el hombre haya surgido de la historia poética de Moisés^[10]; no obstante, como se puede presumir que muy pocos de los que han dedicado algún pensamiento serio al asunto han creído jamás que Eva era, literalmente hablando, una costilla de Adán, debe permitirse que la conclusión se venga abajo o sólo se admita para demostrar que el hombre, desde la antigüedad más remota, ha considerado conveniente ejercer su fuerza para dominar a su compañera y emplear su imaginación para manifestar que ésta debía doblegar su cuello bajo el yugo porque toda la Creación fue fundada de la nada para su conveniencia y placer.

Que no se llegue a la conclusión de que deseo invertir el orden de las cosas. Ya he reconocido que, por la constitución de sus cuerpos, los hombres parecen designados por la Providencia para conseguir un grado mayor de virtud. Hablo del sexo en su conjunto; pero no encuentro vestigios de razón para justificar que sus virtudes deban

ser diferentes respecto a su naturaleza. De hecho, ¿cómo podría ser así, si la virtud posee un único patrón eterno? Así pues, si razono en consecuencia, debo mantener con fuerza que se dirigen en la misma dirección simple, como que existe un Dios.

Se desprende, entonces, que la astucia no debe oponerse a la sabiduría; los pequeños cuidados a los grandes esfuerzos; o la suavidad insípida, disfrazada con el nombre de gentileza, a la fortaleza que sólo pueden inspirar las grandes visiones.

Se me dirá que la mujer perdería entonces muchos de sus encantos peculiares y se podría citar, para refutar mi poco cualificada afirmación, la opinión de un poeta conocido. Porque Pope ha dicho, en nombre de todo el sexo masculino:

¡ás estuvo ella tan segura de suscitar nuestra pasión
no cuando tocaba el borde de todo lo que odiamos^[11].

Dejaré al juicioso determinar bajo qué luz coloca esta agudeza a hombres y mujeres. Mientras tanto, me contentaré con observar que, a menos que sean mortales, no puedo descubrir por qué debe menospreciarse siempre a las mujeres haciéndolas sirvientas del amor o la lujuria.

Sé que hablar irrespetuosamente del amor constituye una alta traición contra los sentimientos nobles y bellos; pero deseo hablar en el lenguaje sencillo de la verdad y dirigirme más a la cabeza que al corazón. Intentar expulsar el amor del mundo por medio del argumento racional sería ir más allá que Don Quijote y ofende por igual al sentido común; pero resulta menos aventurado intentar refrenar esta pasión tumultuosa y probar que no debe permitírsele destronar a los poderes superiores o usurpar el cetro que el entendimiento ha de empuñar con serenidad.

La juventud es la etapa del amor para ambos sexos y, en esos días de placer despreocupado, se deben hacer previsiones para los años más importantes de la vida, cuando la reflexión toma el lugar de la sensación. Pero tanto Rousseau como la mayoría de los escritores que han seguido sus pasos han insistido con vehemencia en que la educación de las mujeres debe dirigirse en su totalidad a un punto: hacerlas agradables.

Discutamos con los que suscriben esta opinión y poseen algún conocimiento de la naturaleza humana. ¿Imaginan ellos que el matrimonio puede erradicar las costumbres de la vida? La mujer a la que sólo se le ha enseñado a agradar pronto descubrirá que sus encantos equivalen a rayos de sol oblicuos y que no surten mucho efecto sobre el corazón de su marido cuando son vistos todos los días, cuando el verano ya ha finalizado. ¿Tendrá entonces suficiente energía propia para buscar reposo dentro de ella misma y cultivar sus facultades adormecidas?, ¿o no resultará más racional esperar que trate de agradar a otros hombres y olvidar, con las emociones de las nuevas conquistas, la aflicción que ha recibido su amor o su orgullo? Cuando el marido deja de ser un amante, y ese momento inexorablemente llegará, su deseo de agradar se volverá lánguido o fuente de amargura; y quizá el amor, la más efímera de todas las pasiones, dará paso a los celos o a la vanidad.

Hablaré ahora de las mujeres que se refrenan por principios o prejuicios. Pese a que rehusarían una intriga amorosa con verdadera aversión, desean ser convencidas mediante el homenaje galante de que están cruelmente descuidadas por sus maridos; o transcurren días y semanas soñando con la felicidad de la que disfrutaban las almas congeniales, hasta que el descontento mina su salud y rompe su espíritu. ¿Cómo puede, entonces, ser el gran arte de agradar un estudio tan necesario? Sólo lo es para una amante. La esposa casta y madre formal debe considerar su poder de agradar sólo como el brillo de sus virtudes, y el afecto de su marido, uno de los consuelos que vuelven su tarea menos difícil y su vida más feliz.

Pero, tanto si es amada o descuidada, su primer deseo debería consistir en hacerse respetable y no delegar toda su felicidad en un ser sujeto a las mismas debilidades que ella.

El ilustre doctor Gregory incurrió en un error similar. Respeto su corazón, pero desapruebo por completo su celebrado *Legacy to his Daughters*^[12].

Les recomienda cultivar su inclinación por los vestidos porque afirma que es lo natural en ellas. Soy incapaz de comprender lo que él o Rousseau quieren decir cuando utilizan con frecuencia este término indefinido. Si nos dijeran que, en un estado anterior, el alma se inclinaba por los vestidos y trajo esta predilección con ella a un nuevo cuerpo, debería escucharles medio sonriendo, como hago a menudo cuando oigo disparates acerca de la elegancia innata. Pero si sólo quería afirmar que el ejercicio de las facultades producirá esta inclinación, lo rechazo. No es natural, sino que surge, como la falsa ambición en los hombres, del amor por el poder.

El doctor Gregory va mucho más allá. En realidad aconseja disimular y recomienda a una muchacha inocente que desmienta sus sentimientos y no baile con atrevimiento, aun cuando la alegría de corazón vuelva sus pies expresivos sin hacer sus ademanes inmodestos. En nombre de la verdad y del sentido común, ¿por qué no debe reconocer una mujer que puede hacer más ejercicio que otra? ¿O, en otras palabras, que posee una constitución fuerte? ¿Y por qué, para sofocar la vivacidad inocente, ha de decirsele de forma oscura que los hombres extraerán conclusiones en las que apenas ha reparado? Que el libertino extraiga las deducciones que le parezcan; pero espero que ninguna madre sensata reprima la sinceridad natural de la juventud inculcándole advertencias tan indecentes. La boca predica la abundancia del corazón^[13] y un ser más sabio que Salomón^[14] ha dicho que el corazón debería ser purificado y que no deberían respetarse ceremonias superficiales, que no resultan muy difíciles de cumplir con exactitud escrupulosa cuando el vicio reina en el corazón.

Las mujeres deben tratar de purificar su corazón^[15], pero ¿pueden hacerlo cuando sus entendimientos sin cultivar las hacen dependientes por completo de sus sentidos para estar ocupadas y divertirse, cuando ninguna actividad noble las sitúa por encima de las pequeñas vanidades diarias o les permite refrenar las emociones salvajes que agitan la caña, sobre la que cualquier brisa pasajera tiene poder^[16]? ¿Es necesaria la

afectación para obtener el afecto de un hombre virtuoso? La naturaleza ha dotado a la mujer con una estructura más débil que al hombre; pero, para asegurarse el afecto de su marido, ¿debe una esposa transigir en emplear artes y fingir una delicadeza enfermiza, a la vez que el ejercicio de su mente y su cuerpo le ha permitido a su constitución mantener su fuerza natural y un tono saludable a sus nervios mientras cumplía las obligaciones de una hermana, esposa y madre? La debilidad puede suscitar la ternura y satisfacer el orgullo arrogante del hombre; pero las caricias complacientes de un protector no gratificarán a una mente noble que desea y merece ser respetada. ¡El cariño constituye un pobre sustituto de la amistad!

Concedo que en un serrallo son necesarias todas estas artes. El epicúreo debe sentir cosquillas en su paladar o se hundirá en la apatía; ¿pero tienen las mujeres tan poca ambición como para sentirse satisfechas con esa condición? ¿Pueden pasarse la vida soñando en medio del placer o de la languidez del cansancio, en lugar de reclamar su derecho a alcanzar placeres razonables y llamar la atención con la práctica de las virtudes que dignifican a la humanidad? Ciertamente no posee un alma inmortal quien puede malgastar la vida sólo en acicalar su persona, cuando podría distraer las lánguidas horas y suavizar los cuidados de un semejante deseoso de ser animado con sus sonrisas y bromas al concluir los asuntos serios de la vida.

Además, la mujer que fortalece su cuerpo y ejercita su mente ocupándose de su familia y practicando varias virtudes se convertirá en la amiga de su marido, en lugar de ser su humilde dependiente; y si la posesión de cualidades tan sustanciales merece su consideración, no le parecerá necesario disimular su afecto o pretender una frialdad antinatural para excitar las pasiones de su marido. De hecho, si retomamos la historia, encontraremos que las mujeres que se han distinguido no han sido las más hermosas ni las más gentiles de su sexo.

La Naturaleza o, para hablar con estricta corrección, Dios, ha hecho todas las cosas rectas; pero el hombre ha perseguido muchas cosas que han echado a perder su obra. Aludo ahora a la parte del tratado del doctor Gregory en la cual recomienda a una esposa que jamás permita que su marido conozca la magnitud de su sensibilidad o de su afecto. Precaución voluptuosa, tan ineficaz como absurda. El amor, por su misma naturaleza, debe ser transitorio. Buscar un secreto que lo hiciese permanente resultaría una tarea tan extravagante como la búsqueda de la piedra filosofal o la gran panacea; y su descubrimiento sería igualmente inútil, o más bien dañino para la humanidad. El nexo más sagrado de la sociedad es la amistad. Como bien apuntó un agudo escritor satírico, «si raro es el amor verdadero, más rara todavía es la verdadera amistad»^[17].

Esto resulta una verdad evidente y su causa poco oscura, la cual no eludirá un breve estudio.

El amor, la pasión habitual en la que la casualidad y la sensación sustituyen a la elección y la razón, es sentido, en alguna medida, por toda la humanidad, por lo que en este momento no resulta necesario hablar de las emociones que se elevan por

encima o se sumen por debajo del amor. Esta pasión, acrecentada de forma natural por la incertidumbre y las dificultades, aleja a la mente de su estado habitual e intensifica los afectos; pero la seguridad del matrimonio, que permite que la fiebre del amor mengüe hasta una temperatura saludable, es considerada insípida sólo por aquellos que no tienen suficiente intelecto para sustituir la admiración ciega y las emociones sensuales de cariño por la tranquila dulzura de la amistad y la confianza del respeto.

Éste es, debe ser, el curso de la naturaleza. La amistad o la indiferencia suceden inevitablemente al amor y esta naturaleza parece armonizarse perfectamente con el sistema de gobierno que predomina en el mundo moral. Las pasiones estimulan la acción y abren la mente; pero se reducen a meros apetitos, convirtiéndose en una gratificación personal y momentánea, cuando se alcanza el objeto y la mente satisfecha reposa en su disfrute. El hombre que poseía alguna virtud mientras luchaba por una corona, con frecuencia se vuelve un tirano voluptuoso una vez que ésta ciñe su frente; y cuando el marido continúa siendo amante, el senil, presa de los caprichos infantiles y los celos, abandona los serios deberes de la vida, y las caricias que debían provocar la confianza de sus hijos son malgastadas en una niña grande, su esposa.

Con el objetivo de cumplir con las obligaciones de la vida y ser capaces de perseguir con fuerza las distintas ocupaciones que forman el carácter moral, el padre y la madre de una familia no deberían continuar amándose con pasión. Quiero decir que no deben permitirse aquellas emociones que alteran el orden de la sociedad y absorben los pensamientos que deberían emplearse de otra forma. La mente que jamás se ha concentrado en un objeto carece de fuerza, y si es así por mucho tiempo se debilita.

Una educación equivocada, una mente estrecha y sin cultivar y muchos prejuicios sexuales tienden a hacer a las mujeres más constantes que los hombres, pero por el momento no abordaré este aspecto del asunto. Iré todavía más lejos y avanzaré, sin imaginar una paradoja, que con frecuencia un matrimonio infeliz conlleva ventajas para la familia y que, en general, la esposa abandonada es la mejor madre. Y así sería casi siempre si la mente femenina estuviese más desarrollada, pues parece ser el designio común de la Providencia que el placer que obtenemos en el presente debería deducirse de los tesoros de la vida, la experiencia. Y que no podemos recoger al mismo tiempo el fruto sólido del trabajo constante y la sabiduría cuando estamos recolectando las flores del día y deleitándonos en el placer. El camino se presenta ante nosotros y debemos girar a izquierda o derecha; y aquel que pase la vida saltando de un placer a otro no ha de quejarse si no alcanza sabiduría ni respetabilidad de carácter.

Suponiendo por un momento que el alma no es inmortal y que el hombre sólo fue creado para el momento presente, creo que podríamos quejarnos, con razón, de que el amor, cariño infantil, se volviese insípido y aburriese los sentidos. Comamos, bebamos y amemos porque mañana moriremos^[18], sería, de hecho, el lenguaje de la

razón, la moral de la vida; ¿quién sino un insensato desecharía una realidad por una ilusión efímera? Pero si, sobrecogidos al observar los perfectibles poderes de la mente, no nos dignamos a limitar nuestros deseos o pensamientos a un terreno de acción comparativamente tan pobre, que sólo resulta grande e importante cuando está conectado con perspectivas ilimitadas y esperanzas sublimes, ¿qué necesidad hay de un comportamiento falso y por qué debe ser violada la sagrada majestad de la virtud para detener un bien engañoso que socava el fundamento mismo de la virtud? ¿Por qué ha de corromperse la mente femenina con las artes de la coquetería para satisfacer al libertino y evitar que el amor se convierta en amistad o en ternura misericordiosa, cuando no existen cualidades sobre las que construir la amistad? Que el corazón honesto se muestre como es y la *razón* enseñe a la pasión a someterse a la necesidad; o que la digna búsqueda de la virtud y el conocimiento eleve la mente sobre aquellas emociones que amargan más que endulzan el cáliz de la vida, cuando no se encuentran restringidas dentro de los límites debidos.

No quiero aludir a la pasión romántica que está vinculada al talento. ¿Quién puede recortar sus alas? Pero esa gran pasión no proporcional a los placeres insignificantes de la vida sólo es fiel al sentimiento y se alimenta a sí misma. Las pasiones que se han celebrado por su duración siempre han resultado desafortunadas. Su fuerza ha sido adquirida por la ausencia y la melancolía de su carácter. La imaginación ha girado en torno a una forma de belleza débilmente perceptible; pero la familiaridad habría podido transformar la admiración en disgusto o, al menos, en indiferencia y así la ociosa imaginación habría permitido comenzar un nuevo juego. De acuerdo con esta visión de las cosas, Rousseau, con perfecta propiedad, hace que la dueña de su alma, Eloísa, ame a St. Preux cuando la vida se iba apagando ante ella; pero esto no es prueba de la inmortalidad de la pasión^[19].

Del mismo tipo es el consejo del doctor Gregory respecto a la delicadeza de sentimiento, que recomienda a la mujer no adquirir si ha decidido casarse. No obstante, llama a esta determinación, perfectamente consecuente con su consejo previo, *indecorosa* y persuade a sus hijas con toda seriedad para que la disimulen, aunque sus conductas puedan estar gobernadas por ella, como si resultase indecoroso poseer los apetitos comunes de la naturaleza humana.

¡Noble moral!, consecuente con la cautelosa prudencia de un alma pequeña que no puede extender sus valoraciones más allá del minuto presente de la existencia. Si todas las facultades de la mente femenina sólo deben cultivarse si respetan su dependencia del hombre; si cuando consigue un esposo ha llegado a su meta y, mezquinamente orgullosa, descansa satisfecha con semejante miserable corona, que se humille felizmente, ascendida apenas por su empleo sobre el reino animal; pero si, luchando por alcanzar su elevada vocación, mira más allá de la situación presente, que cultive su entendimiento sin pararse a considerar qué carácter tendrá el marido con el que está destinada a casarse. Que ella sola se determine, sin inquietarse demasiado por la felicidad presente, a adquirir las cualidades que ennoblecen al ser

racional y que un marido poco elegante y grosero pueda impresionar su gusto sin destruir su paz mental. No moldeará su alma para adaptarse a las flaquezas de su compañero, sino para soportarlas; su carácter puede ser un padecimiento, pero no un impedimento para la virtud.

Si el doctor Gregory limita su comentario a las expectativas románticas de amor constante y sentimientos agradables, debería haber recordado que la experiencia aparta lo que el consejo nunca puede hacer que dejemos de desear, cuando la imaginación se mantiene viva a expensas de la razón.

Reconozco que con frecuencia acontece que las mujeres que han fomentado una delicadeza de sentimientos romántica y no natural desperdicien sus vidas^[iii] en *imaginar* lo felices que hubieran sido con un esposo que pudiera amarlas con un cariño ardiente cada día mayor y por siempre. Pero podrían languidecer tanto casadas como solteras y no serían ni un ápice más infelices con un mal marido que deseando uno bueno. Reconozco que una educación adecuada o, hablando con mayor precisión, una mente bien equipada, posibilitaría a una mujer soportar la vida de soltera con dignidad; pero que evite cultivar su gusto en caso de que su marido lo ofenda ocasionalmente es abandonar una realidad por una sombra. A decir verdad, no sé qué utilidad trae consigo mejorar el gusto si no hace al individuo más independiente de las desgracias de la vida, si no se abren nuevas fuentes de disfrute que únicamente dependan de las operaciones solitarias de la mente. La gente de gusto, casada o soltera sin distinción, siempre se indignará ante varias cosas que no afectan a las mentes menos observadoras. No debe permitirse que el argumento dependa de esta conclusión, pero, en la suma global del placer, ¿ha de decirse que el gusto es una bendición?

La cuestión es si procura más placer o dolor y la respuesta decidirá el carácter correcto del consejo del doctor Gregory y mostrará cuán absurdo y tiránico resulta establecer un sistema de esclavitud o intentar educar a los seres morales por cualesquiera otras reglas que las que se deducen de la razón pura y que son aplicables al conjunto de la especie.

La suavidad de conducta, la paciencia y la longanimidad^[20] constituyen cualidades tan amables y divinas que la Deidad, con tono poético y sublime, ha sido investida con ellas; y quizá ninguna representación de su bondad le ha asegurado tan enérgicamente el afecto humano como esas representaciones que la describen generosa en misericordia y dispuesta al perdón. La dulzura, considerada desde este punto de vista, porta en su frente todas las características de la grandeza, combinadas con los encantos atractivos de la condescendencia; pero qué aspecto tan diferente cobra cuando se trata de la conducta sumisa de la dependencia, el soporte de la debilidad que ama porque necesita protección y es paciente porque debe soportar los daños silenciosamente, sonriendo bajo el látigo al que no se atreve a enfrentarse. Abyecta como esta imagen es el retrato de una mujer instruida, según la opinión aceptada de la excelencia femenina, separada por argumentadores engañosos de la

excelencia humana, que otras veces restauran^[iv] compasivos la costilla y hacen un ser moral del hombre y de la mujer, sin olvidarse de otorgarle a ella todos los «sumisos encantos»^[21].

No se dice cómo viven las mujeres en ese estado donde no hay matrimonio ni promesa de matrimonio^[22]. Pues aunque los moralistas están de acuerdo en que el curso de la vida parece probar que por diversas circunstancias el *hombre* está preparado para un estado futuro, continuamente coinciden en recomendar a la *mujer* que sólo procure del presente. Sobre esta base se recomienda constantemente la dulzura, la docilidad y el afecto servil del *spaniel* como las virtudes cardinales del sexo; e, ignorando la economía arbitraria de la naturaleza, un escritor ha declarado que resulta masculino para una mujer ser melancólica. Fue creada para ser juguete del hombre, su sonajero, y debe cascabelear en su oído siempre que, al desechar la razón, elija divertirse.

Ciertamente, recomendar la dulzura de manera general resulta estrictamente filosófico. Un ser frágil debería esforzarse para ser dulce. Pero, cuando la paciencia confunde lo correcto y lo erróneo, deja de ser una virtud; y por muy conveniente que se crea en un compañero, éste será siempre considerado como inferior y sólo inspirará una ternura insulsa, que degenera fácilmente en desprecio. De todos modos, si el consejo pudiera realmente hacer dulce a un ser cuya disposición natural no admitiera semejante fino pulido, algo se conseguiría que llevase al avance del orden; pero si, como puede demostrarse rápidamente, ese consejo indiscriminado sólo produce afectación, que arroja un escollo en el camino del perfeccionamiento gradual y la mejora del temperamento, el sexo femenino no se beneficia mucho más al sacrificar virtudes sólidas para obtener encantos superficiales, aunque puedan proporcionar a algunas mujeres, durante algunos años, poder real.

Como filósofa, leo con indignación los epítetos verosímiles que los hombres emplean para atenuar sus insultos, y, como moralista, pregunto qué quieren decir con semejantes asociaciones heterogéneas, tales como bellos defectos, debilidad amable^[23], etc. Si sólo existe un criterio moral y un arquetipo para el hombre, las mujeres parecen estar suspendidas por el destino, de acuerdo con el relato vulgar del féretro de Mahoma^[24]; no poseen el instinto infalible de las bestias ni se les permite fijar la mirada de la razón sobre un modelo perfecto. Fueron hechas para ser amadas y no deben pretender el respeto, si no quieren ser perseguidas por la sociedad como masculinas.

Pero, para ver el tema desde otro punto de vista: ¿son las mujeres pasivas e indolentes las mejores esposas? Limitemos nuestra discusión al momento presente de la existencia y observemos cómo semejantes débiles criaturas representan la parte que les corresponde. Las mujeres que con la obtención de ciertos talentos superficiales han fortalecido los prejuicios prevalecientes, ¿contribuyen a la felicidad de sus maridos simplemente? ¿Exteriorizan sus encantos para entretenerlos meramente? Y ¿posee suficiente carácter para dirigir una familia o educar a sus hijos la mujer que

desde muy temprano ha asimilado nociones de obediencia pasiva? Tan lejos está de ello que, tras investigar la historia de la mujer, hasta ahora no puedo dejar de estar de acuerdo con los críticos más severos al considerar a nuestro sexo el más débil, así como la mitad más oprimida de la especie. ¿Qué otra cosa revela la historia, sino marcas de inferioridad, y cuántas mujeres han logrado emanciparse del yugo irritante del hombre soberano? Tan pocas que las excepciones me recuerdan una ingeniosa conjetura sobre Newton: probablemente fue un ser de un orden superior, enjaulado accidentalmente en un cuerpo humano^[25]. Siguiendo el mismo curso de razonamiento, he sido llevada a imaginar que las pocas mujeres extraordinarias que se han salido en direcciones excéntricas, fuera de la órbita prescrita para su sexo, fueron espíritus *masculinos*, confinados por error en cuerpos femeninos. Pero si no es filosófico pensar en el sexo cuando se menciona el alma, la inferioridad debe depender de los órganos, o el fuego celestial que hace fermentar la arcilla no ha sido otorgado en proporciones iguales.

Pero evitando, como he hecho hasta el momento, cualquier comparación directa de los dos sexos en su conjunto, o reconociendo con franqueza la inferioridad de la mujer, de acuerdo con la apariencia presente de las cosas, solamente insistiré en que los hombres han aumentado esa inferioridad hasta hundir a las mujeres casi por debajo del tipo de criaturas racionales. Dejemos a sus facultades el espacio necesario para que se desarrollen y que sus virtudes se hagan fuertes y determinemos entonces dónde debe ponerse todo el sexo en la escala intelectual. Sin embargo, recuérdese que no pido un lugar para un número pequeño de mujeres distinguidas.

Resulta difícil para nosotros, mortales cegatos, decir a qué altura pueden llegar los descubrimientos y progresos humanos cuando decaiga la oscuridad del despotismo que nos hace tropezar a cada paso; pero cuando la moralidad esté asentada sobre una base más sólida, entonces, sin estar dotada de espíritu profético, me aventuraré a predecir que la mujer será bien la amiga, bien la esclava del hombre. No dudaremos, como en el presente, si es un agente moral o es el vínculo que une al hombre con los animales. Pero si parece entonces que, como las bestias, fueron creadas fundamentalmente para el uso del hombre, se las dejará morder la brida pacientemente y nadie se mofará de ellas con cumplidos vacíos; al igual que, si se prueba su racionalidad, no se impedirá su perfeccionamiento para satisfacer meramente sus apetitos sensuales. No se les recomendará implícitamente, con todos los encantos de la retórica, que sometan sus entendimientos a la guía del hombre. Cuando se trate de su educación, no se afirmará que nunca deben emplear la razón libremente, ni se recomendará astucia y disimulo a los seres que estén adquiriendo, con sus propias maneras, las virtudes de la humanidad.

Sin duda, si la moralidad posee cimientos eternos, sólo puede haber una regla de derecho, y quienquiera que sacrifique la virtud en su sentido estricto a la conveniencia presente, o cuyo *deber* sea actuar de semejante manera, vive sólo para el día efímero y no puede ser una criatura responsable.

Entonces el poeta estaría burlándose cuando afirmó:

as débiles mujeres se extravían,
estrellas son más culpables que ellas^[26].

Porque es más cierto que están atadas a la inquebrantable cadena del destino si se prueba que nunca van a ejercitar su propia razón, nunca serán independientes, nunca van a situarse por encima de la opinión o a sentir la dignidad de una voluntad racional que sólo se inclina a Dios y con frecuencia olvida que el universo contiene a otros seres además de a él y el modelo de perfección al que se vuelve su mirada ardiente para adorar los atributos que, suavizados en las virtudes, pueden ser imitados en clase, aunque su grado abrumba a la mente cautivada.

Si (afirmo, y no busco impresionar mediante la declamación, cuando la razón ofrece su propia luz) son realmente capaces de actuar como criaturas racionales, no las tratemos como esclavas o como animales que son dependientes de la razón del hombre cuando se asocian con él, sino cultivemos sus mentes, démosles lo saludable, el freno sublime del principio, y permitámosles lograr una dignidad consciente al sentirse sólo dependientes de Dios. Enseñémosles, en común con los hombres, a someterse a la necesidad, en vez de dar un sexo a la moral para hacerlas más placenteras.

Más aún, debería la experiencia probar que, permitiéndoles que sus virtudes sean de la misma clase, no pueden lograr el mismo grado de fortaleza de mente, perseverancia y entereza, aunque luchan en vano para obtener ese mismo grado; y la superioridad del hombre será igualmente clara, si no más; y la verdad, como es un principio básico que no admite modificación, sería común a ambos. Yendo más lejos, no se invertirá el orden de la sociedad tal como está regulado en el presente, ya que entonces la mujer sólo tendrá el rango que la razón le asigne y no podrían ser practicadas artes para equilibrar la balanza y mucho menos para invertirla.

Estas cuestiones pueden llamarse sueños de utopía. Se lo agradezco al Ser que los imprimió en mi alma y me dio suficiente fuerza de mente para atreverme a ejercer mi propia razón, hasta llegar a ser sólo dependiente de Él para apoyar mi virtud: veo con indignación las nociones erróneas que esclavizan a mi sexo.

Quiero al hombre como compañero; pero su cetro, real o usurpado, no se extiende hasta mí, salvo que la razón de un individuo demande mi homenaje; e incluso entonces la sumisión es a la razón y no al hombre. De hecho, la conducta de un ser responsable debe ser regulada mediante las operaciones de su propia razón, pues, de lo contrario, ¿sobre qué bases descansa el trono de Dios?

Considero necesario hacer hincapié en estas verdades obvias, pues las mujeres han sido aisladas, por así decirlo. Y mientras han sido despojadas de las virtudes que deberían vestir a la humanidad, se las ha engalanado con encantos artificiales que las capacitan para ejercer una breve tiranía. Como el amor ocupa en su pecho el lugar de toda pasión más noble, su única ambición es ser bellas para suscitar emociones en

lugar de inspirar respeto; y este deseo innoble, del mismo modo que el servilismo en las monarquías absolutas, destruye toda fortaleza de carácter. La libertad es la madre de la virtud y si las mujeres son, por su misma constitución, esclavas y no se les permite respirar el aire vigoroso de la libertad, deben languidecer por siempre y ser consideradas como exóticos y hermosos defectos de la naturaleza.

Respecto al argumento de la sujeción a la que nuestro sexo siempre ha sido sometido, lo devuelvo al hombre. La mayoría siempre ha sido subyugada por unos pocos y han tiranizado a cientos de sus semejantes monstruos que apenas han mostrado algún discernimiento de la excelencia humana. ¿Por qué hombres de atributos superiores se han sometido a tal degradación? Porque no es universalmente reconocido que los reyes, considerados en conjunto, siempre han sido inferiores en capacidad y virtudes al mismo número de hombres tomados de la masa común de la humanidad. ¿No es esto así todavía y son tratados con un grado de reverencia que constituye un insulto a la razón? China no es el único país donde a un hombre, en vida, se le ha hecho un dios. Los *hombres* se han sometido a la fuerza superior para disfrutar con impunidad del placer del momento; las *mujeres* sólo han hecho lo mismo y, por ello, hasta que sea probado que el cortesano que renuncia servilmente a los derechos de nacimiento de un hombre no actúa según la moral, no se puede demostrar que la mujer es esencialmente inferior al hombre porque siempre ha estado subyugada.

Hasta ahora, la fuerza brutal ha gobernado al mundo y es evidente que la ciencia política se encuentra en su infancia, pues los filósofos dudan en dar dicha distinción final al conocimiento más útil para el hombre^[27].

No continuaré con este argumento más allá que para establecer una inferencia obvia: cuando la política sana difunda la libertad, la humanidad, incluidas las mujeres, se volverá más sabia y virtuosa.

III. CONTINUACIÓN DEL MISMO TEMA

La fuerza corporal, de ser la característica de los héroes, se encuentra ahora sumida en un desprecio tan inmerecido, que tanto los hombres como las mujeres parecen considerarla innecesaria. Las últimas porque obtienen la fuente de su poder excesivo de las gracias femeninas y de la debilidad tierna, y los primeros porque resulta hostil al carácter de un caballero.

Podría fácilmente probarse que ambos han partido de un extremo y han llegado al contrario, pero primero sería apropiado observar que el grado de credibilidad obtenido por un error habitual ha reforzado una falsa conclusión, en la que un efecto ha sido confundido con una causa.

Es frecuente que la gente de talento haya lesionado su capacidad para el estudio o descuidado la atención por su salud. Se ha convertido casi en un proverbio que la violencia de sus pasiones guarda una proporción con la fuerza de sus intelectos, igual que la espada que destruye su vaina. De ahí que los observadores superficiales hayan deducido que los hombres de talento han sido por lo común débiles o, por usar una frase más de moda, han tenido capacidades delicadas. No obstante, tras una investigación diligente, considero que el hecho parece ser lo contrario, pues he visto que, en la mayoría de los casos, la fortaleza de mente ha ido acompañada de una fuerza corporal superior, una sólida y natural capacidad, y no ese robusto tono de nervio y vigor de los músculos que se alcanza con el ejercicio corporal, cuando la mente está inactiva o sólo coordina las manos.

El doctor Priestley ha señalado en el prefacio de su esquema biográfico que la mayoría de los grandes hombres han vivido más de cuarenta y cinco años^[1]. Deben haber tenido una armazón de hierro, si consideramos el modo irreflexivo en que han derrochado su fuerza y consumido la lámpara de la vida al investigar su disciplina favorita, en el descuido de la medianoche; o cuando, perdidos en sueños poéticos, la imaginación poblaba la escena y el alma se turbaba hasta disminuir su capacidad por las pasiones que la meditación había hecho surgir, y cuyos objetos, frutos infundados de una visión, se desvanecían ante la mirada exhausta. Shakespeare nunca empuñó la daga ligera^[2] con mano débil, ni Milton tembló cuando condujo a Satán lejos de los confines de su lóbrega prisión^[3]. No eran los desvaríos de la torpeza, las efusiones enfermas de mentes trastornadas, sino la exuberancia de la imaginación, que en sus divagaciones de «hermoso frenesí» no recordaba constantemente sus ataduras materiales.

Soy consciente de que este argumento me llevaría más allá de donde considero que quiero llegar; pero busco la verdad, y, aunque sigo manteniendo mi primera posición, admitiré que la fortaleza corporal parece conceder al hombre una superioridad natural sobre la mujer. Ésta es la única base firme sobre la que puede fundamentarse la superioridad del sexo. No obstante, insisto en que no sólo la virtud, sino el *conocimiento* debería ser de igual naturaleza en los dos sexos, aunque no en el

mismo grado, y que las mujeres, consideradas no sólo criaturas morales, sino también racionales, deben intentar adquirir las virtudes humanas (o perfecciones) por los *mismos* medios que los hombres, en lugar de ser educadas como una imaginaria especie de *medio* ser, una de las descabelladas quimeras de Rousseau^[i].

Pero si la fuerza física es con cierta razón la vanagloria de los hombres, ¿por qué las mujeres son tan caprichosas como para sentirse orgullosas de un defecto? Rousseau les ha procurado una excusa verosímil, que sólo se le podía haber ocurrido a un hombre cuya imaginación se había desarrollado de forma desenfrenada y resaltando las impresiones producidas por unos sentidos distinguidos; excusa que, de hecho, permite encontrar un pretexto para entregarse al apetito natural sin violar una especie de modestia romántica que satisface el orgullo y el libertinaje del hombre.

Las mujeres, confundidas por esos sentimientos, a veces se vanaglorian de su debilidad, obteniendo con astucia el poder al jugar con la *debilidad* de los hombres; y pueden enorgullecerse bien de su poder ilícito, porque, como los bajás^[4] turcos, tienen más poder real que sus señores; pero la virtud es sacrificada en favor de las satisfacciones pasajeras, así como la vida respetable ante el triunfo de una hora.

Las mujeres, como los déspotas, quizá tengan en este momento más poder que el que obtendrían si el mundo, dividido y subdividido en reinos y familias, estuviera gobernado por leyes deducidas del ejercicio de la razón. No obstante, para seguir la comparación, al obtenerlo se degrada su carácter y se esparce el libertinaje por toda la sociedad. La mayoría se convierte en el pedestal de unos pocos. Así pues, me aventuraré a afirmar que mientras no se eduque a las mujeres de modo más racional, el progreso de la virtud humana y el perfeccionamiento del conocimiento se verán continuamente frenados. Y si se admite que la mujer no fue creada simplemente para satisfacer el apetito del hombre o para ser la sirviente de más categoría, que le proporciona sus comidas y cuida de su ropa, corresponde deducir que el primer cuidado de las madres o padres que se interesan realmente por la educación de las mujeres no debería ser el fortalecimiento del cuerpo, al menos no a costa de destruir su capacidad con nociones erróneas sobre la belleza y la excelencia femenina. Y nunca tendría que permitirse a las jóvenes asumir la noción perniciosa de que un defecto puede, gracias a cierto proceso químico de razonamiento, convertirse en un valor. A este respecto, me alegra descubrir que el autor de uno de los libros para niños más instructivos publicados en nuestro país coincide con mi opinión. Citaré sus comentarios pertinentes para, desde su respetable autoridad, dar fuerza a la razón^[ii].

Pero si se demuestra que la mujer es por naturaleza más débil que el hombre, ¿de dónde se deriva que es natural que procure hacerse aún más débil de lo que es? Los argumentos de este tipo constituyen un insulto al sentido común y tienen un aire de pasión. Cabe esperar que el *derecho divino* de los maridos, así como el derecho divino de los reyes, en este siglo de las luces, pueda y deba ser cuestionado sin peligro; y aunque la convicción no acalle a muchos polemistas atrevidos, al menos,

cuando se ataca algún prejuicio imperante, la gente sabia lo considerará y dejará a los estrechos de mente que clamen con vehemencia irracional contra la innovación.

La madre que desea proporcionar dignidad verdadera al carácter de su hija debe proceder, sin prestar atención a los desprecios de la ignorancia, con un plan diametralmente opuesto al que Rousseau ha recomendado con todo el engañoso encanto de la elocuencia y uso de sofismas filosóficos. Porque su elocuencia convierte en verosímil lo absurdo y sus conclusiones dogmáticas confunden sin convencer a aquellos que no tienen capacidad para rebatirlas.

En todo el reino animal, cualquier criatura joven requiere un ejercicio casi continuo, y, de acuerdo con esta observación, la infancia de los niños debe transcurrir entre juegos inofensivos que ejerciten los pies y las manos, sin requerir a cada minuto el control de la cabeza o la atención constante de una niñera. De hecho, el primer ejercicio natural del entendimiento lo constituye la necesaria preocupación por la autopreservación mejor, al igual que los pequeños juegos para entretenerse un tiempo desarrollan la imaginación. Pero estos sabios designios de la naturaleza se ven contrariados por un cariño mal entendido o una atención ciega. No se deja al niño ni un momento estar a su antojo, en especial, si es una niña, convirtiéndolas en más dependientes; la dependencia que se llama natural.

Para conservar la belleza personal, ¡gloria de la mujer!, se dañan miembros y capacidades con algo peor que las vendas chinas, y la vida sedentaria que están condenadas a vivir, mientras los niños juegan al aire libre, debilita los músculos y relaja los nervios. En cuanto a las observaciones de Rousseau, de las que muchos escritores se han hecho eco desde entonces, como la inclinación natural que tienen por las muñecas, los trajes y la conversación, desde el nacimiento e independientemente de la educación, son tan pueriles que no merecen una refutación seria. Es, por supuesto, muy natural que una niña, condenada a permanecer sentada durante horas, escuchando la charla vulgar de las pobres niñeras o asistiendo al aseo de su madre, intente unirse a la conversación; y que imite a su madre o sus tías y se divierta adornando a su muñeca sin vida, como lo que hacen con ella, ¡pobre niña inocente! Es sin lugar a dudas la consecuencia más natural. Ni siquiera los hombres de mejores facultades han tenido la fuerza suficiente para estar por encima del ambiente que les rodeaba; y si el talento ha resultado siempre poco claro debido a los prejuicios de la época, se debe conceder cierta indulgencia a un sexo que, como los reyes, siempre ve las cosas a través de un medio equivocado.

Siguiendo con estas reflexiones, resultaría muy fácil explicar la llamativa inclinación de las mujeres por los vestidos, sin suponer que es el resultado del deseo de agradar al sexo del que dependen. Resumiendo, el despropósito que supone creer que una niña es una coqueta natural, y que debe aparecer un deseo conectado con el impulso de la naturaleza para propagar la especie incluso antes de que una educación inapropiada, al avivar la imaginación, lo haya provocado prematuramente, resulta tan poco filosófico que un observador tan sagaz como Rousseau no debería haberlo

asumido, si no fuera porque estaba acostumbrado a hacer que la razón condujera a su deseo de singularidad y la verdad a una paradoja de su gusto.

Por lo tanto, conferir un sexo a la mente no era un argumento muy consecuente con los principios de un hombre que defendía tan bien y con tanto entusiasmo la inmortalidad del alma. Pero la verdad constituye un límite muy débil cuando se interpone en el camino de una hipótesis. Rousseau respetaba, casi adoraba la virtud y, sin embargo, se permitió amar con una devoción sensual. Su imaginación producía sin cesar fuel para sus sentidos inflamables; no obstante, con el fin de reconciliar su respeto por la abnegación, el coraje y aquellas virtudes heroicas que una mente como la suya podría no admirar tranquilamente, se esforzó en invertir la ley de la naturaleza desarrollando una doctrina cargada de daño, que despreciaba el carácter de la sabiduría suprema.

Sus historias ridículas, que tienden a demostrar que las niñas se preocupan, *por naturaleza*, de su persona sin conceder ninguna importancia al ejemplo diario, están por debajo del nivel de desprecio. Y que una joven señorita tenga un gusto tan correcto como para renunciar a la distracción placentera de escribir «oes» simplemente porque percibió que resultaba una postura poco elegante, debería distinguirse como las anécdotas del cerdito sabio^[iii].

Probablemente yo he tenido la oportunidad de observar más niñas en su infancia que J. J. Rousseau. Puedo recordar mis propios sentimientos y he observado detenidamente a mi alrededor. Sin embargo, lejos de coincidir con su opinión respecto al despertar del carácter femenino, me aventuraré a afirmar que una niña cuyas emociones no hayan sido desalentadas por la pasividad, o su inocencia manchada por la vergüenza falsa, siempre será juguetona y la muñeca nunca llamará su atención a menos que el confinamiento no le deje otra alternativa. En resumen, los niños y las niñas jugarían juntos sin causarse daño, si la distinción de sexos no fuese inculcada mucho antes de que la naturaleza marcara alguna diferencia. Iré todavía más lejos y afirmaré como hecho indiscutible que a la mayoría de las mujeres del círculo que he podido observar que se han comportado como seres racionales o han dado muestras de algún peso intelectual, se les ha permitido accidentalmente «descarriarse», como insinuarían algunos de los elegantes educadores del bello sexo.

Las nefastas consecuencias que surgen por el descuido de la salud durante la infancia y la juventud se extienden más de lo que cabe imaginar: la dependencia del cuerpo genera, de forma natural, la dependencia de la mente; ¿y cómo puede ser una buena esposa o madre quien dedica la mayor parte de su tiempo previniendo la enfermedad o padeciéndola? No puede esperarse que una mujer intente resueltamente fortalecer sus capacidades y se abstenga de inclinaciones que la debilitan, si desde muy pronto las nociones artificiales de belleza y las descripciones equivocadas de sensibilidad se han visto envueltas en sus motivaciones para la acción. La mayoría de los hombres están obligados a soportar a veces inconveniencias físicas y a aguantar,

en ocasiones, las inclemencias de los elementos; pero las mujeres refinadas son, literalmente hablando, esclavas de sus cuerpos y se enorgullecen de su sujeción.

Una vez conocí a una débil mujer elegante que se enorgullecía de forma especial por su delicadeza y sensibilidad. Consideraba que la elevación de toda perfección humana residía en un gusto distinguido y en un escaso apetito, y se comportaba en consecuencia. He visto a este ser débil y sofisticado descuidar todas las obligaciones de la vida, reclinarse con autocomplacencia en un sofá y enorgullecerse de los antojos de su apetito como una prueba de delicadeza que se extendía a, o quizá surgía de su sensibilidad exquisita, pues es difícil hacer inteligible una jerga tan ridícula. Sin embargo, al momento vi cómo despreciaba a una respetable dama anciana, cuya desgracia inesperada la había hecho depender de su generosidad ostentosa y que, en días mejores, tenía derecho a su gratitud. ¿Es posible que una criatura humana se pudiera haber convertido en un ser tan débil y depravado, como si al modo de los sibaritas sumergidos en el lujo, hubiera eliminado cualquier cosa semejante a la virtud, o jamás se le hubiera inculcado ésta como precepto (pobre sustituto, es cierto, del cultivo de la mente, aunque sirva como barrera contra el vicio)?

Una mujer como ésta no es un monstruo más irracional que algunos emperadores romanos, a quienes convirtió en depravados el poder sin ley. No obstante, desde que los reyes han estado bajo un mayor control de la ley y el freno, aunque débil, del honor, no abundan en los anales de la historia ejemplos tan antinaturales de insensatez y crueldad, ni el despotismo, que mata el germen de la virtud y el genio, se cierne sobre Europa con esa fuerza destructiva que desola Turquía y que hace a los hombres, así como a la tierra, estériles.

Las mujeres se encuentran en todas partes en ese estado deplorable porque, con el fin de preservar su inocencia, como se denomina cortésmente a la ignorancia, se les oculta la verdad y se les hace asumir un carácter ficticio antes de que sus facultades hayan adquirido alguna fuerza. Como desde la infancia se les enseña que la belleza es el centro de la mujer, la mente se ajusta al cuerpo y, deambulando por su jaula dorada, sólo busca adorar su prisión. Los hombres disponen de trabajos variados y actividades que ocupan su atención y conforman la personalidad de una mente abierta. Pero las mujeres, limitadas a uno solo y con sus pensamientos dirigidos constantemente a la parte más insignificante de ellas mismas, rara vez amplían sus pensamientos más allá del éxito del momento. Pero si su entendimiento se emancipara de una vez de la esclavitud a la que se han sometido por el orgullo y la sensualidad del hombre, por su deseo inmediato, similar a la ambición de los tiranos del poder presente, probablemente interpretaríamos su debilidad con asombro. Pero continuemos con el razonamiento un poco más allá.

Quizá, si se admitiera la existencia de un ser maligno que, en el lenguaje alegórico de las Sagradas Escrituras, fuera en busca de quién devorar^[5], no podría degradar de forma más efectiva el carácter humano que otorgando al hombre poder absoluto.

Este argumento contiene varias ramificaciones. El nacimiento, las riquezas y toda ventaja extrínseca que enaltece a un hombre sobre sus semejantes, sin esfuerzo alguno de mente, en realidad le sitúan por debajo de sus semejantes. En proporción a su debilidad, es utilizado por conspiradores hasta que el monstruo deforme pierde todo rastro de humanidad. Y que las tribus de hombres, como rebaños de ovejas, deban seguir silenciosamente a dicho líder es un error que sólo puede entenderse por el deseo del disfrute presente y la estrechez de mente. Educados en la dependencia servil y debilitados por el lujo y la pereza, ¿dónde encontraremos hombres dispuestos a afirmar los derechos del hombre o reclamar el privilegio de los seres morales, que sigan sólo un camino hacia la perfección? Todavía no se ha abolido la esclavitud a los monarcas y ministros, de los que el mundo tardará en liberarse y cuyo fatal dominio detiene el progreso de la mente humana.

No permitamos que los hombres orgullosos de su poder utilicen los mismos argumentos de reyes tiránicos y ministros venales y falazmente afirmen que la mujer debe someterse porque siempre ha sido así. Cuando el hombre, gobernado por leyes razonables, goce de su libertad natural, desprecie, pues, a la mujer si ésta no la comparte con él; y mientras no llegue ese periodo glorioso, que no descuide su propia insensatez al contraponerla sobre la del otro sexo.

Es cierto que las mujeres, al obtener poder por medios injustos, practicando o alentando el vicio, pierden obviamente el rango que la razón les asignaría y se convierten en viles esclavas o en tiranas caprichosas. Pierden toda ingenuidad, toda dignidad de mente al adquirir poder y actuar como los hombres cuando han sido elevados por los mismos medios.

Es tiempo de efectuar una revolución en el comportamiento de las mujeres, tiempo de restaurar su dignidad perdida y de hacerlas trabajar, como parte de la especie, para reformar el mundo con su propio cambio. Es tiempo de separar la moral inmutable de los usos locales. ¡Si los hombres son semidioses, sirvámosles! ¡Y si la dignidad del alma femenina es tan discutible como la de los animales —si su razón no proporciona la luz suficiente para dirigir su conducta y se les niega el instinto infalible—, son, con seguridad, las más miserables de todas las criaturas! Doblegadas bajo la mano férrea del destino, deben conformarse con ser un *bello defecto* de la Creación. Pero incluso al casuista más sutil le resultaría difícil justificar los caminos de la Providencia^[6] respecto a ellas, al tratar de señalar ciertas razones irrefutables por las cuales una cantidad tan grande de la humanidad es responsable y no responsable.

El único fundamento sólido para la moralidad se considera el carácter del Ser Supremo, cuya armonía surge del equilibrio de atributos —y, para hablar con propiedad, un atributo parece implicar la *necesidad* de otro—. Debe ser justo porque es sabio; debe ser bueno porque es omnipotente. La exaltación de un atributo a expensas de otro igualmente noble y necesario lleva la impronta de la sesgada razón del hombre —el homenaje de la pasión—. El hombre, acostumbrado en su estado

salvaje a inclinarse ante el poder, rara vez puede despojarse de este prejuicio bárbaro, incluso cuando la civilización establece que es superior la fortaleza de mente que la corporal. Y su razón se nubla con estas opiniones burdas incluso cuando piensa en Dios. Su omnipotencia envuelve o es responsable de los otros atributos y aquellos mortales que consideran que su poder debe regularse por su sabiduría parecen limitarlo de forma irreverente.

Rechazo esa humildad engañosa que, tras investigar la naturaleza, se detiene en el Creador. El Ser Supremo que habita en la eternidad posee sin duda muchos atributos de los que no podemos formarnos una idea; pero la razón me dice que éstos no pueden entrar en conflicto con los que adoro, y estoy obligada a escuchar su voz.

Resulta natural para el hombre buscar la perfección, bien situándola en el objeto que adora o invistiéndolo ciegamente de perfección, como si de una prenda de vestir se tratara. Pero ¿qué buen efecto puede causar sobre la conducta moral la última manera de adoración de un ser racional? Se inclina al poder; adora una nube oscura que tanto puede abrir brillantes perspectivas como desencadenar la ira, furia sin ley sobre su cabeza devota, sin que sepa por qué. Y suponiendo que Dios actúe bajo el vago impulso de una voluntad confusa, el hombre también debe seguir la suya propia o actuar de acuerdo con las normas, deducidas de principios que rehúsa por irreverentes. En este dilema se han encontrado tanto los pensadores entusiastas como los más fríos, cuando intentaban liberar a los hombres de los límites saludables que impone una concepción justa del carácter de Dios.

Así, no resulta impío escrutar los atributos del Dios; de hecho, ¿quién que ejercite sus facultades puede evitar hacerlo? Pues amar a Dios como fundamento de la sabiduría, la bondad y el poder parece ser la única adoración beneficiosa para un ser que desea adquirir virtud o conocimiento. Un afecto ciego e inestable puede, como las pasiones humanas, ocupar la mente y encender el corazón, mientras que se olvida hacer justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con nuestro Dios. Avanzaré en este tema cuando considere la religión a la luz opuesta a la recomendada por el doctor Gregory, que la trata como una cuestión de sentimiento o gusto.

Abandonemos esta aparente digresión. Sería deseable que las mujeres conservaran un afecto hacia sus maridos que se fundase en los mismos principios en los que debe descansar la devoción. No existe otra base firme bajo el cielo —porque debemos resguardarlas de la falaz luz del sentimiento, empleado con demasiada frecuencia como una expresión más delicada de la sensualidad—. De ello se desprende, a mi parecer, que las mujeres desde su infancia debieran ser encerradas como princesas orientales o educadas de modo que sean capaces de pensar y actuar por ellas mismas.

¿Por qué los hombres vacilan entre las dos opiniones y esperan lo imposible? ¿Por qué aguardan la virtud de una esclava, de un ser a quien la creación de la sociedad civil ha hecho débil, si no vicioso?

Sé que todavía será preciso un tiempo considerable para erradicar los prejuicios firmemente enraizados que implantaron los sensualistas. Asimismo, se necesitará algún tiempo para convencer a las mujeres de que actúen de forma general contra sus intereses reales cuando aprecian la debilidad o la simulan bajo el nombre de delicadeza, así como para convencer al mundo de que la fuente corrompida de los vicios y las sinrazones femeninas (por utilizar términos sinónimos en un sentido amplio), aunque sea necesaria de acuerdo con la costumbre, brota del homenaje sensual que se rinde a la belleza, a la belleza física. Pues, como un escritor alemán ha observado astutamente, los hombres de todas las condiciones admiten que una mujer bonita es un objeto de deseo, mientras que una mujer culta, cuya belleza intelectual inspira emociones más sublimes, puede pasar desapercibida o ser observada con indiferencia por aquellos hombres que buscan la felicidad en la satisfacción de sus apetitos. Ante ello imagino una réplica obvia: mientras los hombres sean seres tan imperfectos como hasta ahora parece que han sido, seguirán, más o menos, siendo esclavos de sus apetitos. Y aquellas mujeres que para obtener mayor poder satisfacen al sexo preponderante degradan el suyo propio por una necesidad física, si no moral.

Reconozco que esta objeción tiene cierto peso; sin embargo, mientras exista un precepto superior como «Sed puros como lo es vuestro Padre celestial»^[7], considero que las virtudes del hombre no están limitadas por el único Ser capacitado para hacerlo, y que puede avanzar sin considerar si se sitúa fuera de su esfera al consentir esta ambición tan noble. Se ha dicho a las olas encrespadas: «Hasta aquí llegaréis y no más lejos; y aquí se detendrán tus grandiosas olas». En vano baten y hacen espumas, frenadas por el poder que mantiene en sus órbitas a los planetas en lucha; la materia cede frente al gran Espíritu gobernante. Pero un alma inmortal, al no estar limitada por leyes mecánicas y luchar por liberarse de las cadenas de la materia, contribuye al orden de la Creación, en vez de entorpecerlo, cuando, cooperando con el Padre de los espíritus, trata de gobernarse bajo la regla inmutable que rige el universo hasta un punto que va más allá de nuestra imaginación.

Además, si se educa a las mujeres para la dependencia, es decir, para actuar conforme a la voluntad de otro ser falible y se las somete al poder, equivocado o no, ¿hasta dónde debemos de llegar? ¿Deben ser consideradas como virreyes a los que se permite reinar sobre un pequeño dominio y responden por su conducta ante un tribunal superior propenso al error?

No será difícil probar que esas criaturas delegadas actuarán como los hombres sometidos por el miedo y harán padecer a sus hijos y siervos su opresión tiránica. Como son sometidas sin razón y no disponen de normas fijas por las que adaptar su conducta, serán amables o crueles según les dicte el deseo del momento; y no debe sorprendemos si a veces, crispadas por su pesado yugo, obtienen un placer perverso en cargarlo sobre hombros más débiles.

Pero supongamos que una mujer, educada en la obediencia y casada con un hombre razonable que dirige su juicio sin hacerla sentir la servidumbre de su

sujeción, actúa con tanta propiedad gracias a esta luz reflejada como podemos imaginar si se toma la razón de segunda mano. No obstante, ella no puede garantizar la vida de su protector; puede morir y dejarla con una gran familia.

Un doble deber recae sobre ella: educar a sus hijos con la función tanto de un padre como de una madre, y formar sus principios y preservar sus bienes. Pero, ¡ay!, nunca ha pensado y menos actuado por sí misma. Sólo ha aprendido a agradar a los hombres^{ivl}, a depender graciosamente de ellos; pero, cargada de hijos, ¿cómo va a conseguir otro protector, un marido que provea la razón? Aunque un hombre racional, porque no pisamos terreno romántico, pueda pensar que es una criatura dócil y placentera, no elegirá casarse con una *familia* por amor, cuando hay en el mundo muchas otras hermosas criaturas. ¿Qué le depara a ella entonces? O bien se convierte en presa fácil de algún cazador de fortunas que despoje a sus hijos de su herencia paterna y los deje en la miseria, o bien se vuelve víctima del descontento y el placer ciego. Incapaz de educar a sus hijos o inculcarles respeto, pues no resulta un juego de palabras afirmar que jamás se respeta a quien no es respetable, aunque ocupe un cargo importante, suspira bajo la angustia del lamento vano e impotente. Los dientes de la serpiente penetran en su alma y los vicios de la juventud licenciosa la llevan a la tumba con pesar, cuando no con miseria.

No es un cuadro exagerado, sino un caso muy verosímil, y cualquier mirada atenta comprueba que algo semejante debe haber ocurrido.

Sin embargo, he dado por supuesto qué la mujer tenía buena disposición, aunque la experiencia muestra que el ciego puede ser conducido con la misma facilidad por una zanja que por un camino transitado. Pero supongamos, conjetura no muy improbable, que un ser al que sólo se le ha instruido para agradar debe seguir buscando su felicidad en ello: ¡qué ejemplo de insensatez, por no decir vicio, supondrá para sus inocentes hijas! La madre se perderá en el tocador y, en lugar de hacerse amiga de sus hijas, las contemplará con recelo porque son rivales —rivales más crueles que cualquier otra, porque inducen a la comparación y desplazan del trono de la belleza a quien nunca ha pensado tener un asiento en el banco de la razón.

No es necesaria una pluma ágil o el esbozo sagaz de una caricatura para describir las miserias domésticas y los pequeños vicios que una señora de familia como ésa difunde. Sin embargo, actúa como debe hacerlo una mujer educada de acuerdo con el sistema de Rousseau. Nunca se le reprochará ser masculina o salirse de su esfera; más aún, se puede observar otra de sus grandes reglas y, al cuidar prudentemente su reputación libre de mancha, se la considerará una mujer de buena clase. Pero ¿respecto a qué puede denominársela buena? Se abstiene, es cierto, sin oponer gran resistencia, de cometer faltas flagrantes, pero ¿cómo cumple con sus obligaciones? ¡Obligaciones! A decir verdad, suficiente tiene con pensar en adornar su cuerpo y cuidar su débil constitución.

En lo referido a la religión, jamás se atrevió a juzgar por sí misma; pero, como una criatura dependiente que debe ser, se ajustaba a las ceremonias de la Iglesia en la

cual había sido educada, creyendo de buena fe que cabezas más sabias que la suya habían organizado esas cuestiones; y no dudar es la finalidad de su perfección. Por lo tanto, paga su diezmo de menta y comino^[8] y agradece a su Dios no ser como las demás mujeres. ¡He aquí los benditos efectos de una buena educación! ¡He aquí las virtudes de la compañera del hombre!^[v]

Describamos un panorama diferente para reconfortarnos.

Imaginemos ahora a una mujer con un entendimiento tolerable —no quiero abandonar la línea de la mediocridad—, cuyas capacidades, fortalecidas por el ejercicio, han permitido que su cuerpo se encuentre en perfecto estado. Su mente se ha expandido al mismo tiempo, gradualmente, para comprender los deberes morales de la vida y en qué consisten la virtud y la dignidad humanas.

Formada así bajo el cumplimiento de los deberes relativos a su posición, se casa por afecto, sin perder de vista la prudencia y, mirando más allá de la felicidad matrimonial, obtiene el respeto de su marido antes de que sea necesario emplear innobles artes para complacerlo y alimentar una llama mortecina, que la naturaleza condena a extinguirse cuando el objeto se vuelve familiar, cuando la amistad y la paciencia ocupan el espacio de un afecto más ardiente. Esta es la muerte natural del amor y ninguna resistencia para evitar su extinción destruirá la paz del hogar. También doy por supuesto el carácter virtuoso del esposo, sin el cual ella carecería aún más de principios independientes.

No obstante, el destino rompe este vínculo. Ella se queda viuda, quizá sin recursos suficientes, pero no se desconsuela. Siente el dolor natural, pero, una vez que el tiempo haya suavizado la pena, ésta se vuelve resignación melancólica; su corazón se centrará con mayor fuerza en el cariño de sus hijos y, deseosa de proporcionarles todo cuanto necesiten, el afecto hará que sus deberes maternos adquieran una forma sagrada y heroica. Piensa que sus virtuosos esfuerzos no sólo los ve aquel de quien debe surgir ahora todo consuelo y cuya aprobación es la vida, sino que su imaginación, un poco absorta y exaltada por el dolor, espera en el fondo que los ojos que su mano temblorosa ha cerrado puedan todavía ver cómo domina toda pasión rebelde para cumplir la obligación doble de ser tanto el padre como la madre de sus hijos. Elevada al heroísmo por la mala fortuna, reprime el más leve asomo de atracción natural antes de que madure en amor y, en la flor de la vida, se olvida de su sexo —olvida el placer de una pasión que nace, que de nuevo habría sido inspirada y correspondida—. No piensa ya en complacer y su dignidad consciente le impide enorgullecerse de su conducta. Sus hijos tienen su amor y sus esperanzas más intensas se encuentran más allá de la tumba, donde su imaginación se pierde a menudo.

Me la imagino rodeada de sus hijos, recogiendo la recompensa de sus cuidados. Las miradas inteligentes se encuentran con la suya, mientras salud e inocencia sonríen en sus mejillas rechonchas y, conforme crecen, los problemas de la vida disminuirán por sus atenciones agradecidas. Vive para ver las virtudes que intentó

implantar bajo unos principios establecidos en hábitos, para ver a sus hijos adquirir una fortaleza de carácter suficiente, que les permita soportar la adversidad sin olvidar el ejemplo de su madre.

Cumplida la tarea de la vida, espera con calma el sueño de la muerte y al levantarse de la tumba diría: «Mira, me diste un talento y aquí tienes cinco»^[9].

Deseo resumir lo que he dicho en unas pocas palabras, pues aquí tiro mi guante y niego la existencia de virtudes propias de un sexo, sin exceptuar la modestia. La verdad, si comprendo el significado de la palabra, debe ser la misma para el hombre y la mujer; sin embargo, el carácter variable femenino, tan bien descrito por poetas y novelistas, exige el sacrificio de la verdad y la sinceridad, convirtiendo la virtud en una idea relativa que no tiene otro fundamento que la utilidad, y esta utilidad es la que los hombres pretenden juzgar, ajustándola a su propia conveniencia.

Acepto que las mujeres puedan tener diferentes obligaciones que cumplir, pero son obligaciones *humanas* y los principios que deben regular su desempeño, mantengo firmemente, deben ser los mismos.

Para llegar a hacerse respetables es necesario que ejerciten su entendimiento, pues no hay ningún otro fundamento para adquirir un carácter independiente; quiero decir explícitamente que sólo deben someterse a la autoridad de la razón, en lugar de ser las *modestas* esclavas de la opinión.

¿Por qué en las capas superiores de la sociedad es raro encontrar hombres de cualidades elevadas o incluso de conocimientos medios? La razón me resulta evidente: el estado en el que nacieron no era natural. El carácter humano siempre se ha formado mediante el trabajo que el individuo o la clase persigue; y, si no se agudizan las facultades mediante la necesidad, permanecerán obtusas. Este argumento puede extenderse igualmente a las mujeres, ya que rara vez se ocupan de asuntos serios; la búsqueda de placer proporciona esa nimiedad a su carácter que hace que la sociedad de la *nobleza* sea tan insípida. La misma falta de firmeza, producida por una causa similar, fuerza a ambos a escapar de sí mismos e ir en busca de placeres escandalosos y pasiones artificiales, hasta que la vanidad ocupa el lugar de todo sentimiento social y resulta difícil reconocer las características de la humanidad. Semejantes son los beneficios de los gobiernos civiles, tal como están organizados en el presente, que la riqueza y la debilidad femenina contribuyen por igual a envilecer a la humanidad y se producen por la misma causa; pero, concediendo que las mujeres son criaturas racionales, se las debe incitar a adquirir las virtudes que puedan considerar propias, porque ¿cómo puede un ser racional ser ennoblecido por cualquier cosa que no obtiene por su propio esfuerzo?

Que la mujer es por naturaleza débil o está degradada por la concurrencia de las circunstancias creo que está claro. Pero voy a contrastar esta postura con una conclusión que he oído frecuentemente a hombres sensatos a favor de una aristocracia: que la masa de la humanidad no puede ser nada, o los esclavos serviles que pacientemente se dejan conducir sentirían su propia consecuencia y rechazarían sus cadenas. Los hombres, observan, se someten en todos lados a la opresión cuando sólo tienen que levantar sus cabezas para deshacerse del yugo; sin embargo, en vez de afirmar sus derechos naturales, muerden el polvo en silencio y dicen: «comamos y bebamos, porque mañana moriremos»^[1]. Las mujeres, sostengo, de forma análoga, son degradadas por la misma propensión a disfrutar del momento presente; y, finalmente, desprecian la libertad al carecer de la virtud suficiente para luchar por ella y obtenerla. Pero debo ser más explícita.

Con respecto a la cultura del corazón, es unánimemente admitido que el sexo está fuera de cuestión. Pero la línea de subordinación en cuanto a las capacidades mentales nunca ha de ser traspasada^[ii]. Sólo «perfecta en su encanto»^[2], la porción de racionalidad concedida a las mujeres es, de hecho, muy ínfima, pues, negando su genio y juicio, es apenas posible adivinar lo que queda para caracterizar el entendimiento.

El estambre de la inmortalidad, si se me permite la expresión, es la perfectibilidad de la razón humana, porque si el hombre fuese creado perfecto, o si un torrente de conocimiento que impidiera el error le inundase al alcanzar la madurez, dudaría de que su existencia continuase tras la disolución del cuerpo. Pero, en el estado actual de las cosas, cada problema moral que escapa a la discusión humana y frustra igualmente la investigación del pensamiento profundo y la brillante mirada del genio es un argumento en el que baso mi creencia en la inmortalidad del alma. La razón es, por consiguiente, el simple poder de perfeccionamiento o, más correctamente, de la verdad discerniente. Cada individuo es en este respecto un mundo en sí mismo. Aunque más o menos conspicua en un ser que en otro, la naturaleza de la razón debe ser la misma en todos si es una emanación de la divinidad, el lazo que conecta la criatura con el Creador, pues ¿puede aquella alma estampada con la imagen celestial no ser perfeccionada por el ejercicio de su propia razón^[iii]? Pero adornada exteriormente con delicado cuidado, y ello para deleite del hombre, «quien con honor la amará»^[iiii], no se concede esta distinción al alma de la mujer y el hombre se interpone siempre entre ella y la razón. Se la representa siempre como creada sólo para ver a través de un grueso medio y a creer en la verdad de las cosas sin cuestionarlas. Pero, ignorando estas teorías rocambolescas y considerando a la mujer como un todo, sea lo que sea, en vez de una parte del hombre, la pregunta es si tiene razón o no. Si la tiene, lo que por un momento asumiré, no fue creada meramente para ser el consuelo del hombre, y lo sexual no debería destruir el carácter humano.

Los hombres han caído en este error probablemente por considerar la educación bajo una luz falsa, no como el primer paso para formar a un ser que avanza gradualmente hacia la perfección^[iv], sino sólo como preparación para la vida. En este sensual error, como he de llamarlo, se ha criado el sistema falso del comportamiento femenino, que roba al sexo entero de su dignidad y clasifica a rubias y morenas con las flores sonrientes que sólo adornan la tierra. Éste ha sido siempre el lenguaje de los hombres y el miedo a perder su supuesto carácter sexual ha hecho incluso a las mujeres de juicio superior adoptar los mismos sentimientos^[v]. Así el entendimiento, estrictamente hablando, ha sido denegado a las mujeres, y el instinto, sublimado como ingenio y astucia para los asuntos de la vida, ha sido puesto en su lugar.

El poder de generalizar ideas, de trazar conclusiones generales a partir de observaciones individuales, es la única adquisición para un ser inmortal que realmente merece el nombre de conocimiento. La mera observación de algo, sin tratar de explicarlo, puede (de forma muy incompleta) servir como el sentido común de la vida, ¿pero dónde se almacena la provisión de conocimiento que vestirá el alma cuando abandone el cuerpo?

Este poder no sólo ha sido denegado a las mujeres, sino que los escritores han insistido en que es incompatible, con unas pocas excepciones, con su carácter sexual. Que los hombres lo prueben, y yo admitiré que la mujer sólo existe para el hombre. Debo, sin embargo, remarcar previamente que el poder de generalizar ideas, en cualquier gran medida, no es muy común entre los hombres y las mujeres. Pero este ejercicio es el verdadero cultivo del entendimiento y todo conspira para hacer el cultivo del entendimiento más difícil en el mundo femenino que en el masculino.

Esta afirmación me lleva naturalmente al tema principal de este capítulo, e intentaré ahora señalar algunas de las causas que degradan al sexo e impiden a las mujeres generalizar a partir de sus observaciones.

No iré a los remotos anales de la Antigüedad para trazar la historia de la mujer; basta decir que ella siempre ha sido esclava o déspota y remarcar que cualquiera de esas situaciones retrasa igualmente el progreso de la razón. La gran fuente de la necedad y el vicio femeninos siempre me ha parecido que reside en la estrechez de entendimiento, y la misma constitución de los gobiernos civiles ha puesto siempre obstáculos insuperables en el camino para impedir el cultivo del entendimiento femenino, ¡pero la virtud no puede ser construida sobre ningún otro cimiento! Los mismos obstáculos se emplazan en el camino del rico y las mismas consecuencias le siguen.

La necesidad ha sido proverbialmente denominada la madre de la invención^[3]; el aforismo puede extenderse a la virtud. Es una adquisición, y una adquisición por la que el placer debe ser sacrificado, y ¿quién sacrifica el placer cuando está al alcance, quién cuya mente no haya sido abierta y fortalecida por la adversidad, o la búsqueda del conocimiento aguijoneada por la necesidad? Bueno es cuando las personas tienen que luchar con los problemas de la vida, pues estas luchas impiden que se conviertan

en presa de sus vicios enervantes, ¡meramente por causa de la ociosidad! Pero si desde su nacimiento se pone a hombres y mujeres en un lugar tórrido, con el placentero sol meridiano precipitándose directamente sobre ellos, ¿cómo pueden apuntalar suficientemente sus mentes para cumplir los deberes de la vida, o incluso para disfrutar los afectos que les llevan fuera de sí mismos?

El placer es el objeto de la vida de la mujer de acuerdo con la presente constitución de la sociedad y mientras continúe siendo así poco puede esperarse de seres tan débiles. Heredando, en descendencia lineal desde el primer bello defecto de la naturaleza^[4], la soberanía de la belleza, las mujeres han rehusado sus derechos naturales, que el ejercicio de la razón les habría procurado, con el fin de mantener su poder, y han preferido ser reinas de corta vida a trabajar para obtener los placeres serios que trae la igualdad. Exaltadas por su inferioridad (esto parece una contradicción), las mujeres demandan continuamente homenaje como mujeres, aunque la experiencia debería enseñarles que los hombres que se enorgullecen de prestar este arbitrario e insolente respeto al sexo, con la más escrupulosa exactitud, son los más inclinados a tiranizar y despreciar la misma debilidad que aman. Con frecuencia repiten los sentimientos del señor Hume^[5] cuando, comparando el carácter francés y ateniense, alude a las mujeres. «Pero lo que es más singular en esta nación extravagante, digo a los atenienses, es que uno de vuestros alegres juegos durante la Saturnalia, aquel en el que los esclavos son servidos por sus dueños, es continuado seriamente durante todo el año, y durante el curso entero de sus vidas, acompañado también de algunas circunstancias, que aumentan aún más el absurdo y el ridículo. Vuestro deporte solamente eleva por unos días a aquellos a los que la fortuna ha abandonado, y a quienes ella también, por diversión, puede elevar para siempre sobre vosotros. Pero esta nación exalta gravemente a aquellos a quienes la naturaleza les ha sometido y cuya inferioridad y debilidad son absolutamente incurables. Las mujeres, aunque sin virtud, son sus dueñas y soberanas»^[6].

¡Ah! ¿Por qué las mujeres, escribo con cariñosa solicitud, se rebajan a recibir un grado de atención y respeto de extraños, diferente de la reciprocación de la civilidad que los dictados de la humanidad y las buenas costumbres de la civilización autorizan entre hombre y hombre? ¿Y por qué no descubren que, «en el mediodía del poder de la belleza», son tratadas como reinas sólo para ser engañadas por el vano respeto, hasta que son llevadas a rechazar o no asumir sus prerrogativas naturales? Confinadas en jaulas como la especie emplumada, no tienen nada que hacer más que engalanarse y saltar con fingida majestuosidad de percha a percha. Es verdad que se les proporciona comida y vestido, por los cuales ni labran ni hilan^[7], pero la salud, la libertad y la virtud son dadas en intercambio. Mas ¿dónde entre la humanidad se ha encontrado un ser con suficiente fuerza de voluntad para rehusar estas prerrogativas adventicias?, ¿uno que, elevándose con la calma dignidad de la razón sobre la opinión, se atreva a enorgullecerse de los privilegios inherentes al hombre? Y es vano esperararlo mientras el poder hereditario ahogue los afectos y arranque la razón de raíz.

Las pasiones de los hombres han sentado a las mujeres en tronos y, mientras la humanidad no sea más razonable, es de temer que las mujeres se aprovecharán del poder que han obtenido con el menor esfuerzo, que es el más indisputable. Sonreirán, sí, sonreirán, aunque se les diga que:

el imperio de la belleza no existe punto medio,
¡ mujer, esclava o reina,
nada es menospreciada,
todo no adorada^[8].

Pero la adoración viene primero, y el desprecio no es anticipado.

Luis XIV^[9], en particular, extendió usos facticios y atrapó, de una forma especiosa, a la nación entera en sus trampas, pues, estableciendo una astuta cadena de despotismo, hizo en interés de la gente, en general, respetar individualmente su posición y apoyar su poder. Y las mujeres, a las que adulaba con atenciones pueriles al sexo entero, obtuvieron en su reinado esa distinción principesca tan fatal para la razón y la virtud.

Un rey es siempre un rey —y una mujer es siempre una mujer^[vi]—: la autoridad de uno y el sexo de la otra siempre se interponen entre ellos y la conversación racional. Con un amante, admito, ella debería ser así, y su sensibilidad la llevará naturalmente a intentar suscitar emoción, no para gratificar su vanidad, sino su propio sentimiento. Esto no concedo que sea coquetería, pues es el crudo impulso de la naturaleza. Sólo exclamo contra el deseo sexual de conquista cuando el corazón no viene a cuento.

Este deseo no está confinado a las mujeres: «He intentado», dice Lord Chesterfield^[10], «ganar los corazones de veinte mujeres por cuyas personas no habría dado una nimiedad». El libertino que en un arrebatado de pasión se aprovecha de la ternura inocente es un santo comparado con este despiadado tunante, pues me gusta usar palabras significativas. Pero, enseñadas sólo a complacer, las mujeres están siempre en guardia para procurarlo e intentan ganar corazones con verdadero ardor heroico, meramente para abandonarlos o despreciarlos cuando la victoria es definitiva y conspicua.

Debo adentrarme en los detalles del asunto.

Lamento que las mujeres sean sistemáticamente degradadas al recibir atenciones triviales que los hombres creen viril prestar al sexo, cuando, de hecho, mantienen así de forma insultante su propia superioridad. No es condescendiente inclinarse ante un inferior. Tan ridículas, de hecho, me parecen esas ceremonias, que apenas soy capaz de controlar mi reacción cuando veo a un hombre recoger un pañuelo o cerrar una puerta, con entusiasta y seria solicitud, cuando la *dama* podría haberlo hecho sola con sólo dar un paso o dos.

Un deseo salvaje acaba de volar de mi corazón a mi cabeza y no lo reprimiré aunque pueda provocar una carcajada. Deseo sinceramente ver la diferencia sexual erradicada de la sociedad, excepto cuando el amor anima el comportamiento. Pues

esta diferencia, estoy firmemente persuadida, fundamenta la debilidad de carácter atribuida a la mujer y es la causa por la que se descuida su entendimiento mientras adquieren habilidades con esmerado cuidado. Y lo mismo explica que prefieran las virtudes donosas a las heroicas.

Los hombres, incluyendo todos los tipos, desean ser amados y respetados por *algo*, y el rebaño común siempre tomará el camino más corto hacia la realización de sus deseos. El respeto profesado a la riqueza y la belleza es el más evidente, el más inequívoco, y, por supuesto, atraerá siempre la mirada vulgar de las mentes comunes. Las habilidades y virtudes son absolutamente necesarias para elevar a los hombres de las clases medias de la sociedad a la notoriedad, y las consecuencias naturales son claras: la clase media contiene más virtudes y habilidades. Los hombres tienen, pues, en una de las clases al menos, la oportunidad de esforzarse con dignidad y de prosperar a través de ese esfuerzo que verdaderamente hace progresar a cualquier criatura racional. Pero el sexo femenino entero se encuentra, mientras no se cultive su carácter, en las mismas condiciones que los ricos, pues nacen, me refiero ahora al estado actual de la civilización, con ciertos privilegios sexuales y, mientras éstos les sean gratuitamente concedidos, pocas pensarán alguna vez en acometer trabajos de supererogación para obtener la estima de un pequeño número de personas superiores.

¿Cuándo oímos de mujeres que, saliendo de la oscuridad, reclaman audazmente respeto por sus grandes habilidades o atrevidas virtudes? ¿Dónde se encuentran? «Miradas, atenciones, simpatía, condescendencia y aprobación, son todas las ventajas que buscan»^[11]. ¡Cierto!, exclamarán probablemente mis lectores masculinos; pero que recuerden, antes de extraer ninguna conclusión, que esto no se escribió originalmente de las mujeres, sino de los ricos. En *Theory of Moral Sentiments*, del doctor Smith, he encontrado una descripción del carácter general de la gente de rango y fortuna que, en mi opinión, podría muy bien aplicarse al sexo femenino. Remito al lector sagaz a realizar la comparación completa, pero permítaseme citar un pasaje para sostener un argumento sobre el que quiero insistir por ser el más conclusivo en contra de la diferencia sexual. Pues si, con la excepción de los guerreros, ningún gran hombre, de cualquier tipo, ha surgido jamás entre la nobleza, ¿no podría inferirse justamente que su situación particular engulló al hombre y produjo un carácter similar al de la mujer, *localizada*^[12], si se me permite la palabra, en la posición en la que se encuentra, por *cortesía*? Las mujeres, comúnmente denominadas damas, no han de ser contradichas en público, no se les permite ejercer su fuerza física y de ellas sólo podemos esperar las virtudes negativas, si es que alguna virtud se puede esperar, tales como paciencia, docilidad, buen humor y flexibilidad, virtudes todas ellas incompatibles con cualquier ejercicio vigoroso del intelecto. Además, al vivir rodeadas de mujeres y encontrarse raramente totalmente solas, se hallan más bajo la influencia de los sentimientos que de las pasiones. Soledad y reflexión son necesarias para dar a los deseos la fuerza de las pasiones y para que la imaginación pueda agrandar los deseos y hacerlos más atractivos. Lo mismo puede decirse del rico. Los

ricos no tratan lo suficiente con ideas generales, recogidas por el pensamiento apasionado o la investigación tranquila, necesarias para adquirir la fuerza de carácter en la que las grandes resoluciones se construyen. Pero escuchemos lo que un observador agudo dice de los grandes.

«¿Parecen los grandes insensibles al fácil precio al que obtienen la admiración pública, o acaso imaginan que deberán pagarla, como los demás, con el sudor o la sangre? ¿En qué grandes virtudes se instruye a los jóvenes nobles para sustentar la dignidad de su rango y hacerles merecedores de su superioridad sobre sus conciudadanos, a la que las virtudes de sus antepasados les han elevado? ¿Conocimiento, laboriosidad, paciencia, abnegación, o alguna otra virtud? Como todas sus palabras y emociones son escrupulosamente atendidas, el joven noble aprende a cuidar todos los detalles de su comportamiento ordinario y estudia cómo realizar todas aquellas pequeñas tareas con la más exacta corrección. Sabedor de lo mucho que se le observa y de la disposición de los hombres a satisfacer todas sus inclinaciones, actúa, en las ocasiones más triviales, con esa libertad y elevación que dicho conocimiento naturalmente inspira. Su porte, sus maneras, su conducta, todo ello muestra el sentimiento elegante y cortés de su propia superioridad, que aquellos nacidos en una posición inferior apenas podrán alcanzar. Éstas son las artes con las que se propone someter a la humanidad más fácilmente a su autoridad y gobernar sus inclinaciones de acuerdo con su propio placer, y en esto raramente es decepcionado. Estas artes, sustentadas en rango y preeminencia, son por lo general suficientes para gobernar el mundo. Luis XIV, durante la mayor parte de su reinado, era considerado, no sólo en Francia, sino en toda Europa, el más perfecto modelo de un gran príncipe. Pero ¿por qué talentos y virtudes adquirió esta gran reputación? ¿Fue por la escrupulosa e inflexible justicia de todos sus logros, por los inmensos peligros y dificultades que les acompañaron, o por la incansable e incesante aplicación con la que los persiguió? ¿Fue por su extenso conocimiento, por su juicio exquisito, o por su heroico valor? No fue por ninguna de estas cualidades. Pero fue, en primer lugar, el príncipe más poderoso en Europa, y consiguientemente ostentó el rango más alto entre los reyes; y entonces, dice su historiador, “superaba a todos sus cortesanos en la elegancia de su forma y la belleza majestuosa de sus rasgos. El sonido de su voz, noble y afectuoso, ganaba aquellos corazones que su presencia intimidaba. Tenía un paso y un porte que sólo favorecían a él y a los de su clase, y que hubieran sido ridículos en cualquier otra persona. El embarazo que producía a aquellos a los que hablaba alimentaba aquella satisfacción secreta que le proporcionaba el sentimiento de su propia superioridad”. Estos frívolos talentos favorecidos por su rango, así como, sin duda, también algunos otros talentos y virtudes, que no parecen, sin embargo, haber estado muy por encima de la mediocridad, le valieron a este príncipe la estima de su época y el respeto a su memoria en la posteridad. Comparados con éstos, durante su época, y en su presencia, ninguna otra virtud, al parecer, tenía el

menor mérito. Conocimiento, industria, valor y beneficencia temblaban, eran avergonzados, y perdían toda dignidad ante ellos»^[13].

La mujer, también «completa en sí misma»^[14], por la posesión de todos estos *frívolos* talentos, cambia del mismo modo la naturaleza de las cosas:

| Que cuanto quiere decir o hacer
eche lo más cuerdo, lo más virtuoso, lo más discreto, o mejor, en fin;
más alta ciencia cae humillada en su *presencia*;
sabiduría, discurrendo con ella,
se da desconcertada y parece locura;
autoridad y la razón la siguen^[15].

¡Y todo esto basado en su encanto!

En la clase media de la sociedad, para seguir con la comparación, los hombres se preparan en su juventud para las profesiones, y el matrimonio no se considera el mayor logro en sus vidas, mientras que las mujeres, por el contrario, no tienen ningún otro esquema con el que afinar sus facultades. Ni el trabajo, ni proyectos generales, ni cualquiera de los divagantes vuelos de la ambición, ocupan su atención; no, sus pensamientos no se emplean en levantar tan nobles estructuras. Para prosperar en el mundo, y tener la libertad de correr de un placer a otro, deben casarse provechosamente, y a este fin se sacrifica su tiempo, y frecuentemente se prostituyen, legalmente, sus cuerpos. Un hombre, cuando se inicia en cualquier profesión, fija sus ojos en alguna ventaja futura (y la mente gana gran fuerza al dirigir sus esfuerzos en una dirección) y, ocupado en sus asuntos, considera el placer mera relajación, mientras que las mujeres buscan el placer como el principal objetivo de su existencia. De hecho, dada la educación que reciben de la sociedad, puede decirse que el amor al placer las dirige, ¿pero prueba esto que hay un sexo en las almas? Sería igual de racional afirmar que los cortesanos en Francia, formados en un destructivo sistema despótico, no eran hombres, pues sacrificaron su libertad, virtud y humanidad, por el placer y la vanidad. ¡Fatales pasiones que siempre han dominado sobre *toda* la raza!

El mismo amor al placer que promueve la tendencia general de su educación da un giro trivial a la conducta de las mujeres en la mayoría de las circunstancias. Por ejemplo, las mujeres están siempre ansiosas por cosas secundarias y al acecho de aventuras, en vez de ocuparse con deberes.

Un hombre, cuando emprende un viaje, tiene, en general, el fin a la vista. Una mujer se preocupa más por los acontecimientos accesorios, las cosas extrañas que podrían posiblemente ocurrir en el camino, la impresión que ella puede causar en sus compañeros de viaje y, sobre todo, vigila afanosamente el cuidado de las galas que acarrea consigo, que forman más que nunca parte de sí misma cuando va a figurar en un nuevo escenario, cuando, usando un adecuado giro francés, va a producir sensación. ¿Puede la dignidad intelectual coexistir con semejantes cuidados triviales?

En resumen, las mujeres, en general, así como los ricos de ambos sexos, han adquirido todas las locuras y vicios de la civilización sin beneficiarse de sus frutos.

No necesito avisar siempre que me refiero a la condición del sexo en su conjunto, dejando de lado las excepciones. Se inflaman sus sentidos y se descuida su entendimiento, convirtiéndose así en presa de sus sentidos, que llaman delicadamente sensibilidad, y se derrumban con la menor ráfaga momentánea de sentimiento. Las mujeres civilizadas están, por tanto, tan debilitadas por falsos refinamientos que, respecto a la moral, su condición es muy inferior a la que habría de encontrarse en un estado más próximo al natural. Siempre agitadas y ansiosas, su exacerbada sensibilidad no sólo las hace incómodas, sino también molestas, por decirlo suavemente, para otros. Todos sus pensamientos se vuelcan en suscitar emoción. Guiadas por los sentimientos cuando deberían razonar, su conducta es inestable y sus opiniones volátiles, no tanto por la deliberación y el entendimiento progresivo, sino por sus emociones contradictorias. Se entusiasman atolondradamente con un sinfín de empresas, pero nunca perseveran y surge a continuación la indiferencia; pues este ardor se extingue pronto, consumido por su propio calor, o se encuentran con alguna otra pasión fugaz, a la que la razón nunca ha dado gravedad específica. ¡Infeliz, ciertamente, debe ser aquel ser cuya educación sólo ha tendido a inflar sus pasiones! Pues hay que distinguir entre inflar las pasiones y fortalecerlas. ¿Qué se puede esperar cuando las pasiones se miman y se descuida la formación del juicio? ¡Sin lugar a dudas, una mezcla de locura e insensatez!

Esta observación no debería confinarse al sexo *bello*; sin embargo, por el momento, me limito a aplicarla a las mujeres.

Novelas, música, poesía y galantería, todas tienden a hacer a las mujeres criaturas de la sensación y su carácter se forma así en el molde de la necesidad durante el tiempo que adquieren las artes del placer, las únicas que su posición en la sociedad les incita a adquirir. Esta sensibilidad exacerbada relaja naturalmente los otros poderes de la mente e impide al intelecto alcanzar la soberanía que precisa para hacer a una criatura racional de utilidad a los otros y contenta con su propia posición: porque el ejercicio del entendimiento con el paso del tiempo es el único método que la naturaleza indica para calmar las pasiones.

La saciedad tiene un efecto muy diferente y con frecuencia me ha impresionado fuertemente una enfática descripción de la condena eterna: cuando el alma es representada revoloteando con inútil afán alrededor del cuerpo profanado, incapaz de disfrutar nada sin los órganos de los sentidos. Pero, sin embargo, las mujeres son esclavas de sus sentidos, porque es gracias a su sensibilidad que obtienen el poder presente.

¿Y pretenderán los moralistas afirmar que ésta es la condición en la que una mitad de la raza humana debe ser animada a permanecer con apática inactividad y estúpida aquiescencia? ¡Buenos instructores! ¿Para qué fin hemos sido creadas? Para permanecer, dirán, inocentes —esto es, en el estado de la infancia—. Podríamos también no haber nacido nunca, a menos que fuera necesario crearnos para permitir al hombre adquirir el noble privilegio de la razón, la facultad de discernir el bien del

mal, mientras nosotras nos tumbamos en el barro del que fuimos tomadas, para nunca levantamos de nuevo.

Sería una tarea interminable trazar la variedad de mezquindades, preocupaciones y desgracias que las mujeres padecen por culpa de la opinión prevaleciente según la cual fueron creadas para sentir más que para razonar, y que todo el poder que pueden alcanzar ha de ser conseguido mediante sus encantos y debilidades.

Hermosa por sus defectos y amable debilidad^[16].

Y por esta amable debilidad las mujeres son totalmente dependientes del hombre —con excepción de lo que ganan a través de la influencia ilícita— no sólo para obtener protección, sino también consejo. ¿Debe sorprender que, ignorando los deberes que la razón sola indica y eludiendo las pruebas que fortalecen el espíritu, las mujeres se afanen en dotar a sus defectos de una cobertura elegante que les permita acrecentar sus encantos a los ojos del voluptuoso, aunque todo ello las rebaje en la escala de la excelencia moral?

Frágiles en todos los sentidos de la palabra, las mujeres son obligadas a depender del hombre para toda comodidad. Ante los peligros más insignificantes se agarran al hombre, con parásita tenacidad, exigiendo lastimeramente socorro, y su protector *natural* extiende sus brazos, o alza la voz, para proteger a la encantadora temblorosa. ¿De qué? Tal vez del ceño fruncido de una vieja vaca o del brinco de un ratón; una rata sería un serio peligro. En nombre de la razón e incluso del sentido común, ¿qué puede salvar a tales seres del desprecio, por muy dulces y bellas que sean?

Estos miedos, cuando no son afectados, pueden producir algunas actitudes hermosas, pero muestran tal grado de imbecilidad, que degradan a cualquier criatura racional hasta un punto que las mujeres no alcanzan a comprender —porque el amor y la estima son cosas muy diferentes.

Estoy plenamente persuadida de que no se darían estos aires infantiles si se permitiese a las jóvenes ejercitarse suficientemente y no se las confinase en habitaciones cerradas hasta que se atrofién sus músculos y se destruya su digestión. Aún más, si en vez de acariciar —e incluso, tal vez, crear— el miedo en las jóvenes se lo tratase del mismo modo que la cobardía en los chicos, pronto veríamos a las mujeres con un aspecto más digno. Es cierto, ya no podría considerárselas con igual propiedad flores dulces que sonrían al paso del hombre, pero serían miembros más respetables de la sociedad y cumplirían los deberes importantes de la vida a la luz de su propia razón. «Educa a las mujeres como a los hombres», dice Rousseau, «y cuanto más se parezcan a nuestro sexo menos poder tendrán sobre nosotros»^[17]. Ahí es exactamente a donde quiero llegar. No deseo que tengan poder sobre los hombres, sino sobre sí mismas.

En el mismo tono he oído a los hombres hablar en contra de instruir a los pobres, pues muchas son las formas que adopta la aristocracia. «Enseñadles a leer y a escribir», dicen, «y les moveréis de la posición que la naturaleza les ha asignado». Un elocuente francés les ha respondido, y tomaré prestados sus sentimientos. Pero ellos

no saben que cuando convierten a un hombre en un animal pueden contar con verlo convertido en cualquier momentó en una bestia feroz^[18]. ¡Sin conocimiento no puede haber moralidad!

¡La ignorancia es una frágil base para la virtud! Pero, sin embargo, ésa es la condición por la que se ha organizado a la mujer y sobre la que han insistido los escritores que más vehementemente han argumentado en favor de la superioridad del hombre; una superioridad no en grado, sino en esencia. Aunque, para suavizar el argumento, dichos escritores se han afanado en probar, con caballerosa generosidad, que los sexos no deberían ser comparados: el hombre fue hecho para razonar, la mujer para sentir, y juntos, carne y espíritu, conforman el todo más perfecto, al combinar felizmente razón y sensibilidad en un solo carácter.

¿Y qué es la sensibilidad? «Rapidez de sensación, rapidez de percepción, delicadeza». Así la define el doctor Johnson^[19], cuyas palabras no me sugieren otra cosa más que el más exquisitamente esmerado instinto. No discierno rastro alguno de la imagen de Dios, ya sea en la sensación o en la materia. Aunque se refinen setenta veces siete, todavía son materiales. ¡El intelecto no reside allí, ni el fuego convertirá jamás el plomo en oro!

Vuelvo a mi viejo argumento: si la mujer ha de tener un alma inmortal, entonces ha de tener, como ocupación en la vida, un entendimiento por desarrollar. Y cuando, para hacer más perfecto el argumento, aunque todo prueba ser no más que una fracción de una poderosa suma, se la incita por la satisfacción del momento a olvidar su grandioso destino, se contradice a la naturaleza, o bien la mujer ha nacido solamente para procrear y pudrirse. O acaso, si se concediera a las bestias de todo tipo un alma, aunque no un alma razonable, el ejercicio del instinto y la sensibilidad puede ser el paso que deben tomar en esta vida hacia la consecución de la razón en la próxima, de tal forma que durante toda la eternidad se encuentren por detrás del hombre, a quien —no sabemos por qué— le fue dado el poder de alcanzar la razón en su primer modo de existencia.

Cuando trato de los deberes peculiares de las mujeres, como trataría los de los ciudadanos o los de los padres, se verá que no pretendo insinuar que las mujeres deberían ser apartadas de sus familias, en referencia a la mayoría. «Aquel que tenga mujer y niños», dice Lord Bacon, «ha tomado como rehén a la fortuna; pues ellos son obstáculos para las grandes empresas, ya sean virtuosas o perniciosas. Ciertamente las mejores obras, y de mayor mérito para el público, han provenido de los hombres solteros o sin hijos»^[20]. Yo digo lo mismo de las mujeres. Pero el bienestar de la sociedad no se construye sobre logros extraordinarios, y, si fuera organizada más racionalmente, habría aún menos necesidad de grandes habilidades o virtudes heroicas.

En la regulación de la familia y en la educación de los niños se requiere, particularmente, fuerza de mente y cuerpo, entendidas en un sentido carente de sofisticación. Pero, sin embargo, los hombres que con sus escritos se han afanado

más en domesticar a las mujeres han procurado debilitar sus cuerpos y anquilosar sus mentes con argumentos dictados por un basto apetito, que la saciedad ha llegado a hacer fastidioso. Pero incluso si han conseguido realmente *persuadir* a las mujeres con estos métodos siniestros, influyendo en sus sentimientos, de que permanezcan en el hogar y realicen las tareas de madre y ama de casa, yo debo prudentemente oponerme a las opiniones sobre la mejor conducta de la mujer, que hacen de la realización de tan importantes tareas el principal objeto de la vida, aunque insultase a la razón. Pero, y apelo a la experiencia, si descuidando el entendimiento ellas estuvieran tanto, no, aún más, más distanciadas de las tareas domésticas de lo que estarían si se ocupasen de la más seria tarea intelectual —aunque debe ser observado que la masa de la humanidad nunca perseguirá vigorosamente ningún fin intelectual^[vii]—, permítaseme inferir que la razón es absolutamente necesaria para que una mujer pueda desempeñar cualquier tarea correctamente, y debo repetir una vez más que la sensibilidad es distinta de la razón.

La comparación con los ricos me viene de nuevo a la cabeza, pues cuando los hombres desprecian los deberes de la humanidad las mujeres seguirán su ejemplo, ya que una corriente común empuja a los dos con una celeridad insensata. Las riquezas y honores impiden al hombre cultivar su entendimiento y enervan sus poderes al revertir el orden natural, que siempre ha hecho del fruto del trabajo el verdadero placer. El placer —el enervante placer— se encuentra del mismo modo al alcance de las mujeres sin haberlo ganado. Pero, mientras no se liquiden las posesiones hereditarias, ¿cómo podemos esperar que los hombres se enorgullezcan de la virtud? Y, mientras tanto, las mujeres les gobernarán con los medios más directos, desatendiendo sus deberes domésticos para disfrutar el placer que se asienta ligeramente sobre las alas del tiempo.

«El poder de la mujer», dice un autor, «es su sensibilidad»; y los hombres, ignorantes de las consecuencias, hacen todo lo que pueden para conseguir que este poder engulla a todos los demás. Aquellos que continuamente emplean su sensibilidad alcanzarán la cumbre; poetas, pintores y compositores^[viii]. No obstante, cuando se cultiva la sensibilidad a expensas de la razón, e incluso de la imaginación, ¿por qué protestan los filósofos de la inconstancia de las mujeres? La atención sexual del hombre actúa particularmente sobre la sensibilidad femenina, y esta simpatía la ejercen desde su juventud. Un marido no puede prestar dichas atenciones con la pasión necesaria para suscitar emociones vibrantes durante mucho tiempo, y el corazón, acostumbrado a dichas emociones, se vuelca con un nuevo amante, o suspira en secreto, preso de la virtud o de la prudencia. Me refiero a cuando el corazón se ha vuelto realmente susceptible y el carácter está ya formado. Me inclino a concluir, por mi experiencia en la vida actual, que la educación y la relación entre los sexos que he reprobado cultivan la vanidad con más frecuencia que la sensibilidad, y que la coquetería procede con más frecuencia de la vanidad que de la inconstancia que la sensibilidad exacerbada produce naturalmente.

Otro argumento, que ha tenido gran peso en mí, creo que debe tenerlo asimismo en todo corazón benevolente y considerado. Las jóvenes que han sido educadas débilmente son a menudo abandonadas por sus padres sin ningún recurso y, naturalmente, dependen no sólo de la razón, sino también de la generosidad de sus hermanos. Estos hermanos son, desde el punto de vista más justo posible, hombres bondadosos, y dan como un favor aquello a lo que los hijos de los mismos padres tienen el mismo derecho. En esta equívoca y humillante situación una mujer dócil puede permanecer algún tiempo, con un grado tolerable de comodidad. Pero cuando el hermano contrae matrimonio, circunstancia probable, ella, antes considerada la señora de la casa, es vista ahora con ojos evasivos, como una intrusa, una carga innecesaria en la benevolencia del dueño de la casa y su nueva pareja.

¿Quién puede relatar la miseria que muchos seres desafortunados, cuyas mentes y cuerpos son igualmente débiles, sufren en dichas situaciones, incapaces de trabajar y avergonzados de mendigar? La esposa, una mujer de corazón frío y estrechez de miras —y ésta no es una suposición injusta, pues el actual modo de educación no tiende a engrandecer el corazón mucho más que el entendimiento—, se siente celosa de las pequeñas bondades que su marido dispensa a sus parientes. Y, como su sensibilidad no llega a alcanzar la humanidad, se irrita al ver la propiedad de hijos ser prodigada en una hermana desvalida.

Estos son hechos que he observado una y otra vez. La consecuencia es obvia: la esposa recurre a la astucia para socavar el afecto habitual, al que teme oponerse abiertamente, y no escatima lágrimas ni caricias hasta conseguir que la espía sea echada de su casa y dejada en el mundo, sin preparación para afrontar las dificultades, o enviada, como un enorme esfuerzo de generosidad, o por respeto a la moral, con una pequeña asignación, y una mente sin cultivar, a la soledad más triste.

Estas dos mujeres puede que estén muy a la par en cuanto a razón y humanidad y que hubieran actuado de la misma forma egoísta si la situación hubiera sido al revés. Pero, si hubieran sido educadas de otra forma, la situación hubiera sido diferente. La esposa no hubiera tenido esa sensibilidad, que la hace erigirse en el centro, y la razón le hubiera enseñado a no esperar y ni siquiera dejarse adular por el afecto de su marido, si ello implica que viole sus deberes anteriores. Ella hubiera deseado amarle no meramente porque él la ama, sino por sus virtudes, y la hermana podría haber sido capaz de luchar por sí misma en vez de comer el amargo pan de la dependencia.

Estoy persuadida, en efecto, de que el corazón, así como el entendimiento, se abren cuando se cultivan y, lo que puede parecer menos obvio, cuando se fortalecen sus órganos. No me refiero a fogonazos momentáneos de sensibilidad, sino a los afectos. Y, tal vez, en la educación de ambos sexos la tarea más difícil sea ajustar la instrucción de tal forma que no se estreche el entendimiento mientras los generosos jugos de la primavera, crecidos por la fermentación eléctrica de la estación, calientan el corazón, ni se sequen los sentimientos al emplear la mente en investigaciones remotas de la vida.

En lo que respecta a las mujeres, cuando reciben una educación cuidadosa se convierten en elegantes damas, rebosantes de sensibilidad y rodeadas de lujos caprichosos, o en meras mujeres notables. Las últimas son frecuentemente afables, criaturas honestas, y tienen una forma astuta de buen sentido, unido a un hablar prudente que las hace con frecuencia miembros más útiles de la sociedad que aquellas damas sensibleras, aunque no posean ni grandeza de mente ni de gusto. El mundo intelectual se cierra ante ellas. Sáquenlas de la familia o de la vecindad y se quedarán inmóviles, el intelecto sin empleo, pues la literatura proporciona una fuente de diversión que ellas nunca han perseguido gozar, sino frecuentemente despreciar. Los sentimientos y gustos de las mentes cultivadas aparecen ridículos, incluso en aquellos a quienes la casualidad y las conexiones familiares les han llevado a amar; mientras que en sus meros conocidos ellas lo consideran afectación.

Un hombre de sentido común sólo puede amar a semejante mujer por su sexo y respetarla porque es una sirvienta fiel. Él le permite, para preservar su propia paz, regañar a los sirvientes e ir a la iglesia vestida con las telas más exquisitas. Un hombre a su misma altura intelectual probablemente no se llevaría tan bien con ella, pues podría desear invadir sus prerrogativas y administrar algunos asuntos domésticos por sí mismo. Sin embargo, las mujeres cuyas mentes no son agrandadas por la educación, o el egoísmo natural expandido mediante reflexión, no son aptas para llevar una familia, porque, dado el indebido poder que poseen, están siempre tiranizando para sustentar una superioridad que sólo descansa en la arbitraria diferencia de fortuna. El mal es aún mayor cuando se priva a los sirvientes de sus placeres inocentes y se les hace trabajar más allá de sus capacidades para que la mujer notable pueda tener una mesa aún mejor y eclipsar a sus vecinos con galas y ostentación. Y si ella atiende a sus hijos es, en general, para vestirlos de forma costosa, y, ya surja esta atención de la vanidad o del cariño, es igualmente perniciosa.

Además, cuántas mujeres de este tipo pasan sus días, o al menos sus veladas, descontentas. Sus maridos reconocen que son buenas administradoras y esposas castas, pero abandonan el hogar para perseguir una más agradable, si se me permite usar una palabra francesa llena de sentido, sociedad *piquant*^[21]. Y la paciente esclava del trabajo, que cumple sus deberes como un caballo ciego en un molino, es privada de su justa recompensa, pues los salarios que se le deben son las caricias de su esposo y las mujeres que tienen tan pocos recursos en sí mismas no soportan muy pacientemente esta privación de un derecho natural.

Una dama elegante, por el contrario, ha sido educada para mirar con desprecio las tareas vulgares de la vida, aunque se la haya incitado sólo a adquirir talentos que se elevan un poco por encima de los sentidos, pues incluso los talentos corporales no pueden adquirirse con precisión a menos que se fortalezca el entendimiento mediante el ejercicio. Sin fundación en los principios, el gusto es superficial, la gracia debe surgir de algo más profundo que la imitación. La imaginación, sin embargo, se caldea, y los sentimientos se hacen fastidiosos, si no sofisticados, o no se adquiere un

contrapeso de juicio cuando el corazón todavía permanece ingenuo, aunque llegue a ser demasiado tierno.

Estas mujeres son con frecuencia afables y sus corazones son verdaderamente más sensibles a la benevolencia general, a los sentimientos que civilizan la vida, que la fornida esclava del trabajo doméstico. Pero, al carecer de la debida proporción de reflexión y autogobierno, sólo inspiran amor y son las dueñas de sus maridos mientras tienen sus afectos, y las amigas platónicas de sus conocidos. Éstos son los bellos defectos de la naturaleza^[22], las mujeres que parecen haber sido creadas no para disfrutar de la compañía del hombre, sino para salvarlo de sumirse en la brutalidad absoluta, limando los accidentados ángulos de su carácter, y para dar algo de dignidad al apetito que le empuja hacia ellas, mediante una coquetería juguetona. ¡Misericordioso Creador de la raza humana entera! ¿Has creado Tú un ser como la mujer, que puede rastrear tu sabiduría en tus obras, y sentir que sólo tú, por tu naturaleza, te alzas por encima de ella, para ningún propósito mejor? ¿Puede ella creer que fue hecha sólo para someterse al hombre, su igual, un ser que como ella fue enviado al mundo para adquirir virtudes? ¿Puede ella consentir en ocuparse meramente en complacerle, en adornar la tierra, cuando su alma es capaz de elevarse hacia Ti? ¿Y puede ella permanecer supinamente dependiente de la razón del hombre, cuando debería subir con él los arduos escalones del conocimiento?

Pero, si el amor es el bien supremo, que las mujeres sean educadas sólo para inspirarlo y que cada encanto sea pulido para intoxicar los sentidos. Mientras que, si son seres morales, que tengan la oportunidad de convertirse en seres inteligentes y que el amor al hombre sea sólo una parte de aquella llama ardiente de amor universal que, tras abrazar a la humanidad entera, se eleva hacia Dios como incienso en acción de gracias.

Para desempeñar las tareas domésticas se necesita mucha resolución y una seria forma de perseverancia que requiere una base más firme que las emociones, no importa cuán vivas y fieles a la naturaleza sean. Para dar un ejemplo de orden, el alma de la virtud, alguna austeridad de comportamiento debe adoptarse, que escasamente puede esperarse de un ser que desde su infancia se ha convertido en veleta de sus propias sensaciones. Quienquiera que racionalmente quiera ser útil debe tener un plan de conducta, y en el desempeño de la tarea más simple nos vemos obligados con frecuencia a actuar en contra de los impulsos momentáneos de ternura o compasión. La severidad es frecuentemente la más cierta, así como la más sublime prueba de afecto, y la falta de este poder sobre los sentimientos y de ese elevado y digno afecto, que hace a las personas preferir el bien futuro del ser amado sobre la presente satisfacción, es la razón por la que tantas madres amantísimas maleducan a sus hijos, y ha hecho cuestionar si la negligencia o la indulgencia es más dañina, pero yo me inclino a pensar que la última ha hecho más daño.

La humanidad parece estar de acuerdo en que los niños deberían dejarse bajo el cuidado de las mujeres durante su infancia. Ahora bien, a partir de todas las

observaciones que he sido capaz de hacer, las mujeres de sensibilidad son las menos aptas para esta tarea, porque, arrastradas por sus sentimientos, malcriarán infaliblemente el temperamento del niño. El control del temperamento, la primera y más importante rama de la educación, requiere la firme y seria vigilancia de la razón, un plan de conducta igualmente distante de la tiranía que de la indulgencia. Sin embargo, éstos son los extremos en los que la gente sensible cae alternativamente, disparando siempre fuera de la diana. He llevado este curso de razonamiento mucho más lejos, hasta concluir que una persona de genio es la más inapropiada para la educación, ya sea pública o privada. Las mentes de esta rara especie ven las cosas demasiado en cantidad, y en muy pocas ocasiones, si es que acaso en alguna, tienen buen temperamento. La alegría habitual, denominada buen humor, se encuentra, tal vez, tan raramente en unión con grandes capacidades intelectuales como con sentimientos intensos. Y aquellas personas que sigan con interés y admiración los vuelos de los genios, o que con más serena aprobación beben en la instrucción que ha sido laboriosamente preparada para ellas por los pensadores profundos, no deberían disgustarse si encuentran a los primeros coléricos y a los segundos hoscos, porque la vivacidad de la fantasía y una tenaz comprensión intelectual son escasamente compatibles con aquella maleable urbanidad que lleva al hombre, al menos, a agacharse ante las opiniones y prejuicios de otros, en vez de confrontarlos duramente.

Pero, en cuanto a la educación o la conducta, las mentes de clase superior no han de ser consideradas, pueden dejarse a su suerte; es la multitud, con habilidades moderadas, la que necesita instrucción y la que adopta el color de la atmósfera que respira. Esta respetable concurrencia, sostengo, de hombres y mujeres no debería intensificar sus sensaciones en el hervidero de la indolencia lujuriosa, a expensas del entendimiento; pues, a menos que haya un balasto de entendimiento, nunca serán ni virtuosos ni libres: una aristocracia, fundada en la propiedad o en los talentos superiores, barrerá siempre por delante a los, ora tímidos ora feroces, esclavos de los sentimientos.

Innumerables son los argumentos, para pasar a otro punto de vista, presentados con aspecto de razón, pues se supone que se deducen de la naturaleza, que los hombres han usado, moral y físicamente, para degradar al sexo. Debo notar unos cuantos.

El entendimiento femenino, se ha dicho frecuentemente con desprecio, alcanza la madurez antes que el masculino. No replicaré este argumento aludiendo a las tempranas muestras de razón, así como de genio, en Cowley, Milton y Pope^[ix], sino que apelaré tan sólo a la experiencia para decidir si los hombres jóvenes, a quienes se introduce temprano en la sociedad (y los ejemplos abundan ahora), no adquieren la misma precocidad. Tan notorio es el hecho, que la mera mención debe evocar, incluso a aquellos que en modo alguno se mezclan en el mundo, la idea de unos cuantos monos pavoneándose, cuyo entendimiento es estrechado al ser iniciados en la

sociedad de los hombres cuando deberían haber estado jugando a la peonza o haciendo girar un aro.

Algunos naturalistas han afirmado también que los hombres no completan su crecimiento ni desarrollan toda su fuerza hasta los treinta, pero que las mujeres alcanzan la madurez a los veinte. Entiendo que razonan sobre una base falsa, extraviados por el prejuicio masculino que considera la belleza la perfección de la mujer —mera belleza de rasgos y complexión, la acepción vulgar de la palabra, mientras que a la belleza masculina se la relaciona con el entendimiento—. Fuerza corporal, y aquel carácter de conducta que los franceses llaman *physionomie*^[23], las mujeres no lo adquieren antes de los treinta, al igual que los hombres. Las pequeñas bromas naturales de los niños, es cierto, son particularmente gratificantes y atractivas; sin embargo, cuando la bonita frescura de la juventud se disipa, aquellos encantos naturales se convierten en aires estudiados y disgustan a cualquier persona de buen gusto. En la conducta de las jóvenes sólo buscamos vivacidad y modestia tímida, pero, después de la marea viva de la vida, buscamos un gesto más serio en la cara, y huellas de pasión en vez de hoyuelos de vivacidad, esperando ver individualidad de carácter, el único control de los afectos^[x]. Deseamos entonces conversar, no acariciar; ampliar el horizonte de nuestras imaginaciones, así como de las sensaciones de nuestros corazones.

A los veinte la belleza de ambos sexos es la misma, pero el libertinaje del hombre le lleva a hacer esa diferencia, y las coquetas jubiladas son comúnmente de la misma opinión, porque, cuando no pueden inspirar más amor, pagan por el vigor y la vivacidad de la juventud. Los franceses, cuya noción de belleza se refiere también al intelecto, prefieren a las mujeres de treinta. Quiero decir que consideran que las mujeres están en su más perfecto estado cuando la vivacidad da lugar a la razón y a esa majestuosa seriedad de carácter que caracteriza a la madurez y la estabilidad. En la juventud, hasta los veinte, el cuerpo florece; hasta los treinta la carne alcanza un grado de densidad, y los músculos flexibles, creciendo cada día más rígidamente, dan carácter a la conducta; esto es, trazan las operaciones de la mente con el lápiz de hierro de la fortuna, y nos dicen no sólo qué poderes se encuentran en su interior, sino cómo han sido empleados.

Es apropiado observar que los animales que alcanzan despacio la madurez son los más longevos y las especies más nobles. Los hombres, sin embargo, no pueden afirmar ninguna superioridad natural en cuanto a la grandeza de la longevidad, porque en este respecto la naturaleza no ha distinguido al sexo masculino.

La poligamia es otra degradación física, y un argumento plausible a favor de una costumbre que socava todas las virtudes domésticas se infiere del hecho bien documentado de que en los países en los que ha sido establecida nacen más mujeres que hombres. Esto parece ser una señal de la naturaleza, y las especulaciones aparentemente razonables deben rendirse ante la misma. Otra conclusión se presenta

obviamente: si la poligamia es necesaria, la mujer debe ser inferior al hombre y creada para él.

Con respecto a la formación del feto en el útero somos muy ignorantes, pero me parece probable que una causa física accidental pueda explicar este fenómeno y mostrar que no es una ley natural. Me he encontrado con algunas observaciones pertinentes sobre la materia en *Account of the Isles of the South-Sea* de Forster, que puede explicar lo que quiero decir. Después de observar que de los dos sexos, entre los animales, prevalece siempre la contribución más vigorosa y enérgica y produce su tipo, añade: «Si esto se aplica a los habitantes de África, es evidente que los hombres allí, acostumbrados a la poligamia, son enervados por el uso de tantas mujeres, y por tanto menos vigorosos. Las mujeres, por el contrario, son de una constitución más enérgica, no sólo en virtud de sus nervios más irritables, organización más sensata e imaginación más vivaz, sino también porque se les priva en su matrimonio de compartir el amor físico que, en condiciones monógamas, sería todo suyo, y por tanto, por las razones ya mencionadas, la generalidad de los nacimientos son hembras».

«En la mayor parte de Europa las listas más exactas de mortalidad prueban que la proporción de hombres y mujeres es casi igual o, si hay alguna diferencia, los nacimientos de varones son más numerosos, en una proporción de 105 por 100»^[24].

La necesidad de la poligamia, por tanto, no aparece a la vista; pero cuando un hombre seduce a una mujer, debería llamarse, creo, un matrimonio *morganático*, y el hombre debería ser obligado *legalmente* a mantener a la mujer y a sus hijos, excepto cuando haya adulterio, divorcio natural, al anularse la ley. Y esta ley debería permanecer vigente tanto como la debilidad de la mujer causara que la palabra seducción fuera usada como excusa para su fragilidad y falta de principio; no, más aún, mientras dependen de un hombre para su subsistencia, en vez de ganarla mediante el ejercicio de sus propias manos y mentes. Pero estas mujeres no deberían ser denominadas esposas, en el sentido completo de la relación, o el objeto mismo del matrimonio sería subvertido, y todas aquellas encantadoras caridades que fluyen de la fidelidad personal y santifican dicho lazo, cuando ni el amor ni la amistad une los corazones, se transformarían en egoísmo. La mujer que es fiel al padre de sus hijos reclama respeto, y no debería ser tratada como una prostituta, aunque admito de buena gana que, si es necesario que el hombre y la mujer vivan juntos para traer descendencia, la naturaleza nunca pretendió que un hombre tuviera más de una mujer.

Siendo tan alto el respeto que siento por el matrimonio como el fundamento de casi toda virtud social, no puedo evitar sentir la más viva compasión por aquellas desafortunadas mujeres a las que se separa de la sociedad y que por un solo error son apartadas de todos aquellos afectos y relaciones que mejoran el corazón y la mente. Ni siquiera merece con frecuencia el nombre de error, pues muchas jóvenes inocentes son víctimas ingenuas de un corazón sincero y afectuoso y, aún más, como podría decirse enfáticamente, se *arruinan* antes de llegar a conocer la diferencia entre virtud

y vicio, de tal modo que, educadas para la infamia, se convierten en infames. Asilos y reformatorios no son remedios apropiados para estos abusos. ¡Es justicia, no caridad, lo que falta en el mundo!

Una mujer que ha perdido su honor se imagina que no puede caer más bajo, y, en cuanto a recobrar su posición anterior, que es imposible, ningún esfuerzo puede quitar esa mancha. Perdiendo todo aliciente y no teniendo ningún medio para sustentarse, la prostitución se convierte en su único refugio, y el carácter es rápidamente depravado por las circunstancias sobre las que la pobre desgraciada tiene poco poder, a menos que posea una porción no habitual de sentido común y un espíritu elevado. La necesidad nunca hace de la prostitución la ocupación de las vidas de los hombres, pero son innumerables las mujeres que se vuelven así sistemáticamente viciosas. Esto, sin embargo, surge, en gran medida, del estado de ociosidad en que las mujeres son educadas, enseñadas siempre a depender de un hombre para obtener sustento, y a considerar sus personas como retribución por sus esfuerzos para mantenerlas. Aires meretricios y la ciencia entera del libertinaje tienen entonces un estímulo más poderoso que el apetito o la vanidad, y esta observación da fuerza a la opinión prevaleciente, de que con la castidad se pierde todo lo que es respetable en la mujer. Su carácter depende de la observancia de una virtud, aunque la única pasión que fomentan en su corazón es el amor. No, más aún, el honor de la mujer ni siquiera se hace depender de su voluntad.

Cuando Richardson^[xi] hace a Clarissa decir a Lovelace que le ha robado su honor, debe haber tenido extrañas nociones del honor y la virtud^[25]. ¡Pues miserable más allá de todos los nombres de la miseria es la condición de un ser que puede ser degradado sin su consentimiento! Este exceso de severidad he visto que ha sido vindicado como un saludable error. Replicaré con las palabras de Leibniz^[26]: «Los errores son con frecuencia útiles, pero por lo general remedian otros errores».

La mayoría de los males de la vida surgen de un deseo de goce presente que se excede a sí mismo. La obediencia requerida de la mujer en el estado del matrimonio se encuentra bajo esta descripción. La mente, naturalmente debilitada por la dependencia de la autoridad, nunca ejerce sus propios poderes, y la esposa obediente se convierte así en una madre débil e indolente. O, suponiendo que ésta no sea siempre la consecuencia, un futuro estado de existencia apenas es tomado en consideración cuando sólo se cultivan las virtudes negativas. Porque al tratar la moral, particularmente cuando se alude a las mujeres, los escritores han considerado con demasiada frecuencia la virtud en un sentido muy limitado, y han hecho el fundamento de ella *solamente* la utilidad mundana; o, todavía más, una base aún más frágil se ha dado a este extraordinario tejido, y los caprichosos sentimientos fluctuantes de los hombres se han tomado como estándares de la virtud. Sí, la virtud, así como la religión, ha sido sujeta a las decisiones del gusto.

Podría casi provocar una sonrisa lastimosa, si los vanos disparates del hombre no nos golpearan por todos lados, observar el gran entusiasmo con que los hombres

degradan al sexo del que pretenden obtener el principal placer de la vida. Y con frecuencia he replicado llena de convicción aplicando el sarcasmo de Pope^[27] sobre ellos, o, para ser más explícita, me ha parecido aplicable a la raza humana entera. El amor al placer o al dominio parece dividir a la humanidad, y el marido que manda en su harén piensa sólo en el placer o en su propia conveniencia. A tales extremos lleva de hecho el deseo intemperado de placer a algunos hombres prudentes, o libertinos extenuados, que se casan para asegurarse una compañera de lecho y que seducen a sus propias mujeres. Himeneo^[28] destierra a la modestia, y el amor casto emprende el vuelo.

El amor, considerado como un apetito animal, no puede alimentarse a sí mismo por mucho tiempo sin expirar. Y esta extinción en su propia llama podría denominarse la muerte violenta del amor. Pero la esposa que de este modo se ha vuelto licenciosa, probablemente intentará llenar el vacío dejado por la pérdida de las atenciones de su marido, pues ella no puede contentarse con ser meramente una sirvienta superior tras haber sido tratada como una diosa. Ella es todavía atractiva y, en vez de transferir su afecto a sus niños, sólo sueña con disfrutar del brillo del sol de la vida. Además, hay muchos maridos tan vacíos de sentido común y afecto paternal que durante la primera efervescencia del amor voluptuoso rechazan dejar a sus mujeres amamantar a sus hijos^[29]. Ellas sólo deben vestirse y vivir para complacerlos, y el amor —incluso el amor inocente— pronto se ahoga en lascivia cuando el ejercicio de un deber se sacrifica a su indulgencia.

El apego personal es muy buen fundamento de la amistad. Sin embargo, cuando dos jóvenes virtuosos se casan, serían tal vez felices si las circunstancias contuvieran su pasión; si el recuerdo de un apego anterior o afecto desilusionado los convirtiera, en cambio, en alguna de las partes al menos, en un equipo basado en la estima. En tal caso mirarían más allá del momento presente y tratarían de hacer sus vidas enteras respetables, elaborando un plan que regulase la amistad que sólo la muerte debe disolver.

La amistad es un afecto serio, el más sublime de todos los afectos, porque se funda en los principios y se cimenta con el tiempo. Todo lo contrario debe decirse del amor. En gran medida, el amor y la amistad no pueden coexistir en el mismo seno; incluso cuando son inspirados por diferentes objetos, se debilitan o destruyen mutuamente, y por el mismo objeto sólo pueden sentirse en secuencia. Los miedos vanos y los celos ingenuos, las ráfagas de aire que abanicen la llama del amor, cuando son juiciosos o astutamente atemperados, son incompatibles con la confianza tierna y el respeto sincero de la amistad.

El amor, tal como lo ha trazado la ardiente pluma del genio, no existe en la tierra, o sólo reside en aquellas exaltadas y fervorosas imaginaciones que han bosquejado tales pinturas peligrosas. Peligrosas, porque no sólo proporcionan una excusa plausible al voluptuoso que disfruta la sensualidad pura bajo el velo sentimental, sino que también desprenden afectación y substraen a la virtud de su dignidad. La virtud,

como la palabra misma indica, debería tener apariencia de seriedad, si no de austeridad, y tratar de disfrazarla con atuendo de placer, porque el epíteto se ha usado como otro nombre para la belleza, es exaltarla sobre arenas movedizas; el más insidioso intento de precipitar su caída con aparente respeto. La virtud y el placer no son, de hecho, aliados tan cercanos en esta vida como algunos escritores elocuentes han intentado probar. El placer prepara la desvanecedora corona de flores y mezcla la copa venenosa, pero el fruto de la virtud es la recompensa al trabajo incesante, y, conforme madura gradualmente, sólo proporciona calma satisfacción; es más, raramente se repara en ella, pues parece ser la tendencia natural de las cosas. El pan, alimento común de la vida, raramente considerado una bendición, sustenta la constitución y preserva la salud; sin embargo, los banquetes regocijan el corazón de los hombres, aunque la enfermedad e incluso la muerte acechan en la copa que eleva el espíritu o en la delicia que cosquillea el paladar. La vivazmente caldeada imaginación, del mismo modo, para aplicar la comparación, dibuja el retrato del amor, como dibuja cualquier otra pintura, con esos colores brillantes que la mano atrevida robará del arco iris, dirigida por una mente condenada en un mundo como éste a probar su noble origen jadeando tras la perfección inalcanzable; siempre persiguiendo lo que reconoce ser un sueño fugaz. Una imaginación de esta vigorosidad puede dar existencia a formas insustanciales y estabilidad a los sombríos ensueños en los que la mente naturalmente cae cuando la realidad se encuentra insípida. Puede entonces representar el amor con encantos celestiales y adorar el objeto ideal, puede imaginar un grado de afecto mutuo que refina el alma, y no expira tras haber servido de «escalera al cielo»^[30] y, como la devoción, hacerle absorber los afectos y deseos más mezquinos. En los brazos del otro, como en un templo, con su cúspide perdida en las nubes, el mundo y todo pensamiento y deseo que no alimenta el afecto puro y la virtud permanente se dejan fuera. ¡Virtud permanente! ¡Ay! ¡Rousseau, respetable visionario! Tu paraíso será pronto violado por la entrada de algún invitado inesperado. Como el de Milton, sólo contendría ángeles, u hombres que han caído por debajo de la dignidad de criaturas racionales. ¡La felicidad no es material, no puede ser vista o sentida! Sin embargo, la búsqueda entusiasta del bien que cada uno moldea a su antojo proclama al hombre criatura inteligente y señor de este mundo más bajo, que no ha de recibir, sino adquirir la felicidad. Aquellos, por tanto, que se quejan de las falsas ilusiones de la pasión, no recuerdan que exclaman contra una prueba fuerte de la inmortalidad del alma.

Pero, dejando a las mentes superiores corregirse a sí mismas y pagar profundamente por su experiencia, es necesario observar que no es contra las pasiones fuertes y perseverantes, sino contra los sentimientos románticos vacilantes que quiero proteger al corazón femenino mediante el ejercicio del entendimiento, pues estos ensueños paradisiacos son con más frecuencia efecto de la inactividad que de una fantasía vivaz.

Las mujeres raramente tienen ocupaciones suficientemente serias para silenciar sus sentimientos; una serie de pequeños cuidados o vanas ocupaciones malgastan toda la fuerza de su mente y órganos, convirtiéndose naturalmente en objetos del sentido. En resumen, el tenor entero de la educación femenina (la educación de la sociedad) tiende a hacer a la mejor dispuesta romántica e inconstante, y al resto vanas y mezquinas. En el estado presente de la sociedad este mal puede escasamente remediarse, me temo, en grado alguno; si alguna ambición más laudable alguna vez gana terreno, tal vez se acerquen más a la naturaleza y la razón, y se vuelvan más virtuosas y útiles conforme se hacen más respetables.

Pero me aventuraré a afirmar que su razón nunca adquirirá suficiente fuerza para permitirles regular su conducta mientras que el primer deseo de la mayoría de la humanidad sea causar una buena impresión a su alrededor. A este débil deseo de afectos naturales se sacrifican las virtudes más útiles. Las jóvenes se casan meramente para *progresar*, para tomar una frase vulgar llena de sentido, y tienen tal perfecto control sobre sus corazones como para no permitirse *enamorarse* hasta que un hombre de fortuna superior se ofrezca. En esta materia quiero profundizar en un futuro capítulo y basta con apuntarlo ahora, dado que las mujeres son tan frecuentemente degradadas al permitir que la egoísta prudencia de la edad enfríe el ardor de la juventud.

De la misma fuente mana la opinión de que las jóvenes deberían dedicar gran parte de su tiempo a la costura y el bordado; sin embargo, esta ocupación contrae sus facultades más que ninguna otra que pudiera haberse elegido para ellas, pues confina sus pensamientos a sus personas. Los hombres encargan que se les haga la ropa, y ahí termina el asunto. Las mujeres hacen sus propias ropas, necesarias u ornamentales, y están continuamente hablando sobre ellas, y sus pensamientos siguen a sus manos. No es, desde luego, la elaboración de lo necesario lo que debilita la mente, sino la ornamentación del vestido. Porque cuando una mujer de posición inferior confecciona las ropas de su marido y niños cumple con su deber, pues ésta es parte de su ocupación. Pero cuando las mujeres trabajan sólo para vestirse mejor de lo que de otra forma podrían permitirse, es aún peor que la pura pérdida de tiempo. Para hacer a los pobres virtuosos deben ser empleados, y las mujeres de clase media, si no imitaran los usos de la nobleza aun sin alcanzar su comodidad, podrían emplearlos, mientras que ellas administraban sus hogares, instruían a los niños y ejercitaban sus propias mentes. Jardinería, filosofía experimental^[31] y literatura, les proporcionarían asuntos en que pensar y temas de conversación, lo que en cierta medida ejercitaría su entendimiento. La conversación de las mujeres francesas, que no están tan rígidamente clavadas a sus sillas retorciendo volantes y anudando cintas, es frecuentemente superficial, pero, sostengo, no es ni la mitad de insípida como la de aquellas mujeres inglesas que malgastan su tiempo en hacer gorros, cofias y toda la picardía de los adornos, por no mencionar, ir de compras, cazar baratijas, etc., etc. Y son las mujeres decentes y prudentes las más degradadas por estas prácticas, porque

las motiva la simple vanidad. La mujer licenciosa que ejercita su gusto para hacer su pasión encantadora tiene algo más en mente.

Estas observaciones provienen todas de una más general que indiqué anteriormente y sobre la que debe insistirse cuanto más mejor, pues, hablando de los hombres, las mujeres, o las profesiones, se observará que el empleo de los pensamientos da forma al carácter general e individual. Los pensamientos de las mujeres se ciernen siempre sobre sí mismas, ¿sorprende entonces que sus cuerpos sean considerados lo más valioso? Sin embargo, cierto grado de libertad intelectual es necesaria incluso para formar el cuerpo, y ésta podría ser una razón por la que las esposas refinadas tienen tan pocas atracciones además de la del sexo. Añadamos a esto los empleos sedentarios que vuelven a la mayoría de las mujeres enfermizas, y que las falsas nociones de excelencia femenina las hacen enorgullecerse de esta delicadeza, aunque sea otra cadena que, volviendo la atención continuamente sobre el cuerpo, atrofie el entendimiento.

Las mujeres de clase alta rara vez confeccionan sus vestidos, y por tanto sólo ejercitan el gusto, y adquieren, al pensar menos en las galas, cuando terminan de vestirse, aquella comodidad que rara vez aparece en el porte de las mujeres que se visten meramente por el bien de vestirse. De hecho, la observación hecha de la clase media, aquella en la que los talentos prosperan mejor, no se extiende a las mujeres, pues las de clase superior, al aprender, al menos, nociones de literatura y conversar más con los hombres sobre materias generales, adquieren más conocimiento que aquellas mujeres que imitan sus usos y defectos sin disfrutar de sus ventajas. Con respecto a la virtud, para usar la palabra en sentido comprehensivo, he visto más entre los peor situados. Muchas mujeres pobres sostienen a sus niños con el sudor de su frente^[32] y mantienen unidas a familias que los vicios de los padres hubieran desparramado, pero las damas refinadas son demasiado indolentes como para ser activamente virtuosas, y son ablandadas, más que refinadas, por la civilización. De hecho, el buen sentido común que he encontrado entre las mujeres pobres que han tenido pocas oportunidades educativas, y sin embargo han actuado heroicamente, me ha confirmado fuertemente en la opinión de que los empleos triviales han hecho de la mujer una frívola. El hombre, al tomar su cuerpo^[xii], deja que su mente se oxide de tal modo que, mientras el amor físico enerva al hombre, pues es su recreación favorita, él trata de esclavizarla —y, quién puede saberlo, ¿cuántas generaciones son necesarias para dar vigor a las virtudes y talentos de la liberada posteridad de los esclavos abyectos?^[xiii]

Al trazar las causas que, en mi opinión, han degradado a la mujer, he confinado mis observaciones a aquellas que universalmente actúan sobre la moral y la conducta de todo el sexo, y me parece claro que todas ellas proceden de la falta de entendimiento. Si esto se debe a una debilidad de facultades física o accidental, el tiempo sólo lo puede determinar, pues no he de poner gran acento en los ejemplos de unas pocas mujeres^[xiv] que, al haber recibido una educación masculina, han

adquirido coraje y resolución. Sólo afirmo que los hombres que han sido situados en posiciones similares han adquirido un carácter similar —hablo de clases de hombres— y que los hombres de genio y talento han surgido de una clase en la que las mujeres nunca han sido situadas.

Quedan ahora por examinar las opiniones sostenidas engañosamente en algunas publicaciones modernas sobre el carácter y la educación femeninas, que han dado el tono a la mayoría de las observaciones efectuadas, de la forma más superficial, sobre el sexo.

Sección I

Comenzaré con Rousseau y presentaré un esbozo de su caracterización de la mujer, con sus propias palabras, intercalando comentarios y reflexiones. Mis comentarios, es cierto, fluirán todos de unos pocos principios sencillos, y se podrían deducir de lo que ya he dicho. Pero se ha erigido la estructura artificial con tanto ingenio, que parece necesario atacarla de una forma más detallada y ocuparme de ello yo misma.

Sofía, dice Rousseau, debe ser una mujer tan perfecta como Emilio es un hombre^[1], y para ello es necesario examinar el carácter que la naturaleza ha dado al sexo.

Procede entonces a probar que la mujer debe ser débil y pasiva, puesto que tiene menos fuerza corporal que el hombre, y por tanto infiere que se la formó para complacerle y someterse a él, y que es su deber hacerse *agradable* a su dueño, siendo éste el gran fin de su existencia^[i]. Pero, no obstante, para dar una pequeña apariencia de dignidad a la lujuria, insiste en que el hombre no debe ejercer su fuerza, sino depender de su voluntad, cuando busca disfrutar con ella.

Por tanto, deducimos una tercera consecuencia de la diferente constitución de los sexos, que consiste en que el más fuerte debe ser dueño en apariencia, y depender de hecho del más débil, y ello no por ninguna práctica frívola de cortesía o de vanidad del protectorado, sino por una ley invariable de la naturaleza que, al otorgar a la mujer una mayor facilidad para excitar deseos de la que ha dado al hombre para satisfacerlos, hace al último dependiente del gran placer de la anterior, y le obliga a su vez a procurar complacerla *de forma que obtenga su consentimiento de que él debe ser el más fuerte*^[iii]. En estas ocasiones, la más deliciosa circunstancia que un hombre encuentra en su victoria es dudar si fue la debilidad de la mujer la que se rindió a su fuerza superior, o si las inclinaciones de ella hablaron en su favor: las mujeres son por lo general muy astutas para dejar este asunto en duda. El entendimiento de las mujeres responde a este respecto perfectamente a su constitución, pues, muy lejos de avergonzarse de su debilidad, se vanaglorian de ella, sus músculos tiernos no oponen resistencia, simulan no ser capaces de levantar las cargas más livianas y se sonrojarían si se las considerase robustas y fuertes. ¿Cuál es el propósito de todo esto? No es meramente por el bien de parecer delicadas, sino que consiste más bien en una astuta precaución: así ellas se proporcionan una excusa de antemano y el derecho a ser frágiles cuando lo crean conveniente^[2].

He citado este pasaje, no sea que mis lectores sospechen que he trastocado el razonamiento del autor para sostener mi propio argumento. Ya he afirmado que en la educación de las mujeres estos principios fundamentales conducen a un sistema de astucia y lujuria.

Suponiendo que la mujer ha sido formada sólo para complacer al hombre y someterse a él, la conclusión es justa: ella debe sacrificar cualquier otra consideración para hacérsele agradable y dejar que este deseo brutal de auto-preservación sea el gran manantial de todas sus acciones cuando se pruebe que es la cama de hierro del destino^[3], para amoldarse al cual debe estirar o contraer su carácter, sin consideración de todas las distinciones morales o físicas. Pero si, como creo, puede demostrarse que incluso los fines de esta vida, considerada como un todo, son subvertidos por las reglas prácticas construidas sobre esta base innoble, permítaseme dudar que la mujer haya sido creada para el hombre. Y aunque se alzara contra mí el clamor de la irreligiosidad o incluso del ateísmo, debo simplemente declarar que aunque un ángel del cielo me dijera que la bella y poética cosmogonía de Moisés^[4] y el relato de la caída del hombre fueran literalmente ciertos, no podría creer lo que mi razón me presenta como despectivo del carácter del Ser Supremo, y, como no temo tener al demonio ante mis ojos, me aventuro a llamarlo una sugerencia de razón, en vez de apoyar mi debilidad en los anchos hombros del primer seductor de mi frágil sexo^[5].

Una vez demostrado —prosigue Rousseau— que el hombre y la mujer no son, ni deben ser, constituidos de forma similar en el temperamento y el carácter, se sigue, por supuesto, que no deben ser educados de la misma manera. Al seguir las instrucciones de la naturaleza, deben, por supuesto, actuar en concierto, pero no deben emplearse en las mismas ocupaciones: el fin de sus empresas debe ser el mismo, pero los medios que deben usar para llevarlas a cabo y, en consecuencia, sus gustos e inclinaciones, deben ser diferentes^[6].

* * *

Ya sea considerando el destino peculiar del sexo, observando sus inclinaciones o remarcando sus deberes, todas las cosas concurren igualmente en señalar el peculiar método de educación que mejor se adapte a ellos. Mujer y hombre fueron hechos el uno para el otro, pero su dependencia mutua no es la misma. Los hombres dependen de las mujeres sólo en virtud de sus deseos; las mujeres de los hombres tanto en virtud de sus deseos como de sus necesidades. Nosotros podríamos subsistir mejor sin ellas que ellas sin nosotros^[7].

* * *

Por esta razón, la educación de las mujeres debe ser siempre relativa a los hombres. Complacernos, sernos útiles, hacernos amarlas y estimarlas, educarnos en la juventud, cuidarnos cuando crecemos, aconsejarnos, consolarlos, hacer nuestras vidas fáciles y agradables: éstos son los deberes de las mujeres en todo momento, y lo que debe enseñárseles en su infancia. En la medida en que fracasemos en recurrir a este principio nos alejamos del objetivo y todos los preceptos que se les den no contribuirán a su felicidad ni a la nuestra^[8].

* * *

Las niñas se inclinan desde su más temprana infancia hacia el vestido. No contentas con ser hermosas, están deseosas de que se las considere como tales. Vemos, por todos sus pequeños ademanes, que este pensamiento acapara su atención y que apenas son capaces de entender lo que se les dice hasta que no se las controle diciéndoles lo que la gente pensará de su comportamiento. El mismo motivo aplicado indistintamente a los niños no tiene, sin embargo, el mismo efecto: si se les deja perseguir sus diversiones a su antojo, se preocupan muy poco de lo

que la gente piense de ellos. Tiempo y sufrimientos son necesarios para someter a los chicos por este motivo.

De donde sea que las niñas obtienen esta primera lección, es muy provechosa. Como el cuerpo nace, en cierta manera, antes que el alma, nuestra primera preocupación debe ser cultivar el primero. Este orden es común a ambos sexos, pero el objetivo de dicho cultivo es diferente. En un sexo es el desarrollo de los poderes corporales, en el otro el de los encantos personales. Esto no significa que la calidad de fuerza o belleza debe ser confinada exclusivamente a un sexo, sino que el orden del cultivo de ambos es opuesto en ese respecto. Las mujeres ciertamente requieren tanta fuerza como para permitirles moverse y actuar elegantemente, y los hombres tanta destreza como para permitirles actuar con desenvoltura^[9].

* * *

Los niños de ambos sexos tienen muchas diversiones en común, y así debe ser, pues ¿acaso no tienen también muchas cuando son adultos? Cada sexo tiene también un gusto propio que los distingue en este particular. Los niños aman los deportes ruidosos y movidos, tocar el tambor, bailar la peonza, y tirar de sus carritos. Las niñas, por el otro lado, se inclinan más por las cosas de apariencia y adorno, como los espejos, las baratijas, y las muñecas. La muñeca es el juego particular del sexo femenino, por lo que vemos que su gusto se adapta evidentemente a su destino. La parte física del arte de agradar descansa en el vestido, y esto es todo lo que las niñas están capacitadas para cultivar de dicho arte^[10].

* * *

Vemos, por tanto, aquí una predisposición primaria firmemente establecida, que sólo se necesita proseguir y regular. La pequeña criatura estará, sin duda alguna, muy deseosa de saber cómo vestir a su muñeca, de hacerle los nudos de sus mangas, sus volantes, su tocado, etc. Está obligada a recurrir a las personas a su alrededor para que la ayuden con estos artículos, que le sería mucho más agradable debérselos todos a su propia industria. Por tanto, tenemos una buena razón a favor de las primeras lecciones que habitualmente se enseñan a estas jóvenes, en las que no parece que les establezcamos una tarea sino haciéndoles un favor, pues se las instruye en lo que es inmediatamente útil para ellas mismas. Y, de hecho, casi todas ellas aprenden con desgana a leer y escribir, pero se aplican muy gustosamente en usar sus agujas. Se imaginan a sí mismas ya crecidas, y piensan con placer que dichas habilidades les permitirán adornarse a sí mismas^[11].

Esto es ciertamente sólo una educación del cuerpo, pero Rousseau no es el único hombre que ha dicho de forma indirecta que meramente la persona de una mujer *joven*, sin entendimiento alguno, a menos que la vivacidad caiga bajo dicha descripción, es muy agradable. Para hacerla débil, y lo que algunos denominarán hermosa, se descuida el entendimiento, y se fuerza a las niñas a sentarse quietas, jugar con sus muñecas y escuchar conversaciones necias —se insiste en el efecto de la costumbre como si se tratase de una indicación indudable de la naturaleza—. Sé que era la opinión de Rousseau que los primeros años de juventud deben ser empleados en formar el cuerpo, aunque en la educación de Emilio él se desvía de dicho plan. Pero hay una gran diferencia entre fortalecer el cuerpo, de lo que depende en gran medida la fuerza de la mente, y proporcionarle sólo naturalidad de movimiento.

Las observaciones de Rousseau, conviene remarcar, fueron hechas en un país donde el arte de complacer fue refinado sólo para extraer la grosería del vicio^[12]. No

regresó a la naturaleza: o su dominante apetito estorbó las operaciones de la razón, o no habría extraído estas crudas inferencias.

En Francia los niños y las niñas, y en particular las últimas, son educados sólo para complacer, para ocuparse de sus personas y regular su conducta exterior, y sus mentes son corrompidas a una edad muy temprana, por las mundanas y piadosas advertencias que reciben para guardarlos contra la vanidad. Hablo de tiempos pasados. Las mismas confesiones que se obligaba a hacer a los niños, y las preguntas de los sacerdotes^[13], sé de buenas fuentes que eran suficientes para inculcar el carácter sexual; y la educación de la sociedad era una escuela de coquetería y arte. A la edad de diez u once años, es más, con frecuencia mucho antes, las niñas empezaban a coquetear, y hablaban, sin reprobaciones, de establecerse en el mundo a través del matrimonio.

En resumen, se las trataba como mujeres casi desde su mismo nacimiento, y recibían cumplidos en vez de instrucción, que debilitaban la mente. Se suponía así que la Naturaleza había actuado como una madrastra cuando formó este producto posterior de la Creación^[14].

No concediéndoles entendimiento, sin embargo, no era más que consecuente someterlas a una autoridad independiente de la razón, y, con el fin de prepararlas para esta sujeción, Rousseau aconseja lo siguiente:

Las niñas deben ser activas y diligentes, y eso no es todo, deben ser también sometidas tempranamente a control. Este infortunio, si realmente lo es, es inseparable de su sexo, y nunca habrán de desecharlo sin sufrir males más crueles. Deben someterse, durante toda su vida, al más constante y severo control, que es el del decoro: es por tanto necesario acostumbrarlas pronto a dicho confinamiento, para que no les cueste más adelante demasiado caro, y a la supresión de sus caprichos, para que se sometan más gustosamente a la voluntad de otros. Si, de hecho, se inclinan por trabajar constantemente, debe obligárseles a dejar el trabajo de lado algunas veces. Disipación, ligereza e inconstancia son faltas que fluyen prontamente de sus primeras predisposiciones, cuando son corrompidas o pervertidas por demasiada indulgencia. Para evitar este abuso deberíamos enseñarlas, sobre todo, a contenerse debidamente. La vida de una mujer modesta es reducida, por nuestras absurdas instituciones, a un conflicto perpetuo consigo misma: no deja de ser justo que este sexo participe de los sufrimientos derivados de los males que nos ha causado^[15].

¿Y por qué es la vida de una mujer modesta un conflicto perpetuo? Debo responder que el propio sistema de educación la hace así. La modestia, la templanza y la abnegación son los frutos serios de la razón, pero, cuando la sensibilidad es alimentada a expensas del entendimiento, debe controlarse a seres tan débiles por medios arbitrarios y someterles a conflictos continuos. Mas demos a la actividad de su mente un alcance más amplio, y pasiones y motivos más nobles gobernarán sus apetitos y sentimientos:

El apego y el cariño comunes de una madre, aún más, el mero hábito, hará que sus hijos la amen, si no hace nada para incurrir en su odio. Incluso el control al que les somete, si está bien dirigido, aumentará su afecto, en vez de mermarlo, porque siendo el estado de dependencia natural al sexo, ellos se percibirán a sí mismos formados para la obediencia^[16].

Esto es asumir lo que hay que argumentar, pues la servidumbre no sólo envilece al individuo, sino que sus efectos parecen transmitirse a la posteridad. Considerando el lapso de tiempo que las mujeres han sido dependientes, ¿sorprende que algunas de ellas abracen sus cadenas y sean serviciales como el perro de aguas? «Estos perros», observa un naturalista^[17], «mantenían al principio las orejas erguidas, pero la costumbre ha reemplazado a la naturaleza, y una muestra de temor se ha convertido en belleza».

Por la misma razón —observa Rousseau—, las mujeres tienen, o deben tener, poca libertad. Son propensas a gratificarse en exceso con aquello que se les permite. Adictas a las cosas hasta el extremo, son arrastradas por sus diversiones incluso más que los niños^[18].

La respuesta a esto es muy sencilla. Los esclavos y las masas se han gratificado siempre en los mismos excesos una vez que se han escapado de la autoridad. El arco doblado vuelve violentamente a su posición original, cuando la mano que lo sujetaba con fuerza afloja repentinamente, y la sensibilidad, juguete de las circunstancias exteriores, debe someterse a la autoridad o moderarse mediante la razón.

De este habitual control resulta —continúa— una docilidad que las mujeres necesitan durante toda su vida, al permanecer constantemente bajo la sujeción del hombre o de las opiniones de la humanidad, y nunca se les permite elevarse por encima de aquellas opiniones. La primera y más importante habilidad en una mujer es la buena naturaleza o suavidad de carácter; formada para obedecer a un ser tan imperfecto como el hombre, a menudo lleno de vicios, y siempre lleno de faltas, la mujer debe aprender tempranamente incluso a sufrir la injusticia y a soportar los insultos del marido sin quejarse; y no por el bien de él, sino por el suyo propio, deben tener un temperamento apacible. La perversidad y la malicia de las mujeres sólo sirven para agravar su propio infortunio y la mala conducta de sus maridos; las mujeres deben percibir claramente que éstas no son las armas con las que consiguen la superioridad^[19].

Formadas para vivir con semejante ser tan imperfecto como el hombre, deben aprender mediante el ejercicio de sus facultades la necesidad de la paciencia, pero todos los derechos sagrados de la humanidad son violados al insistir en la obediencia ciega, si no es que los derechos más sagrados pertenecen *sólo* al hombre.

El ser que pacientemente soporta la injusticia y aguanta en silencio los insultos, pronto se volverá injusto o incapaz de discernir lo correcto de lo malo. Además, niego el hecho: éste no es el modo verdadero de formar o mejorar el temperamento, pues, como sexo, los hombres tienen mejor temperamento que las mujeres, porque se emplean en ocupaciones que interesan a la cabeza así como al corazón, y la firmeza de la cabeza da una temperatura saludable al corazón. La gente de sensibilidad raramente tiene un buen temperamento. La formación del temperamento es el trabajo frío de la razón, cuando, conforme la vida avanza, mezcla con feliz destreza elementos discordantes. Nunca he conocido una persona débil o ignorante que tuviera buen temperamento, aunque con frecuencia reciben ese nombre aquel buen humor constitucional y aquella docilidad que el miedo estampa en la conducta. Digo conducta, porque la docilidad genuina nunca alcanzó el corazón o la mente, excepto como efecto de la reflexión. Y muchos hombres sensatos que encuentran a algunas de

esas gentiles criaturas irritables compañeras muy molestas concederán que ese sencillo control produce una serie de humores pecaminosos en la vida familiar.

«Cada sexo», sigue argumentando, «debe preservar su tono y manera peculiar. Un marido manso puede hacer a su esposa impertinente, pero el carácter sosegado en el lado de la mujer siempre traerá a un hombre de vuelta a la razón, a menos que sea absolutamente una bestia, y tarde o temprano triunfará sobre él»^[20]. Puede que tal vez la razón sosegada tenga a veces este efecto, pero el miedo abyecto siempre inspira desprecio, y las lágrimas son sólo elocuentes cuando corren por mejillas bellas.

¿De qué materiales puede estar compuesto aquel corazón que puede enternecerse cuando se le insulta y, en vez de rebelarse contra la injusticia, besa la vara que le golpea? ¿Es injusto inferir que la virtud de quien puede acariciar a un hombre, con verdadera dulzura femenina, en el momento mismo en que él la trata tiránicamente, se cimienta en la estrechez de miras y el egoísmo? La naturaleza nunca ha dictado tal insinceridad, y aunque la prudencia de este tipo sea denominada virtud, la moralidad se vuelve vaga cuando se supone que cualquier parte reside en la falsedad. Éstos son meros recursos, y los recursos son útiles sólo momentáneamente.

Que el marido se guarde de confiar demasiado implícitamente en esta obediencia servil, pues si su esposa puede acariciarle con cautivadora dulzura cuando está enfadado, y cuando ella debiera estar enfadada, a menos que el desprecio haya ahogado la efervescencia natural, ella puede hacer lo mismo tras despedirse de un amante. Éstos son todos los preparativos para el adulterio, o, si el miedo del mundo, o del infierno, contuviera su deseo de complacer a otros hombres, cuando ya no puede complacer a su marido, ¿qué sustituto puede encontrar un ser que ha sido formado solamente, por la naturaleza y las artes, para complacer al hombre? ¿Qué puede compensarle por esta privación, o dónde ha de buscar una nueva ocupación? ¿Dónde puede encontrar suficiente fortaleza de mente para determinarse a empezar la búsqueda, cuando sus hábitos ya están arraigados y la vanidad ha gobernado por largo tiempo su mente caótica?

Pero este moralista parcial recomienda la astucia de forma sistemática y plausible:

Las hijas deben ser siempre sumisas; las madres, sin embargo, no deben ser inexorables. Para hacer a una persona joven dócil no debe hacerse infeliz, para hacerla modesta no debe hacerse estúpida. Por el contrario, no me desagradaría si se le permitiera usar algún arte, no para eludir el castigo en caso de desobediencia, sino para eximirse de la necesidad de obedecer. No es necesario hacer su dependencia opresiva, sino sólo dejarle sentirla. La sutileza es un talento natural al sexo, y, como estoy convencido de que todas nuestras inclinaciones naturales son buenas y correctas en sí mismas, soy de la opinión de que debe cultivarse tanto como las otras: sólo debemos prevenir su abuso^[21].

«Cualquier cosa que exista», procede triunfalmente a inferir, «está bien»^[22]. De acuerdo. Sin embargo, tal vez, ningún aforismo ha contenido jamás una aserción más paradójica. Es una verdad solemne respecto a Dios. Él, digo con reverencia, lo ve todo de una vez, y vio sus justas proporciones en las entrañas del tiempo. Pero el

hombre, que sólo puede examinar partes dispersas, encuentra muchas cosas equivocadas, y es parte del sistema, y por tanto cierto, que debe intentar alterar aquello que así se lo parezca, incluso cuando se inclina ante la Sabiduría de su Creador y respeta la oscuridad que intenta disipar.

La conclusión que sigue es justa, suponiendo que el principio sea acertado:

La superioridad de destreza, peculiar al sexo femenino, es una indemnización muy equitativa por su inferioridad en cuanto a fuerza: sin esto, la mujer no podría ser compañera del hombre, sino su esclava; mediante su destreza e ingenio superiores ella preserva su igualdad y le gobierna mientras simula obedecer. La mujer tiene todo en su contra: tanto nuestras faltas como su propia timidez y debilidad. No tiene nada a su favor, excepto su sutileza y belleza. ¿No es entonces muy razonable que cultive ambas?^[23]

La grandeza de mente no puede cohabitar nunca con la astucia o la destreza, pues no voy a discutir tontamente sobre las palabras cuando su significado directo es la insinceridad y la falsedad, pero me contento con observar que, si alguna clase de la humanidad fue así creada, que deba necesariamente ser educada por reglas no estrictamente deducidas de la verdad, la virtud es un asunto de convención. ¿Cómo pudo Rousseau atreverse a afirmar, tras dar este consejo, que en el gran fin de la existencia el objetivo de ambos sexos debe ser el mismo, cuando sabía bien que la mente, formada por sus ocupaciones, se expande conforme las grandes perspectivas engullen a las pequeñas, o se vuelve ella misma estrecha?

Los hombres tienen fuerza física superior. Pero, si no fuera por las nociones equivocadas de belleza, las mujeres adquirirían suficiente fuerza para ser capaces de ganarse su propia subsistencia, definición verdadera de la independencia, y para soportar las inconveniencias y esfuerzos físicos que son necesarios para fortalecer la mente.

Que alcancemos la perfección del cuerpo, al permitírsenos hacer el mismo ejercicio que a los niños, no sólo durante la infancia, sino también durante la juventud, y podremos saber hasta dónde se extiende la superioridad natural del hombre. Porque ¿qué razón o virtud se puede esperar de una criatura cuando se descuida la época de siembra de la vida? Ninguna, si los vientos del cielo no esparciesen casualmente muchas semillas útiles en el suelo barbecho.

La belleza no se puede adquirir mediante el vestido, y la coquetería no es un arte que se alcance tan temprana y rápidamente. Mientras las niñas son todavía jóvenes, sin embargo, tienen la capacidad de estudiar ademanes agradables, una modulación de la voz agradable, un porte y conducta desenvueltos, así como de aprovecharse de adaptar elegantemente su aspecto y actitud al tiempo, lugar y ocasión. Su ocupación, por tanto, no debe confinarse solamente a las artes de la industria y la costura, cuando muestren otros talentos cuya utilidad es aparente^[24].

Por mi parte, haría que una joven inglesa cultivara sus talentos agradables, con el fin de complacer a su futuro marido, con tanto cuidado y asiduidad como una joven circasiana^[25] cultiva los suyos con el fin de adecuarla para el harén de un bajá oriental^[26].

Para hacer a la mujer completamente insignificante, añade:

Las lenguas de las mujeres son muy volubles, hablan más tempranamente, más fácilmente y de forma más agradable que los hombres; se les acusa también de hablar mucho más: pero así debe ser, y debo estar muy gustoso de convertir este reproche en un cumplido. Sus labios y ojos tienen la misma actividad y por la misma razón. Un hombre habla de lo que sabe, una mujer de lo que le complace; el uno requiere conocimiento, la otra gusto; el principal objeto del discurso de un hombre debe ser lo que es útil, el de la mujer lo que es agradable. No debe haber nada en común entre sus distintas conversaciones excepto la verdad.

No debemos, por tanto, moderar la charla de las chicas de la misma manera que lo hacemos con la de los chicos, con aquella severa pregunta: *¿Con qué propósito estás hablando?*, sino con otra, no menos difícil: *¿Cómo será recibido tu discurso?* En la infancia, cuando todavía son incapaces de discernir el bien del mal, deben observar, como ley, no decir nunca nada desagradable para aquellos con los que hablan. Lo que hará la práctica de esta ley también más difícil es que siempre ha de subordinarse a la anterior: nunca hablar falsamente o decir una mentira^[27].

Gobernar la lengua de esta forma requiere gran destreza, y es practicada en demasía tanto por los hombres como por las mujeres. ¡Qué pocos hablan desde la abundancia del corazón!^[28] Tan pocos, que yo, que amo la simplicidad, renunciaría alegremente a la buena educación por una cuarta parte de la virtud que se ha sacrificado a una equívoca calidad que, como mucho, debiera ser sólo el brillo de la virtud.

Pero, para completar el esbozo:

Es fácil imaginar que, si los niños no son capaces de formarse ninguna noción verdadera de religión, esas ideas deben de estar muy por encima de la concepción de las niñas. Es por esta misma razón que yo empezaría a hablarles lo antes posible de esta materia, pues si esperamos hasta que sean capaces de discutir metódicamente estas cuestiones profundas corremos el riesgo de no hablarles nunca de ellas durante sus vidas. La razón de las mujeres es práctica, y las capacita astutamente para descubrir los medios con los que alcanzar un fin conocido, pero nunca las capacitaría para descubrir el fin mismo. Las relaciones sociales de los sexos son de hecho verdaderamente admirables: de su unión resulta una sola persona moral, de la cual la mujer puede considerarse los ojos y el hombre la mano, con tal dependencia mutua, que la mujer tiene que aprender del hombre lo que ha de ver, y el hombre de la mujer lo que debe hacer. Si la mujer pudiese recurrir a los primeros principios de las cosas tanto como el hombre, y el hombre estuviese capacitado para entrar en la *minucia* de las cosas tanto como la mujer, siempre independientes el uno del otro, vivirían en discordia perpetua, y su unión no podría subsistir. Pero, en la presente armonía que naturalmente subsiste entre ellos, sus facultades diferentes tienden a un fin común y es difícil decir cuál de ellos contribuye en mayor medida: cada uno sigue el impulso del otro, cada uno obedece, y ambos son dueños.

Como la conducta de la mujer está subordinada a la opinión pública, su fe en los asuntos de la religión debe, por esa misma razón, someterse a la autoridad. *Toda hija debe ser de la misma religión que su madre, y toda esposa de la misma religión que su marido, pues, aunque dicha religión sea falsa, esa docilidad que induce a la madre y a la hija a someterse al orden de la naturaleza, remueve, a los ojos de Dios, la criminalidad de su error^[iii]*. Como no están capacitadas para juzgar por sí mismas, deben acatar la decisión de sus padres y maridos tan confiadamente como la de la Iglesia^[29].

Como la autoridad debe regular la religión de las mujeres, no es tan necesario explicarles la razón para su creencia, como tender con precisión los dogmas en los que deben creer: pues el credo, que presenta sólo ideas oscuras a la mente, es la fuente del fanatismo, y aquello que presenta absurdos lleva a la infidelidad^[30].

La autoridad absoluta e incontrovertida, parece, debe subsistir en algún lugar, ¿pero no es ésta una apropiación directa y exclusiva de la razón? Los *derechos* de la humanidad han sido así confinados a la línea masculina desde Adán en adelante. Rousseau llevaría esta aristocracia masculina incluso más lejos, pues insinúa que no culpa a aquellos que abogan por dejar a la mujer en el estado de la más profunda ignorancia, si no fuera necesario proporcionarle un poco del conocimiento sobre los hombres y las costumbres producidas por las pasiones humanas, para preservar su castidad y justificar la elección del hombre a los ojos del mundo; de lo contrario, ella podría reproducirse en el hogar sin volverse menos voluptuosa e inocente mediante el ejercicio de su entendimiento, excepto, por supuesto, durante el primer año del matrimonio, cuando podría ocupar su entendimiento en vestirse como Sofía. «Su vestido es extremadamente modesto en apariencia y, sin embargo, muy coqueto de hecho. Ella no hace gala de sus encantos, sino que los oculta, pero al ocultarlos sabe cómo afectar vuestra imaginación. Todo el que la vea dirá: “ahí va una chica discreta y modesta”, pero, cuando estéis cerca de ella, vuestros ojos y vuestros afectos deambularán por todo su cuerpo, de tal forma que no podréis apartarlos, y concluiréis que cada parte de su vestido, simple como parece, fue puesta en su correcto orden sólo para ser quitada de una a una por la imaginación»^[31]. ¿Es esto modestia? ¿Es ésta la preparación para la inmortalidad? Una vez más, ¿qué opinión debemos formarnos de un sistema de educación, cuando el autor dice de su heroína «que para ella, hacer las cosas bien, no es más que una preocupación *secundaria*; su principal preocupación es hacerlas *primorosamente*»^[32]?

Secundarias, de hecho, son todas sus virtudes y habilidades, pues, con respecto a la religión, Rousseau hace a sus padres decirle, acostumbrada a la sumisión: «Tu marido te instruirá en su *debido momento*»^[33].

Tras anquilosar así la mente de la mujer, si con el fin de mantenerla bella no la ha dejado casi en blanco, le aconseja reflexionar para que un hombre meditativo no bostece en su compañía cuando se cansa de acariciarla. ¿Sobre qué tiene que reflexionar aquel que debe obedecer? ¿Y no sería acaso un refinamiento de la crueldad abrir su mente sólo para hacer *visibles* la miseria y oscuridad de su destino?^[34] Pero éstas son sus sensatas observaciones, el lector ha de determinar cuán consistentes con lo que ya me he visto obligada a citar, para dar una visión justa de la materia:

Aquellos que pasan sus vidas enteras trabajando por el pan de cada día no tienen ideas más allá de sus asuntos o su interés, y todo su entendimiento parece encontrarse en las puntas de sus dedos. Esta ignorancia no es perjudicial para su integridad ni para sus morales, sino que a menudo es de utilidad para ellas. Algunas veces, mediante la reflexión, somos llevados a capitular ante nuestro deber y concluimos sustituyendo una jerga de palabras en lugar de las cosas. Nuestra propia conciencia es el filósofo más iluminado. No es necesario estar familiarizado con los deberes de Tullius^[35] para hacer un hombre de probidad: y tal vez la mujer más virtuosa en el mundo es la menos familiarizada con la definición de virtud. Pero no es menos cierto que un entendimiento cultivado sólo puede hacer la sociedad más agradable, y es

algo melancólico para el padre de una familia, aficionado al hogar, verse obligado a estar siempre absorto en sí mismo y no tener a nadie a quien pueda dar a conocer sus sentimientos.

«Además, ¿cómo podría una mujer carente de reflexión ser capaz de educar a sus hijos? ¿Cómo podría discernir lo que es apropiado para ellos? ¿Cómo debería inclinarlos hacia aquellas virtudes con las que ella no está familiarizada o hacia aquellos méritos que desconoce? Ella sólo puede consolarlos o reprenderles, volverlos insolentes o tímidos. Ella los volverá dandis ceremoniosos o ignorantes zoquetes, pero nunca sensatos o amigables»^[36]. ¿Cómo podría hacer todo esto, ciertamente, cuando su marido no está siempre a mano para prestarle su razón, siendo así que los dos juntos suman un solo ser moral? Un ciego, «ojos sin manos», no caminará muy lejos, y posiblemente la razón abstracta de él, que debería concentrar los rayos dispersos de la razón práctica de ella, puede ser empleada en juzgar el sabor del vino, disertar sobre las salsas más apropiadas para la tórtola o, más profundamente concentrado en un juego de cartas, generalizar sus ideas conforme apuesta su fortuna, dejando toda la *minucia* de la educación a su compañera, o a la suerte.

Pero, concediendo que la mujer debe ser bella, inocente y boba, para hacerla así una compañera más atractiva e indulgente, ¿a qué fin se sacrifica su entendimiento? ¿Y por qué es toda esta preparación necesaria sólo, de acuerdo con el sentir de Rousseau, para hacerla la amante de su marido por muy poco tiempo? Pues ningún hombre ha insistido jamás más en la naturaleza transitoria del amor. Así dice el filósofo:

Los placeres sensuales son transitorios. El estado habitual del afecto siempre pierde mediante su gratificación. La imaginación, que decora el objeto de nuestros deseos, se pierde en la realización práctica. Con la excepción del Ser Supremo, que es autoexistente, no hay nada bello excepto lo que es ideal^[37].

Pero vuelve a esta paradoja ininteligible otra vez, cuando se dirige a Sofía.

Emilio, al convertirse en tu marido, se convierte en tu dueño y reclama tu obediencia. Tal es el orden de la naturaleza. Cuando un hombre se casa, sin embargo, con una esposa como Sofía, es adecuado que sea dirigido por ella: esto es también de acuerdo con el orden de la naturaleza: es por tanto para darte tanta autoridad sobre su corazón como el sexo de él le da sobre tu persona, que yo te hago el árbitro de sus placeres. Esto te puede costar, tal vez, cierta abnegación desagradable, pero estarás segura de mantener tu imperio sobre él, si puedes preservarlo sobre ti misma —lo que ya he observado, también, me indica que este intento difícil no excede a tu coraje. ¿Tendrías a tu marido constantemente a tus pies? Mantenlo a cierta distancia de tu persona. Mantendrás por largo tiempo la autoridad en el amor, si sabes cómo volver tus favores raros y valiosos. Es así como podrás emplear incluso las artes de la coquetería al servicio de la virtud, y las del amor al de la razón^[38].

Debo cerrar estos extractos con una justa descripción de la pareja cómoda:

Y, sin embargo, no debes imaginar que incluso semejante administración será siempre suficiente. Cualesquiera que sean las precauciones que se tomen, el goce desgastará gradualmente el filo de la pasión. Pero cuando el amor ha durado tanto como es posible, una costumbre agradable tomará su lugar, y el apego de la confianza mutua seguirá a los arrebatos de la pasión. Los hijos a

menudo forman una más agradable y permanente unión entre las personas casadas que el amor mismo. Cuando dejes de ser la amante de Emilio, continuarás siendo su esposa y amiga, y serás la madre de sus hijos^{[iv][39]}.

Los niños, observa correctamente, constituyen una conexión más permanente entre las personas casadas que el amor. La belleza, declara, no será valorada, ni siquiera vista después que la pareja haya vivido seis meses junta; los encantos y coqueterías artificiales igualmente saciarán los sentidos, ¿por qué dice entonces que una chica debe ser educada para su marido con el mismo cuidado que para un harén oriental?

Apelo ahora desde los ensueños de la imaginación y el desenfreno refinado al sentido común de la humanidad: si el objeto de la educación ha de ser preparar a las mujeres para convertirse en esposas castas y madres sensatas, ¿es el método tan plausiblemente recomendado en el anterior esbozo el mejor calculado para producir dichos fines? ¿Se concederá que el medio más seguro para hacer a una mujer casta es enseñarle a practicar las artes lujuriosas de una amante, denominadas coquetería virtuosa por el sensualista que no puede gozar con los encantos naturales de la sinceridad, o saborear el placer que fluye de la intimidad tierna, cuando la confianza no es contrarrestada por la sospecha y hecha interesante por el juicio?

El hombre que puede contentarse con vivir con una bella, útil compañera, sin intelecto, ha perdido en las gratificaciones voluptuosas el gusto por los goces más refinados, no ha sentido nunca la satisfacción tranquila, que refresca el corazón seco como el silencioso rocío del cielo, de ser amado por alguien que pueda entenderle. En compañía de su mujer está todavía solo, excepto cuando el hombre se sume en la bestia. «El encanto de la vida», dice un grave razonador filosófico^[40], es «la simpatía, nada nos complace más que observar en otros hombres un sentimiento de compañerismo con todas las emociones de nuestro propio corazón».

Pero, de acuerdo con el tenor del razonamiento, según el cual las mujeres han de ser mantenidas lejos del árbol del conocimiento, los importantes años de la juventud, la utilidad de la edad, y las esperanzas racionales del futuro, deben ser todos sacrificados para hacer de la mujer un objeto del deseo por un *breve* tiempo. Además, ¿cómo puede Rousseau esperar que sean virtuosas y constantes cuando ni se permite a su razón fundamentar su virtud, ni a la verdad ser el objeto de sus investigaciones?

Pero todos los errores de razonamiento de Rousseau se derivan de la sensibilidad, ¡y las mujeres están muy gustosas de perdonar la sensibilidad a sus encantos! Cuando debería haber razonado se volvió apasionado, y la reflexión inflamó su imaginación en vez de iluminar su entendimiento. Incluso sus virtudes le llevaron también aún más desencaminado, pues, nacido con una constitución cálida e imaginación vivaz, la naturaleza le ha llevado al otro sexo con tal entusiasta afición que pronto se volvió lujurioso. Si se hubiera rendido a estos deseos, el fuego se habría extinguido a sí mismo de forma natural, pero la virtud y un tipo romántico de delicadeza le hicieron practicar la abnegación, si bien, cuando el miedo, la delicadeza o la virtud le

contuvieron, corrompió su imaginación, y, reflexionando sobre las sensaciones a las que la imaginación dio fuerza, las pintó con los colores más brillantes y las hundió profundamente en su alma.

Entonces buscó soledad, no dormir con el hombre de la naturaleza, o investigar tranquilamente las causas de las cosas a la sombra bajo la que Sir Isaac Newton dio rienda suelta a la contemplación, sino que meramente gratificó sus sentimientos. Y tan cálidamente ha pintado lo que sentía enérgicamente que, interesando al corazón e inflando la imaginación de sus lectores, en proporción a la fuerza de su imaginación, ellos imaginan que su entendimiento es convencido, cuando sólo simpatizan con un escritor poético, que habilidosamente exhibe los objetos del sentido, más voluptuosamente ensombrecidos o elegantemente cubiertos con un velo. Y así, haciéndonos sentir mientras soñamos que razonamos, se dejan conclusiones erróneas en la mente.

¿Por qué la vida de Rousseau estuvo dividida entre el éxtasis y la miseria? ¿Puede haber alguna otra respuesta que ésta, que la efervescencia de su imaginación produjo ambas? Pero, si se hubiera permitido a esta fantasía enfriarse, es posible que hubiera adquirido más fortaleza de mente. Pues, si el propósito de la vida es educar la parte intelectual del hombre, todo con respecto a él era correcto. Sin embargo, si la muerte no hubiera llevado a un escenario más noble de acción, es probable que hubiera disfrutado más felicidad en la tierra, y hubiera sentido las sensaciones tranquilas del hombre natural, en vez de prepararse para otro estadio de la existencia alimentando las pasiones que agitan a un hombre civilizado.

Pero ¡paz a su espíritu! No lucho con sus cenizas, sino con sus opiniones. Lucho sólo con la sensibilidad que le llevó a degradar a la mujer haciéndola la esclava del amor.

ldito vasallaje,
principio idolatradas hasta que el fuego del amor se apaga,
s tarde esclavas de aquellos que nos cortejaban.

Dryden^[41]

La tendencia perniciosa de aquellos libros en los que los escritores insidiosamente degradan al sexo mientras se postran ante sus encantos personales no puede exponerse con demasiada frecuencia o demasiada severidad.

¡Elevémonos, mis queridos contemporáneos, sobre tales prejuicios estrechos! Si la sabiduría es deseable por sí misma, si la virtud, para merecer el nombre, debe fundarse en el conocimiento, intentemos fortalecer nuestras mentes mediante la reflexión, hasta que nuestras cabezas equilibren nuestros corazones. No confinemos nuestros pensamientos a los triviales acontecimientos del día, o nuestro conocimiento a la familiaridad con los corazones de nuestros amantes o maridos, ¡sino dejemos que la práctica de todo deber se subordine al gran deber de mejorar nuestras mentes y preparar nuestros afectos para un estado más exaltado!

Cuidémonos por tanto, amigos míos, de dejar a nuestro corazón agitarse con cualquier incidente trivial. ¡El junco es sacudido por la brisa y muere cada año, pero el roble aguanta firme y desafía a la tormenta por décadas!

En efecto, si sólo fuéramos creados para revolotear y morir, rindámonos entonces a la sensibilidad y riámonos de la severidad de la razón. Pero, ¡ay!, incluso entonces deberíamos querer fuerza de cuerpo y mente, y la vida se perdería en placeres febriles o en tedioso letargo.

Mas el sistema de educación que tan seriamente deseo ver estallar parece presuponer que nunca debemos dar por sentado que la virtud nos protege de los accidentes de la vida, y que la fortuna, deslizando su venda, sonreirá a una mujer bien educada, y pondrá en sus manos a un Emilio o un Telémaco^[42]. Mientras que, por el contrario, la recompensa que la virtud promete a sus devotos se confina, parece claro, a sus propios corazones, y con frecuencia deben luchar con los problemas mundanos más vejatorios, y soportar los vicios y humores de relaciones por las que nunca pueden sentir una amistad.

Ha habido muchas mujeres en el mundo que, en vez de apoyarse en la razón y en la virtud de sus padres o hermanos, han fortalecido sus mentes luchando contra sus vicios y locuras; sin embargo, nunca han conocido a un héroe, en la forma de un marido, que, pagando la deuda que la humanidad les debe, podría, por casualidad, traer de vuelta sus razones a su estado dependiente natural, y restituir al hombre la prerrogativa usurpada de elevarse sobre la opinión.

Sección II

Los sermones del doctor Fordyce^[43] han formado parte durante mucho tiempo de la biblioteca de la mujer joven. No, más aún, se permite a las chicas leerlos en el colegio, pero yo los descartaría inmediatamente de la biblioteca de mi alumna, si desease fortalecer su entendimiento, llevándola a formarse principios sólidos sobre una amplia base, o si sólo estuviera ansiosa por cultivar su gusto, aunque se conceda que contienen muchas observaciones sensatas.

El doctor Fordyce puede haber tenido un objetivo muy laudable en mente, pero estos discursos están escritos en un estilo tan afectado, que aunque sólo fuera por esa razón, y si no tuviera nada que objetar contra sus *melifluos* preceptos, no permitiría a las chicas leerlos atentamente, a menos que pretendiera expulsar cada chispa de naturaleza de su composición, convirtiendo cada cualidad humana en docilidad femenina y elegancia artificial. Digo artificial, pues la verdadera elegancia surge de algún tipo de independencia de mente.

Los niños, desinteresados por complacer, y sólo ansiosos por divertirse, son a menudo muy elegantes, y la nobleza, que ha vivido casi siempre con inferiores y ha dispuesto siempre de dinero, adquiere una elegante naturalidad de porte, que debería llamarse más bien elegancia habitual del cuerpo, frente a la elegancia superior que es

verdaderamente expresión de la mente. Esta elegancia de mente, no percibida por los ojos vulgares, a menudo destella a través de una cara áspera, e irradiando cada rasgo, muestra simplicidad e independencia de mente. Es entonces cuando leemos signos de inmortalidad en el ojo y vemos el alma en cada gesto, aunque cuando están relajados puede que ni la cara ni las extremidades tengan mucha belleza que alabar, o el comportamiento ninguna cosa peculiar para atraer la atención universal. La masa de la humanidad, sin embargo, busca belleza más *tangible*, sin embargo la simplicidad es en general admirada cuando las personas no consideran lo que admiran, y ¿puede haber simplicidad sin sinceridad? Pero digamos algo más, para acabar con observaciones que son en cierta medida inconexas, aunque naturalmente excitadas por la materia.

En periodos declamatorios el Dr. Fordyce prolonga la elocuencia de Rousseau, y en despotriques más sentimentales detalla sus opiniones respecto al carácter femenino y el comportamiento que la mujer debe asumir para hacerse encantadora.

Debería hablar por sí mismo, pues hace a la Naturaleza dirigirse al hombre:

Contempla estas inocentes sonrientes, a quienes he bendecido con mis más bellos dones, y consignado a tu protección. Contéplalas con amor y respeto, trátalas con ternura y honor. Son tímidas y quieren ser defendidas. Son frágiles. ¡Oh, no te aproveches de su debilidad! Que sus miedos y sonrojos las hagan ser amadas. Que su confianza en ti nunca sea abusada. — ¿Pero es posible que alguno de vosotros pueda ser tan bárbaro, tan soberanamente malvado, para abusar de ello? ¿Podéis ser capaces^[V] de despojar a las delicadas y confiadas criaturas de su tesoro, o hacer cualquier cosa para despojarlas de su toga natural de virtud? ¡Maldita la mano impía que se atreva a violar la forma inmaculada de la Castidad! ¡Tú, despreciable! ¡Tú, rufián! No te atrevas a provocar la más violenta venganza del Cielo^[44].

No conozco ningún comentario que pueda hacerse seriamente sobre este curioso pasaje, y yo podría producir muchos similares, y algunos tan sentimentales, que he oído a hombres racionales usar la palabra indecentes, cuando los mencionan con disgusto.

En su totalidad hay una exhibición de sentimientos fríos y artificiales, y aquel desfile de sensibilidad que debería enseñarse a despreciar a niños y niñas, como la marca segura de una pequeña mente vana. Floridas apelaciones son hechas al cielo y a las *bellezas inocentes*^[45], las imágenes más bellas del cielo aquí debajo, mientras que el sentido serio se deja bien atrás. Éste no es el lenguaje del corazón, ni lo alcanzará nunca, aunque cosquillee al oído.

Se me ha de contar, tal vez, que el público ha sido agradado con tales volúmenes. Cierto, y las *Meditations* de Hervey^[46] son todavía leídas, aunque igualmente pecaminosas contra el sentido y el gusto.

Particularmente objeto estas frases de amante de pasión inflada, intercaladas por todos lados. Si se permite alguna vez a las mujeres caminar sin correas, ¿por qué deben ser engatusadas en la virtud por medio de habilidosa adulación y halagos sexuales? ¡Háblales en el lenguaje de la verdad y la seriedad, y fuera las nanas del cariño condescendiente! Que se les enseñe a respetarse a sí mismas como criaturas

racionales, y no sean llevadas a apasionarse con sus personas insípidas. Me exaspera oír a un predicador^[47] discutir sobre el vestido y la costura, y aún más oírle dirigirse a *bellezas inglesas, las más bellas de las bellas*, como si sólo tuvieran sentimientos.

Incluso recomendando piedad utiliza el siguiente argumento: «Nunca, tal vez, una mujer delicada impresiona más profundamente que cuando, recogida en pías evocaciones y poseída por las consideraciones más nobles, asume, sin saberlo, dignidad superior y nuevos encantos, ¡de tal forma que las bellezas de la santidad parecen irradiar sobre ella, y los transeúntes son casi inducidos a imaginársela rindiendo culto entre sus ángeles afines!»^[48]. ¿Por qué han de ser las mujeres así educadas con un deseo de conquista? ¡La misma palabra, usada de esta forma, me produce una náusea enfermiza! ¿Es que la religión y la virtud no ofrecen motivos más fuertes, recompensas más brillantes? ¿Deben siempre ser degradadas al hacérseles considerar el sexo de sus compañeros? ¿Deben ser siempre enseñadas a ser agradables? Y cuando dirigen su pequeña artillería al corazón del hombre, ¿es necesario decirles que un poco de juicio es suficiente para hacer su atención *increíblemente calmante*? «Como un pequeño grado de conocimiento entretiene a la mujer, así de una mujer, aunque por una razón distinta, una pequeña expresión de amabilidad deleita, ¡en particular si ella tiene belleza!»^[49]. Yo habría supuesto que por la misma razón.

¿Por qué debe decirse a las chicas que se parecen a los ángeles, sino para sumirlas por debajo de las mujeres? O, que una delicada inocente joven es un objeto que se aproxima más a la idea que nos hemos formado de los ángeles que cualquier otro. Sin embargo, se les dice al mismo tiempo que sólo son ángeles cuando son jóvenes y hermosas; consecuentemente son sus cuerpos y no sus virtudes los que les procuran este homenaje.

¡Vanas palabras vacías! ¿A dónde puede llevar semejante falsa adulación, más que a la vanidad y la necedad? El amante, es cierto, tiene licencia poética para exaltar a su amada, su razón es la víctima de su pasión, y no pronuncia una falsedad cuando toma prestado el lenguaje de la adoración. Su imaginación puede elevar el ídolo de su corazón, sin censura, sobre la humanidad, y cosa feliz sería para las mujeres si sólo las adulasen los hombres que las aman. Me refiero a que aman a los individuos, no al sexo, pero ¿debería un predicador serio intercalar sus discursos con semejantes tonterías?

En sermones o novelas, sin embargo, la voluptuosidad es siempre fiel a su texto. Los moralistas permiten a los hombres cultivar, como la Naturaleza ordena, cualidades diferentes, y asumir los diversos caracteres que las mismas pasiones, modificadas casi hasta la infinidad, dan a cada individuo. Un hombre virtuoso puede tener una constitución colérica u optimista, ser alegre o serio, sin reproche, ser firme hasta ser casi opresivo, o débilmente sumiso, no tener voluntad u opinión propia, pero todas las mujeres han de ajustarse, mediante la mansedumbre y la docilidad, a un mismo carácter de sumisa ternura y gentil conformidad.

Usaré las palabras del predicador:

Obsérvese que en tu sexo los ejercicios masculinos no son nunca elegantes, que en ellos un tono y figura, así como un aire y porte del tipo masculino, son siempre intimidadores. Y que los hombres sensibles desean en cada mujer rasgos dulces, y una voz fluida, una forma no robusta y un comportamiento delicado y amable^[50].

¿No es el siguiente retrato, el retrato de una esclava del hogar?:

Estoy asombrado de la insensatez de muchas mujeres que están todavía reprochando a sus maridos por dejarlas solas, por preferir esta o aquella compañía a la suya, por tratarlas con esta o aquella otra muestra de desconsideración o indiferencia, cuando, para decir la verdad, ellas tienen en gran medida la culpa. No quiere decir esto que justifique a los hombres en cualquier cosa mala que hagan. Pero os habéis comportado hacia ellos con *la mayor obediencia respetuosa e idéntica estudiando sus humores, pasando por alto sus errores, sometiéndooos a sus opiniones*, en asuntos indiferentes, dejando pasar pequeños ejemplos de injusticia, capricho o pasión, dando respuestas *suaves* a las palabras precipitadas, quejándoos tan raramente como sea posible, y ocupándoos diariamente de aliviar sus ansiedades y prevenir sus deseos, para animar la hora del aburrimiento e invocar las ideas de la felicidad: si hubierais proseguido esta conducta, sin duda habríais mantenido e incluso incrementado su estima en la medida en que habríais asegurado todo grado de influencia que pudiera conducir a su virtud, o vuestra satisfacción mutua, y vuestras casas hubieran sido en este día el hogar de la felicidad familiar^[51].

Semejante mujer debería ser un ángel, o es una burra, pues no veo huella del carácter humano, ni de la razón ni de la pasión en esta esclava doméstica, cuyo ser es absorbido por el del tirano.

No obstante, el doctor Fordyce debe haber estado muy poco familiarizado con el corazón humano, si realmente suponía que semejante conducta traería de vuelta el amor errabundo, en vez de suscitar desdén. No, la belleza, la ternura, etc., etc., pueden ganar un corazón, pero la estima, el único afecto duradero, sólo puede obtenerse por la virtud sustentada en la razón. Es respeto por el entendimiento lo que mantiene viva la ternura por la persona.

Como estos volúmenes son puestos tan a menudo en las manos de la gente joven, les he prestado más atención de lo que, estrictamente hablando, merecen, pues, al haber contribuido a viciar el gusto y enervar el entendimiento de muchas de mis semejantes, no podía pasarlos por alto en silencio.

Sección III

Tanta solicitud paternal se extiende por *Legacy to his Daughters*, del doctor Gregory, que me dispongo a criticarlo con respeto afectuoso. Pero como este pequeño volumen tiene muchas atracciones para recomendarlo a la consideración de la parte más respetable de mi sexo, no puedo pasar por alto en silencio argumentos que tan engañosamente apoyan las opiniones que, creo, han tenido los efectos más perniciosos sobre las morales y los usos del mundo femenino.

Su estilo familiar y sencillo se ajusta particularmente a los tenores de su consejo, y la melancólica ternura que el respeto por la memoria de una esposa amada disemina

a lo largo de toda la obra lo hace muy interesante. Sin embargo, hay un grado de elegancia concisa conspicua, en muchos pasajes, que desasosiega esta simpatía, y nos encontramos por sorpresa con el autor, donde sólo esperaríamos encontrar al padre.

Además, teniendo dos objetos en mente, raramente se adhiere firmemente a ninguno, pues deseando hacer a sus hijas agradables, y temiendo que la infelicidad fuera la consecuencia de inculcar sentimientos que podrían llevarlas fuera de la senda de la vida común, sin permitirles actuar con independencia y dignidad consonantes, reprime el fluir natural de sus pensamientos y ni aconseja una cosa ni la otra.

En el prefacio les dice una triste verdad: «que oirán, al menos una vez en sus vidas, los sentimientos genuinos de un hombre que no tiene interés en engañarlas»^[52].

¡Desafortunada mujer! ¡Qué se puede esperar de ti cuando los seres de quienes eres naturalmente dependiente para obtener razón y sustento tienen todos interés en engañarte! ¡Esta es la raíz del mal que ha derramado moho corrosivo sobre todas tus virtudes, y, arruinando los brotes de tus facultades florecientes, te ha vuelto el ser débil que eres! ¡Es este interés separado, este insidioso estado de guerra que mina la moralidad y divide a la humanidad!

Si el amor ha hecho a algunas mujeres despreciables, ¡cuántas más ha hecho vanas e inútiles el frío y disparatado intercambio de la galantería! Sin embargo, esta despiadada atención al sexo es considerada tan varonil y tan cortés que, mientras la sociedad no se organice de forma muy diferente, me temo, este vestigio de maneras góticas no será eliminado por un modo de conducta más razonable y afectuoso. Además, para despojarlo de su dignidad imaginaria, debo observar que en los Estados europeos menos civilizados esta palabrería prevalece en gran medida acompañada de la extrema disipación de las morales. En Portugal, el país al que aludo en particular, toma el lugar de la más seria obligación moral, pues un hombre es raramente asesinado cuando se encuentra en compañía de una mujer. La salvaje mano de rapiña es intimidada por este espíritu caballeroso, y, si esta acción de venganza no puede posponerse, se ruega a la dama que perdone la descortesía y marche en paz, aunque salpicada, tal vez, con la sangre de su marido o hermano.

Debo pasar por alto sus críticas a la religión, porque pretendo discutir este asunto en un capítulo separado^[53].

Los comentarios relativos al comportamiento, aunque muchos de ellos sensatos, los desapruébo por completo, porque me parece que empiezan, por así decirlo, por el extremo equivocado. Un entendimiento cultivado y un corazón afectuoso nunca querrán rígidas reglas de decoro, algo más sustancial que el decoro será el resultado y sin entendimiento el comportamiento aquí recomendado sería vulgar afectación. ¡El decoro, de hecho, es lo único necesario! El decoro suplanta la naturaleza y destierra toda la simplicidad y variedad del carácter fuera del mundo femenino. Sin embargo, ¿qué buen fin puede producir todo este consejo superficial? Es, sin embargo, mucho más fácil señalar este o aquel otro modo de conducta, que poner la razón a trabajar.

Pero cuando la mente se ha provisionado de conocimientos útiles, y fortalecido mediante su empleo, la regulación del comportamiento puede dejarse con toda seguridad a su guía.

¿Por qué, por ejemplo, debería darse la siguiente precaución cuando el arte de cualquier tipo debe contaminar la mente, y por qué enmarañar los grandes motivos de la acción, que la razón y la religión igualmente se unen en compeler, con lastimosos artificios mundanos y trucos de magia para ganar el aplauso de necios boquiabiertos y sin gusto? «Sé incluso cauta en exhibir tu buen sentido^[vi]. Se pensará que asumes una superioridad sobre el resto de la compañía. Pero, si tienes algún conocimiento, guárdalo en profundo secreto, especialmente de los hombres, que generalmente miran con ojo maligno y celoso a la mujer de grandes talentos y entendimiento cultivado»^[54]. Si los hombres de auténtico mérito, como observa a continuación, son superiores a esta mezquindad, ¿dónde está la necesidad de que el comportamiento de todo el sexo deba ser modulado para complacer a los tontos, u hombres, que teniendo poco derecho a ser respetados como individuos, eligen permanecer en su compacto grupo? Los hombres, es cierto, que insisten en su superioridad común, teniendo sólo esta superioridad sexual, son efectivamente muy disculpables.

No habría fin para las reglas de conducta si es correcto adoptar siempre el tono de la compañía, pues, variando así por siempre la clave, un *bemol* pasaría a menudo por una nota *natural*.

Seguramente hubiera sido más sabio aconsejar a las mujeres mejorarse a sí mismas hasta que se eleven sobre los humos de la vanidad y después dejar a la opinión pública cambiar, ¿pues dónde han de terminar las reglas del acomodo? La estrecha senda de la verdad y la virtud^[55] no se inclina ni a la derecha ni a la izquierda, es una línea recta, y aquellos que seriamente persiguen su camino podrían saltar sobre muchos prejuicios decorosos sin dejar la modestia detrás. Haz el corazón limpio y da empleo a la cabeza, y yo me aventuraré a predecir que no habrá nada ofensivo en el comportamiento.

Los aires de moda que tantos jóvenes ansían conseguir siempre me parecen las estudiadas actitudes de algunas pinturas modernas, copiadas con servilismo, sin gusto, de las antiguas; el alma es dejada de lado, y ninguna de sus partes se unen por lo que puede llamarse propiamente carácter. El barniz de la moda, que raramente se adhiere de cerca a la sensatez, puede deslumbrar al débil, pero dejemos la naturaleza a sí misma, y raramente desagradará al sabio. Además, cuando una mujer tiene sensatez suficiente para no simular algo que no entiende en grado alguno, no hay necesidad de esconder sus talentos bajo un celemín^[56]. Dejemos a las cosas seguir su curso natural y todo irá bien.

Es el sistema de la disimulación, a lo largo del volumen, lo que desprecio. Las mujeres siempre deben *parecer* ser esto y aquello. Sin embargo la virtud les podría apostrofar en las palabras de Hamlet: «¡Apariencias! ¡No conozco apariencias! ¡Nadie podría fingir sentir lo que siento por dentro!»^[57].

Aun así, el mismo tono vuelve a aparecer, pues en otro lado, tras recomendar, sin delicadeza suficientemente discriminatoria, añade:

Los hombres se quejarán de vuestra reserva. Os asegurarán que un comportamiento más franco os hará mucho más agradable. Pero, creedme, no son sinceros cuando os dicen eso. Admito que en alguna ocasión os puede hacer más agradables como compañeras, pero os haría menos agradables como mujeres: una importante distinción de la que muchas de vuestro sexo no son conscientes^[58].

Este deseo de ser siempre mujeres es la misma conciencia que degrada al sexo. Excepto con un amante, debo repetir con énfasis una observación anterior: sería bueno si sólo fueran compañeras agradables o racionales, pero en este respecto su consejo es incluso inconsistente con un pasaje que debo citar con la más notable aprobación.

«El sentimiento de que a la mujer se le pueden permitir todas las libertades inocentes con tal de que su virtud esté segura, es tan tremendamente indelicado como peligroso, y se ha probado que es fatal para muchas de vuestro sexo»^[59]. Con esta opinión coincido perfectamente. Un hombre, o una mujer, de cualquier sentimiento, debe siempre desear convencer a su amado objeto de que son las caricias del individuo, no del sexo, las que son recibidas y devueltas con placer, y de que es el corazón, más que los sentidos, el que es conmovido. Sin esta delicadeza natural, el amor se convierte en una gratificación personal egoísta que pronto degrada el carácter.

Llevo este sentimiento aún más lejos. El afecto, cuando el amor está fuera de cuestión, autoriza muchos cariños personales que, fluyendo naturalmente de un corazón inocente, dan vida al comportamiento, pero la relación personal de apetito, galantería o vanidad es despreciable. Cuando un hombre aprieta la mano de una mujer hermosa a quien nunca ha visto antes, conduciéndola de la mano a una carroza, ella considerará semejante impertinente libertad como un insulto, si es que tiene alguna delicadeza verdadera, en vez de dejarse adular por este sinsentido homenaje a la belleza. Éstos son los privilegios de la amistad, o el momentáneo homenaje que el corazón presta a la virtud, cuando se hace evidente repentinamente. ¡La mera vivacidad no tiene derecho a las bondades del afecto!

Deseando alimentar los afectos con lo que es ahora el alimento de la vanidad, de buena gana persuadiría a mi sexo para actuar en base a principios más simples. Que merezcan el amor, y lo obtendrán, aunque nunca se les diga que «el poder de una mujer delicada sobre los corazones de los hombres, de los hombres de mayores talentos, está incluso más allá de lo que imagina»^[60].

Ya he observado las estrechas precauciones con respecto a la hipocresía, ternura femenina, delicadeza de constitución, pues éstos son los asuntos sobre los que da vueltas sin parar (de una forma más decorosa, cierto, que Rousseau). Pero todo lleva a la misma conclusión, y quienquiera que pretenda analizar estos sentimientos, encontrará los principios fundamentales no tan delicados como la superestructura.

El asunto de las distracciones es tratado de forma demasiado apresurada, pero con el mismo espíritu.

Cuando trato de la amistad, el amor y el matrimonio, se encontrará que diferimos considerablemente de opinión. No anticiparé lo que tengo que observar sobre estas materias importantes, sino que confinaré mis observaciones a su tenor general, a aquella cauta prudencia familiar, a aquellas confinadas opiniones de afecto parcial y poco ilustrado, que excluyen el placer y el progreso al desear vanamente prevenir penas y errores; y así protegiendo el corazón y la mente, se destruyen también todas sus energías. A menudo es mucho mejor ser engañado que no confiar nunca, ser desengañado en el amor que no amar nunca, perder el cariño de un marido que renunciar a su estima.

Sería feliz para el mundo, y para los individuos, por supuesto, si toda esta fútil solicitud para obtener felicidad mundana, con un plan limitado, se convirtiera en un ansioso deseo de mejorar el entendimiento. «La sabiduría es lo principal: *por tanto* conseguídla, y con todos vuestros logros conseguid entendimiento»^[61]. «¿Hasta cuándo, simples de vosotras, amaréis la simplicidad y odiaréis el conocimiento?»^[62]. ¡Dijo la Sabiduría a las hijas de los hombres!

Sección IV

No pretendo aludir a todos los escritores que han escrito sobre el tema de la conducta femenina —sería, de hecho, sólo batir sobre tierra batida, pues en general han escrito en la misma línea—, sino que, atacando la jactanciosa prerrogativa del hombre, la prerrogativa que podría llamarse enfáticamente el férreo cetro de la tiranía, el pecado original de los tiranos, declaro en contra de todo el poder construido sobre los prejuicios, no importa cuán antiguo sea.

Si la sumisión demandada se basa en la justicia no hay apelación a un poder superior, pues Dios es la Justicia misma. Razonemos juntos y aprendamos a someternos a la autoridad de la razón cuando su voz se oye distintivamente, como hijas del mismo padre, si no se nos declara bastardas por haber nacido después^[63]. Pero si se prueba que este trono de prerrogativas sólo descansa sobre una masa caótica de prejuicios, que no tienen principio de orden inherente para mantenerlos unidos, o sobre un elefante, tortuga^[64], o incluso sobre los poderosos hombros de un hijo de la tierra^[65], aquellos que se atrevan a enfrentarse a las consecuencias podrán escapar, sin ninguna infracción del deber, sin pecar contra el orden de las cosas.

Mientras la razón eleva al hombre sobre el rebaño animal y la muerte está cargada con promesas, sólo se someten a la autoridad ciega aquellos que no confían en su propia fuerza. «¡Aquellos que quieren ser libres serán libres!»^[vii].

El ser que puede gobernarse a sí mismo no tiene nada que temer en la vida, pero, si algo es más costoso que su propio respeto, debe pagar el precio hasta el último

cuarto de penique. La virtud, como todo lo que es valioso, debe amarse por sí misma, o no habitará en nosotros. No impartirá aquella paz, «que va más allá de todo entendimiento»^[66], cuando se le hace meramente los pilares de la reputación, y es respetada con farisaica exactitud porque la «honestidad es la mejor política».

Que el plan de vida que nos permite llevar algún conocimiento y virtud a otro mundo es el mejor calculado para asegurar satisfacción en éste no puede negarse. Sin embargo, pocas personas actúan conforme a tal principio, aunque se conceda universalmente que no admite disputa. El placer presente o el poder presente prevalecen sobre estas serias convicciones, y es por un día, en vez de por toda la vida, que el hombre negocia con la felicidad. ¡Cuán pocos, cuán pocos tienen suficiente previsión, o resolución, para soportar un pequeño mal presente para evitar uno mayor en el futuro!

La mujer en particular, cuya virtud^[viii] se construye sobre prejuicios mutables, raramente alcanza la grandeza de mente, de tal modo que, convirtiéndose en esclava de sus propios sentimientos, se subyuga fácilmente a aquellos de los otros. Así degradada, su razón, ¡su empañada razón!, se emplea antes en brillantar que en romper sus cadenas.

Indignantemente he oído a las mujeres argumentar en la misma línea que los hombres, y adoptar los sentimientos que las brutalizan con toda la pertinacia de la ignorancia.

Debo ilustrar mi afirmación con unos cuantos ejemplos. La señora Piozzi^[67], quien con frecuencia repetía de memoria lo que no entendía, sale al paso con frases johnsonianas.

«No busques la felicidad en la singularidad, y teme el refinamiento de la sabiduría como una desviación de la locura». Así se dirige dogmáticamente a un hombre recién casado, y, para elucidar este pomposo exordio, añade:

Dije que la persona de vuestra señora nunca se hará más agradable, pero nunca le dejes sospechar que se hace menos agradable: es bien sabido que una mujer perdonará una afrenta a su entendimiento mucho antes que a su persona, y ninguno de nosotros contradirá esta afirmación. Todas nuestras habilidades, todas nuestras artes, son empleadas en ganar y mantener el corazón de un hombre, ¿y qué mortificaciones pueden exceder la decepción, si el objetivo no es obtenido? No hay reproche, no importa cuán incisivo, ni castigo, no importa cuán severo, que una mujer de espíritu no preferirá desatender. Y si puede soportar sin protestar, ¡sólo prueba que pretende compensar los desprecios de su esposo a través de la atención de otros!

Éstos son sentimientos verdaderamente masculinos —«Todas nuestras artes son empleadas en ganar y mantener el corazón de un hombre»—. Y ¿cuál es la inferencia? Si su persona —¿y hubo alguna vez una persona, aunque formada con la simetría típica de los Médicis, que no fuera despreciada?— es descuidada, ella lo compensará tratando de complacer a otros hombres. ¡Noble moralidad! Pero así es el entendimiento del sexo entero afrentado, y su virtud cuando está privada de la base común de la virtud. Una mujer debe saber que su persona no puede ser tan placentera a su marido como lo fue a su amante y que, si es ofendida por él por ser una criatura

humana, puede también gimotear por la pérdida de su corazón como si se tratase de cualquier otra tontería. Y esta misma falta de discernimiento o ira irrazonable prueba que el esposo no podría cambiar su estima por su persona por afecto por sus virtudes o respeto por su entendimiento.

Mientras las mujeres acepten y actúen en base a dichas opiniones, su entendimiento merece, al menos, el desprecio y el oprobio que los hombres, *que nunca* insultan sus personas, han dirigido mordazmente a la mente femenina. Y son los sentimientos de estos hombres educados, que no desean ser estorbados con la mente, los que las mujeres vanas adoptan irreflexivamente. Sin embargo, deberían saber que la sola razón insultada puede extender aquella *sagrada* reserva sobre la persona que hace los afectos humanos —pues los afectos humanos tienen siempre alguna aleación basal— tan permanentes como consistentes con el gran fin de la existencia: el alcance de la virtud.

La baronesa de Staël^[68] habla con más entusiasmo el mismo lenguaje que la dama recién citada. Su elogio a Rousseau cayó accidentalmente en mis manos, y sus sentimientos, los sentimientos de demasiadas representantes de mi sexo, pueden servir como texto para unos pocos comentarios. «Aunque Rousseau», observa, «ha tratado de impedir que las mujeres intervengan en los asuntos públicos, y desempeñen un papel brillante en el teatro de la política, sin embargo, al hablar de ellas, ¡cuánto ha hecho para su satisfacción! Si deseaba privarlas de algunos derechos ajenos a su sexo, ¡cómo les ha restaurado para siempre todos aquellos a los que tienen derecho! Y al intentar disminuir su influencia sobre las deliberaciones de los hombres, ¡cuán sagradamente ha establecido el imperio que tienen sobre su felicidad! Al ayudarles a descender de un trono usurpado, las ha sentado firmemente sobre aquello a lo que estaban destinadas por la naturaleza, y aunque esté lleno de indignación contra ellas cuando intentan parecerse a los hombres, sin embargo, cuando se le presentan con todos los *encantos, debilidades, virtudes* y *errores* de su sexo, su respeto por sus personas equivale casi a adoración»^[69]. ¡Cierto! Pues nunca ha habido un sensualista que prestase adoración más ferviente al santuario de la belleza. Tan devoto, de hecho, era su respeto por la persona, que con la excepción de la virtud de la castidad, por razones obvias, sólo deseaba verla embellecida por encantos, debilidades y errores. Estaba asustado de que la austeridad de la razón molestara el delicado jugueteo del amor. El dueño deseaba tener una esclava meretricia para acariciar, totalmente dependiente de su razón y generosidad; no quería una compañera a la que estaría obligado a estimar, o una amiga a la que podría confiar el cuidado de la educación de sus hijos, si la muerte les privase de su padre antes de haber desempeñado la tarea sagrada. Niega a la mujer razón, le cierra las puertas del conocimiento, y la desvía de la verdad. Sin embargo, se le concede el perdón porque «admite la pasión del amor»^[70]. Requeriría cierta ingenuidad demostrar por qué las mujeres deberían estar bajo tal obligación hacia él por admitir así el amor, cuando es claro que sólo lo admite para la relajación de los hombres y la

perpetuación de la especie. Pero hablaba con pasión y ese hechizo poderoso influyó sobre la sensibilidad de una joven encomiasta^[71]. «¿Qué significa para las mujeres», prosigue esta rapsoda, «que su razón se dispute con ellas el imperio, cuando su corazón es devotamente suyo?»^[72]. No es imperio, sino igualdad, aquello por lo que deberían luchar. Sin embargo, si sólo desearan prolongar su dominio, no deberían confiarlo por completo a sus personas, pues aunque la belleza pueda ganar un corazón, no puede mantenerlo, incluso cuando la belleza está en plena flor, a menos que la mente le preste algunos encantos.

Una vez que las mujeres estén suficientemente instruidas para descubrir su interés real, a gran escala, estarán, estoy convencida, muy gustosas de abandonar todas las prerrogativas del amor, que no son mutuas en tanto que prerrogativas duraderas, por la satisfacción calma de la amistad y la confianza tierna de la estima habitual. Antes del matrimonio no asumirán aires insolentes, o se someterán después abyectamente, sino que tratarán de actuar como criaturas razonables en ambas situaciones, y no se las derribará de un trono a un taburete.

La señora Genlis^[73] ha escrito varios libros entretenidos para niños y sus *Letters on Education* proporcionan muchos consejos útiles que los padres sensatos sin duda aprovecharán. Pero sus opiniones son estrechas y sus prejuicios tan irrazonables como firmes.

He de pasar por alto sus argumentos vehementes a favor de la eternidad de los castigos futuros, porque me ruborizo al pensar que un ser humano argumente jamás vehementemente a favor de tal causa, y he de hacer sólo unas pocas observaciones sobre su absurda manera de inducir a la autoridad paternal a suplantar a la razón. Y es que inculca por todos lados no sólo sumisión *ciega* a los padres, sino también a la opinión del mundo^[ix].

Cuenta asimismo una historia sobre un hombre joven comprometido por expreso deseo de su padre con una joven de fortuna. Antes de que el matrimonio pudiera tener lugar, ella es privada de su fortuna, y abandonada en el mundo sin amigos. El padre practica las artes más infames para separar a su hijo de ella, y cuando el hijo detecta su villanía y se casa con la joven siguiendo los dictados del honor, sólo miseria deviene, porque ciertamente se casó *sin* el consentimiento de su padre. ¿En qué base puede descansar la religión o la moralidad cuando se desafía así la justicia? Con la misma opinión representa a la joven perfecta, dispuesta a casarse con cualquiera que a su *mamá* le plazca recomendar y casándose de hecho con el joven de su propia elección, sin sentir ninguna emoción de pasión, porque una joven bien educada no tiene tiempo para enamorarse. ¿Es posible tener mucho respeto por un sistema de educación que insulta así a la razón y a la naturaleza?

Muchas opiniones similares se suceden en sus escritos, mezcladas con sentimientos que honran su cabeza y corazón. Sin embargo, tanta superstición se mezcla con su religión, y tanta sabiduría mundana con su moralidad, que no dejaría a

una persona joven leer sus trabajos a menos que pudiera, después, conversar sobre el tema y señalar las contradicciones.

Las *Letters* de la señora Chapone^[74] están escritas con tan buen sentido y humildad natural, y contienen tantas observaciones útiles, que sólo puedo mencionarlas para prestar a la merecedora escritora este tributo de respeto. No puedo, es cierto, coincidir siempre con su opinión, pero siempre la respeto.

La misma palabra «respeto» me trae a la memoria a la señora Macaulay^[75], la mujer de habilidades más grandes, sin duda, que su país ha producido jamás. Y sin embargo se ha permitido que esta mujer muera sin que sea prestada a su memoria el suficiente respeto.

La posteridad, sin embargo, será más justa, y recordará que Catherine Macaulay fue un ejemplo de logros intelectuales considerados incompatibles con la debilidad de su sexo. En su estilo literario, de hecho, no aparece el sexo, pues es como el sentido que transmite, fuerte y claro.

No llamaré al suyo entendimiento masculino, porque no admito tal arrogante asunción de razón, pero afirmo que fue un entendimiento sensato, y que su juicio, fruto maduro del pensamiento profundo, fue prueba de que una mujer puede adquirir entendimiento, en el pleno sentido de la palabra. Poseyendo más penetración que sagacidad, más entendimiento que imaginación, escribe con energía seria y rigor argumentativo; sin embargo, la simpatía y la benevolencia dan interés a sus sentimientos y calor vital a sus argumentos, forzando al lector a sopesarlos^[x].

Cuando inicialmente pensé en escribir estas críticas preví la aprobación de la señora Macaulay con un poco de aquel ardor optimista que ha sido la ocupación de mi vida reprimir. Pero pronto me enteré con la enfermiza náusea de la esperanza decepcionada y la inmóvil gravedad del pesar, ¡de que ya no estaba entre nosotros!

Sección V

Al pasar revista a los diferentes trabajos que se han escrito sobre la educación, las *Letters* de Lord Chesterfield^[76] no deben ser silenciosamente pasadas por alto. No pretendo analizar su cobarde e inmoral sistema, ni siquiera recoger ninguna de las útiles y astutas observaciones que se suceden en sus epístolas. No, tan sólo pretendo hacer unas pocas reflexiones sobre la confesada tendencia de ellas: el arte de adquirir un conocimiento temprano del mundo. Un arte, me aventuraré a afirmar, que apresa en secreto, como el gusano en la yema, los poderes en desarrollo, y convierte en veneno los jugos generosos que deberían crecer con vigor en el cuerpo joven, inspirando afectos cálidos y grandes resoluciones^[xi].

Para cada cosa, dice el hombre sabio, hay una estación^[77], y ¿quién buscaría los frutos de otoño durante los felices meses de primavera? Pero esto es mera declamación, y pretendo razonar con aquellos maestros de sabiduría mundana que, en

vez de cultivar el juicio, inculcan prejuicios y hacen duro el corazón que la experiencia gradual sólo hubiera enfriado. Y la temprana familiaridad con las dolencias humanas, o lo que se denomina conocimiento del mundo, es el camino más seguro, en mi opinión, para contraer el corazón y amortiguar el ardor juvenil natural que produce no sólo grandes talentos, sino también grandes virtudes. Pues el intento vano de producir el fruto de la experiencia, antes de que el árbol se haya deshecho de sus hojas, sólo agota su fuerza, y le impide asumir su fuerza natural, del mismo modo en que la forma y la fuerza de los metales subyacentes son dañadas cuando la atracción de la cohesión es perturbada.

Decidme, vosotros que habéis estudiado la mente humana, ¿no es un modo extraño de fijar los principios, mostrar a los jóvenes que son raramente estables? Y ¿cómo pueden fortalecerse con hábitos cuando el ejemplo prueba que son falaces? ¿Por qué ha de ser el ardor de la juventud así sofocado y la riqueza de imaginación cortada de raíz? Esta árida precaución puede, es cierto, proteger el carácter de infortunios mundanos, pero infaliblemente imposibilitará la excelencia de virtud o de conocimiento^[xiii]. El obstáculo que la sospecha arroja por todas las sendas impedirá cualquier ejercicio vigoroso de genio o benevolencia y privará a la vida de su atractivo encanto mucho antes de su tarde calma, cuando el hombre se retira a la contemplación para buscar en ella consuelo y apoyo.

Un hombre joven, que ha sido criado con los amigos del hogar y llevado a llenar su mente con tanto conocimiento especulativo como se puede adquirir mediante la lectura y las reflexiones naturales que inspiran las ebulliciones de energía y los sentimientos instintivos, entrará en el mundo con expectativas cálidas y equivocadas. Pero éste parece ser el curso de la naturaleza, y en las obras morales, así como en las obras de gusto, deberíamos observar sus indicios sagrados, y no presumir que lideramos cuando deberíamos seguirlas con reverencia.

En el mundo poca gente actúa desde los principios; los sentimientos presentes y los hábitos tempranos son las grandes fuentes. ¿Pero cómo serían los primeros debilitados y los últimos convertidos en grilletes de hierro corroído, si el mundo fuera mostrado a la juventud tal como es, cuando ningún conocimiento de la humanidad o de sus propios corazones, obtenido lentamente a través de la experiencia, los hace tolerantes? No verían entonces a sus semejantes como seres frágiles, condenados como ellos mismos a luchar contra las afecciones humanas, unas veces explayando luz, y otras el lado oscuro de sus caracteres, provocando sentimientos alternativos de amor y disgusto, sino como bestias de presa al acecho, hasta que cualquier dilatado sentimiento social —en una palabra, la humanidad— fuera erradicado.

En la vida, por el contrario, conforme descubrimos gradualmente las imperfecciones de nuestra naturaleza, hallamos virtudes, y varias circunstancias nos unen con nuestros semejantes, cuando nos mezclamos con ellos y vemos los mismos objetos, que nunca se consideran al adquirir un conocimiento del mundo innatural y precipitado. Vemos una sandez agrandarse gradualmente, de forma casi

imperceptible, hasta convertirse en un vicio, y nos apiadamos mientras lo censuramos, pero si el abominable monstruo irrumpiese de repente ante nosotros, el miedo y el disgusto, haciéndonos más severos de lo que el hombre debería ser, nos llevaría con ciego celo a usurpar el carácter de la omnipotencia y denunciar la condenación de nuestros semejantes mortales, olvidando que no podemos leer el corazón, y que tenemos semillas de los mismos vicios acechando en nuestros propios corazones.

Ya he observado que esperamos más de la instrucción de lo que la mera instrucción puede producir. Pues en vez de preparar a la gente joven para enfrentarse con los males de la vida con dignidad, y adquirir sabiduría y virtud mediante el ejercicio de sus propias facultades, los preceptos son apilados sobre preceptos, y la obediencia ciega es requerida, cuando la razón debería guiar el convencimiento.

Supongamos, por ejemplo, que una persona joven, en el primer ardor de la amistad, deifica al objeto amado. ¿Qué daño puede surgir de este equivocado apego entusiasta? Tal vez es necesario que la virtud aparezca primero en forma humana para imprimir los corazones jóvenes; el modelo ideal, que una mente más madura y exaltada admira y moldea para sí, eludiría su vista. ¿Cómo puede amar a Dios aquel que no ama a su hermano, a quien ha visto?^[78], preguntó el más sabio de los hombres.

Es natural que los jóvenes adornen el primer objeto de su afecto con toda buena cualidad, y la emulación producida por la ignorancia o, para hablar con más propiedad, por la inexperiencia, hace a la mente capaz de formar tal afecto; de modo que cuando, en el lapso del tiempo, se descubre que la perfección no se encuentra al alcance de los mortales, la virtud, distraídamente, es considerada bella, y la sabiduría sublime. La admiración da entonces lugar a la amistad, propiamente llamada, porque está cimentada en la estima, y el ser camina solo, dependiendo únicamente del Cielo para satisfacer aquel ambicioso deseo de perfección que brilla siempre en una mente noble. Pero un hombre debe ganar este conocimiento mediante el ejercicio de sus propias facultades, ¡y éste es seguramente el fruto bendito de la esperanza decepcionada! Pues aquel que disfruta con difundir felicidad y mostrar piedad a las criaturas débiles, que están aprendiendo a conocerle, nunca implantó una buena predisposición a ser un atormentador *ignis fatuus*^[79].

Ahora se permite a nuestros árboles extenderse con lujuria salvaje, y no esperamos combinar mediante la fuerza las huellas majestuosas del tiempo con los encantos juveniles. ¿Ha de ser entonces la mente, que en proporción a su dignidad avanza más despacio hacia la perfección, tratada con menos respeto? Análogamente, todas las cosas a nuestro alrededor se encuentran en un estado progresivo, y cuando un conocimiento de la vida no bienvenido produce casi saciedad de la vida, y descubrimos por el curso natural de las cosas que todo lo que está hecho bajo el sol es vanidad, nos estamos acercando al temible final del drama. Los días de actividad y esperanza han pasado, y debemos recapitular pronto las oportunidades

proporcionadas por el primer estadio de la existencia para avanzar en la escala de la inteligencia. Un conocimiento en este periodo de la futilidad de las cosas, o más pronto, si obtenido por la experiencia, es muy útil, porque es natural, pero cuando se muestran las locuras y los vicios del hombre a un ser frágil, de tal forma que pueda enseñársele a guardarse prudentemente de las contingencias comunes de la vida sacrificando su corazón, seguramente no es hablar severamente llamarlo la sabiduría de este mundo, contrastado con el fruto más noble de la piedad y la experiencia.

Me aventuraré a una paradoja y daré mi opinión sin reserva. Si los hombres sólo nacieron para formar un círculo de vida y muerte, sería sabio dar cada paso que la previsión sugiriera que hace la vida feliz. La moderación en cada búsqueda sería entonces la sabiduría suprema, y el prudente voluptuoso podría disfrutar de un grado de alegría, aunque nunca cultivase su entendimiento ni mantuviera su corazón puro. La prudencia, suponiendo que fuéramos mortales, sería la verdadera sabiduría, o, para ser más explícita, procuraría la más grande porción de felicidad, considerando la vida entera, pero el conocimiento, más allá de la conveniencia de la vida, sería una maldición.

¿Por qué deberíamos dañar nuestra salud mediante el estudio riguroso? El placer exaltado que las búsquedas intelectuales proporcionan debería ser escasamente equivalente a las horas de languidez que le siguen, especialmente si es necesario tomar en consideración las dudas y decepciones que nublan nuestras investigaciones. La vanidad y la vejación concluyen cada investigación, pues la causa que particularmente deseábamos descubrir vuela como el horizonte delante de nosotros, conforme avanzamos. Los ignorantes, por el contrario, se parecen a los niños, y suponen que si pudiesen andar todo de frente llegarían a donde la tierra y las nubes se unen.

Sin embargo, decepcionados como somos en nuestras investigaciones, la mente gana fuerza mediante el ejercicio, suficiente, tal vez, para comprender las respuestas que, en otro paso de la existencia, puede recibir a las ansiosas preguntas que hizo, cuando el entendimiento revoloteaba con débiles alas alrededor de los efectos visibles, para sumergirse en la causa oculta.

Las pasiones también, los vientos de la vida, serían inútiles, si no dañinas, si la sustancia que compone nuestros seres pensantes, tras haber pensado en vano, sólo se convirtiera en soporte de la vida vegetal, y vigorizase una col o floreciese en una rosa. Los apetitos responderían cada propósito terrenal, y producirían una felicidad más moderada y permanente. Pero los poderes del alma, que son de poco uso aquí y, probablemente, molestan nuestros goces animales, incluso cuando la dignidad consciente nos hace glorificarnos de poseerlos, prueban que la vida es meramente una educación, un estado de infancia, al que las solas esperanzas merecedoras de ser abrigadas no deberían sacrificarse. Pretendo, por tanto, inferir que deberíamos tener una idea precisa de lo que deseamos alcanzar mediante la educación, pues la

inmortalidad del alma es contradicha por las acciones de mucha gente que firmemente profesa la creencia.

Si pretendes asegurar la comodidad y la prosperidad en la tierra como la primera consideración, y dejar que el futuro provea por sí mismo, actúas prudentemente dando a tu hijo una comprensión temprana de las debilidades de su naturaleza. Puede que no, cierto es, hagas un Inkle^[80] de él, pero no imagines que se apegará más a la letra de la ley, aquel a quien se ha inculcado muy tempranamente una mala opinión de la naturaleza humana. Ni pensará que es necesario elevarse por encima del estándar común. Puede que evite los vicios crasos, porque la honestidad es la mejor política, pero nunca intentará alcanzar las grandes virtudes. El ejemplo de los escritores y artistas ilustrará esta observación.

Debo por tanto aventurarme a dudar que lo que se ha considerado un axioma en las morales no puede haber sido una aserción dogmática hecha por hombres que han visto serenamente a la humanidad a través del medio de los libros, y decir, en contradicción directa con ellos, que la regulación de las pasiones no es siempre sabia. Por el contrario, debería parecer que una razón por la que los hombres tienen juicio superior y más fortaleza que las mujeres, es sin duda alguna ésta, que dan un alcance más libre a sus grandes pasiones, y agrandan sus mentes al ir más frecuentemente desencaminadas. Si entonces, mediante el ejercicio de su propia^[xiii] razón, se fijan en algún principio estable, tienen probablemente que agradecer la fuerza de sus pasiones, alimentadas por *falsas* opiniones de la vida, y a las que les es permitido pasar por alto la frontera que asegura la alegría. Pero si, en el albor de la vida, pudiésemos seriamente estudiar las escenas ante nosotros con perspectiva, y ver todas las cosas en sus colores verdaderos, ¿cómo podrían las pasiones ganar suficiente fuerza para desarrollar las facultades?

Permítaseme ahora, desde la altura, estudiar el mundo despojado de todos sus engañosos encantos. La clara atmósfera me permite ver cada objeto en su verdadera perspectiva, mientras mi corazón está sereno. Estoy tranquila como la escena de una mañana, cuando las neblinas, dispersándose lentamente, descubren silenciosamente las bellezas de la naturaleza, refrescadas por el descanso.

¿Bajo qué luz aparece ahora el mundo? Froto mis ojos y pienso que quizá me estoy despertando de un sueño muy vivo.

Veo a los hijos y a las hijas de los hombres persiguiendo sombras y gastando ansiosamente sus poderes para alimentar las pasiones que no tienen adecuado objeto —si el mismo exceso de estos impulsos ciegos, mimados por esta mentirosa pero constantemente confiada guía, la imaginación, no hiciera, preparándoles para otro estado, a los miopes mortales más sabios sin su propia concurrencia, o, lo que viene a ser lo mismo, cuando estaban persiguiendo algún imaginario bien presente.

Tras ver los objetos bajo esta luz, no sería muy caprichoso imaginar que este mundo era un escenario^[81] en el que se representa cada día una pantomima para el entretenimiento de seres superiores. Cómo se distraerían al ver al hombre ambicioso

consumirse a sí mismo persiguiendo a un fantasma y «buscando la engañosa reputación en la boca del cañón»^[82] que le iba a reducir a la nada: pues cuando la conciencia se pierde, no importa si montamos en un torbellino de aire o descendemos en la lluvia. ¿Y si vigorizasen compasivamente su vista y le enseñasen el camino espinoso que lleva a la altura, que como la arena movediza desciende conforme asciende, decepcionando sus esperanzas cuando están casi a su alcance; no dejaría a los otros el honor de divertirlos, y trabajaría para asegurar el momento presente, aunque por la constitución de su naturaleza no le resultaría muy fácil coger la corriente voladora? ¡Tan esclavos somos de nuestras esperanzas y temores!

Pero, vanas como serían las búsquedas del hombre ambicioso, con frecuencia lucha por algo más sustancial que la fama —eso, de hecho, sería el meteoro, el fuego más salvaje que podría atraer al hombre a la ruina—. ¿Qué? ¡Renuncia a la más insignificante gratificación para ser aplaudido cuando se haya ido! ¿Para qué esta lucha, ya sea el hombre mortal o inmortal, si la pasión noble no elevase verdaderamente al ser sobre sus semejantes?

¡Y el amor! Qué escenas divertidas produciría —los trucos de Pantaleón^[83] deben rendirse a locuras más egregias—. Ver a un mortal adornar un objeto con encantos imaginarios, y luego desplomarse y adorar al ídolo que él mismo ha creado: ¡qué ridículo! Pero qué serias consecuencias se siguen de robar al hombre esa porción de felicidad que la Deidad, al llamarse a la existencia (o, ¿en qué pueden descansar sus atributos?), ha prometido sin duda: ¿no hubieran sido todos los propósitos de la vida mucho mejor desempeñados si tan sólo hubiera sentido lo que se ha denominado amor físico? ¿Y no reduciría pronto la visión del objeto, no visto a través del medio de la imaginación, la pasión a un apetito, si la reflexión, la noble distinción del hombre, no le diera fuerza, y le hiciera un instrumento para elevarle sobre este desperdicio terrenal, al enseñarle a amar el centro de toda la perfección, cuya sabiduría aparece más y más claramente en las obras de la naturaleza, en la proporción en que la razón es iluminada y exaltada por la contemplación y por la adquisición del amor al orden que las luchas de la pasión producen?

El hábito de la reflexión, y el conocimiento obtenido mediante el fomento de cualquier pasión, podría mostrarse que es igualmente útil, aunque el objeto sea probado asimismo falaz, pues todos ellos aparecerían bajo la misma luz, si no fueran magnificados por las pasiones gobernantes implantadas en nosotros por el Autor de todo bien, para despertar y fortalecer las facultades de cada individuo, y permitirle alcanzar toda la experiencia que un infante puede alcanzar, el cual hace ciertas cosas, aunque no sepa por qué.

Desciendo de mi altura y, mezclándome con mis semejantes, me siento apresurada a lo largo de la corriente común; ambición, amor, esperanza, y miedo ejercen su habitual poder, aunque seamos convencidos por la razón de que sus presentes y más atractivas promesas son sólo sueños engañosos. Pero si la mano fría de la circunspección hubiera amortiguado cada sentimiento generoso antes de haber

dejado cualquier carácter permanente, o fijado algún hábito, ¿qué podría esperarse, sino la prudencia egoísta y la razón elevándose por encima del instinto? ¿Puede evitar ver la futilidad de degradar las pasiones o hacer al hombre descansar en la satisfacción, aquel que haya leído la desagradable descripción de los *yahoos* y la insípida del *houyhnhnm*^[84], del deán Swift, con una mirada filosófica?

Los jóvenes deben *actuar*, pues si tuvieran la experiencia de una cabeza canosa serían más adecuados para la muerte que para la vida, aunque sus virtudes, residiendo en su cabeza antes que en su corazón, podrían no producir nada grande, y su entendimiento, preparado para este mundo, no probaría, por sus nobles velos, que tenía derecho a uno mejor.

Además, no es posible dar a una persona joven una visión justa de la vida: debe haber luchado con sus propias pasiones antes de que pueda estimar la fuerza de la tentación que arrastró a su hermano al vicio. Aquellos que se adentran en la vida, y aquellos que la dejan, ven el mundo desde puntos de vista tan diferentes, que raramente pueden pensar de forma similar, a menos que la razón inexperta del primero nunca intentara un vuelo solitario.

Cuando oímos de algún crimen atrevido, nos impresiona directamente como la más profunda oscuridad de la infamia, y provoca nuestra indignación; pero los ojos que gradualmente vieron a la oscuridad aumentar deben observarlo con templanza más compasiva. El mundo no puede ser observado por un espectador impassible, debemos mezclarnos entre la muchedumbre y sentir cómo sienten los hombres antes de poder juzgar sus sentimientos. Si pretendemos, en resumen, vivir en el mundo para volvemos más sabios y mejores, y no meramente para disfrutar de las cosas buenas de la vida, debemos obtener un conocimiento de los otros al mismo tiempo que nos familiarizamos con nosotros. El conocimiento adquirido de cualquier otra forma sólo endurece el corazón y desconcierta al entendimiento.

Se me podría decir que el conocimiento así adquirido es a veces comprado a un precio demasiado caro. Sólo puedo contestar que dudo mucho de que algún conocimiento pueda obtenerse sin trabajo y sufrimiento, y que aquellos que desean ahorrar a sus hijos ambos no deberían protestar si no son ni sabios ni virtuosos. Ellos sólo pretendieron hacerles prudentes, y la prudencia, temprana en la vida, no es más que el cauto arte del ignorante amor propio.

He observado que los jóvenes a cuya educación se ha prestado particular atención han sido, en general, muy superficiales y engreídos, y en absoluto agradables en algún respecto, porque no tenían ni el calor ingenuo de la juventud, ni la profundidad fría de la edad. No puedo evitar imputar esta apariencia innatural principalmente a esa precipitada instrucción prematura que les lleva a repetir presuntuosamente todas las nociones crudas que han aceptado como verdaderas, de tal forma que la educación cuidadosa que recibieron les hace esclavos de los prejuicios por todas sus vidas.

El ejercicio mental, así como el corporal, es al principio fastidioso, tanto que muchos dejarían muy gustosamente a otros trabajar, además de pensar por ellos. Una

observación que he hecho frecuentemente ilustrará lo que quiero decir. Cuando en un círculo de extraños o conocidos una persona de habilidades moderadas afirma una opinión con calor, me aventuraré a afirmar, pues he rastreado el origen de este hecho, que es prejuicio. Estos ecos tienen un alto respeto por el entendimiento de alguna relación o amigo, y sin comprender totalmente las opiniones, que son tan entusiastas de vender, las mantienen con un grado de obstinación que sorprendería incluso a la persona que las formó.

Sé que una cierta moda prevalece ahora de respetar los prejuicios, y cuando cualquiera se atreve a enfrentarse a ellos, aunque motivado por la humanidad y armado con la razón, se le pregunta arrogantemente si sus ancestros eran tontos. No, respondería. Las opiniones, al principio, de todo tipo, fueron todas, probablemente, consideradas, y por tanto fundadas en alguna razón, pero no infrecuentemente, por supuesto, fue más una conveniencia local que un principio fundamental, que fuera razonable en todo momento. Pero las opiniones enmohecidas asumen la forma desproporcionada de los prejuicios cuando son indolentemente adoptadas sólo porque el tiempo les ha dado un aspecto venerable, aunque la razón sobre la que se construyeron deje de ser razón o no pueda rastrearse. ¿Por qué hemos de amar los prejuicios, meramente porque son prejuicios?^[xiv] Un prejuicio es una persuasión querida y obstinada por la que no podemos dar ninguna razón, pues en el momento en que una razón pueda darse para una opinión, deja de ser prejuicio, aunque pueda ser un error de juicio. ¿Y somos entonces aconsejados a abrigar las opiniones sólo para desafiar a la razón? Este modo de argumentar, si se le puede llamar argumentar, me recuerda lo que se denomina vulgarmente la razón femenina. Pues las mujeres a veces declaran que aman o creen ciertas cosas, *porque* las aman o creen en ellas.

Es imposible conversar con algún fin con la gente que sólo usa afirmaciones y negaciones. Antes de que puedas llevarles a un punto desde el que comenzar claramente, debes remitirte a los principios sencillos que antecieron a los prejuicios afirmados por la autoridad, y diez a uno a que seréis interrumpidos con la afirmación filosófica de que ciertos principios son tan falsos en la práctica como verdaderos en abstracto^[xv]. No, aún más, se podrá inferir, que la razón ha susurrado algunas dudas, pues ocurre generalmente que la gente afirma sus opiniones con el mayor calor cuando empieza a vacilar, esforzándose por alejar sus propias dudas convenciendo a su oponente, hasta el punto de que se enfada cuando esas dudas dolorosas vuelven para apresarla.

El hecho es que los hombres esperan de la educación lo que la educación no puede dar. Un padre o tutor sagaz puede que fortalezca el cuerpo y afile los instrumentos mediante los cuales el niño acopiará conocimiento, pero la miel debe ser la recompensa del trabajo del propio individuo. Es casi un absurdo intentar hacer a un joven sabio mediante la experiencia de otro, así como esperar que el cuerpo crezca por el ejercicio del que sólo se habla u observa^[xvi]. Muchos de esos niños cuya conducta ha sido más estrechamente vigilada se convierten en los hombres más

débiles, porque sus instructores sólo les inculcan ciertas nociones en sus mentes, que no tienen otra fundación más que la autoridad, y si son amados o respetados la mente se anquilosa en sus esfuerzos y vacila en sus avances. El objeto de la educación, en este caso, es sólo conducir los zarcillos florecientes hacia un poste adecuado, pero, tras apilar precepto sobre precepto sin permitir al niño adquirir juicio por sí mismo, los padres esperan que actúen en la misma manera mediante esta luz emprestada y falaz, como si la hubieran prendido ellos mismos, y que sean, cuando se adentran en la vida, lo que sus padres son en su conclusión. No consideran que el árbol, incluso el cuerpo humano, no fortalece sus fibras hasta que alcanza su crecimiento completo.

Parece que hay algo análogo en la mente. Los sentidos y la imaginación dan una forma al carácter, durante la infancia y la juventud, y el entendimiento, conforme la vida avanza, da firmeza a los primeros bellos designios de la sensibilidad. Hasta que la virtud, surgiendo de la clara convicción de la razón, más que del impulso del corazón, hace a la moralidad descansar sobre una roca contra la cual las tormentas de la pasión baten en vano.

Espero no ser malinterpretada cuando digo que la religión no tendrá energía condensadora a menos que se fundamente en la razón. Si es meramente el refugio de la debilidad o del fanatismo salvaje y no un principio gobernante de la conducta, extraído del conocimiento de uno mismo y de una opinión racional sobre los atributos de Dios, ¿qué se puede esperar que produzca? La religión que consiste en avivar los afectos y exaltar la imaginación es sólo la parte poética, y puede que proporcione al individuo placer sin hacerlo un ser más moral. Puede que sea un sustituto para las ocupaciones mundanas, pero estrecha, en vez de agrandar el corazón. Mas la virtud debe ser amada por ser en sí misma sublime y excelente, y no por las ventajas que procura ni los males que evita, si se espera algún grado de excelencia. Los hombres no serán morales cuando sólo construyen castillos etéreos en un futuro mundo para compensar las decepciones con que se encuentran en éste, si vuelven sus pensamientos de los deberes correspondientes a los ensueños religiosos.

Muchas perspectivas de futuro en la vida son empañadas por la cambiante sabiduría mundana de los hombres, que, olvidando que no pueden servir a Dios y a la riqueza, intentan mezclar cosas contradictorias. Si deseas hacer a tu hijo rico, sigue un curso; si sólo ansias hacerlo virtuoso, sigue otro; pero no imagines que puedes pasar de un camino a otro sin perder el rumbo^[xvii].

VI. DEL EFECTO QUE UNA TEMPRANA ASOCIACIÓN DE IDEAS TIENE SOBRE EL CARÁCTER

Educadas en el enervante estilo recomendado por los escritores que he estado censurando, y no teniendo una oportunidad, dado su estado subordinado en la sociedad, de recuperar el terreno perdido, ¿es sorprendente que las mujeres parezcan en todos lados un defecto en la naturaleza? ¿Es sorprendente, cuando consideramos el efecto determinado que una temprana asociación de ideas tiene en el carácter, que descuiden su entendimiento y vuelquen toda su atención sobre sus personas?

Las grandes ventajas que naturalmente resultan de aprovisionar la mente con conocimiento son obvias por las siguientes consideraciones. La asociación de nuestras ideas es bien habitual o instantánea, y el último modo parece depender más bien de la temperatura original de la mente que de la voluntad. Una vez adquiridos, las ideas y los hechos se guardan para el uso, hasta que alguna circunstancia fortuita haga que la información que ha sido recibida en periodos muy distintos de nuestra vida aflore rápidamente en la mente con fuerza ilustrativa. Como el fogonazo del relámpago son muchos recuerdos: una idea asimila y explica a la otra con rapidez asombrosa. No aludo a aquella rápida percepción de la verdad, que es tan intuitiva que desconcierta la investigación y nos impide determinar si es reminiscencia o raciocinio, al perderse su rastro en la celeridad con que irrumpe en la nube oscura. Sobre aquellas asociaciones instantáneas tenemos poco poder, pues cuando la mente es una vez agrandada por los vuelos divagantes o la reflexión profunda, las materias primas se ordenarán a sí mismas en cierta medida. El entendimiento, cierto es, puede impedir que perdamos la perspectiva cuando agrupamos nuestros pensamientos o transcribimos desde la imaginación los bosquejos ardientes de la fantasía, pero los espíritus animales, el carácter individual, dan el colorido. ¡Qué poco poder poseemos sobre este sutil fluido eléctrico^[1] y qué poco poder puede obtener la razón sobre él! Estos delicados e intratables espíritus parecen ser la esencia del genio y, resplandeciendo en su ojo de águila, producen en el grado más eminente la energía feliz de asociar pensamientos que sorprenden, gratifican, deleitan e instruyen. Estas son las mentes resplandecientes que concentran pinturas para sus semejantes, forzándoles a ver con interés los objetos reflejados por la imaginación apasionada que pasaron por alto en la naturaleza.

Debe permitírseme explicarme. La generalidad de la gente no puede ver o sentir poéticamente, carece de fantasía y por tanto vuela desde la soledad en busca de objetos sensibles. Pero cuando un autor les deja sus ojos pueden ver lo que él vio y recrearse con las imágenes que no pudieron seleccionar, aunque se encontraban ante sus ojos.

La educación, por tanto, sólo proporciona al hombre de genio conocimiento para dar variedad y contraste a sus asociaciones, pero hay una habitual asociación de ideas, que crece «con nuestro crecimiento»^[1], que tiene un gran efecto en el carácter moral de la humanidad, y por la cual la mente da un giro que comúnmente permanece a lo largo de la vida. Tan dúctil es el entendimiento, pero también tan obstinado, que

la asociación que depende de circunstancias adventicias durante el periodo que el cuerpo necesita para llegar a la madurez raramente puede ser desenredada por la razón. Una idea lleva a la otra, su antigua asociada, y la memoria, fiel a las primeras impresiones, particularmente cuando los poderes intelectuales no se emplean en enfriar las sensaciones, vuelve a trazar sus pasos con exactitud mecánica.

Esta habitual esclavitud a las primeras impresiones tiene un efecto más pernicioso en el carácter femenino que en el masculino, porque los asuntos y otras áridas ocupaciones del entendimiento tienden a amortiguar los sentimientos y romper las asociaciones que hacen violencia a la razón. Pero las mujeres, que se convierten en mujeres cuando son meras niñas, y son llevadas de vuelta a la infancia cuando deberían dejar el tacatá para siempre, no tienen suficiente fuerza de espíritu para borrar las sobreañadidas de arte que han ahogado la naturaleza.

Todo lo que ven u oyen sirve para fijar las impresiones, suscitar emociones y asociar ideas, que dan un carácter sexual a la mente. Nociones falsas de belleza y delicadeza detienen el crecimiento de sus miembros y producen una enfermiza dolencia, más que una delicadeza de órganos, y así debilitadas, al emplearse en desarrollar en vez de examinar las primeras asociaciones impuestas sobre ellas por todo objeto alrededor, ¿cómo pueden obtener el vigor necesario para permitirles liberarse de su carácter facticio? ¿Dónde encontrar fuerza para recurrir a la razón y elevarse por encima de un sistema de opresión que socava las bellas promesas de la primavera? Esta cruel asociación de ideas, que todo conspira para entretejer en todos sus hábitos de pensamiento o, para hablar con más precisión, del sentimiento, recibe nueva fuerza cuando empiezan a actuar un poco por ellas mismas, pues entonces perciben que es sólo a través de su destreza para excitar emociones en los hombres que han de obtener placer y poder. Además, los libros expresamente escritos para su instrucción, que causan la primera impresión en sus mentes, inculcan todas las mismas opiniones. Educadas entonces peor que en la esclavitud egipcia, es irrazonable, así como cruel, recriminarlas por faltas que apenas pueden ser evitadas, a menos que un grado de vigor natural se suponga, lo que toca en suerte a muy pocos entre la humanidad.

Por ejemplo, los sarcasmos más severos han sido dirigidos contra el sexo, y ellas han sido ridiculizadas por repetir «un conjunto de frases aprendidas de memoria»^[2], cuando nada podría ser más natural considerando la educación que reciben, y que su «mayor orgullo es obedecer, sin replicar»^[3], la voluntad del hombre. Si no se les permite tener razón suficiente para gobernar su propia conducta, bien, ¡todo lo que aprenden debe ser aprendido de memoria! Y cuando toda su ingenuidad es requerida para ajustar su vestido, «una pasión por un abrigo escarlata»^[4] es algo tan natural que nunca me ha sorprendido. Y, concediendo que el resumen que hace Pope de su carácter sea justo, «que toda mujer es en el fondo una libertina»^[5], ¿por qué deberían ser amargamente censuradas por buscar una mente congenial y preferir un libertino a un hombre sensato?

Los libertinos saben cómo influir sobre su sensibilidad, mientras que el mérito modesto de los hombres razonables ha tenido, por supuesto, menos efecto en sus sentimientos, y no pueden alcanzar el corazón por el camino del entendimiento, porque tienen pocos sentimientos en común.

Parece un poco absurdo esperar que las mujeres sean más razonables que los hombres en sus *aficiones* y aun así negarles el uso incontrolado de su razón. ¿Cuándo se *enamoran* los hombres con sentido? ¿Cuándo, con sus poderes y ventajas superiores, vuelven su atención del cuerpo a la mente? ¿Y cómo pueden esperar que las mujeres, enseñadas sólo a observar el comportamiento y adquirir conductas más que morales, desprecien aquello que han estado toda su vida trabajando por obtener? ¿Dónde han de encontrar repentinamente juicio suficiente para ponderar pacientemente el sentido de un hombre torpe y virtuoso, cuando sus conductas, de las cuales se les hace jueces críticas, son reprobadas, y su conversación es fría y aburrida, porque no consiste en lindas agudezas o cumplidos bien dirigidos? Para admirar o estimar algo por largo tiempo, nuestra curiosidad debe ser excitada al menos por conocer, en algún grado, lo que admiramos, porque somos incapaces de estimar el valor de las cualidades y virtudes que están por encima de nuestra comprensión. Tal respeto, cuando es sentido, puede ser muy sublime y la confusa conciencia de la humildad puede hacer a la criatura dependiente un objeto interesante en algunos puntos de vista. Pero el amor humano debe tener mayores ingredientes, y el cuerpo muy naturalmente tendrá una parte, ¡y una amplia parte por lo común!

El amor es, en gran medida, una pasión arbitraria y reinará, como algunos otros males que nos acechan, por su propia autoridad, sin rendir cuentas a la razón, y puede también distinguirse fácilmente de la estima, el fundamento de la amistad, porque con frecuencia es excitado por bellezas y gracias evanescentes, aunque, para dar energía a los sentimientos, algo más sólido debe ahondar en sus impresiones y poner la imaginación a trabajar, para hacer del bien más bello el primero.

Las pasiones comunes son excitadas por cualidades comunes; los hombres buscan la belleza y la sonrisa boba de la docilidad bien humorada, las mujeres son cautivadas por las conductas naturales; un caballero raramente fracasa en complacerlas, y sus oídos sedientos beben con entusiasmo las insinuantes naderías, conversación insignificante de la educación, mientras se apartan del sonido ininteligible de la seductora razón, no importa cuán sabiamente embelese. Con respecto a los logros superficiales, el libertino ciertamente tiene ventaja, y de éstos las mujeres pueden formarse una opinión, pues se trata de su propio campo. Hechas licenciosas y frívolas por el completo tenor de sus vidas, el mismo aspecto de la sabiduría, o las severas gracias de la virtud, deben tener una apariencia lúgubre para ellas, y producir un tipo de reserva contra la cual ellas y el amor, niño jugueteón, naturalmente se rebelan. Sin gusto, con excepción del tipo más ligero, pues el gusto es el fruto del juicio, ¿cómo pueden descubrir que la verdadera belleza y gracia debe surgir por obra de la mente? ¿Y cómo pueden esperar apreciar en un amante lo que ellas mismas no, o muy

imperfectamente, poseen? La simpatía que une a los corazones e invita a la confianza en ellos es tan tenue que no puede prender fuego y convertirse así en pasión. No, repito, ¡el amor apreciado por dichas mentes debe tener un combustible más vulgar!

La inferencia es obvia: mientras no se lleve a las mujeres a ejercitar su entendimiento, no deberían ser satirizadas por su apego a los libertinos, ni siquiera por ser libertinas en el fondo, cuando parece ser la consecuencia inevitable de su educación. ¡Aquellos que viven para complacer deben encontrar su gozo, su felicidad en el placer! Es una observación manida, pero no obstante verdadera, que nunca hacemos nada bien a menos que lo amemos por su propio bien.

Suponiendo, sin embargo, por un momento, que las mujeres, en alguna futura revolución del tiempo, se convirtiesen en lo que sinceramente deseo que sean, incluso el amor alcanzaría la dignidad más seria, y sería purificado por sus propios fuegos. Y, dando la virtud verdadera delicadeza a sus afectos, se alejarían disgustadas de un libertino. Razonando, así como sintiendo (la única provincia de la mujer, por el momento), ellas podrían guardarse fácilmente contra encantos exteriores y aprender rápidamente a despreciar la sensibilidad que ha sido excitada y trillada en la conducta de las mujeres, cuyos empleos eran el vicio y los aires atractivos y libertinos. Ellas recordarían que la llama (uno debe usar expresiones apropiadas) que deseaban encender se ha consumido por la lujuria, y que el apetito saciado, perdiendo todo gusto por los placeres simples y puros, sólo podría ser despertado mediante las artes licenciosas o la variedad. ¿Qué satisfacción podría una mujer de delicadeza prometerse a sí misma en una unión con semejante hombre, cuando la misma ingenuidad de su afecto puede parecer insípida? Así describe Dryden la situación:

nde el amor es deber, para la parte femenina,
ra satisfacción buscada con orgullo hurraño^[6].

Pero las mujeres todavía tienen que aprender una gran verdad, aunque mucho les importa actuar de ese modo. En la elección de un marido, no deberían ser descarriadas por las cualidades de un amante —pues, como amante, el marido, incluso suponiendo que sea sabio y virtuoso, no puede por largo tiempo permanecer.

Si las mujeres fueran educadas más racionalmente, si pudieran adquirir una visión de las cosas más comprehensiva, podrían contentarse con amar tan sólo una vez en la vida, y después del matrimonio dejar tranquilamente que la pasión decaiga hasta convertirse en amistad, en aquella tierna intimidad que es el mejor refugio de la preocupación; y que está construida sobre afectos tan puros y tranquilos, que no se permitiría a los vanos celos molestar el desempeño de las obligaciones serias de la vida, o engrosar los pensamientos que deberían ser empleados de otra manera. Éste es un estado en el que muchos hombres viven, pero pocas, muy pocas mujeres lo hacen. Y la diferencia puede explicarse fácilmente sin recurrir al carácter sexual. Los hombres, para quienes se nos dice que han sido hechas las mujeres, han ocupado demasiado los pensamientos de las mujeres, y esta asociación ha enredado así el amor

con todos los motivos de la acción, y para porfiar un poco sobre un viejo tema, habiendo sido empleadas solamente en prepararse para excitar amor o llevando de hecho sus lecciones a la práctica, no pueden vivir sin amor. Pero cuando un sentido del deber o miedo al ridículo les obliga a refrenar este mimado deseo de complacer más allá de cierto grado, se determinan obstinadamente a amar, hablo de la pasión, a sus maridos hasta el final del capítulo, y entonces, representando el papel que neciamente demandaban de sus amantes, se convierten en pretendientes viles y esclavas cariñosas.

Los hombres de ingenio y fantasía son con frecuencia libertinos, y la fantasía es el alimento del amor. Esos hombres inspirarán pasión. La mitad del sexo, en su estado infantil actual, echará de menos un Lovelace^[7], un hombre tan ingenioso, tan gallardo y tan valiente. ¿Y pueden ellas *merecer* culpa alguna por actuar de acuerdo con los principios tan constantemente inculcados? Quieren un amante, un protector, y lo contemplan arrodillándose ante ellas: ¡el valor se postra ante la belleza! Las virtudes de un marido son así empujadas por el amor a un segundo plano, y las esperanzas alegres, o emociones vivas, destierran la reflexión hasta que llegue el día del juicio. Y seguramente llegará, para convertir al gallardo amante en un malhumorado y receloso tirano que con desdén insulta la misma debilidad que promovió. O, suponiendo que el libertino se reforme, no puede librarse rápidamente de los viejos hábitos. Cuando un hombre de habilidades es primero arrastrado por sus pasiones, es necesario que el sentimiento y el gusto barnicen las magnitudes del vicio y den encanto a las indulgencias brutales; pero, cuando el brillo de la novedad es gastado y el placer sacia los sentidos, la lascivia se queda al descubierto y el disfrute queda reducido al desesperado esfuerzo de la debilidad huyendo de la reflexión como de una legión de demonios. ¡Oh! ¡Virtud, tú no eres un nombre vacío! ¡Todo lo que la vida puede dar, tú lo das!

Si no se puede esperar mucho consuelo de la amistad de un libertino reformado, de habilidades superiores, ¿cuál es la consecuencia cuando carece de sentido común, así como de principios? Con toda seguridad miseria, en su forma más espantosa. Cuando el tiempo ha consolidado los hábitos de los débiles, una reforma es apenas posible, y de hecho hace miserables a los seres que no tienen suficiente mente para divertirse con los placeres inocentes. Como el comerciante que se retira del ajetreo del negocio, la naturaleza les presenta sólo un vacío universal y los inquietos pensamientos apresan a los espíritus desanimados^[iii]. Su reforma, así como su jubilación, en realidad les hace miserables, pues les priva de su ocupación, al apagar las esperanzas y los miedos que ponen en movimiento sus lentas mentes.

Si tal es la fuerza del hábito, si tal es la esclavitud de la locura, cuán cuidadosamente debemos guardar la mente de almacenar asociaciones viciosas, e igualmente cuidadosos debemos ser para cultivar el entendimiento, para salvar a la pobre criatura incluso del estado dependiente de la inofensiva ignorancia. Pues sólo el

uso correcto de la razón nos hace independientes de todo —con la excepción de la Razón despejada, «a cuyo servicio está la libertad perfecta».

¡Modestia! ¡Fruto sagrado de la sensibilidad y de la razón! ¡Verdadera delicadeza de mente! ¡Podría yo sin culpa atreverme a investigar tu naturaleza y rastrear hasta su guarida el encanto apacible, que suavizando cada rasgo áspero de un carácter hace encantador lo que de otro modo sólo inspiraría fría admiración! ¡Tú que alisas las arrugas de la sabiduría y suavizas el tono de las virtudes más sublimes, hasta que todas se funden en la humanidad, tú que extiendes la nube etérea que, envolviendo el amor, realza cada belleza, la medio ensombrece, respirando aquellas tímidas delicias que entran sigilosamente en el corazón, y cautivan a los sentidos, modula para mí el lenguaje de la razón persuasiva hasta que levante a mi sexo de la cama florida en la que supinamente duerme dejando pasar la vida!

Al hablar de la asociación de nuestras ideas, he señalado dos modos distintos, y al definir la modestia me parece igualmente adecuado distinguir aquella pureza de mente, que es el efecto de la castidad, de una simplicidad de carácter que nos lleva a formarnos una opinión justa de nosotros, igualmente distante de la vanidad o la arrogancia, aunque de ningún modo incompatible con una elevada conciencia de nuestra propia dignidad. La modestia, en el último sentido del término, es aquella seriedad de mente que enseña al hombre a no pensar más de sí mismo de lo que debería, y debe ser distinguida de la humildad, porque la humildad es un tipo de autodegradación.

Un hombre modesto con frecuencia concibe un gran plan y se adhiere tenazmente a él, consciente de su propia fuerza, hasta que el éxito le dé una rúbrica que determine su carácter. Milton no era arrogante cuando se permitió expresar una opinión que probó ser una profecía^[1], ni lo era el general Washington cuando aceptó el mando de las fuerzas americanas. El último ha sido siempre considerado un hombre modesto, pero si hubiera sido meramente humilde, probablemente hubiera retrocedido indeciso, temeroso de confiarse la dirección de una empresa de la que tanto dependía^[2].

Un hombre modesto es firme, un hombre humilde tímido, y uno vanidoso es presuntuoso. Ésta es la conclusión que la observación de muchos caracteres me ha llevado a formar. Jesucristo era modesto, Moisés era humilde y Pedro era vanidoso.

Así, distinguiendo la modestia de la humildad en un caso, no pretendo confundirla con la timidez en el otro. La timidez, de hecho, es tan distinta de la modestia, que la muchacha más tímida, o el tosco patán pueblerino, con frecuencia se vuelven los más insolentes, pues al ser su timidez meramente la timidez instintiva de la ignorancia, el hábito pronto la convierte en seguridad^[i].

El comportamiento desvergonzado de las prostitutas que infestan las calles de esta metrópoli, suscitando emociones alternativas de pena y disgusto, puede servir para ilustrar esta observación. Pisotean la timidez virginal con un tipo de bravuconería y, gozando en su vergüenza, se vuelven más audazmente lascivas de lo que los hombres, no importa cuán depravados, a quienes esta cualidad sexual no les ha sido concedida

gratuitamente, jamás parecen ser. Pero estas pobres ignorantes desgraciadas nunca han tenido ninguna modestia que perder, cuando se han consignado a la infamia, pues la modestia es una virtud, no una cualidad. No, ellas eran sólo tímidas, avergonzadas inocentes, y, perdiendo su inocencia, su vergüenza fue rudamente barrida. Una virtud habría dejado algunos vestigios en la mente, si hubiera sido sacrificada a la pasión, para hacernos respetar la gran ruina.

La pureza de mente o aquella delicadeza genuina, que es el único sostén virtuoso de la castidad, es muy semejante a aquel refinamiento de la humanidad, que nunca reside más que en mentes cultivadas. Es algo más noble que la inocencia, es la delicadeza de las reflexiones, y no la timidez de la ignorancia. La reserva de la razón, que, como la limpieza habitual, es raramente vista en algún gran grado, a menos que el alma esté activa, puede distinguirse fácilmente de la timidez pueblerina o de la frivolidad libertina y, lejos de ser incompatible con el conocimiento, es su fruto más bello. ¡Qué idea más grotesca de la modestia tenía el autor de la siguiente observación! «La dama que preguntó si las mujeres podían ser instruidas en el sistema moderno de la botánica de forma consistente con la delicadeza femenina fue acusada de ridícula mojigatería. Sin embargo, si me hubiera planteado la pregunta a mí hubiera respondido, ciertamente, “No, no pueden”»^[3]. ¡Así se cierra el libro bello del conocimiento con un sello eterno! Al leer pasajes similares he alzado mis ojos y mi corazón con reverencia a Él, que vive por siempre, y he dicho: «Oh, Padre mío, ¿has prohibido a tu hija, por la misma constitución de su naturaleza, buscarte en las bellas formas de la verdad? ¿Y puede su alma ser mancillada por el conocimiento que tremendamente la llama hacia Ti?».

He proseguido entonces estas reflexiones filosóficamente hasta inferir que aquellas mujeres que han cultivado más su razón deben tener la mayor modestia — aunque una digna tranquilidad de conducta puede haber sucedido a la juguetona, cautivadora timidez de la juventud^[ii].

Y así he argumentado. Para hacer de la castidad la virtud de la que la modestia sencilla fluirá naturalmente, la atención debe desviarse de las ocupaciones que sólo ejercitan la sensibilidad, y debe hacerse al corazón marcar al compás de la humanidad, más que latir con el amor. La mujer que ha dedicado una porción considerable de su tiempo a empresas puramente intelectuales, y cuyos afectos han sido ejercitados por planes bondadosos de utilidad, debe tener más pureza de mente, como consecuencia natural, que los seres ignorantes cuyo tiempo y pensamientos han sido ocupados por placeres alegres o esquemas para conquistar corazones^[iii]. La regulación del comportamiento no es modestia, aunque aquellas que estudian las reglas del decoro son, en general, denominadas mujeres modestas. Limpia el corazón, déjalo ensancharse y sentir por todo lo que es humano, en vez de ser estrechado por las pasiones egoístas, y deja a la mente contemplar frecuentemente objetos que ejercitan el entendimiento, sin avivar la imaginación, y una modestia natural dará los toques finales a la pintura.

La mujer que pueda discernir el albor de la inmortalidad en los haces de luz que disparan contra la nebulosa noche de la ignorancia, prometiendo un día más despejado, respetará, como un templo sagrado, el cuerpo que guarda como reliquia semejante alma perfectible. El amor verdadero, igualmente, difunde este tipo de santidad misteriosa alrededor del objeto amado, haciendo al amante más modesto cuando está en su presencia^[iv]. Tan reservado es el afecto que, recibiendo o devolviendo cariños personales, desea no sólo esquivar el ojo humano, como un tipo de profanación, sino también esparcir una envolvente oscuridad nebulosa para no dejar entrar ni siquiera a los brillantes e impertinentes rayos de sol. Sin embargo, no merece el epíteto de casto el afecto que no recibe una sublime tiniebla de tierna melancolía que permite a la mente por un momento estarse quieta y disfrutar la satisfacción presente, cuando una conciencia de la Presencia Divina es sentida, ¡pues éste debe ser siempre el alimento de la alegría!

Como siempre me ha gustado rastrear hasta su origen en la naturaleza cualquier costumbre prevaleciente, con frecuencia he pensado que es un sentimiento de afecto por cualquier cosa que hubiera tocado el cuerpo de un amigo ausente o perdido, el que dio lugar a ese respeto por las reliquias, de las que tanto han abusado los sacerdotes egoístas. Debe permitirse que la devoción o el amor santifiquen las prendas así como la persona, pues el amante que no tiene un tipo de respeto sagrado por el guante o la zapatilla de su querida debe estar falto de imaginación. Él no podría confundirlos con cosas vulgares del mismo tipo. Este fino sentimiento, tal vez, no soportaría el análisis del filósofo experimental, ¡pero de semejante materia están hechos los arrebatos humanos! Un sombrío espectro se desliza ante nosotros, oscureciendo todos los demás objetos. Sin embargo, cuando se agarra la nube suave la forma se deshace en aire común, dejando un solitario vacío o dulce perfume, robado de la violeta, que la memoria atesora durante mucho tiempo. Pero me he adentrado desprevenida en tierra de hadas, sintiendo la brisa perfumada de la primavera acariciándome sigilosamente, aunque noviembre frunce el entrecejo.

Como sexo, las mujeres son más castas que los hombres, y, como la modestia es el efecto de la castidad, ellas pueden merecer tener esta virtud adscrita a ellas en un sentido más que apropiado. Sin embargo, debe permitírseme añadir un vacilante condicional: pues dudo que la castidad produzca modestia, aunque pueda ser una conducta apropiada, cuando es meramente un respeto por la opinión del mundo^[v] y cuando la coquetería y las historias de desamor de los novelistas ocupan el pensamiento. No, la experiencia y la razón me llevan a esperar encontrarme con más modestia entre los hombres que entre las mujeres, simplemente porque los hombres ejercitan su entendimiento más que las mujeres.

Pero con respecto a la propiedad de conducta, con excepción de un tipo de mujeres, las mujeres tienen evidentemente ventaja. ¿Qué puede ser más desagradable que aquel impudente desperdicio de la galantería, considerado tan masculino, que hace a muchos hombres observar fijamente de forma tan insultante a toda mujer que

conocen? ¿Puede denominarse respeto por el sexo? No, este comportamiento disoluto muestra tal depravación habitual, tal debilidad de mente, que es vano esperar mucha virtud, pública o privada, mientras los hombres y las mujeres no se vuelvan más modestos, mientras los hombres, frenando la afición sensual por el sexo o la afectación de la seguridad varonil —hablando más propiamente, la impudencia—, no se traten unos a otros con respeto —a menos que el apetito o la pasión den el tono, peculiar a él, a su comportamiento—. Me refiero al llano respeto personal —el respeto modesto de la humanidad y el sentimiento de compañerismo—, no a la libidinosa burla de la galantería, ni a la insolente condescendencia del protectorado.

Para llevar la observación aún más lejos, la modestia debe cordialmente negar y rechazar morar con ese libertinaje de mente, que lleva a un hombre a realizar tranquilamente, sin un sonrojo, alusiones indecentes o comentarios agudos obscenos, en presencia de un semejante. Las mujeres están ahora fuera de la cuestión, porque entonces es brutalidad. El respeto por el hombre como hombre es el fundamento de todo sentimiento noble. ¡Cuánto más modesto es el libertino que obedece a la llamada del apetito o del capricho, que el obsceno bromista que hace prorrumpir a toda la mesa en una carcajada!^[4]

Este es uno de los muchos ejemplos en los que la diferencia sexual respecto a la modestia se ha probado fatal para la virtud y la felicidad. Es, sin embargo, llevado aún más lejos, y la mujer, ¡débil mujer!, hecha por su educación esclava de la sensibilidad, debe, en las ocasiones más duras, resistir a esa sensibilidad. «¿Puede algo», dice Knox, «ser más absurdo que mantener a las mujeres en un estado de ignorancia y no obstante insistir tan vehementemente en que deben resistir la tentación?». Así, cuando la virtud y el honor hacen conveniente contener una pasión, el peso cae sobre los hombros más débiles, de forma contraria a la razón y a la verdadera modestia, que, al menos, deberían hacer la abnegación recíproca, por no decir nada de la generosidad de valentía, que se supone es una virtud masculina.

En la misma línea van los consejos de Rousseau y del doctor Gregory respecto a la modestia, ¡peculiar y equívocamente llamada! Pues ambos desean que una esposa deje en duda si fue su sensibilidad o su debilidad la que le llevó a los brazos de su esposo. No es modesta la mujer que puede dejar la sombra de tal duda permanecer en la mente de su marido por un momento.

Pero presentemos ahora el asunto bajo una luz diferente. La falta de modestia que yo deploro principalmente como subversiva de la moralidad, surge de un estado de guerra tan tajantemente respaldado por hombres voluptuosos como la misma esencia de la modestia, aunque, de hecho, es su veneno. Porque es un refinamiento de la lujuria, en la que caen los hombres que no tienen suficiente virtud para gozar de los placeres inocentes del amor. Un hombre de delicadeza lleva esta noción de modestia aún más lejos, pues ni la debilidad ni la sensibilidad le gratificarán: él busca afecto.

Para insistir, de nuevo: los hombres que alardean de sus triunfos sobre las mujeres, ¿de qué presumen? Verdaderamente, la sensibilidad condujo por sorpresa a

la criatura sensible a la locura, al vicio^[vi]. Y la horrible cuenta cae pesadamente sobre su débil cabeza cuando la razón se despierta. Pues ¿dónde has de encontrar consuelo, desesperada y desconsolada? ¡Aquel que debería haber dirigido tu razón y haberte asistido en tu debilidad te ha traicionado! En un sueño de pasión consentiste en deambular por prados floridos y, caminando desprevenidamente por el borde del precipicio al que tu guía, en vez de prevenirte, te atrajo, despertaste de tu sueño para enfrentar un mundo burlón y malencarado y encontrarte sola en un páramo, pues aquel que triunfó sobre tu debilidad está ahora persiguiendo nuevas conquistas, ¡pero para ti no hay redención en este lado de la tumba! ¿Y qué recursos tienes en una mente enervada para erguir un corazón que se hunde?

Pero si los sexos realmente han de vivir en un estado de guerra, si la naturaleza lo ha señalado, que actúen noblemente, o que el orgullo les susurre que la victoria es abyecta cuando meramente triunfan sobre la sensibilidad. La conquista real es aquella sobre el afecto que no se consigue por sorpresa, cuando, como Eloísa^[5], una mujer renuncia a todo, deliberadamente, por amor. No considero ahora la sabiduría o la virtud de tal sacrificio, sólo afirmo que fue un sacrificio al afecto, y no meramente a la sensibilidad, aunque ésta tuviera su parte. Y debe permitírseme llamarla una mujer modesta, antes de que descarte esta parte del asunto, diciendo que, mientras los hombres no sean más castos, las mujeres serán inmodestas. ¿Dónde, de hecho, podrían las mujeres modestas encontrar maridos de los que no se volvieran continuamente con disgusto? La modestia debe ser igualmente cultivada por ambos sexos, o será siempre una enfermiza planta de invernadero, mientras que la afectación de ella, la hoja de higo tomada prestada por el libertinaje, dé vigor a los placeres voluptuosos.

Los hombres probablemente insistirán todavía en que las mujeres deben tener más modestia que los hombres, pero no son desapasionados razonadores los que se opondrán más seriamente a mi opinión. No, son los hombres de imaginación, los favoritos del sexo, que aparentemente respetan y por dentro desprecian a las débiles criaturas con las que juegan. Ellos no pueden doblegarse a renunciar a la mayor gratificación sensual, ni siquiera para gozar con el epicureísmo de virtud: la abnegación.

Adoptaré ahora otro punto de vista sobre el asunto, confinando mis observaciones a las mujeres.

Las falsedades ridículas^[vii] que se cuentan a las niñas, debido a nociones equivocadas de modestia, tienden muy temprano a enardecer su imaginación y a poner a sus pequeñas mentes a trabajar sobre cuestiones en las que la naturaleza nunca pretendió que debiesen pensar mientras el cuerpo no alcance cierto grado de madurez. Entonces sus pasiones naturalmente empiezan a tomar el lugar de los sentidos como instrumentos para desarrollar el entendimiento y formar el carácter moral.

En las guarderías infantiles y en los internados, me temo, las niñas son primero malcriadas; en particular en los últimos. Varias niñas duermen en la misma habitación y se lavan juntas. Y, aunque lamentaría contaminar la mente de una criatura inocente inculcando falsa delicadeza, o aquellas indecentes nociones mojigatas que las advertencias tempranas sobre el otro sexo naturalmente engendran, estaría muy ansiosa por impedir que adquirieran hábitos desagradables o inmodestos, y, como muchas niñas han aprendido travesuras muy desagradables de sirvientes ignorantes, la mezcla de todas ellas indiscriminadamente es muy inapropiada.

Para decir la verdad, las mujeres están, en general, muy familiarizadas las unas con las otras, lo que lleva a aquel grosero grado de familiaridad que tan frecuentemente hace el estado marital infeliz. ¿Por qué en nombre de la decencia son las hermanas, las amigas íntimas, o las damas y sus doncellas, tan vulgarmente familiarizadas entre sí como para olvidar el respeto que una criatura humana debe a otra? Aquella remilgada delicadeza que impide las tareas más desagradables cuando el afecto^[viii] o la humanidad nos llevan a velar por un enfermo, es despreciable. Pero, por qué las mujeres saludables deben estar más familiarizadas las unas con las otras de lo que los hombres lo están, cuando se pavonean de su delicadeza superior, es un solecismo en la conducta que nunca pude solucionar.

Con el fin de preservar la salud y la belleza, debo recomendar seriamente abluciones frecuentes, para dignificar mi consejo de forma que no ofenda los oídos remilgados; y, por ejemplo, las niñas deben ser enseñadas a lavarse y vestirse solas, sin ninguna distinción de rango, y, si la costumbre debe hacerlas requerir cierta pequeña ayuda, no las dejemos requerirla hasta que aquella parte del asunto que nunca debe hacerse delante del prójimo termine, porque es un insulto a la grandeza de la naturaleza humana. No en razón de la modestia, sino de la decencia, pues el cuidado que algunas mujeres modestas se toman, haciendo al mismo tiempo una exhibición de ese cuidado, para no dejar que se vean sus piernas, es tan infantil como inmodesto^[lix].

Podría seguir aún más lejos, hasta censurar algunas costumbres todavía más desagradables, en las que los hombres nunca caen. Los secretos se cuentan donde el silencio debe reinar; y aquel cuidado por la limpieza que algunas sectas religiosas han llevado, tal vez, demasiado lejos, especialmente los esenios^[6], entre los judíos, al convertir en un insulto a Dios lo que es sólo un insulto a la humanidad, es violado de forma brutal. ¿Cómo pueden las mujeres *delicadas* hacer desagradablemente observable aquella parte de la economía animal^[7] que es tan desagradable? ¿Y no es muy racional concluir que las mujeres que no han sido enseñadas a respetar la naturaleza humana de su propio sexo, en estos particulares, no respetarán por mucho tiempo la mera diferencia de sexo en sus maridos? Una vez que se pierde la virginal timidez, de hecho, he observado generalmente que las mujeres caen en viejos hábitos y tratan a sus maridos como trataban a sus hermanas o conocidas.

Además, las mujeres, por necesidad, porque sus mentes no están cultivadas, recurren a menudo a lo que denomino familiarmente humor corporal y sus intimidades son del mismo tipo. En resumen, con respecto al cuerpo y la mente, son demasiado íntimas. Aquella decente reserva personal, que es el fundamento de la dignidad de carácter, debe ser preservada entre mujer y mujer, o sus mentes nunca ganarán fuerza o modestia.

Por esta razón también objeto a que se encierre a las mujeres juntas en guarderías, colegios y conventos. No puedo recordar sin indignación las bromas y travesuras vulgares a las que los grupos de mujeres jóvenes se entregan, cuando en mi juventud la casualidad me arrojó, una torpe pueblerina, en su camino. Estaban casi a la par con los dobles significados que sacuden la mesa alegre cuando la copa ha circulado libremente. Pero es vano intentar mantener el corazón puro, a menos que la cabeza sea equipada con ideas y puesta a trabajar en compararlas, con el fin de adquirir juicio, mediante la generalización de ideas simples, y modestia, haciendo al entendimiento amortiguar la sensibilidad.

Podría pensarse que pongo demasiado énfasis en la reserva personal, pero es por siempre el sirviente de la modestia. De tal forma que, si tuviera que nombrar los encantos que deberían adornar la belleza, exclamaría instantáneamente: aseo, orden y reserva personal. Es obvio, supongo, que la reserva a que me refiero no tiene nada sexual en ella, y que la considero *igualmente* necesaria en ambos sexos. Tan necesaria, de hecho, es aquella reserva y limpieza que las mujeres indolentes tan frecuentemente descuidan, que me atrevo a afirmar que cuando dos o tres mujeres viven en la misma casa, la más respetada por la parte masculina de la familia que resida con ellas, dejando el amor totalmente fuera de la cuestión, será la que preste este tipo de respeto habitual a su persona.

Cuando los amigos del hogar se encuentran por la mañana, prevalecerá naturalmente una seriedad afectuosa, especialmente, si cada uno espera con ansia la realización de los deberes diarios. Y se podrá considerar fantástico, pero este sentimiento ha surgido a menudo espontáneamente en mi mente: me ha complacido, tras respirar el suave y fortificante aire de la mañana, ver el mismo tipo de frescura en los rostros que particularmente amaba, feliz de verlos revitalizados, por así decirlo, para el día, y dispuestos a correr su camino con el sol. Los saludos de afecto en la mañana son por estos medios más respetuosos que la ternura familiar que frecuentemente alarga la charla vespertina. Es más, con frecuencia me he sentido herida, por no decir repelida, cuando una amiga de quien me despedí completamente vestida la tarde anterior ha aparecido con sus ropas descompuestas porque prefirió concederse el placer de quedarse en la cama hasta el último momento.

El afecto familiar sólo puede ser mantenido vivo por estos cuidados desatendidos. Sin embargo, si los hombres y las mujeres se tomaran la mitad de las molestias para vestirse habitualmente de forma limpia, como hacen para adornar o, más bien, para afeitar sus personas, mucho se habría hecho para alcanzar la pureza de espíritu. No

obstante, las mujeres sólo se visten para deleitar a los hombres galantes, porque el amante es siempre más complacido con el simple atuendo que queda ceñido a la figura. Hay una impertinencia en los ornamentos que repele el afecto, porque el amor se adhiere alrededor de la idea del hogar.

Como sexo, las mujeres son habitualmente indolentes, y todo tiende a hacerlas así. No me olvido de los arrebatos que la sensibilidad produce, pero, como estos vuelos de los sentimientos sólo incrementan el mal, no deben ser confundidos con el lento y ordenado caminar de la razón. Tan grande en realidad es su indolencia mental y corporal, que mientras que sus cuerpos no sean fortalecidos y sus mentes ensanchadas por los ejercicios activos, hay poca razón para esperar que la modestia tome el lugar de la timidez. Puede que consideren prudente asumir su apariencia, pero el bello velo sólo será vestido en días de fiesta.

Tal vez no haya una virtud que se combine tan bondadosamente con las demás virtudes como la modestia. Es el pálido resplandor de la luna que hace más interesante cada una de las virtudes que suaviza, dando apacible grandeza al estrechado horizonte. Nada puede ser más hermoso que la ficción poética que hace a Diana^[8], con su luna creciente de plata, la diosa de la castidad. Algunas veces he pensado que, deambulando con paso sosegado en algún solitario lugar, una dama modesta de la Antigüedad debe haber sentido un resplandor de dignidad consciente cuando, tras contemplar el suave paisaje penumbroso, ha invitado con plácido fervor al delicado reflejo de los haces de luz de su hermana a caer sobre su casto pecho.

Una cristiana tiene todavía motivos más nobles que la incitan a preservar su castidad y adquirir modestia, pues su cuerpo ha sido llamado el Templo del Dios viviente^[9], de ese Dios que requiere algo más que modestia de semblante. Su ojo escudriña el corazón^[10]. Y que recuerde que, si espera encontrar gracia en la vista de la pureza misma^[11], su castidad debe encontrarse en la modestia y no en la prudencia mundana, o ciertamente su única recompensa será una buena reputación. ¡Pues aquella terrible relación, aquella sagrada relación, que la virtud establece entre el hombre y su Creador, debe dar lugar al deseo de ser puro como él lo es!^[12]

Tras las observaciones anteriores, es casi superfluo añadir que considero todos aquellos aires femeninos de madurez que suceden a la timidez, a los que la verdad es sacrificada para asegurar el corazón de un marido o, más bien, para forzarle a ser todavía un amante cuando la naturaleza, de no haber sido interrumpida en sus operaciones, hubiera hecho al amor dar lugar a la amistad, inmodestos. La ternura que un hombre sentirá por la madre de sus hijos es un sustituto excelente para el ardor de la pasión insatisfecha. Pero para prolongar ese ardor es poco delicado, por no decir inmodesto, que las mujeres simulen una frialdad artificial de constitución. Las mujeres, así como los hombres, deben tener los apetitos y pasiones comunes de su naturaleza; éstos son sólo brutales cuando no son contrarrestados por la razón. Pero la obligación de contrarrestarlos es el deber de la humanidad, no un deber sexual. La naturaleza, en estos respectos, puede dejarse tranquilamente a sí misma.

Dejemos a las mujeres tan sólo adquirir conocimiento y humanidad, y el amor les enseñará modestia^[x]. No hay necesidad de falsedades, tan detestables como triviales, pues las estudiadas reglas de comportamiento sólo se dictan a observadores poco profundos. Un hombre de sentido común pronto se da cuenta y desprecia la afectación.

El comportamiento de los jóvenes entre ellos, como hombres y mujeres, es la última cosa que debería considerarse en la educación. De hecho, el comportamiento en la mayoría de las circunstancias es ahora tan considerado que la simplicidad de carácter es raramente vista; sin embargo, si los hombres estuvieran sólo ansiosos por cultivar cada virtud y dejarlas enraizarse firmemente en la mente, el encanto resultante, su señal exterior natural, pronto desnudaría a la afectación de sus plumas ostentosas. ¡Porque, falaz como inestable, es la conducta que no se fundamenta en la verdad!

¡Si queréis, oh hermanas mías, poseer realmente modestia, debéis recordar que la posesión de la virtud, de cualquier tipo, es incompatible con la ignorancia y la vanidad! ¡Debéis adquirir aquella seriedad de mente que sólo el ejercicio de los deberes y la búsqueda del conocimiento inspiran, o permaneceréis en una situación incierta y dependiente y sólo seréis amadas mientras seáis hermosas! El ojo alicaído, el rubor sonrosado, el encanto retraído, son todos apropiados en su estación, pero la modestia, siendo hija de la razón, no puede cohabitar por mucho tiempo con la sensibilidad que no es atemperada por la reflexión. Además, cuando el amor, incluso el amor inocente, es toda la ocupación de vuestras vidas, vuestros corazones serán demasiado blandos para proporcionar a la modestia aquel tranquilo retiro donde ella disfruta de morar, en unión estrecha con la humanidad.

Se me ha ocurrido hace mucho tiempo que el consejo respecto al comportamiento y todos los modos varios de preservar una buena reputación, que han sido tan vigorosamente inculcados en el mundo femenino, son venenos especiosos que al incrustarse en la moralidad corroen la sustancia. Y que esta medición de las sombras produce un cálculo falso, puesto que su extensión depende tanto de la altitud del sol como de otras circunstancias adventicias.

¿De dónde surge el comportamiento sencillo y delusorio de un cortesano? De su situación, sin duda, pues al estar en necesidad de subordinados, está obligado a aprender el arte de negar sin ofender, y de alimentar la esperanza de modo evasivo con el alimento del camaleón^[1]: así juega la educación con la verdad y, corroyendo la sinceridad y humanidad naturales al hombre, produce al caballero refinado.

Las mujeres adquieren asimismo, por una supuesta necesidad, un modo de conducta igualmente artificial. Sin embargo no ha de jugarse impunemente con la virtud, pues el experto impostor, al final, se convierte en víctima de sus propias artes, y pierde esa sagacidad, que ha sido debidamente denominada sentido común; a saber, una rápida percepción de las verdades comunes que son constantemente recibidas como tales por la mente simple, aunque puede no haber tenido la suficiente energía para descubrirlas por sí misma cuando es obscurecida por los prejuicios locales. El mayor número de gente cree sus opiniones verdaderas para evitar el problema de ejercitar sus propias mentes y estos seres indolentes se adhieren naturalmente a la letra antes que al espíritu de la ley, divina o humana. «Las mujeres», dice un autor, no puedo recordar quién, «no se preocupan de aquello que sólo el Cielo ve». ¿Por qué, de hecho, deberían? Es el ojo del hombre que ellas han aprendido a temer y, si pueden arrullar a sus Argos^[2] para que se duerman, raramente piensan en el Cielo o en ellas mismas, porque su reputación está a salvo; y es la reputación, no la castidad y todo su bello séquito, lo que ellas se emplean en mantener libre de mancha, no como virtud, sino para preservar su propia posición en el mundo.

Para probar la verdad de esta observación sólo necesito señalar las intrigas de las mujeres casadas, particularmente en la clase alta, y en los países en donde las mujeres son casadas apropiadamente, de acuerdo a sus rangos respectivos, por sus padres. Si una chica inocente se convierte en presa del amor es degradada para siempre, aunque su mente no sea contaminada por las artes que las mujeres casadas, bajo el manto conveniente del matrimonio, practican; ni haya violado ningún deber, excepto el deber de respetarse a sí misma. La mujer casada, por el contrario, rompe el compromiso más sagrado, y se convierte en una madre cruel cuando es una esposa falsa e infiel. Si su marido todavía le profesa afecto, las artes que debe practicar para engañarlo la convertirán en el más despreciable de los seres humanos; y, en cualquier caso, las estratagemas necesarias para preservar las apariencias mantendrán su mente en aquel trajín infantil o vicioso que destruye toda su energía. Además, con el tiempo, como esas personas que toman habitualmente licores dulces para elevar sus espíritus,

querrá una intriga para dar vida a sus pensamientos, habiendo perdido todo el gusto por los placeres que no son altamente sazonados por el miedo o la esperanza.

Algunas veces las mujeres casadas actúan aún más audazmente. Mencionaré un ejemplo.

Una mujer de clase alta, notoria por sus amoríos (aunque, si bien todavía vivía con su marido, nadie se decidió a situarla en la clase donde debería haber sido situada), hizo un esfuerzo particular para tratar con el más insultante desdén a una pobre criatura tímida, avergonzada por el sentido de su anterior debilidad, a quien un vecino caballero había seducido y posteriormente esposado. Esta mujer había confundido en realidad la virtud con la reputación y, creo, se valoraba a sí misma por la propiedad de su comportamiento antes del matrimonio, aunque una vez establecida, para satisfacción de su familia, ella y su esposo fueron igualmente infieles —;de tal forma que el heredero medio vivo de una propiedad inmensa vino de donde el cielo sabe!

Veamos ahora el asunto bajo otra luz.

He conocido un cierto número de mujeres que, si no amaban a sus maridos, no amaban a nadie más, entregándose totalmente a la vanidad y la disipación, desatendiendo todo deber doméstico. No, aún más, incluso dilapidando todo el dinero que debería haber sido ahorrado para sus impotentes hijos más jóvenes, se han enorgullecido sin embargo de sus immaculadas reputaciones, como si todo el alcance de su deber como esposas y mujeres fuera sólo preservarla. Mientras otras mujeres indolentes, descuidando todo deber personal, han pensado que merecían el afecto de sus maridos porque, ciertamente, actuaron en este respecto con propiedad.

Las mentes débiles son siempre proclives a quedarse en los ceremoniales del deber, pero la moralidad ofrece motivos mucho más simples; y sería de desear que los moralistas superficiales hubieran dicho menos respecto al comportamiento y la observancia externa, pues a menos que la virtud, de cualquier tipo, se cimiente sobre el conocimiento, producirá sólo un tipo de decencia insípida. Sin embargo, se ha denominado, de la forma más explícita, el respeto por la opinión del mundo como el principal deber de la mujer, pues Rousseau declara «que la reputación no es menos indispensable que la castidad». «Un hombre», añade, «seguro en su propia buena conducta, depende sólo de sí mismo, y puede desafiar a la opinión pública; pero una mujer, al comportarse bien, desempeña sólo la mitad de su deber; pues lo que se piense de ella es tan importante para ella como lo que realmente es. Se sigue, pues, que el sistema de la educación de la mujer debe, en este respecto, ser directamente opuesto al nuestro. La opinión es la tumba de la virtud entre los hombres; pero su trono entre las mujeres»^[3]. Es estrictamente lógico inferir que la virtud que descansa en la opinión es meramente mundana, y que es la virtud de un ser a quien la razón ha sido denegada. Pero, incluso con respecto a la opinión del mundo, estoy convencida de que esta clase de razonadores están equivocados.

Este interés por la reputación, independientemente de que sea una de las recompensas naturales de la virtud, surgió, sin embargo, por una causa que ya he deplorado como la gran fuente de la depravación femenina, la imposibilidad de recuperar la respetabilidad mediante el regreso a la virtud, aunque los hombres preservan las suyas durante la indulgencia del vicio. Era, pues, natural para las mujeres intentar preservar lo que, una vez perdido, se perdía para siempre, hasta que, al engullir esta preocupación todas las demás, la reputación de castidad se convirtió en la única cosa necesaria para el sexo. Pero vana es la escrupulosidad de la ignorancia, pues ni la religión ni la virtud, cuando residen en el corazón, requieren atenciones tan pueriles a meras ceremonias, porque el comportamiento debe, en general, ser correcto cuando el motivo es puro.

Para sustentar mi opinión puedo presentar autoridad muy respetable, y la autoridad de un razonador ecuánime debe tener peso para obligar a la consideración, aunque no para establecer un sentimiento. Hablando de las leyes generales de la moralidad, el doctor Smith observa: «Que por algunas circunstancias muy extraordinarias y desafortunadas, un buen hombre puede ser sospechoso de un crimen del cual era del todo incapaz, y por esa razón ser expuesto de la forma más injusta por el resto de su vida al horror y la aversión de la humanidad. Por un accidente de este tipo se podría decir que lo ha perdido todo, a pesar de su integridad y justicia, de la misma manera que un hombre cauto, a pesar de su extrema circunspección, puede ser arruinado por un terremoto o inundación. Los accidentes del primer tipo, sin embargo, son tal vez aún más raros, y aún más contrarios al curso común de las cosas que los segundos; y todavía sigue siendo cierto que la práctica de la verdad, la justicia y la humanidad es un método cierto y casi infalible de adquirir aquello a lo que esas virtudes apuntan, la confianza y el amor de aquellos con los que vivimos. Puede representarse mal a una persona fácilmente con respecto a una acción particular; pero es escasamente posible de acuerdo con el tenor general de su conducta. Puede creerse que un hombre inocente ha actuado mal: sin embargo, esto raramente sucederá. Por el contrario, la opinión establecida de la inocencia de su conducta con frecuencia nos llevará a absolverle cuando realmente ha sido culpable, a pesar de haber presunciones muy fuertes»^[4].

Coincido a la perfección con la opinión de este escritor, pues verdaderamente creo que pocos de cualquier sexo fueron jamás despreciados por ciertos vicios sin merecerlo. No hablo de la calumnia del momento que se cierne sobre un carácter como una de las densas nieblas matutinas de noviembre sobre esta metrópoli, hasta deshacerse gradualmente ante la luz común del día; sólo sostengo que la conducta diaria de la mayoría prevalece para estampar sus caracteres con el sello de la verdad. La luz clara que resplandece día tras día refuta silenciosamente la conjetura ignorante o el chisme malicioso que ha mancillado un carácter puro. Una luz falsa distorsiona brevemente su sombra —su reputación—, pero raramente falla en volverse justa cuando se dispersa la nube que produjo el error en la visión.

Muchas personas, sin duda, obtienen en varios aspectos una mejor reputación de la que se merecen estrictamente hablando, pues la diligencia perseverante alcanzará por lo común su objetivo en todas las actividades. Aquellos que como los fariseos, que rezaban en las esquinas de las calles para ser vistos por los hombres^[5], sólo se afanan por este miserable premio, obtienen seguramente la recompensa que buscan, ¡pues el corazón del hombre no puede ser leído por el hombre!^[6] Aun así, la justa fama que las buenas acciones naturalmente reflejan, cuando el hombre se emplea sólo en dirigir sus pasos correctamente, independientemente de los espectadores, es, en general, no sólo más verdadera, sino también más segura.

Hay, es cierto, juicios en los que el hombre bueno debe apelar a Dios debido a la injusticia del hombre, y, en medio del candor lloriqueante o de los silbidos de envidia, erigir un pabellón en su propia mente al que retirarse hasta que el rumor pase de largo^[7]. Incluso, aún más, los dardos de las censuras inmerecidas pueden atravesar un pecho inocente y tierno con muchos sufrimientos, pero éstas son todas excepciones a las reglas generales. Y es de acuerdo a estas leyes comunes que el comportamiento humano debe regularse. La órbita excéntrica del cometa nunca influye los cálculos astronómicos respecto al orden invariable establecido en el movimiento de los cuerpos principales del Sistema Solar.

Me aventuraré a afirmar que, una vez que un hombre ha alcanzado la madurez, el esbozo general de su carácter en el mundo es justo, permitiendo las excepciones anteriormente mencionadas a la regla. No digo que un hombre prudente de sabiduría mundana, con sólo virtudes y cualidades negativas, no pueda a veces obtener una reputación más limpia que un hombre más sabio o mejor. Muy al contrario, mi experiencia me permite concluir que donde la virtud de dos personas es más o menos igual, el carácter más negativo será más apreciado por el mundo en general, mientras que el otro puede tener más amigos en su vida privada. Pero las colinas y los valles, las nubes y los rayos de sol, conspicuos en las virtudes de los grandes hombres, lucen bien juntos, y aunque proporcionan a la debilidad envidiosa un objetivo más bello al que dirigirse, el carácter real se abrirá aun así su camino hacia la luz, aunque salpicado por el afecto débil o la malicia ingeniosa^[i].

Con respecto a esa ansiedad por preservar una reputación duramente ganada, que lleva a la gente sagaz a analizarla, no he de hacer el comentario obvio, pero me temo que la moralidad es socavada muy insidiosamente en el mundo femenino por la atención volcada a la apariencia en vez de a la sustancia. Una simple cosa se vuelve de este modo extrañamente complicada; es más, algunas veces la virtud y su sombra están en desacuerdo. Tal vez no habríamos oído hablar nunca de Lucrecia^[8] si hubiera muerto para preservar su castidad en vez de su reputación. Si realmente merecemos nuestra propia buena opinión, seremos comúnmente respetados en el mundo; pero si anhelamos un progreso y logros más elevados, no es suficiente vernos a nosotros mismos como suponemos que somos vistos por otros, aunque esto ha sido ingeniosamente argumentado, como el fundamento de nuestros sentimientos

morales^[iii]. Porque todo espectador puede tener sus propios prejuicios, además de los prejuicios de su tiempo o país. Deberíamos más bien intentar vernos a nosotros mismos como suponemos que aquel Ser, que ve cada pensamiento madurar hasta convertirse en acción, y cuyo juicio nunca se desvía de la ley universal de la justicia, nos ve. ¡Tan justos son todos sus juicios como misericordiosos!

La mente humilde que busca encontrar favor a Sus ojos y examina serenamente su conducta sólo cuando siente Su presencia, raramente se formará una opinión muy errónea de sus propias virtudes. Durante la hora serena de la reflexión, deplorará temerosamente la frente enfadada de la justicia ofendida o reconocerá el lazo que ata al hombre con la Deidad en el sentimiento puro de la adoración reverencial que hincha el corazón sin suscitar ninguna emoción turbulenta. En estos momentos solemnes el hombre descubre el germen de aquellos vicios, que, como el árbol de Java^[9], desprende un vapor pestilente alrededor —¡la muerte está en la sombra!—, y los percibe sin aversión, porque se siente a sí mismo atado por algún lazo de amor a todos sus semejantes, ansioso de encontrar en él toda la atenuación por las locuras de las naturalezas de ellos. Si yo, puede argumentar, que ejercito mi propia mente y he sido refinado por la tribulación, encuentro el huevo de la serpiente en algún pliegue de mi corazón^[10], y lo aplasto con dificultad, ¿no debo compadecer aquellos que lo han pisado con menos vigor, o que han alimentado descuidadamente al reptil insidioso hasta que envenenó el río vital del que bebía? ¿Puedo yo, consciente de mis pecados secretos, desechar a mis semejantes, y verlos serenamente caer en el abismo de la perdición que se abre ampliamente para recibirlos? ¡No! ¡No! —llorará con impaciencia asfixiante el corazón agonizante—. ¡Yo también soy un hombre! Y tengo vicios, escondidos, tal vez, al ojo humano, que me postran en el polvo ante Dios y me dicen en voz alta, cuando todo está en silencio, que estamos formados de la misma tierra y respiramos el mismo elemento. La humanidad se sigue por tanto naturalmente de la humildad y trenza los lazos de amor que envuelven el corazón en varias vueltas.

Esta simpatía se extiende aún más lejos, hasta que un hombre complacido advierte fuerza en los argumentos que no llevan convicción a su propio pecho, y considera alegremente, a la luz más bella, las muestras de razón que han llevado a otros por mal camino, regocijado de encontrar alguna razón en todos los errores del hombre, aunque antes convencido de que Aquel que gobierna el día hace brillar su sol sobre todos. Sin embargo, al estrechar las manos de la corrupción, por así decirlo, de este modo, tiene un pie en la tierra y el otro sube al cielo con paso osado y clama afinidad con naturalezas superiores. Las virtudes, desapercibidas por el hombre, dejan caer su aromática fragancia a esta hora fría, y la tierra sedienta, refrescada por las corrientes puras de bienestar que repentinamente manan a raudales, es coronada con verdor sonriente: ¡éste es el verde vivo, que aquel ojo demasiado puro para contemplar la iniquidad puede mirar con complacencia!

Pero mi espíritu flaquea y debo silenciosamente entregarme a los ensueños a que llevan estas reflexiones, incapaz de describir los sentimientos que han calmado mi

alma cuando, observando el sol naciente, una suave lluvia que caía a través de los árboles vecinos parecía caer sobre mi lánguido pero tranquilo espíritu, para enfriar el corazón que ha sido avivado por las pasiones que la razón se afanó en doblegar.

Los principios rectores que discurren a lo largo de todas mis disquisiciones harían innecesario extenderse en este tema, si una constante atención para mantener el barniz del carácter fresco y en buena condición no fuera con frecuencia inculcada como la suma total del deber femenino; si las reglas para gobernar el comportamiento, y preservar la reputación, no reemplazasen demasiado frecuentemente las obligaciones morales. Pero, con respecto a la reputación, la atención se confina a una única virtud: la castidad. Si el honor de una mujer, como se llama absurdamente, está a salvo, ella puede desatender todo deber social; más aún, arruinar a su familia mediante el juego y las extravagancias, pero todavía presentar una frente desvergonzada, pues, verdaderamente, ¡es una mujer honorable!

La señora Macaulay ha observado debidamente que «no hay más que una falta que una mujer de honor no pueda cometer sin impunidad». Entonces añade, debida y compasivamente: «Esto ha dado lugar a la observación necia y manida según la cual la primera falta contra la castidad en la mujer tiene un poder radical para depravar el carácter. Pero seres tan frágiles no emergen de las manos de la naturaleza. La mente humana está construida de materiales más nobles para ser tan fácilmente corrompida y, con todas sus desventajas de situación y educación, las mujeres raramente se vuelven enteramente licenciosas hasta que son arrojadas a un estado de desesperación por el venenoso rencor de su propio sexo»^[11].

Pero este cuidado por la reputación de castidad es valorado por las mujeres en la misma proporción en que es desdeñado por los hombres, y los dos extremos son igualmente destructivos para la moralidad.

Los hombres ciertamente se encuentran más bajo la influencia de sus apetitos que las mujeres, y sus apetitos son más depravados por la indulgencia desenfrenada y las estrategias fastidiosas de la saciedad. El lujo ha introducido un refinamiento en la comida que destruye la constitución, y un grado de glotonería tan brutal, que la percepción del decoro del comportamiento debe perderse antes de que un ser pueda comer descomedidamente en la presencia de otro y lamentarse después de la opresión que esta intemperancia naturalmente produjo. Algunas mujeres, particularmente las mujeres francesas, han perdido también un sentido de la decencia en este respecto, pues hablan muy serenamente de una indigestión. Sería de desear que la ociosidad no permitiese generar sobre el suelo fértil de la riqueza aquellos enjambres de insectos veraniegos que se alimentan de la putrefacción, y no nos disgustaríamos entonces por la visión de tales excesos brutales.

Hay una ley relativa al comportamiento que, creo, debería regular todas las demás, y es simplemente abrigar tal respeto habitual por la humanidad que nos impida disgustar a un semejante por el bien de una indulgencia presente. La indolencia bochornosa de muchas mujeres casadas y de otras un poco más avanzadas

en la vida les lleva a menudo a pecar contra la delicadeza. Pues, aunque convencidas de que la persona es el vínculo de unión entre los sexos, sin embargo, ¿cuán frecuentemente disgustan por pura indolencia o para disfrutar alguna indulgencia trivial?

La depravación del apetito que une a los sexos ha tenido un efecto aún más fatal. La naturaleza debe siempre ser el patrón del gusto, el calibre del apetito —sin embargo, cuán groseramente es la naturaleza insultada por el voluptuoso—. Dejando los refinamientos del amor fuera de la cuestión, la naturaleza, al hacer de la gratificación de un apetito, en este respecto, así como en cualquier otro, una ley natural e imperiosa para preservar la especie, ennoblece el apetito y combina un poco de intelecto y afecto con un arrebato sensual. Los sentimientos de un padre al entrelazarse con un instinto meramente animal le dan dignidad, y al encontrarse el hombre y la mujer con frecuencia a causa del hijo, un interés y afecto mutuo es excitado por el ejercicio de una simpatía común. Así pues, las mujeres, al tener necesariamente algún deber que cumplir más noble que adornar sus personas, no serían con su beneplácito las esclavas del apetito casual, que es ahora la situación de un número muy considerable de mujeres, que son, hablando literalmente, platos comunes a los que todo glotón puede tener acceso.

Puede decirse que, pese a la magnitud de esta atrocidad, sólo afecta a una parte devota del sexo dedicada a la salvación del resto. Pero es falso, como falsa podría probarse fácilmente toda aseveración que recomiende la aprobación de un pequeño mal para producir un bien mayor. El mal no acaba aquí, pues el carácter moral y la paz de mente de la parte más casta del sexo son socavados por la conducta de las mismas mujeres a las que no permiten ningún refugio de la culpabilidad, a las que inexorablemente consignan al ejercicio de las artes que seducen a sus maridos, corrompen a sus hijos y (que las mujeres modestas no se asusten) les fuerzan a asumir, en algún grado, el mismo carácter. Pues me aventuraré a afirmar que todas las causas de la debilidad, así como depravación, femenina sobre las que ya me he extendido, se derivan de una gran causa —la falta de castidad en los hombres.

Esta intemperancia, tan prevaleciente, deprava el apetito en tal grado, que es necesario un estímulo lascivo para despertarlo; pero el diseño paternal de la naturaleza es olvidado, y la mera persona sola, y eso por un momento, absorbe los pensamientos. Tan voluptuoso, de hecho, se vuelve a menudo el merodeador lujurioso, que ansía algo más que suavidad femenina. Busca entonces algo más suave que la mujer, hasta que, en Italia y en Portugal, los hombres asisten a las recepciones matutinas de seres equívocos^[12], para suspirar por algo más que languidez femenina.

Para satisfacer a este tipo de hombres se hace sistemáticamente a las mujeres voluptuosas, y aunque puede que no todas lleven su libertinaje a los mismos extremos, esta desalmada relación con el sexo que se conceden a sí mismas, deprava, sin embargo, a ambos sexos, porque el gusto de los hombres es viciado; y las mujeres, de todas las clases, adaptan naturalmente su comportamiento para gratificar

el gusto mediante el cual obtienen placer y poder. Al volverse, en consecuencia, las mujeres más débiles de mente y cuerpo de lo que deberían ser, si se toma en cuenta uno de los grandes objetivos de sus seres, el de parir y criar a los hijos, no tienen fuerza suficiente para desempeñar el primer deber de una madre; y sacrificando a la lascivia la afección paterna que ennoblece el instinto, o bien destruyen el embrión en el útero, o bien lo abandonan al nacer. La naturaleza en todo demanda respeto, y aquellos que violan sus leyes raramente las violan con impunidad. Las mujeres débiles y enervadas, que particularmente atraen la atención de los libertinos, no son aptas para ser madres, aunque puedan engendrar; de tal forma que cuando el adinerado sensualista, que ha vivido alegremente entre las mujeres, extendiendo la depravación y la miseria, desea perpetuar su nombre, recibe de su esposa sólo un ser a medio formar que hereda tanto la debilidad de su padre como la de su madre^[13].

Al contrastar la humanidad de la época presente con el barbarismo de la Antigüedad, se ha puesto gran énfasis en la costumbre salvaje de abandonar a los niños a quienes los padres no pueden mantener^[14]; mientras que el hombre de sensibilidad, que así, tal vez, se lamenta, produce con sus amoríos promiscuos la más destructiva esterilidad y contagiosa sordidez de comportamiento. ¡A buen seguro la naturaleza nunca pretendió que las mujeres frustrasen mediante la satisfacción de un apetito el mismo propósito para el que se estableció!

He observado anteriormente que los hombres deberían mantener a las mujeres a las que han seducido; éste sería un medio de reformar la conducta femenina y parar un abuso que ha tenido un efecto igualmente fatal en la población y la moral. Otro, no menos obvio, sería volver la atención de la mujer a la virtud verdadera de la castidad, pues aquella mujer que sonríe al libertino mientras desprecia a las víctimas de sus ingobernables apetitos y de su propia locura, tiene derecho a poco respeto, en base a la modestia, aunque su reputación sea blanca como la nieve pura.

Además, está teñida de la misma locura, pura como se considera a sí misma, cuando adorna su persona con esmero sólo para que los hombres la vean, para excitar suspiros reverentes y toda la ociosa pleitesía de lo que es llamado galantería inocente. Si las mujeres realmente respetasen la virtud por su propio bien, no buscarían una compensación en la vanidad por la abnegación que son obligadas a practicar para preservar su reputación, ni se asociarían con hombres que desafían a la reputación.

Los dos sexos se mejoran y corrompen recíprocamente. Esto creo que es una verdad indisputable, y la extiendo a todas las demás virtudes. La castidad, la modestia, el espíritu público y todo el noble séquito de las virtudes sobre las que se cimientan la virtud y la felicidad social, deben ser entendidas y cultivadas por toda la humanidad, o tendrán poco efecto. Y en vez de proporcionar al vicioso o al ocioso un pretexto para violar algún deber sagrado, llamándolo sexual, sería más sabio mostrar que la naturaleza no ha hecho ninguna diferencia, por eso el hombre que no es casto doblemente derrota los propósitos de la naturaleza, al hacer a las mujeres estériles y destruir su propia constitución, aunque evite la vergüenza que sigue al crimen en el

otro sexo. Éstas son las consecuencias físicas, las morales son aún más alarmantes; pues la virtud es sólo una distinción nominal cuando los deberes de los ciudadanos, maridos, esposas, padres, madres y cabezas de familia se convierten meramente en los lazos egoístas de la conveniencia.

¿Por qué entonces buscan los filósofos espíritu público? El espíritu público debe ser alimentado por la virtud privada, o se parecerá al sentimiento facticio que hace que las mujeres se cuiden de preservar su reputación y los hombres su honor. Un sentimiento que existe a menudo sin apoyo en la virtud, sin apoyo de aquella sublime moralidad que hace de la infracción habitual de un deber una infracción de toda la ley moral.

Del respeto prestado a la propiedad manan, como de una fuente envenenada, la mayoría de los vicios y males que hacen de este mundo un escenario tan lúgubre para la mente contemplativa. Pues es en la sociedad más refinada que reptiles repugnantes y serpientes venenosas acechan bajo el tupido herbaje y el inmóvil aire bochornoso mima la voluptuosidad que relaja toda buena disposición antes de que madure en virtud.

Una clase oprime a la otra, pues todos intentan conseguir respeto por razón de su propiedad y la propiedad, una vez alcanzada, procurará el respeto que sólo se debe a los talentos y virtudes. Los hombres desatienden los deberes que les corresponden, sin embargo son tratados como semidioses. La religión también es separada de la moralidad por un velo ceremonial, pese a lo cual los hombres se extrañan de que el mundo sea, literalmente hablando, una cueva de estafadores y opresores.

Hay un proverbio simple que habla de una verdad astuta, según el cual el diablo empleará a quienquiera que encuentre ocioso^[1]. ¿Y qué puede producir la riqueza y los títulos hereditarios, sino ociosidad habitual? Pues el hombre es constituido de tal forma que sólo puede alcanzar un uso correcto de sus facultades mediante el ejercicio de las mismas, y no las ejercitará a menos que la necesidad, de algún tipo, ponga primero las ruedas en marcha. La virtud, asimismo, sólo puede adquirirse mediante el desempeño de los deberes correspondientes; pero la importancia de estas sagradas virtudes apenas será sentida por el ser que es embaucado, por causa de su humanidad, por los halagos de los aduladores. Debe establecerse más igualdad en la sociedad o la moralidad nunca ganará terreno, y esta igualdad virtuosa no se asentará firmemente ni siquiera cuando se funde en una roca, si la mitad de la humanidad es encadenada a su punto más bajo por el destino, pues continuarán socavándola mediante la ignorancia o el orgullo.

Es vano esperar virtud de las mujeres mientras no sean, en algún grado, independientes de los hombres; no, más aún, es vano esperar esa fuerza del afecto natural que las haría buenas esposas y madres. Mientras sean absolutamente dependientes de sus maridos serán astutas, mezquinas y egoístas, y los hombres que pueden ser gratificados con el cariño servil del *spaniel* no tienen mucha delicadeza, pues el amor no ha de ser comprado, en ningún sentido de la palabra; sus alas sedosas son marchitadas cuando se busca cualquier cosa distinta de la reciprocidad. Sin embargo, mientras la riqueza enerva a los hombres y las mujeres viven, por así decirlo, de sus encantos personales, ¿cómo podemos esperar que desempeñen aquellos deberes ennoblecedores que requieren igualmente esfuerzo y abnegación? La propiedad heredada pervierte la mente, y sus víctimas desafortunadas, si puedo expresarme así, cubiertas desde su nacimiento, raramente ejercen la facultad locomotora del cuerpo o la mente; y de este modo, viendo todo a través de un único y falso medio, son incapaces de discernir en qué consisten el mérito y la felicidad

verdadera. Falsa, de hecho, debe ser la luz cuando el ropaje de la situación oculta al hombre, le hace acechar enmascarado, arrastrando de una escena de disipación a otra las débiles extremidades que cuelgan con estúpida indiferencia, y dando vueltas los ojos ociosos que llanamente nos dicen que no tiene mente.

Pretendo, por tanto, inferir que no está propiamente organizada la sociedad que no compele a hombres y mujeres a desempeñar sus deberes respectivos, convirtiéndolo en el único modo de adquirir esa aprobación de sus semejantes que todo ser humano desea lograr de alguna forma. El respeto, consiguientemente, que es prestado a la riqueza y a los meros encantos personales, es una verdadera ráfaga de viento del noreste que arruina el tierno florecer del afecto y la virtud. La naturaleza ha unido sabiamente los afectos con los deberes, para dulcificar el trabajo agotador, y para dar aquel vigor a los esfuerzos de la razón que sólo el corazón puede dar. Pero el afecto que es adoptado meramente porque es la insignia apropiada de un cierto carácter, cuando los deberes no son cumplidos, es uno de los cumplidos vacíos que el vicio y la locura son obligados a hacer a la virtud y a la naturaleza real de las cosas.

Para ilustrar mi opinión sólo necesito observar que cuando una mujer es admirada por su belleza y se deja embriagar por las admiraciones que recibe, hasta el punto de desatender el desempeño de los deberes indispensables de una madre, peca contra sí misma al desatender el cultivo de un afecto que tendería igualmente a hacerla útil y feliz. La verdadera felicidad, me refiero a toda la complacencia y la satisfacción virtuosa, que puede ser tomada en este estado imperfecto, debe surgir de los afectos bien regulados, y un afecto incluye un deber. Los hombres no son conscientes de la miseria que causan y la debilidad viciosa que adoran al incitar a las mujeres a hacerse agradables; no consideran que de esa manera hacen colisionar los deberes naturales y artificiales, al sacrificar el bienestar y la respetabilidad de la vida de una mujer por nociones voluptuosas de belleza, cuando en la naturaleza todas ellas armonizan.

Frío sería el corazón de un marido, si no se hubiera vuelto innatural por el desenfreno temprano, que no sintió más deleite al ver a sus hijos amamantados por su madre del que los más astutos trucos lascivos podrían jamás suscitar; sin embargo, la riqueza lleva a las mujeres a desdeñar este modo natural de cimentar el vínculo matrimonial entrelazando la estima con recuerdos más afectuosos. Para preservar su belleza y vestir la corona florida del día, que les da un tipo de derecho a reinar por un corto tiempo sobre el sexo, descuidan estampar impresiones en los corazones de sus maridos, que serían recordadas incluso con más ternura que los encantos virginales cuando la nieve en la cabeza empieza a enfriar el corazón. La solicitud maternal de una mujer afectuosa y razonable es muy interesante, y la dignidad disciplinada con la que una madre devuelve las caricias que ella y su niño reciben de un padre que cumple los deberes serios de su posición, es no sólo una imagen respetable, sino también bella. Tan singulares, de hecho, son mis sentimientos, y he tratado de no incluir sentimientos facticios, que tras haberme cansado de contemplar la grandeza insípida y las ceremonias serviles que reemplazaron los afectos familiares con pompa

engorrosa, me he vuelto hacia alguna otra escena para aliviar mis ojos posándolos sobre el refrescante verdor esparcido por doquier por la naturaleza. He visto entonces con placer a una mujer amamantando a sus niños, y cumpliendo los deberes de su posición con la mera ayuda, tal vez, de una sirvienta, para despegar sus manos de la parte servil del trabajo doméstico. La he visto entonces prepararse y preparar a sus niños con el único lujo del aseo para recibir a su marido, que, retornando cansado al hogar al atardecer, encuentra niños sonrientes y un corazón limpio. Mi corazón ha vagabundado por el grupo e incluso palpitado con emoción compasiva cuando la entrada del pie familiar ha provocado un tumulto agradable.

Mientras mi benevolencia era gratificada al contemplar esta imagen natural, he pensado que una pareja de este tipo, igualmente necesitados e independientes el uno del otro, porque cada uno desempeñaba los deberes respectivos de su posición, poseían todo lo que la vida podría dar. Elevados suficientemente por encima de la vil pobreza para no verse obligados a ponderar las consecuencias de cada cuarto de penique que gastan, y teniendo lo suficiente para impedirles asistir a un sistema de economía frígido, que estrecha tanto la mente como el cuerpo, declaro —tan vulgares son mis ideas— que no sé qué se necesita para hacer de ésta la situación más feliz, así como la más respetable en el mundo, como no sea un gusto por los estudios de letras, para arrojar un poco de variedad e interés en la conversación social, y algo de dinero superfluo para dar a los necesitados y para comprar libros. Pues no es agradable cuando el corazón es abierto por la compasión y la cabeza está activa organizando planes de utilidad, tener un pilluelo remilgado continuamente tirando bruscamente del codo para impedir a la mano sacar un monedero casi vacío, susurrando al mismo tiempo alguna máxima prudente sobre la prioridad de la justicia.

Destructivos, sin embargo, como las riquezas y los honores heredados son para el carácter humano, las mujeres están más envilecidas y constreñidas, si es posible, por ellos, que los hombres, porque los hombres pueden todavía, en algún grado, desarrollar sus facultades convirtiéndose en soldados y estadistas.

Como soldados concedo que sólo pueden cosechar ahora, en su mayor parte, vanos laureles gloriosos, mientras que ajustan con exactitud el equilibrio europeo, tomando especial cuidado de que ningún recodo desolado del norte o estrecho inclinen la balanza. Pero los días del verdadero heroísmo han pasado, cuando un ciudadano luchaba por su país como un Fabricio^[2] o un Washington^[3], y volvía luego a su granja para dejar su fervor virtuoso correr en una más plácida, pero no menos saludable, corriente. No, nuestros héroes británicos son enviados con más frecuencia desde la mesa de juego que desde el arado; y sus pasiones han sido más bien inflamadas por el estúpido suspense que ocasiona el giro de un dado, que sublimadas por el deseo ardiente por la aventurera marcha de la virtud en la página histórica.

El estadista, cierto es, podría con más propiedad dejar el salón de faro^[4] o la mesa de naipes para guiar el timón, pues sólo tiene que seguir barajando y haciendo trampas. El sistema entero de la política británica, si se le puede llamar cortésmente

sistema, consiste en la multiplicación de subordinados y el diseño de impuestos que muelen al pobre para mimar al rico; por tanto, una guerra o cualquier cacería de ganso salvaje es, como dirían los vulgares, una afortunada sorpresa del patronazgo para el ministro, cuyo mérito principal es el arte de mantenerse en su sillón. No es necesario entonces que sienta pena por los pobres, de tal forma que pueda asegurar para su familia la baza ganadora. O, si alguna muestra de respeto para lo que es llamado con ignorante ostentación los derechos de nacimiento de un inglés, fuera conveniente para engañar al gruñón perro mastín que tiene que gobernar, puede hacer una muestra vacía, con seguridad, dando su voz única y permitiendo a su pequeño escuadrón marchar hacia el otro lado^[5]. Y cuando se agita una cuestión de humanidad puede mojar un trozo de pan en la leche de la bondad humana^[6] para silenciar a Cerbero^[7] y hablar del interés de su corazón por hacer que la tierra no lllore más por la venganza conforme bebe en la sangre de sus hijos, aunque su fría mano pueda al mismo tiempo remachar sus cadenas, al sancionar el abominable tráfico. Un ministro lo es mientras tenga éxito en aquello que se propone. Sin embargo, no es necesario que un ministro deba sentir como un hombre cuando un vigoroso empujón sacude su asiento.

Pero, para acabar con estas observaciones episódicas, permítanme volver a la más especiosa esclavitud que encadena la misma alma de la mujer, manteniéndola para siempre bajo el cautiverio de la ignorancia.

Las absurdas distinciones de rango que hacen de la civilización una maldición, al dividir el mundo entre tiranos voluptuosos y astutos dependientes envidiosos, corrompen casi por igual a toda clase de gente, porque la respetabilidad no va ligada al cumplimiento de los deberes para con los demás en la vida, sino a la posición, y cuando no se cumplen los deberes los afectos no pueden ganar fuerza suficiente para fortalecer la virtud de la que son recompensa natural. Aun así, hay algunas escapatorias por las que un hombre puede salir a rastras y atreverse a pensar y actuar por sí mismo; pero para una mujer es una tarea hercúlea, porque tiene dificultades peculiares a su sexo que superar, que requieren poderes casi suprahumanos.

Un legislador verdaderamente benevolente siempre trata de fundir el interés de cada individuo con su virtud; y, al convertirse así la virtud privada en el cemento de la felicidad pública, un todo ordenado es consolidado por la tendencia de todas las partes hacia un centro común. Pero la virtud pública o privada de la mujer es muy problemática; pues Rousseau, y una lista numerosa de escritores masculinos, insisten en que ella debería estar sujeta durante toda su vida a un severo control, el del decoro. ¿Por qué sujetarla al decoro —ciego decoro—, si puede actuar a partir de una fuente más noble, si es una beneficiaria de la inmortalidad? ¿Ha de ser producida siempre el azúcar por la sangre vital^[8]? ¿Ha de someterse a una mitad de la especie humana, como los pobres esclavos africanos, a prejuicios que la brutalizan, cuando los principios serían un guardián más seguro, solamente para endulzar la copa del

hombre? ¿No es esto negar indirectamente la razón de la mujer? Pues un talento es una burla, si su uso es inapropiado.

Las mujeres, al igual que los hombres, se vuelven débiles e indulgentes por los placeres relajantes que la riqueza procura; pero, además, son esclavizadas a sus cuerpos y deben hacerlos encantadores con el fin de que el hombre les preste su razón para guiar rectamente sus pasos tambaleantes. O, si son ambiciosas, deben gobernar a sus tiranos con artimañas siniestras, pues sin derechos no puede haber ningún deber correspondiente. Las leyes relativas a la mujer, que pretendo discutir en una parte futura, hacen una absurda unidad del hombre y su mujer; y de este modo, mediante el paso sencillo de considerarle sólo a él responsable, se la reduce a una mera cifra.

El ser que desempeña los deberes de su posición es independiente; y, hablando de las mujeres en general, su primer deber es para sí mismas como criaturas racionales, y el siguiente en cuanto a importancia, como ciudadanas, es el de una madre, que incluye tantos otros. El rango social que exige el cumplimiento de este deber las degrada necesariamente, haciendo de ellas meras muñecas. O, si se volvieran sobre algo más importante que meramente colocar telas en un molde refinado, sus mentes se ocupan sólo de algún apego platónico o puede que la administración actual de una intriga mantenga sus pensamientos en movimiento; pues, cuando desatienden los deberes domésticos, no está en su poder salir a campaña y marchar y contramarchar como soldados, o litigar en el Senado para evitar que sus facultades se oxiden.

Sé que, como una prueba de la inferioridad del sexo, Rousseau ha exclamado triunfalmente: «¡Cómo pueden dejar la guardería por el campamento!»^[9]. Y el campamento ha sido denominado por algunos moralistas la escuela de las virtudes más heroicas; aunque, según me parece, dejaría perplejo a un agudo casuista probar la sensatez de la mayoría de guerras que han investido caballeros a los héroes. No pretendo considerar esta cuestión críticamente; porque, habiendo visto con frecuencia a estos adictos de la ambición como el primer y natural modo de civilización, cuando el terreno ha sido desgarrado y los bosques despejados por el fuego y la espada, no elijo llamarlos pestes, pero a buen seguro el sistema actual de guerra tiene poca conexión con la virtud de cualquier tipo, siendo más bien la escuela de la *delicadeza* y del afeminamiento, que del coraje.

Sin embargo, si la guerra defensiva, la única guerra justificable en el avanzado estado actual de la sociedad, donde la virtud puede mostrar su cara y madurar entre los rigores que purifican el aire en la cumbre de la montaña, sólo fuera adoptada como justa y gloriosa, el verdadero heroísmo de la Antigüedad podría animar de nuevo pechos femeninos. Pero esté tranquilo, querido lector, hombre o mujer, no se alarme, pues aunque he comparado el carácter de un soldado moderno con aquel de una mujer civilizada, no voy a aconsejarles que conviertan su rueda en un mosquete, aunque sinceramente deseo ver la bayoneta convertida en una guadaña^[10]. Sólo recreaba la imaginación, fatigada por contemplar los vicios y locuras que proceden de una feculenta corriente de riqueza que ha enlodado los arroyos puros de afecto

natural, al suponer que la sociedad será constituida en uno de estos días de tal modo que el hombre deba necesariamente desempeñar los deberes de un ciudadano o ser despreciado, y que mientras fue empleado en cualquiera de los departamentos de la vida civil, su esposa, también una ciudadana activa, debería estar igualmente determinada a ocuparse de su familia, educar a sus hijos y asistir a sus vecinos.

Pero, para hacerla realmente virtuosa y útil, ella no debe, si desempeña sus deberes civiles, carecer, individualmente, de la protección de las leyes civiles; ella no debe depender de la generosidad de su marido para su subsistencia durante la vida de él, o su sustento tras su muerte; pues, ¿cómo puede ser generoso un ser que no tiene nada propio? ¿O virtuoso, el que no es libre? La mujer, en el estado presente de las cosas, que es fiel a su esposo y ni amamanta ni educa a sus hijos, escasamente merece el nombre de esposa, y no tiene derecho al de ciudadana. Pues elimina los derechos naturales, y los deberes se vuelven nulos.

Las mujeres, por tanto, deben ser consideradas sólo como el consuelo lascivo de los hombres, cuando se vuelven tan débiles en mente y cuerpo, que no pueden ejercitarse excepto para perseguir algún placer sin sustancia o inventar alguna frívola moda. Qué puede ser un espectáculo más melancólico para una mente reflexiva que examinar los numerosos carruajes que conducen sin orden ni concierto por esta metrópoli, de mañana, a una multitud de criaturas pálidas que están huyendo de sí mismas. A menudo he deseado, con el Dr. Johnson, situar a algunas de ellas en una pequeña tienda con media docena de niños buscando sustento en sus lánguidos semblantes. Estoy muy equivocada, si algún vigor latente no les diera pronto salud y espíritu a sus ojos, y algunas líneas dibujadas por el ejercicio de la razón sobre las mejillas blancas, que antes sólo fueron onduladas por los hoyuelos, no restaurasen la dignidad perdida al carácter, o más bien les permitieran alcanzar la verdadera dignidad de su naturaleza. La virtud no se adquiere ni siquiera a través de la especulación; mucho menos por la negativa ociosidad que la riqueza naturalmente genera.

Además, ¿no es la moralidad cortada de cuajo cuando la pobreza es incluso más deshonrosa que el vicio? No obstante, para evitar que se me malinterprete, aunque considero que las mujeres en los estilos de vida comunes son llamadas a desempeñar los deberes de esposas y madres por la religión y por la razón, no puedo evitar lamentar que las mujeres de tipo superior no tengan un camino abierto a través del cual puedan perseguir planes más extensos de utilidad e independencia. Puede que provoque la risa, al sugerir una idea que pretendo perseguir, en algún tiempo futuro, pues realmente pienso que las mujeres deberían tener representantes^[11], en vez de ser arbitrariamente gobernadas sin que se les permita ninguna participación directa en las deliberaciones de gobierno.

Pero, tal como el sistema entero de la representación es ahora en este país, sólo un conveniente asidero para el despotismo, no necesitan quejarse, pues están tan bien representadas como una clase numerosa de laboriosos mecánicos, que pagan por el

apoyo de la realeza cuando apenas pueden llenar las bocas de sus hijos con pan. ¿Cómo son representados aquellos cuyo mismo sudor sustenta la espléndida caballeriza de un heredero aparente, o barniza la carroza de alguna mujer favorita que los mira con desprecio? Los impuestos sobre los elementos más necesarios de la vida permiten a una tribu interminable de príncipes y princesas ociosos pasar con estúpida pompa delante de una multitud boquiabierta, que casi venera el mismo desfile que tan caro le cuesta. Esto es mera grandeza bárbara, algo como las inútiles y salvajes procesiones de centinelas montados a caballo en Whitehall^[12], lo que nunca pude contemplar sin una mezcla de desprecio e indignación.

¡Cuán extrañamente pervertida debe ser la mente cuando este tipo de situación le impresiona! Pero, mientras estos monumentos a la locura no sean demolidos por la virtud, locuras semejantes fermentarán la masa entera. Pues el mismo carácter, en algún grado, prevalecerá en el agregado de la sociedad, y los refinamientos del lujo o el vicioso descontento de la pobreza envidiosa desterrarán igualmente la virtud de la sociedad, considerada como la característica de esa sociedad, o sólo le permitirán aparecer como uno de los rombos del traje del arlequín, vestido por el hombre civilizado.

En las clases altas de la sociedad cada deber es realizado mediante delegados, como si los deberes pudieran ser alguna vez desplazados, y los vanos placeres que la ociosidad sistemática fuerza al rico a perseguir parecen tan seductores en el rango siguiente, que los numerosos trepadores en pos de la riqueza sacrifican todo para pisarles los talones. Las responsabilidades más sagradas son entonces consideradas prebendas, porque fueron procuradas por el interés y buscadas sólo para permitir a un hombre mantener *buena compañía*. Las mujeres, en particular, quieren todas ser damas, lo que simplemente significa no tener nada que hacer más que ir lánguidamente a donde poco les importa, porque no pueden decir nada.

Pero, se me puede preguntar, ¿qué tienen que hacer las mujeres en la sociedad más que callejear con desenvuelta elegancia? ¡A buen seguro no las condenarías a todas a amamantar necios y llevar las cuentas de la casa^[13]! No. Las mujeres podrían ciertamente estudiar el arte de sanar y ser médicos, así como enfermeras. Y la decencia parece asignarles la partería a ellas, aunque me temo que la palabra «comadrona» dará pronto lugar en nuestros diccionarios a *accoucheur*^[14], y una prueba de la anterior delicadeza del sexo desaparecerá del lenguaje.

Podrían, también, estudiar política y asentar su benevolencia en una base más ancha, pues la lectura de la historia será escasamente más útil que la lectura de romances, si son leídos como meras biografías; si el carácter de los tiempos, los desarrollos políticos, las artes, etc., no son observados. En resumen, si no es considerada como la historia del hombre; y no de hombres particulares, que llenaron un nicho en el templo de la fama y cayeron en aquella negra y ondulante corriente del tiempo que arrastra silenciosamente todo ante ella hasta aquel vacío amorfo llamado eternidad^[15]. ¿Pues puede llamarse forma «a algo sin forma»^[16]?

De igual modo, podrían perseguir profesiones de distintos tipos, si fueran educadas de una forma más metódica, lo que las podría salvar de la prostitución común y legal^[17]. Las mujeres no se casarían por un sustento, como los hombres aceptan puestos de gobierno y descuidan los deberes que implican; ni el esfuerzo por ganarse su propia subsistencia, ¡uno muy laudable!, las sumiría casi al nivel de aquellas pobres criaturas abandonadas que viven de la prostitución. ¿Pues no son las modistas y los sastres considerados la clase siguiente? Los pocos empleos abiertos a las mujeres, bien lejos de ser liberales, son serviles; y cuando una educación superior les permite encargarse de la educación de los niños como institutrices, no son tratadas como las instructoras de los hijos, aunque ni siquiera los instructores clericales son siempre tratados de una manera que los haga respetables a los ojos de los alumnos, por no decir nada del bienestar privado del individuo. Pero como las mujeres educadas como damas nunca son destinadas a la situación humillante que la necesidad algunas veces les fuerza a ocupar, estas situaciones son consideradas a la luz de una degradación; y saben poco del corazón humano aquellos que necesitan que se les diga que nada agudiza más dolorosamente la sensibilidad como semejante caída en la vida.

Algunas de estas mujeres podrían abstenerse de casarse por un espíritu adecuado de delicadeza, y otras puede que no hayan podido escapar a esta forma tan lastimosa de la servidumbre. ¿No es entonces muy defectuoso y muy despreocupado de la felicidad de una mitad de sus miembros aquel gobierno que no se ocupa de las mujeres honestas e independientes, alentándolas a ocupar posiciones respetables? Pero, a fin de hacer de su virtud privada un beneficio público, deben tener una existencia civil en el Estado, ya sean casadas o solteras; de otra manera, hemos de ver continuamente alguna mujer respetable, cuya sensibilidad ha sido dolorosamente agudizada por el desprecio no merecido, caer como «el lirio desmembrado por la hoja del arado»^[18].

Es una verdad melancólica, sin embargo, ¡tal es el efecto dichoso de la civilización! Las mujeres más respetables son las más oprimidas y, a menos que tengan entendimientos mucho más superiores al común de los entendimientos, en ambos sexos, deben volverse desdeñables al ser tratadas como seres desdeñables. ¿Cuántas mujeres malgastan así su vida, presas del descontento, que podrían haber ejercido como doctoras, administrar una granja, regentar una tienda y permanecer erguidas, sostenidas por su propio trabajo, en vez de bajar sus sobrecargadas cabezas con el rocío de la sensibilidad que consume la belleza a la que primeramente dio brillo^[19]? No, más aún, dudo que la piedad y el amor sean tan similares como los poetas fingen, pues rara vez he visto mucha compasión excitada por el desvalimiento de las mujeres, a menos que fueran bellas; entonces, tal vez, la piedad era la dulce criada del amor, o el heraldo de la lujuria.

¡Cuánto más respetable es la mujer que gana su propio pan desempeñando cualquier deber, que la belleza más perfecta! —¡Dije belleza!—. Tan sensible soy a la

belleza de la gracia moral o de la armoniosa propiedad que armoniza las pasiones de una mente bien regulada, que me sonrojo al hacer la comparación; sin embargo, suspiro al pensar en las pocas mujeres que aspiran a lograr esta respetabilidad apartándose del torbellino frívolo del placer o de la calma indolente que aturde al buen tipo de mujeres de las que bebe.

Orgullosas de su debilidad, sin embargo, deben ser protegidas siempre, guardadas de los problemas y de todas las faenas severas que dignifican la mente. Si éste es el mandato del destino, si se harán a sí mismas insignificantes y desdeñables para «malgastar» dulcemente sus vidas, que no esperen ser valoradas cuando su belleza se marchita, pues es el destino de las flores más bellas ser admiradas y despedazadas por las manos descuidadas que las arrancaron. De cuántas maneras deseo, desde la benevolencia más pura, imprimir esta verdad en mi sexo. Temo, sin embargo, que no escucharán una verdad que la cara experiencia ha llevado a muchos pechos agitados, ni renunciarán de buen grado a los privilegios de rango y sexo por los privilegios de la humanidad, a los que no tienen derecho aquellos que no cumplen sus deberes.

Particularmente útiles son, en mi opinión, los escritores que hacen al hombre tener sentimientos hacia el hombre, independientemente de la posición que ocupa, o del ropaje de los sentimientos facticios. Entonces de buena gana persuadiría a los hombres razonables de la importancia de algunas de mis observaciones, y les influiría para ponderar desapasionadamente el tenor entero de mis observaciones. Apelo a sus entendimientos y, como una semejante, reclamo, en nombre de mi sexo, algún interés en sus corazones. ¡Les suplico que ayuden a emancipar a sus parejas para hacer de ellas sus *compañeras*!

Si los hombres rompieran generosamente nuestras cadenas y se contentasen con la compañía racional en vez de la obediencia servil, nos encontrarían hijas más observantes, hermanas más afectuosas, esposas más fieles, madres más razonables; en una palabra, mejores ciudadanas. Les amaríamos entonces con verdadero afecto, porque aprenderíamos a respetarnos a nosotras mismas, y la paz de mente de un hombre respetable no sería interrumpida por la ociosa vanidad de su esposa, ni los bebés serían enviados a anidar en un pecho extraño, al no haber encontrado nunca un hogar en el de sus madres.

El afecto paternal es, tal vez, la forma más ciega del amor propio perverso, pues nosotros no tenemos, como los franceses^[1], dos términos para distinguir la persecución de un deseo natural y razonable de los cálculos ignorantes de la debilidad. Los padres con frecuencia aman a sus hijos de la forma más brutal, y sacrifican todo deber hacia los demás para promover su progreso en el mundo. Para promover, tal es la perversidad de los prejuicios no guiados por los principios, el bienestar futuro de los mismos seres cuya existencia presente ellos amargan con el uso más despótico de poder. El poder, de hecho, es siempre fiel a sus principios vitales, pues reinaría en cualquier forma sin control o investigación. Su trono se erige sobre un oscuro abismo que ningún ojo se debe atrever a explorar, por miedo a que la estructura carente de base no se tambalee bajo la investigación. La obediencia, incondicional obediencia, es el lema de los tiranos de todo tipo, y, para hacer la «seguridad doblemente segura»^[1], un tipo de despotismo apoya al otro. Los tiranos tendrían motivo para temblar si la razón se convirtiese en la regla del deber en cualquiera de las relaciones sociales, pues la luz podría esparcirse hasta que el día perfecto apareciese. Y entonces, cuántos hombres sonreirían a la vista de las pesadillas que les hicieron estremecerse durante la noche de la ignorancia o el crepúsculo de la investigación tímida.

El afecto paternal, de hecho, en muchas mentes, no es más que un pretexto para tiranizar donde puede hacerse con impunidad, pues sólo los hombres buenos y sabios están contentos con el respeto que conlleva la discusión. Convencidos de que tienen derecho a aquello que demandan, no temen a la razón o se asustan del examen profundo de las materias que son recurrentes en la justicia natural: porque creen firmemente que cuanto más iluminada se vuelve la mente humana más profundamente enraizarán los principios sencillos y justos. No se apoyan en recursos o admiten que lo que es metafísicamente verdadero puede ser en la práctica falso; sino que, despreciando los cambios del momento, esperan tranquilamente hasta que el tiempo, sancionando la innovación, silencie el siseo del egoísmo o de la envidia.

Si el poder de reflexionar sobre el pasado y dirigir el ojo agudo de la contemplación al futuro es el gran privilegio del hombre, debe concederse que algunas personas disfrutan de esta prerrogativa en un grado muy limitado. Todo lo nuevo les parece equivocado e incapaces de distinguir lo posible de lo monstruoso, temen donde el miedo no debería tener lugar, huyendo de la luz de la razón, como si fuera un trozo de madera ardiente. Sin embargo, los límites de lo posible nunca han sido definidos para parar la mano del resuelto innovador.

La mujer, sin embargo, esclava del prejuicio en toda situación, raramente ejercita un afecto maternal bien informado, pues bien desatiende a sus hijos, bien los maleduca mediante la indulgencia inadecuada. Además, el afecto de algunas mujeres por sus hijos es, como lo he denominado anteriormente, frecuentemente muy bruto, pues erradica toda chispa de humanidad. La justicia, la verdad, todo es sacrificado

por estas Rebecas^[2], y por el bien de sus *propios* hijos violan los deberes más sagrados, olvidando la relación común que mantiene unida a la familia entera en la tierra. Sin embargo, la razón parece decir que aquellos que permiten a un deber o afecto engullir al resto, no tienen suficiente corazón o mente para desempeñarlo conscientemente. Entonces pierde el venerable aspecto del deber, y adopta la forma fantástica de un capricho.

Como el cuidado de los hijos en su infancia es uno de los grandes deberes incorporados al carácter femenino por la naturaleza, este deber proporcionaría muchos argumentos convincentes para fortalecer el entendimiento femenino, si fuera correctamente considerado.

La formación de la mente debe iniciarse muy pronto, y el temperamento, en particular, requiere la atención más juiciosa, una atención que no pueden prestar las mujeres que sólo aman a sus hijos por el mero hecho de ser sus hijos, y no buscan el fundamento de su deber más allá de los sentimientos del momento. Es esta carencia de razón en sus afectos la que tan a menudo hace a las mujeres caer en los extremos, y ser bien las madres más afectuosas, bien las más descuidadas y antinaturales.

Para ser una buena madre una mujer debe tener juicio y aquella independencia de mente que pocas, enseñadas a depender enteramente de sus maridos, poseen. Las esposas sumisas son, en general, madres necias que quieren que sus hijos las amen más y tomen partido, en secreto, contra el padre, que es retratado como un espantapájaros. Cuando el castigo es necesario, aunque hayan ofendido a la madre, el padre debe infligirlo, debe ser el juez en todas las disputas. Pero he de discutir este asunto más extensamente cuando trate de la educación privada; ahora sólo pretendo insistir en que, a menos que el entendimiento de la mujer sea cultivado, y su carácter hecho más firme, al permitirseles gobernar su propia conducta, ella nunca tendrá juicio suficiente o control de temperamento para ocuparse de sus hijos adecuadamente. Su afecto maternal, de hecho, apenas merece tal nombre cuando no la lleva a amamantar a sus hijos, porque el desempeño de este deber está igualmente calculado para inspirar afecto maternal y filial, y es la obligación indispensable de hombres y mujeres desempeñar los deberes que dan lugar a los afectos, que son los preservativos más seguros contra el vicio. El afecto natural, como es denominado, creo que es un lazo muy débil; los afectos deben crecer como resultado de los ejercicios habituales de la simpatía mutua, y ¿qué simpatía ejercita una madre que envía a su bebé a un ama de cría, y sólo lo quita de la guardería para enviarlo a una escuela?

En el ejercicio de sus sentimientos maternales, la Providencia ha equipado a las mujeres con un sustituto natural para el amor, cuando el amante se convierte sólo en un amigo y la confianza mutua toma el lugar de la admiración exagerada; entonces un niño tensa delicadamente el vínculo debilitado, y el cuidado mutuo produce una nueva simpatía mutua. Pero un niño, aunque constituya una promesa de afecto, no lo avivará, si tanto el padre como la madre se alegran de transferir su custodia a un

mercenario; pues aquellos que cumplen sus deberes a través de delegados no deben quejarse si pierden la recompensa del deber. El afecto paternal produce deber filial.

Parece haber una propensión indolente en el hombre para hacer a la prescripción tomar siempre el lugar de la razón, y para asentar todo deber sobre una fundación arbitraria. Los derechos de los reyes son deducidos en una línea directa del Rey de los reyes y los de los padres de nuestro primer padre^[1].

¿Por qué volvemos así a los principios que deberían descansar siempre sobre la misma base, y tener el mismo peso hoy que tenían hace mil años —y no un ápice más—? Si los padres cumplen sus deberes tienen una fuerte autoridad y una pretensión sagrada a la gratitud de sus hijos, pero pocos padres están dispuestos a recibir el afecto respetuoso de su prole en semejantes términos. Demandan obediencia ciega, porque no merecen una atención razonable: y para hacer estas demandas de debilidad e ignorancia más vinculantes, una santidad misteriosa es difundida alrededor del principio más arbitrario, pues ¿qué otro nombre puede darse a la prescripción ciega de obedecer de unos seres viciosos o débiles, meramente porque responde a un instinto poderoso?

La definición simple del deber recíproco que naturalmente subsiste entre padres e hijos puede darse en pocas palabras: el padre que presta debida atención a los desasistidos infantes tiene derecho a requerir la misma atención cuando la vulnerabilidad de la edad cae sobre él. Pero subyugar a un ser racional a la mera voluntad de otro, una vez que esté en edad de responder a la sociedad por su propia conducta, es el ejercicio de poder más cruel e indebido y es, tal vez, tan pernicioso para la moralidad como esos sistemas religiosos que no permiten al bien y al mal tener ninguna existencia, excepto en la voluntad Divina.

Nunca supe de un padre que, habiendo prestado más que la atención común a sus hijos, fuera dejado de lado^[1]; al contrario, el hábito temprano de confiar casi implícitamente en la opinión de un padre respetado no zozobra fácilmente, incluso cuando la razón madura convence al hijo de que su padre no es el hombre más sabio del mundo. Un hombre razonable debe resistirse a esta debilidad; pues una debilidad es, aunque el epíteto amable puede adjudicársele; pues el deber absurdo, inculcado muy a menudo, de obedecer a los padres sólo en razón de su *status* como padre, encadena con grilletes la mente y la prepara para una sumisión servil a todo poder menos la razón.

Distingo entre el deber natural y accidental debido a los padres.

El padre que diligentemente trata de moldear el corazón y dilatar el entendimiento de su hijo ha dado esa dignidad al cumplimiento de un deber común a todo el mundo animal, que sólo la razón puede dar. Éste es el afecto paternal de la humanidad, y deja el afecto instintivo natural muy atrás. Semejante padre adquiere todos los derechos de la amistad más sagrada, y su consejo, incluso cuando su hijo ha crecido, demanda seria consideración.

Con respecto al matrimonio, aunque después de los veintiuno no parece que un padre tenga derecho a retener su consentimiento por ningún motivo, sin embargo,

veinte años de solicitud invocan su tumor y el hijo debe, al menos, prometer no casarse durante dos o tres años, si el objeto de su elección no reúne enteramente la aprobación de su primer amigo.

Pero el respeto por los padres es, en términos generales, un principio mucho más humillante: es sólo un respeto egoísta por la propiedad. El padre que es obedecido ciegamente es obedecido por pura debilidad o por motivos que degradan el carácter humano.

Una gran proporción de la miseria que deambula en formas abominables por el mundo se admite que surge como consecuencia de la negligencia de los padres y, no obstante, éstas son las personas más empeñadas en lo que ellos llaman un derecho natural, aunque sea subversivo al derecho de nacimiento del hombre, el derecho de actuar conforme a la dirección de su propia razón.

Ya he tenido muy a menudo la ocasión de observar que las personas viciosas o indolentes están siempre ansiosas de beneficiarse imponiendo privilegios arbitrarios y, generalmente, en la misma proporción en la que desatienden el cumplimiento de los deberes, que es lo único que hace a los privilegios razonables. Esto es en el fondo un dictado del sentido común o del instinto de autodefensa peculiar a la debilidad ignorante, semejante a ese instinto que hace a un pez enturbiar el agua en la que nada para eludir a su enemigo, en vez de afrontarlo atrevidamente en la corriente clara.

Los defensores de la prescripción huyen, de hecho, de la corriente clara del argumento y, refugiándose en la oscuridad que en el lenguaje de la poesía sublime se ha supuesto que rodea el trono de la Omnipotencia, se atreven a exigir ese respeto implícito que sólo es debido a Sus caminos inescrutables^[2]. Pero que no se piense que soy presuntuosa: la oscuridad que esconde a nuestro Dios de nosotros sólo se refiere a las verdades especulativas, nunca nubla las morales, ellas brillan claramente, pues Dios es luz^[3] y nunca, por la constitución de nuestra naturaleza, requiere el cumplimiento de un deber cuya sensatez no resplandece cuando abrimos nuestros ojos.

El padre indolente de clase alta, es cierto, obtiene por la fuerza una muestra de respeto de su hijo, y las mujeres en el continente, que nunca piensan en consultar sus inclinaciones o proveer para el bienestar de las pobres víctimas de su orgullo, están particularmente sujetas a las opiniones de sus familias. La consecuencia es notoria; estas hijas obedientes se convierten en adúlteras, y desatienden la educación de sus hijos, a los que, en su turno, exigen el mismo tipo de obediencia.

Las mujeres en todos los países, es cierto, están demasiado bajo el dominio de sus padres, y pocos padres piensan en dirigirse a sus hijos de la siguiente manera, aunque es de esta forma razonable que el Cielo parece ordenar a toda la raza humana: «Es tu interés obedecerme hasta que puedas juzgar por ti mismo; y el Padre Todopoderoso de todos ha implantado un afecto en mí para servir como tu cuidador mientras tu razón se desarrolla. Pero cuando tu mente alcance la madurez, sólo debes

obedecerme, o más bien respetar mis opiniones, en la medida en que coincidan con la luz que se abre camino en tu propia mente».

Una esclava sujeción a los padres constriñe toda facultad de la mente, y el señor Locke observa muy juiciosamente que «si la mente es reprimida y humillada en demasía en los niños, si los ánimos son degradados y resquebrajados por una mano demasiado estricta, pierden todo vigor e industria»^[4]. Esta mano estricta en algún grado puede explicar la debilidad de las mujeres, pues las chicas, por varias causas, son más controladas por sus padres, en todos los sentidos de la palabra, que los chicos. El deber esperado de ellas, como todos los deberes impuestos arbitrariamente sobre las mujeres, es debido más a un sentido del decoro, a un respeto por la decencia, que a la razón; y, enseñadas de este modo a someterse sumisamente a sus padres, son preparadas para la esclavitud del matrimonio. Se me podrá decir que un cierto número de mujeres no son esclavas en el estado marital. Cierto, pero entonces se convierten en tiranas, pues no es libertad racional, sino un tipo de poder falto de ley, que se parece a la autoridad ejercida por las favoritas de los monarcas absolutos, el que obtienen a través de medios degradantes. No sueño, análogamente, con insinuar que tanto los chicos como las chicas son siempre esclavos, sólo insisto en que, cuando son obligados a someterse ciegamente a la autoridad, sus facultades son debilitadas, y sus temperamentos se vuelven tiranos o abyectos. También lamento que los padres, haciendo uso indolentemente de un supuesto privilegio, desalienten la primera débil luz trémula de la razón, haciendo al mismo tiempo del deber, que están tan ansiosos por imponer, un concepto vacío; porque no lo dejarán descansar sobre la única base en la que puede asentarse firmemente, pues, a menos que se fundamente en el conocimiento, no puede ganar suficiente fuerza para resistir las ráfagas de la pasión, o el silencioso debilitamiento del amor propio. Pero no son los padres que han dado la prueba más segura de su afecto por sus hijos, o que, para hablar más propiamente, cumpliendo sus deberes, han permitido a un afecto paternal natural enraizar en sus corazones, hijo de la simpatía y de la razón ejercitadas, y no de la arrogante descendencia del orgullo egoísta, quienes demandan más vehementemente que sus hijos se sometan a su voluntad meramente porque es su voluntad. Por el contrario, el padre que da buen ejemplo, pacientemente deja al ejemplo trabajar; y raramente falla en producir su efecto natural: veneración filial.

No puede enseñarse demasiado pronto a los niños a someterse a la razón, la verdadera definición de esa necesidad sobre la que insistía Rousseau sin definirla, pues someterse a la razón es someterse a la naturaleza de las cosas y a la de Dios que así las formó, para promover nuestro verdadero interés.

¿Por qué deberían ser deformadas las mentes de los niños justo cuando empiezan a expandirse, solo para favorecer la indolencia de los padres que demandan un privilegio sin estar dispuestos a pagar el precio fijado por la naturaleza? He tenido antes la ocasión de observar que un derecho siempre comprende un deber, y creo que puede inferirse igualmente que pierden el derecho aquellos que no cumplen el deber.

Es más fácil, concedo, ordenar que razonar, pero no se sigue de ahí que los niños no puedan comprender la razón por la que se les obliga a hacer ciertas cosas habitualmente, pues aquel poder saludable que un padre juicioso gana gradualmente sobre la mente de un niño fluye de una adherencia firme a unos pocos principios de conducta sencillos. Y este poder se vuelve más fuerte, de hecho, si es moderado por un continuo despliegue de afecto que alcance el corazón del niño. Pues creo que, como regla general, debe admitirse que el afecto que inspiramos se asemeja siempre al que cultivamos, de tal modo que los afectos naturales, que han sido considerados casi distintos de la razón, pueden encontrarse más estrechamente conectados con el juicio de lo que comúnmente se admite. Es más, no es sino justo observar, como otra prueba de la necesidad de cultivar el entendimiento femenino, que los afectos parecen tener un tipo de veleidad animal cuando meramente residen en el corazón.

Es el ejercicio irregular de la autoridad paternal el que primero daña la mente, y las chicas están más sujetas a estas irregularidades que los chicos. La voluntad de aquellos que nunca permiten que su voluntad sea disputada, a menos que estén de buen humor, cuando se relajan proporcionalmente, es casi siempre irrazonable. Para eludir esta autoridad arbitraria las chicas aprenden muy tempranamente las lecciones que posteriormente practicarán sobre sus maridos, pues he visto frecuentemente a una señorita de rostro duro gobernar una familia entera, excepto cuando de vez en cuando alguna nube accidental desencadena la ira de mamá —su cabello estaba mal peinado^[iii], o ella había perdido la noche anterior, jugando a las cartas, más dinero de lo que estaba deseosa de admitir a su marido, o alguna semejante causa moral de ira.

Tras observar agudezas de este tipo, me he visto llevada a un melancólico curso de reflexión respecto a las mujeres, y he concluido que cuando sus primeros afectos las descarrían, o hacen que sus deberes entren en conflicto hasta el punto en que deciden dejarse llevar por meros caprichos y costumbres, poco puede esperarse de ellas conforme crecen. ¿Cómo puede de hecho un tutor remediar este mal? Pues enseñarles virtudes sobre cualquier principio sólido es enseñarles a despreciar a sus padres. Los niños no pueden, no deben ser enseñados a mostrar indulgencia por las faltas de sus padres, porque cada concesión semejante debilita la fuerza de la razón en sus mentes y les hace todavía más indulgentes consigo mismos. Es una de las virtudes más sublimes de la madurez la que nos lleva a ser severos con respecto a nosotros mismos y tolerantes con los demás, pero debería enseñarse a los niños sólo las virtudes sencillas, pues, si empiezan demasiado pronto a ser indulgentes con las pasiones y conductas humanas, desgastan el fino filo del criterio por el que deben regular las suyas propias y se vuelven injustos en la misma proporción en la que se vuelven indulgentes.

Los afectos de los niños, y de las personas débiles, son siempre egoístas: aman a sus familiares porque ellos les aman, y no por sus virtudes. Sin embargo, mientras la estima y el amor no se combinen en el primer afecto, y la razón no seaalzada como fundamento del primer deber, la moralidad tropezará en el umbral. Pero mientras la

sociedad no se constituya de forma muy diferente, los padres, me temo, todavía exigirán ser obedecidos, porque serán obedecidos, y tratarán constantemente de asentar ese poder en un derecho divino que no soportará la investigación de la razón.

Los buenos efectos que resultan de la atención a la educación privada^[1] estarán siempre muy confinados, y el padre que realmente se pone a la labor se decepcionará siempre en algún grado, mientras la educación no se convierta en una gran preocupación nacional. Un hombre no puede retirarse a un desierto con su hijo, y si lo hiciera no podría regresar a la infancia, y convertirse en amigo adecuado y compañero de juegos de un niño o joven. Y cuando los niños son confinados a la sociedad de hombres y mujeres, adquieren muy pronto ese tipo de virilidad prematura que paraliza el crecimiento de todo poder vigoroso de mente o cuerpo. Con el fin de abrir sus facultades deberían ser excitados a pensar por sí mismos, y esto sólo se consigue mezclando a varios niños juntos y haciéndoles perseguir a la par los mismos objetivos.

Un niño contrae muy pronto una entumecida indolencia de mente y raramente tiene vigor suficiente para librarse de ella posteriormente, cuando sólo pregunta en vez de buscar información, y confía implícitamente en la respuesta que recibe. Con sus iguales de edad éste nunca podría ser el caso, y los objetos de investigación, aunque podrían estar influidos, no estarían totalmente bajo la dirección de los hombres, que frecuentemente desalientan, si no destruyen, las habilidades, al desarrollarlas demasiado precipitadamente; y demasiado precipitadamente se desarrollarán infaliblemente, si el niño es confinado a la compañía de un hombre, no importa cuán sagaz.

Además, en la juventud deben plantarse las semillas de todo afecto, y el cariño respetuoso que es sentido por un padre es muy diferente de los afectos sociales que han de constituir la felicidad de la vida conforme avanza. La igualdad es la base de ellos, y una comunicación de sentimientos destapada por aquella obediente seriedad que previene la discusión, aunque puede no imponer sumisión. No importa cuánto afecto un niño tenga por su padre: languidecerá siempre por jugar y charlar con los niños; y el mismo respeto que siente, pues la estima filial siempre tiene una pizca de miedo mezclada con ella, si no le enseña sagacidad, al menos le impedirá derramar los pequeños secretos que primero abren el corazón a la amistad y la confianza, llevando gradualmente a la más generosa benevolencia. Añadido a esto, nunca adquirirá aquella ingenuidad sincera de comportamiento que la gente joven sólo puede alcanzar estando frecuentemente en círculos en los que se atreva a decir lo que piensa, nunca temerosa de ser reprobada por su presunción o burlada por su necedad.

Poderosamente impresionada por las reflexiones que la vista de los colegios, como son dirigidos en la actualidad, naturalmente sugería, he expresado mi opinión con anterioridad de forma más bien cálida a favor de la educación privada, pero la experiencia ulterior me ha llevado a ver el tema bajo una luz diferente. Todavía, no obstante, creo que las escuelas, como están reguladas ahora, son caldo de cultivo del vicio y la necedad, y el conocimiento de la naturaleza humana, que se supone se ha de lograr allí, es meramente astuto egoísmo.

En la escuela los niños se vuelven glotones y desaseados, y, en vez de cultivar los afectos familiares, son arrastrados muy tempranamente al libertinaje que destruye la constitución antes de ser formada, endureciendo el corazón conforme debilita el entendimiento.

Debería, de hecho, ser adversa a los internados, aunque sólo sea por el inestable estado de mente que la expectativa de las vacaciones produce. Los pensamientos de los niños se fijan en esto con esperanzas entusiastas y expectantes, durante, al menos, para hablar con moderación, la mitad del tiempo, y cuando llegan son empleadas en la total disipación e indulgencia animal.

Pero, por el contrario, cuando son educados en casa, aunque pueden seguir un plan de estudios de una forma más ordenada de la que puede ser adoptada cuando casi una cuarta parte del año es de hecho gastada en la ociosidad^[2], y casi otro tanto en la expectación y el pesar, allí adquieren, sin embargo, una opinión demasiado elevada de su propia importancia, debido a que se les permite tiranizar a los sirvientes y a la ansiedad en cuanto al comportamiento expresada por la mayoría de las madres, quienes, entusiastas de enseñar las habilidades de un caballero, ahogan en su nacimiento las virtudes de un hombre. Introducidos de este modo en sociedad cuando deberían estar seriamente empleados, y tratados como hombres cuando todavía son niños, se vuelven vanidosos y afeminados.

El único modo de evitar dos extremos igualmente perniciosos para la moralidad sería diseñar algún modo de combinar la educación pública y privada. De este modo, para hacer a los hombres ciudadanos podrían darse dos pasos naturales que parecen llevar directamente al objetivo deseado; pues los afectos familiares que primero abren el corazón a las varias formas de la humanidad serían cultivados, mientras que se permitiría, no obstante, a los niños pasar gran parte de su tiempo, en términos de igualdad, con otros niños.

Todavía recuerdo con placer la escuela de día rural, adonde un niño caminaba con pesadez por la mañana, mojado o seco, llevando sus libros, y su cena, si era una distancia considerable. Un sirviente no llevaba entonces al amo de la mano, pues, una vez que se había puesto el abrigo y los pantalones, se le permitía cuidar de sí mismo y volver solo al anochecer para contar las proezas del día cerca de la rodilla paternal. La casa de su padre era su hogar, y era desde entonces recordada para bien; pregunto incluso, a muchos hombres superiores que fueron educados de esta manera, si el recuerdo de alguna senda sombría donde aprendían sus lecciones o de alguna escalera, donde se sentaban para hacer una cometa o reparar un bate, no les ha encariñado con su tierra.

Pero ¿qué niño jamás ha recordado con placer los años que pasó en estrecho confinamiento en una academia cerca de Londres? A menos, de hecho, que debiera, por casualidad, recordar el pobre adefesio de un maestro asistente a quien atormentaba, o al pastelero, de quien cogía un pastel para devorarlo con un felino apetito de egoísmo. En los internados de todo tipo, el entretenimiento de los niños

más jóvenes es la travesura; de los más mayores, el vicio. Además, en las grandes escuelas, ¿qué puede ser más perjudicial para el carácter moral que el sistema de tiranía y esclavitud abyecta que es establecido entre los niños, por no decir nada de la esclavitud de las formas, que hace a la religión peor que una farsa? Pues, ¿qué bien puede esperarse de la juventud que recibe el sacramento de la cena del Señor para evitar perder el derecho a media guinea que probablemente se gastará luego de alguna forma sensual? La mitad de la ocupación de la juventud es eludir la necesidad de asistir al culto público, y con razón, pues semejante repetición constante de la misma cosa debe ser una limitación muy fastidiosa de su vivacidad natural. Como estas ceremonias tienen el efecto más fatal en sus morales, y como un ritual realizado por los labios, cuando el corazón y la mente se encuentran muy lejos, no es acopiado ahora por nuestra Iglesia en un fondo del que retirar las tarifas de las pobres almas en el Purgatorio, ¿por qué no deberían ser abolidas?

Pero el miedo a la innovación, en este país, se extiende a todo. Este es sólo un miedo encubierto, la timidez aprensiva de babosas indolentes que custodian, cubriéndolo de cieno, el cómodo lugar que consideran una propiedad hereditaria, y comen, beben y disfrutan^[3], en vez de cumplir sus deberes, con la excepción de unas formas vacías, para las que fue dotado. Éstas son las personas que más vigorosamente insisten en que se obedezca la voluntad del fundador, clamando contra toda reforma, como si fuera una violación de la justicia. Aludo ahora particularmente a las reliquias de papismo que persisten en nuestras universidades, cuando los miembros protestantes parecen porfiar tanto a favor de la Iglesia establecida, pero su ardor nunca los hace perder de vista el botín de la ignorancia, que los sacerdotes voraces de memoria supersticiosa han arañado juntos. No, sabios en su generación^[4], veneran el derecho preceptivo a la posesión, como un baluarte, y a pesar de eso dejan tañer a oración la campana pesada, como en los días en los que se suponía que el alzamiento de la hostia expiaba los pecados de la gente, por miedo de que una reforma llevase a otra y el espíritu matase la letra. Estas costumbres romanas^[5] tienen los efectos más destructivos en las morales de nuestro clero, pues las sabandijas ociosas que dos o tres veces al día realizan de la forma más descuidada una misa que consideran inútil, pero llaman su deber, pronto pierden el sentido del deber. En la universidad, forzados a asistir o eludir el culto público, adquieren un desprecio habitual por el oficio mismo, cuyo cumplimiento les permite vivir en ociosidad. Es recitado como un asunto de trabajo, del mismo modo que un niño estúpido repite su conversación, y a menudo la jerga universitaria escapa del predicador en el momento mismo en que deja el púlpito e incluso mientras está tomando su cena, que ganó de forma tan deshonestamente.

Nada, de hecho, puede ser más irreverente que la misa de la catedral como se realiza ahora en este país, ni contiene un grupo de hombres más débiles que aquellos que son esclavos de esta rutina infantil. Todavía se exhibe el repulsivo esqueleto del anterior estado, pero se ha eliminado toda la solemnidad que interesaba a la

imaginación, si no purificaba el corazón. La realización de la misa grande en el continente debe impresionar toda mente donde una chispa de imaginación resplandece con aquella melancolía terrible, aquella ternura sublime tan cercana a la devoción. No digo que estos sentimientos devotos son de más uso, en un sentido moral, que cualquier otra emoción de gusto, pero sostengo que ha de preferirse la pompa teatral que gratifica nuestros sentidos al desfile frío que insulta el entendimiento sin alcanzar el corazón.

Entre observaciones sobre la educación nacional, tales comentarios no pueden estar fuera de lugar, especialmente en tanto que los defensores de estos establecimientos, degenerados en puerilidades, pretenden ser los campeones de la religión. ¡Religión, fuente pura de consuelo en este valle de lágrimas! ¡Cómo ha sido tu clara corriente enlodada por los *amateurs*, que se han esforzado en confinar en un estrecho canal las aguas vivas que siempre fluyen hacia Dios, el sublime océano de la existencia! ¿Qué sería la vida sin aquella paz que el amor a Dios, cuando es cimentado en la humanidad, sólo puede impartir? Todo afecto terrenal regresa, a intervalos, a apresar al corazón que lo alimenta, y las efusiones más puras de benevolencia, con frecuencia groseramente desalentadas por el hombre, deben encaramarse como una ofrenda voluntaria a Él que las creó, cuya resplandeciente imagen débilmente reflejan.

En las escuelas públicas^[6], sin embargo, la religión, confundida con ceremonias aburridas y limitaciones irrazonables, asume el aspecto más desagradable: no el serio y austero que comanda respeto mientras inspira miedo, sino una manifestación ridícula, que sirve para indicar un juego de palabras. Pues, de hecho, la mayoría de las buenas historias y cosas inteligentes que avivarán los espíritus que han sido concentrados en el *whist*^[7], se basan en injusticias que son toleradas por los mismos hombres que se dedican a contarlas de forma entretenida, porque viven de sus beneficios.

No hay, tal vez, en el reino, un grupo de hombres más dogmáticos o profusos, que los recalcitrantes tiranos que viven en las universidades y presiden las escuelas públicas. Las vacaciones son igualmente dañinas para las morales de los maestros y alumnos, y la relación que los primeros mantienen con la nobleza introduce la misma vanidad y extravagancia en sus familias, que destierran los deberes familiares y comodidades de la mansión señorial, cuya hacienda es desagradablemente imitada. Los niños, que viven con gran detrimento con los maestros y asistentes, nunca son domesticados, aunque se les coloca ahí por ese motivo, pues, tras una cena silenciosa, tragan un abrupto vaso de vino y se retiran para planear alguna travesura o para ridiculizar la persona o conducta de las mismas personas a las que acaban de estar adulando y a las que deberían considerar representantes de sus padres.

¿Puede sorprender entonces que los niños que son así alejados de la conversación social se vuelvan egoístas y viciosos? ¿O que una mitra con frecuencia honre la frente de uno de estos pastores diligentes?

El deseo de vivir en el mismo estilo que el estrato inmediatamente por encima de ellos infecta a cada individuo y a cada clase de gente, y la mezquindad es el concomitante de esta innoble ambición; pero aquellas profesiones cuya escalera es el patronazgo son más degradantes. Sin embargo, fuera de estas profesiones los tutores de la juventud son, en general, elegidos. Pero ¿puede esperarse que inspiren sentimientos independientes aquellos cuya conducta está regulada por la prudencia cautelosa que está siempre pendiente de la promoción?

Se encuentran tan lejos, por el contrario, de preocuparse por las morales de los niños, que he oído a varios maestros de escuela argumentar que ellos sólo se encargan de enseñar latín y griego y que han cumplido su deber enviando algunos buenos estudiosos a la universidad.

Unos pocos buenos estudiosos, concedo, pueden haber sido formados mediante emulación y disciplina, pero para preparar a estos chicos inteligentes, la salud y moral de varios han sido sacrificadas. Los hijos de nuestra aristocracia y ricos plebeyos son en su mayoría educados en estos seminarios, ¿y pretenderá alguien afirmar que la mayoría, mostrando toda indulgencia, caen bajo la descripción de aptos estudiosos?

No es para el beneficio de la sociedad que unos pocos hombres brillantes deben ser preparados a expensas de la multitud. Es cierto que los grandes hombres parecen surgir como las grandes revoluciones ocurren, a intervalos adecuados, para restaurar el orden y echar a un lado las nubes que se espesan alrededor de la cara de la verdad. Pero si más razón y virtud prevaleciesen en la sociedad, estos vientos fuertes no serían necesarios. La educación pública, de cualquier tipo, debería dirigirse a formar ciudadanos, pero, si deseáis hacer buenos ciudadanos, primero debéis ejercitar los afectos de un hijo y un hermano. Éste es el único modo de expandir el corazón, pues los afectos públicos, así como las virtudes públicas, deben nacer siempre del carácter privado, o son meramente meteoros que atraviesan un cielo oscuro y desaparecen conforme son contemplados y admirados.

Pocos, creo, han tenido mucho afecto por la humanidad, que no amaran primero a sus padres, sus hermanos y hermanas, e incluso a los animales domésticos, con los que jugaron primero. El ejercicio de simpatías juveniles forma la temperatura moral; y es la memoria de estos primeros afectos y ocupaciones la que da vida a aquellos que posteriormente están más bajo la dirección de la razón. En la juventud se forman las amistades más tiernas, los jugos afables que ascienden al mismo tiempo se mezclan benignamente o, más bien, el corazón, atemperado por la recepción de la amistad, se acostumbra a buscar placer en algo más noble que la gratificación grosera del apetito.

Con el fin, entonces, de inspirar un amor por el hogar y los placeres domésticos, los niños deberían ser educados en casa, pues las vacaciones desenfrenadas sólo los hacen aficionados al hogar por su propio bien. Sin embargo, las vacaciones que no fomentan los afectos familiares dificultan continuamente el curso del estudio y hacen infructuoso todo tipo de plan de mejora que incluya templanza. Aun así, si fueran

abolidas, los niños estarían totalmente separados de sus padres, y pregunto si se convertirían en mejores ciudadanos al sacrificar los afectos preparatorios, al destruir la fuerza de las relaciones que hacen al estado marital tan necesario como respetable. Pero, si una educación privada produce narcisismo, o aísla a un hombre en su familia, el mal es sólo cambiado, no remediado.

Este curso de razonamiento me lleva de vuelta a un asunto en el que trato de hacer hincapié: la necesidad de establecer escuelas de día adecuadas.

Pero éstos deberían ser establecimientos nacionales, pues mientras los maestros de escuela dependan del capricho de los padres, poco esfuerzo puede esperarse de ellos más que el necesario para complacer a las personas ignorantes. De hecho, la necesidad de que el maestro dé a los padres alguna muestra de las habilidades del niño, que se exhiben durante las vacaciones a todos los invitados^[1], produce más daño de lo que se supondría al principio. Pues rara vez son desplegadas enteramente, para hablar con moderación, por el niño solo; de este modo el maestro aprueba el engaño, o fuerza hasta tal punto a la pobre máquina que estropea las ruedas, y detiene el progreso de la mejora gradual. Se carga la memoria con palabras ininteligibles para ser exhibidas, sin que el entendimiento adquiera ninguna idea distinguible: pues sólo la educación que enseña a la gente joven a empezar a pensar merece ser denominada enfáticamente cultivo de la mente. No debería permitirse a la imaginación corromper el entendimiento antes de que gane fuerza, o la vanidad se convertirá en precursora del vicio, pues todos los modos de exhibir los logros de un niño son perjudiciales para su carácter moral.

¿Cuánto tiempo se pierde en enseñarles a recitar lo que no entienden?, mientras, sentadas en bancos, todas con sus mejores vestidos, las mamás escuchan con admiración la cháchara de un loro, pronunciada con solemne cadencia, con toda la pompa de la ignorancia y la necedad. Semejantes exhibiciones sólo sirven para reforzar los sentimientos de vanidad diseminados por toda la mente, pues ni enseñan a los niños a hablar fluidamente, ni a comportarse de forma graciosa. Muy al contrario, estas frívolas ocupaciones podrían denominarse exhaustivamente el estudio de la afectación, pues raramente vemos a un niño simple y tímido, aunque pocas personas de gusto fueron alguna vez disgustadas por aquel torpe embarazo tan natural a la edad, que las escuelas y una introducción temprana en sociedad han convertido en impudencia y gestos simiescos.

Sin embargo, ¿cómo pueden remediarse estas cosas mientras los maestros de escuelas dependen enteramente de los padres para su subsistencia; y cuando tantas escuelas rivales muestran sus atractivos, para llamar la atención de los padres y madres vanidosos, cuyo afecto paternal sólo les lleva a desear que sus hijos eclipsen a los de sus vecinos?

Sin mucha buena suerte, un hombre sensato y concienzudo se moriría de hambre antes que construir una escuela, si desdeñase engañar a padres débiles practicando los trucos secretos de la profesión.

En las escuelas mejor reguladas, sin embargo, donde los enjambres no están amontonados juntos, deben adquirirse muchos malos hábitos, pero, en las escuelas comunes, el cuerpo, el corazón y el entendimiento son igualmente atrofiados, pues los padres con frecuencia sólo buscan la escuela más barata, y el maestro no podría vivir si no tomase un número mayor de alumnos de los que puede ocuparse él mismo; ni el mísero estipendio proporcionado por cada niño le permitiría contratar maestros asistentes suficientes para proveer el desempeño de la parte mecánica del negocio. Además, sea cual sea la impresión que la casa y el jardín causen, los niños no disfrutan la comodidad de ninguno, pues son continuamente recordados por restricciones fastidiosas que no están en casa y que los camarotes, jardines, etc., deben ser preservados para la recreación de los padres, que visitan la escuela el domingo, y son impresionados por la misma exhibición que hace la situación de sus niños poco cómoda.

Con qué disgusto he escuchado a mujeres sensatas, pues las niñas son más controladas y atemorizadas que los chicos, hablar del aburrido confinamiento que soportaron en el colegio. No permitiéndoles, tal vez, salirse de un amplio camino en un jardín soberbio, y obligadas a pasear con porte firme estúpidamente de arriba a abajo, irguiendo sus cabezas y sacando hacia fuera los dedos de los pies, con los hombros echados hacia atrás, en vez de brincar, como la naturaleza indica, para completar su propio diseño, en las varias actitudes tan favorables a la salud^[iii]. Los puros espíritus animales, que hacen que tanto la mente como el cuerpo florezcan y desarrollen las tiernas flores de esperanza, se vuelven amargos, y se desfogan en vanos deseos o quejas insolentes que contraen las facultades y malogran el temperamento; de lo contrario, se elevan al cerebro, y afilando el entendimiento antes de que gane fuerza proporcionada, producen aquella astucia lastimosa que deshonorosamente caracteriza la mente femenina —¡y me temo que la caracterizará por siempre, mientras las mujeres permanezcan esclavas del poder!

El poco respeto que el mundo masculino presta a la castidad es, estoy persuadida, la gran fuente de muchos de los males físicos y morales que atormentan a la humanidad, así como de los vicios y locuras que degradan y destruyen a las mujeres; sin embargo, en el colegio, los chicos infaliblemente pierden aquella timidez decente, que podría haber madurado en modestia, en casa.

Y qué indecentes y obscenas tretas aprenden también, cuando varias de ellas duermen juntas en el mismo dormitorio, como cerdos, por no hablar de los vicios, que hacen el cuerpo débil mientras que efectivamente impiden la adquisición de alguna delicadeza de mente. La poca atención prestada al cultivo de la modestia, entre los hombres, produce una gran depravación en todas las relaciones de la sociedad; pues no sólo el amor —amor que debería purificar el corazón y despertar primero todos los poderes juveniles, para preparar al hombre para desempeñar los deberes benevolentes de la vida— es sacrificado por la lujuria prematura; sino que todos los afectos sociales son aplacados por las gratificaciones egoístas, que muy tempranamente

contaminan la mente y secan los generosos jugos del corazón. De qué innatural manera es la inocencia frecuentemente violada y qué serias consecuencias se siguen de hacer de los vicios privados una peste pública. Además, un hábito de orden personal, que tiene más efecto en el carácter moral de lo que, en general, se supone, sólo puede adquirirse en el hogar, donde se preserva la reserva respetable que refrena la familiaridad que, sucumbiendo en la bestialidad, socava el afecto que insulta.

Ya he mencionado los malos hábitos que las mujeres adquieren cuando son encerradas juntas y creo que la observación puede ser extendida justamente al otro sexo, hasta obtener como resultado la inferencia natural que he tenido en vista de principio a fin: que para mejorar ambos sexos se debería, no sólo en familias privadas, sino también en escuelas públicas, educárseles juntos^[8]. Si el matrimonio es el cemento de la sociedad, toda la humanidad debería ser educada según el mismo modelo, o la relación entre los sexos nunca merecerá el nombre de compañía, ni desempeñarán las mujeres nunca los deberes peculiares de su sexo, hasta convertirse en ciudadanas ilustradas, hasta ser libres al estar capacitadas para ganar su propia subsistencia, independientes de los hombres, en la misma manera, quiero decir, para evitar el malentendido, que un hombre es independiente de otro. No, aún más, el matrimonio nunca será considerado sagrado hasta que las mujeres, al ser educadas con los hombres, estén preparadas para ser sus compañeras más que sus queridas; pues los viles trucos de la astucia las hacen despreciables, mientras la opresión las hace tímidas. Tan convencida estoy de esta verdad, que me aventuraré a predecir que la virtud nunca prevalecerá en la sociedad hasta que las virtudes de ambos sexos estén fundadas en la razón y hasta que se permitan los afectos comunes a ambos ganar su debida fuerza mediante el desempeño de los deberes mutuos.

Si se permitiese a niños y niñas perseguir los mismos estudios juntos, podría inculcarse tempranamente aquel delicado decoro que produce modestia sin aquellas distinciones sexuales que mancillan la mente. Las lecciones de buena educación, y aquel formulario del decoro que pisa los talones de la falsedad, se volverían inútiles por la habitual propiedad de comportamiento, la cual no sería, de hecho, adoptada para las visitas como el ceremonioso manto de la educación, sino el efecto serio de la pureza de mente. ¿No sería esta simple elegancia de sinceridad un casto homenaje prestado a los afectos familiares, superando de lejos los cumplidos engañosos que resplandecen con falso brillo en la desalmada relación de la vida en boga? Pero, mientras un mayor entendimiento no prepondere en la sociedad, habrá siempre una falta de corazón y gusto, y el *rouge*^[9] de la meretriz proporcionará el lugar de aquel rubor celestial que sólo los afectos virtuosos pueden dar a la cara. La galantería y lo que es denominado amor pueden subsistir sin simplicidad de carácter; pero los principales pilares de la amistad son el respeto y la confianza; ¡la estima nunca se encuentra en lo que no puede definir!

Un gusto por las bellas artes requiere gran cultivo, pero no más que un gusto por los afectos virtuosos, y ambos suponen aquel engrandecimiento de mente que abre

tantas fuentes de placer mental. ¿Por qué la gente se apresura a comparecer en escenarios ruidosos y círculos abarrotados? Debo contestar que porque carece de actividad de mente, porque no ha apreciado las virtudes del corazón. Ellos, por tanto, sólo ven y sienten en bruto, y continuamente anhelan variedad, al encontrar insípido todo lo que es simple.

Este argumento puede llevarse más lejos de lo que los filósofos son conscientes, pues si la naturaleza ha destinado a la mujer, en particular, para el desempeño de los deberes domésticos, la hizo susceptible a los lazos afectuosos en gran medida. Ahora las mujeres son notoriamente aficionadas al placer y naturalmente deben ser así de acuerdo con mi definición, porque no pueden adentrarse en la minucia del gusto doméstico al carecer de juicio, el fundamento de todo gusto. Pues el entendimiento, a pesar de los quisquillosos sensuales, merece para sí mismo el privilegio de conducir pura alegría al corazón.

Con qué lánguido bostezo he visto arrojar un poema admirable al que un hombre de verdadero gusto vuelve una y otra vez con arrebatos, y cuando la melodía casi había suspendido la respiración una dama me preguntó dónde había comprado mi traje de largo. También he visto a unos ojos echar una ojeada fríamente sobre una pintura exquisita, descansar luego, destellando con placer, en una caricatura rudamente delineada, y cuando alguna fantástica característica de la naturaleza había esparcido una sublime quietud por toda mi alma, se me ha requerido observar los graciosos trucos de un perro faldero con el que mi destino perverso me había obligado a viajar. ¿Es sorprendente que semejante ser tan insípido acaricie antes a su perro que a sus hijos? ¿O que prefiera el discurso rimbombante de la adulación a los acentos simples de la sinceridad?

Para ilustrar esta observación debe permitírseme observar que parece que los hombres de genio eminente y mentes más cultivadas han disfrutado el mayor placer por las bellezas simples de la naturaleza, y deben haber sentido vigorosamente lo que han descrito tan bien: el encanto que los afectos naturales y sentimientos no sofisticados esparcen alrededor del carácter humano. Es este poder de mirar dentro del corazón y de vibrar sensiblemente con cada emoción, el que permite al poeta personificar cada pasión y al pintor dibujar con un lápiz de fuego.

El verdadero gusto es siempre el trabajo del entendimiento empleado en observar los efectos naturales y es vano esperar que las mujeres posean gusto doméstico mientras no tengan más entendimiento. Sus vivos sentidos estarán siempre trabajando en endurecer sus corazones, y las emociones forjadas por ellos continuarán siendo vividas y transitorias, a menos que una educación adecuada aprovisione la mente con conocimiento.

Es la falta de gusto doméstico y no la adquisición de conocimiento la que aparta a las mujeres de sus familias y arranca al bebé sonriente del pecho que debería proporcionarle nutrición. Las mujeres han permanecido en la ignorancia y dependencia servil muchos, muchísimos años, y aún no oímos nada más que su

afición al placer y al dominio, su preferencia por libertinos y soldados, su apego infantil a los juguetes, y la vanidad que las hace valorar las habilidades más que las virtudes.

La historia presenta un horrible catálogo de los crímenes que su astucia ha producido, cuando los débiles esclavos han tenido suficiente destreza para rebasar a sus dueños. ¿En Francia, y en cuántos otros países, han sido los hombres déspotas suntuosos y las mujeres sus astutas ministras? ¿Prueba esto que la ignorancia y la dependencia las domestican? ¿No es su locura el interés de los libertinos que se relajan en su compañía? ¿Y no lamentan continuamente los hombres juiciosos que una inmoderada adicción por el vestido y la disipación aleje a la madre de familia para siempre del hogar? Sus corazones no han sido depravados por el conocimiento, o sus mentes guiadas por las ocupaciones científicas; sin embargo, ellas no cumplen los deberes peculiares que como mujeres son llamadas por la naturaleza a desempeñar. Por el contrario, el estado de guerra que existe entre los sexos las hace emplear esas artimañas, que frustran los más abiertos planes de fuerza.

Cuando, por tanto, llamo a las mujeres esclavas, lo hago en un sentido político y civil; pues obtienen indirectamente demasiado poder, y son corrompidas por sus esfuerzos para obtener influencia ilícita.

Que una nación ilustrada^{liii} pruebe entonces qué efecto tendría la razón para traerlas de vuelta a la naturaleza y a sus deberes y permitirles compartir las ventajas de la educación y el gobierno con el hombre, y veamos si se vuelven mejores conforme se hacen más sabias y se vuelven libres. Ellas no pueden ser dañadas por el experimento, pues no está en poder del hombre hacerlas más insignificantes de lo que actualmente son.

Para que esto sea posible, el gobierno debería establecer escuelas de día, para edades particulares, en las que los niños y las niñas pudiesen ser educados juntos. La escuela para los niños más jóvenes, de cinco a nueve años de edad, debería ser absolutamente gratis y estar abierta a todas las clases^{liv}. Un número suficiente de maestros debería también ser escogido por un comité selecto en cada parroquia, a quien cualquier queja de negligencia, etc. podría dirigirse, si fuera firmada por seis de los padres de los niños.

Los maestros asistentes serían entonces innecesarios, pues creo que la experiencia probará siempre que este tipo de autoridad subordinada es particularmente pernicioso para la moral de la juventud. ¿Qué, de hecho, puede tender a depravar el carácter más que la sumisión exterior y la desobediencia interior? Sin embargo, ¿cómo puede esperarse que los niños traten a un asistente con respeto, cuando el maestro parece considerarle un sirviente y casi aprobar la mofa que se convierte en el principal pasatiempo de los niños durante las horas de recreo?

Pero nada de este tipo podría ocurrir en una escuela de día elemental, donde deberían reunirse los niños y las niñas, los ricos y los pobres. Y, para impedir ninguna de las distinciones de la vanidad, deberían ser vestidos todos del mismo modo y

obligados a someterse a idéntica disciplina, o dejar la escuela. El aula debería estar rodeada de una gran extensión de terreno, en la que los niños podrían ejercitarse útilmente, pues a esta edad no deberían ser confinados a ningún empleo sedentario durante más de una hora seguida. Pero todos estos desahogos podrían constituir una parte de la educación elemental, pues muchas cosas mejoran y divierten los sentidos cuando se introducen como un tipo de juego, cuyos principios los niños se niegan a escuchar cuando se determinan de forma árida. Lectura, redacción, aritmética, historia natural, y algunos experimentos simples en filosofía natural, podrían ocupar los días, pero estas ocupaciones nunca deberían invadir los juegos gimnásticos al aire libre. Los elementos de la religión, la historia, la historia del hombre, la política, podrían también enseñarse de forma socrática, mediante conversaciones.

Después de cumplidos los nueve, niñas y niños, destinados a tareas domésticas u oficios manuales, deberían pasar a otras escuelas y recibir instrucción en alguna medida apropiada para el destino de cada individuo. Los dos sexos deben permanecer todavía juntos por la mañana, pero por la tarde, las niñas deberían asistir a una escuela donde el trabajo ordinario, la confección de mantas, la sombrerería, etc., sería su ocupación.

Los jóvenes de habilidades superiores, o fortuna, podrían aprender ahora, en otra escuela, las lenguas muertas y modernas, los elementos de la ciencia, y continuar el estudio de la historia y la política, a una escala más comprehensiva que no excluiría la literatura culta.

¿Niñas y niños todavía juntos? —oigo a algunos lectores preguntar—: sí. Y no se debería temer ninguna otra consecuencia más que la aparición de algún apego temprano, el cual, aunque tuviese el mejor efecto en el carácter moral de la gente joven, podría no concordar con las opiniones de los padres, pues pasará largo tiempo, me temo, antes de que el mundo sea tan ilustrado como para que los padres, sólo ansiosos por hacer a sus hijos virtuosos, les permitan elegir compañeros de vida por sí mismos.

Además, éste sería un modo seguro para promover matrimonios tempranos, y de los matrimonios tempranos los efectos físicos y morales más saludables fluyen naturalmente. Qué carácter tan diferente del de un dandi egoísta, que vive sólo para sí mismo y que teme a menudo casarse por miedo a no ser capaz de vivir de una forma determinada, asume un ciudadano esposado. Con la excepción de grandes emergencias, que raramente ocurrirían en una sociedad en la que la igualdad fuera la base, un hombre sólo podría estar preparado para desempeñar los deberes de la vida pública mediante la práctica habitual de aquellos deberes inferiores que forman al hombre.

En este plan de educación la constitución de los niños no sería arruinada por los desenfrenos tempranos, que ahora hacen a los hombres tan egoístas, y las niñas no se volverían débiles y vanidosas por la indolencia y las ocupaciones frívolas. Más bien presupongo que tal grado de igualdad debería establecerse entre los sexos en la

medida en que alejen la galantería y la coquetería, permitiendo sin embargo a la amistad y al amor atemperar el corazón para el desempeño de los deberes más elevados.

Estas serían las escuelas de la moralidad. ¿Y qué avances no podría hacer la mente humana si se permitiera que la felicidad del hombre brotara de los manantiales puros del deber y el afecto? La sociedad sólo puede ser feliz y libre en proporción a su virtud, pero las distinciones actuales establecidas en la sociedad corroen toda virtud privada y destruyen toda virtud pública.

Ya he protestado vehementemente contra la costumbre de confinar a las niñas a la costura y dejarlas fuera de todos los empleos políticos y civiles, pues al estrechar sus mentes de este modo se las incapacita para cumplir los deberes peculiares que la naturaleza les ha asignado.

Ocupadas sólo en los pequeños incidentes del día, se vuelven necesariamente astutas. Mi propia alma ha enfermado con frecuencia al observar los trucos astutos que practican las mujeres para ganar alguna cosa absurda en la que sus bobos corazones se empecinaron. Al no permitírseles disponer de dinero o considerar nada suyo, aprenden a aprovecharse del dinero de la compra; o, si un marido las ofende, alejándose de casa, o suscita alguna emoción de celos, un nuevo vestido o cualquier baratija bonita alisa el ceño enfadado de Juno^[10].

Pero estas *nimiedades* no degradarían su carácter si se llevase a las mujeres a respetarse a sí mismas, si los asuntos políticos y morales les fueran abiertos; y me atreveré a afirmar que éste es el único modo de hacerlas dedicarse adecuadamente a sus deberes domésticos. Una mente activa abraza el círculo completo de sus deberes, y encuentra tiempo suficiente para todo. No es, afirmo, un intento atrevido de emular las virtudes masculinas, no es el encanto de las ocupaciones literarias, o la investigación firme de los asuntos científicos, los que alejan a las mujeres de su deber. No, son la indolencia y la vanidad, el amor al placer y el amor al dominio, los que reinarán soberanamente en una mente vacía. Digo vacía enfáticamente, porque la educación que las mujeres reciben ahora apenas merece ese nombre. Pues el poco conocimiento que son llevadas a adquirir durante los importantes años de la juventud es meramente relativo a las habilidades, y habilidades sin una base, pues, a menos que el conocimiento sea cultivado, los encantos serán superficiales y monótonos. Como los encantos de una cara maquillada, sólo impresionan a los sentidos en público; pero en casa, al carecer de mente, piden variedad. La consecuencia es obvia: nos encontramos con la mente y el rostro artificial en los alegres escenarios de la disipación, pues aquellos que huyen de la soledad temen, después de ésta, el círculo doméstico; al no ser capaces de entretener o interesar, sienten su propia insignificancia, o no encuentran nada con lo que entretenerse o interesarse ellos mismos.

Además, ¿qué puede ser más indelicado que la *puesta de largo* de una chica en el mundo elegante? Lo que, en otras palabras, es introducir en el mercado a una señorita

casadera, cuya persona es llevada de un lugar público a otro, ricamente engualdrapada. Sin embargo, al mezclarse en el frívolo círculo bajo control, estas mariposas anhelan revolotear a sus anchas, pues el primer afecto de sus almas son sus propios cuerpos, a los que se ha dirigido su atención con el cuidado más esmerado mientras se preparaban para el periodo que decide su destino en la vida. En vez de seguir esta rutina ociosa de luchar por la ostentación sin gusto y la desalmada posición social, con qué dignidad sentirían afectos los jóvenes de ambos sexos en las escuelas que he apuntado apresuradamente, en las que, conforme la vida pasa, el baile, la música y el dibujo podrían ser admitidos como entretenimientos, pues en estas escuelas la gente joven de fortuna debe permanecer, más o menos, hasta que alcance la mayoría de edad. Aquellos que fueron designados para profesiones particulares podrían asistir, tres o cuatro mañanas a la semana, a las escuelas asignadas para su instrucción inmediata.

Sólo dejo caer estas observaciones por el momento, como sugerencias; más bien, de hecho, como un esquema del plan que propongo, más que uno elaborado. Pero debo añadir que apruebo sumamente una regulación mencionada en el panfleto^[v] al que ya he aludido, la de hacer a niños y jóvenes independientes de sus maestros respecto a los castigos. Ellos deben ser juzgados por sus compañeros, lo que sería un método admirable para fijar principios sólidos de justicia en su mente, y podría tener el efecto más feliz en el temperamento, que es agriado o irritado muy tempranamente por la tiranía, hasta que se convierte irritablemente en astuto o ferozmente arrogante.

Mi imaginación corre con fervor benevolente a saludar a estos grupos amables y respetables, a pesar de la burla de los corazones fríos, que son libres de pronunciar, con frío engreimiento, el maldito epíteto —romántico— cuya fuerza intentaré desafilar repitiendo las palabras de un moralista elocuente: «No sé si las alusiones de un corazón realmente bondadoso, cuyo fervor hace todo sencillito, no son preferibles a aquella áspera y repelente razón, que siempre es indiferente al bien público y el primer obstáculo para cualquier cosa que lo promueva».

Sé que los libertinos exclamarán también que la mujer se volvería asexual al adquirir fuerza de cuerpo y mente, y que la belleza —¡suave y cautivadora belleza!— no adornaría más a las hijas de los hombres. Yo soy de una opinión muy diferente, pues pienso que, por el contrario, debiéramos ver entonces belleza dignificada y verdadero encanto que muchas causas físicas y morales poderosas concurrirían en producir. No belleza relajada, es cierto, o los encantos del desvalimiento; sino tal como parecen hacernos respetar el cuerpo humano como una mansión majestuosa apropiada para recibir un noble habitante, en las reliquias de la Antigüedad.

No me olvido de la opinión popular según la cual las estatuas griegas no fueron esculpidas de acuerdo con la naturaleza, esto es, de acuerdo con las proporciones de un hombre particular, sino que aquellas extremidades y facciones hermosas fueron seleccionadas de varios cuerpos para formar un todo armonioso. Esto podría, en algún grado, ser cierto. La fina imagen ideal de una imaginación exaltada podría ser

superior a los materiales que el escultor encontró en la naturaleza y, por tanto, podría con propiedad ser denominada más bien el modelo de la humanidad que del hombre. No fue, sin embargo, la selección mecánica de extremidades y facciones, sino la ebullición de una imaginación avivada que explotó, y los finos sentidos y entendimiento dilatado del artista eligieron la materia sólida, que él trajo bajo este foco brillante.

He observado que no fue mecánica porque produjo un todo, un modelo de aquella gran simplicidad, de aquellas energías armoniosas, que atrapan nuestra atención y ordenan nuestra reverencia. Pues incluso una copia servil de la hermosa naturaleza sólo produce insípida belleza inanimada. Sin embargo, independientemente de estas observaciones, creo que la forma humana debe haber sido más hermosa de lo que lo es en la actualidad, porque la indolencia extrema, las ataduras crueles^[11] y muchas causas que influyen con fuerza sobre ella en el estado lujoso de nuestra sociedad retardaron su expansión, o la deformaron. Ejercicio y aseo parecen ser no sólo los medios más seguros para preservar la salud, sino también para promover la belleza, considerando sólo las causas físicas. Sin embargo, esto no es suficiente, la moral debe concurrir o la belleza será meramente de aquel tipo rústico que florece en los inocentes y saludables rostros de algunas personas del campo cuyas mentes no han sido ejercitadas. Para hacer a las personas perfectas, la belleza física y moral deben ser logradas al mismo tiempo; cada una prestando y recibiendo fuerza mediante la combinación. El juicio debe residir en el ceño, el afecto y la chispa de la imaginación en los ojos, y la humanidad debe arquear las mejillas, o vano es el brillo de los ojos más bellos o el acabado elegante de los rasgos más delicados mientras se demuestra encanto y modestia en todo movimiento efectuado por las activas extremidades y las articulaciones bien estructuradas. Pero este bello ensamblaje no se reúne por casualidad, sino que es la recompensa de esfuerzos pensados para apoyarse mutuamente, pues el juicio sólo puede adquirirse mediante la reflexión, el afecto mediante el cumplimiento de los deberes y la humanidad por el ejercicio de la compasión hacia toda criatura viviente.

La humanidad para con los animales debería ser particularmente inculcada como parte de la educación nacional, pues no es en la actualidad una de nuestras virtudes nacionales. Entre las clases más bajas se encuentra con más frecuencia ternura para sus humildes y estúpidos animales domésticos en un estado salvaje que en uno civilizado. Pues la civilización impide aquella relación que crea afecto en la cabaña tosca o la choza de barro y lleva a las mentes no cultivadas, que son depravadas sólo por los refinamientos que prevalecen en la sociedad, donde son pisoteadas por los ricos, a dominar sobre ellos para vengarse de los insultos que sus superiores les obligan a soportar.

Esta crueldad habitual se adquiere primero en la escuela, donde uno de los juegos raros de los niños es atormentar a los pobres animales que se encuentran en su camino. La transición, conforme crecen, de la barbaridad con las bestias a la tiranía

doméstica sobre las esposas, niños y sirvientes, es muy fácil. La justicia, o incluso la benevolencia, no será una fuente poderosa de acción a menos que se extienda a la Creación entera; más aún, creo que puede tomarse como axioma que aquellos que pueden presenciar el dolor sin conmoverse pronto aprenderán a inflingirlo.

Las personas vulgares son dominadas por los sentimientos momentáneos y los hábitos que han adquirido accidentalmente, pero no puede dependerse mucho de sentimientos parciales, aunque sean justos, pues, cuando no son vigorizados por la reflexión, la costumbre los debilita, hasta que son escasamente perceptibles. Las simpatías de nuestra naturaleza son fortalecidas por cavilaciones ponderativas, y atenuadas por el uso irreflexivo. El corazón de Macbeth se conmovió más por un asesinato, el primero, que por los cientos que le siguieron, que fueron necesarios para respaldarlo. Pero, cuando usé el epíteto vulgar, no pretendía confinar mi observación a los pobres, pues la humanidad parcial, basada en las sensaciones momentáneas o el capricho, es casi tan conspicua, si no más, entre los ricos.

La dama que derrama lágrimas por el pájaro muerto de hambre en una trampa y maldice los demonios en forma de hombres que agujonean hasta la locura al pobre buey, o azotan al paciente asno, que se tambalea bajo una carga superior a su fuerza, tendrá, sin embargo, a su cochero y caballos horas enteras esperando por ella, cuando el frío corte o la lluvia bata contra las ventanas bien cerradas, que no dejan pasar una brisa de aire para contarle cuán duramente el viento sopla fuera. Y aquella que lleva a sus perros a la cama, y los cuida con sensibilidad ostentosa cuando están enfermos, permitirá a sus bebés crecer encorvados en una guardería. Esta ilustración de mi argumento se deriva de un hecho. La mujer a quien aludo era hermosa, considerada muy hermosa por aquellos que no echan de menos la mente cuando el rostro es rollizo y bello, pero su entendimiento no había sido alejado de los deberes femeninos por la literatura, ni su inocencia corrompida por el conocimiento. No, ella era bastante femenina, de acuerdo con la acepción masculina de la palabra, y, bien lejos de amar a esas bestias malcriadas que llenaban el lugar que sus niños deberían haber ocupado, sólo ceceaba una bonita mezcla de sinsentidos en inglés y francés para complacer a los hombres que se agrupaban a su alrededor. La esposa, la madre, y la criatura humana, fueron todas engullidas por el facticio carácter que una educación inadecuada y la vanidad egoísta de la belleza habían producido.

No me gusta hacer una distinción sin una diferencia, y confieso que me ha disgustado tanto la dama fina que tomó en su pecho a su perro faldero en vez de a su niño, como la ferocidad de un hombre que, golpeando a su caballo, declaraba que sabía cuándo hacía mal tan bien como un cristiano.

Esta camada de locura muestra cuán equivocados están los que, si permiten a las mujeres abandonar sus harenes, no cultivan su entendimiento con el fin de sembrar virtudes en sus corazones. Pues, si tuvieran juicio, podrían adquirir ese gusto doméstico que las llevaría a amar con subordinación razonable a sus familias enteras, desde sus maridos hasta el perro de la casa, y no insultarían jamás a la humanidad en

la persona del sirviente más lacayo, prestando mayor atención al bienestar de una bestia que al de su semejante.

Mis observaciones sobre la educación nacional son obviamente sugerencias, pero deseo insistir principalmente en la necesidad de educar a los sexos juntos, para perfeccionar a ambos, y de hacer a los niños dormir en casa, de tal forma que puedan aprender a amar el hogar. Sin embargo, para hacer que los afectos privados apoyen, en vez de ahogar, los afectos públicos, deberían ser enviados a la escuela para mezclarse con varios iguales, pues sólo mediante los forcejeos de la igualdad podemos formarnos una opinión justa de nosotros.

Para hacer a la humanidad más virtuosa, y más feliz, por supuesto, ambos sexos deben actuar según el mismo principio, pero ¿cómo se puede esperar tal cosa cuando sólo se le permite a uno ver su sensatez? Para hacer el contrato social verdaderamente equitativo, y con el fin de extender aquellos principios esclarecedores que solos pueden mejorar el destino del hombre, debe permitirse a las mujeres encontrar su virtud en el conocimiento, lo que es apenas posible a menos que sean educadas mediante las mismas actividades que los hombres. Pues ellas son ahora formadas como inferiores por la ignorancia y los bajos deseos, a fin de no merecer ser clasificadas con ellos, o bien se encaraman al árbol del conocimiento por los caminos serpenteantes de la astucia, y sólo adquieren suficiente conocimiento para descarriar al hombre.

Es evidente por la historia de todas las naciones que las mujeres no pueden ser confinadas meramente a las actividades domésticas, pues entonces no desempeñarán los deberes familiares, a menos que sus mentes tengan mayor alcance, y mientras son mantenidas en la ignorancia se convierten en la misma proporción en esclavas del placer y en esclavas del hombre. Ni pueden ser excluidas de las grandes empresas, aunque la estrechez de sus mentes con frecuencia les hace estropear lo que son incapaces de comprender.

El libertinaje, e incluso las virtudes de los hombres superiores, siempre darán a las mujeres algún tipo de poder sobre ellos, y estas mujeres débiles, bajo la influencia de las pasiones infantiles y la vanidad egoísta, arrojarán una luz falsa sobre los objetos que los hombres ven con sus propios ojos, los cuales deberían iluminar su juicio. Los hombres de imaginación y aquellos caracteres optimistas que por lo común llevan el timón de los asuntos humanos se relajan, en general, en compañía de mujeres, y seguramente no necesito citar al lector de historia más superficial los numerosos ejemplos de vicio y opresión que las intrigas privadas de las favoritas han producido, por no hacer hincapié en el mal que naturalmente surge de la disparatada interposición de la necesidad bien intencionada. Pues en las transacciones de negocios es mucho mejor tener que tratar con un granuja que con un necio, porque el granuja se adhiere a algún plan, y cualquier plan de razón puede comprenderse mucho antes que un vuelo repentino de la necesidad. El poder que las mujeres viles y necias han

tenido sobre los hombres sabios que poseían sensibilidad es notorio. Sólo mencionaré un ejemplo.

¿Quién jamás retrató un carácter femenino más exaltado que Rousseau^[12], aunque en conjunto tratase continuamente de degradar al sexo? ¿Y por qué estaba tan ansioso por hacerlo? Verdaderamente para justificar ante sí mismo el afecto que la debilidad y la virtud le habían hecho alimentar por la necia Teresa^[13]. El no podía elevarla al nivel común de su sexo y, por tanto, trató de rebajar a la mujer al suyo. Encontró en ella una compañera humilde y conveniente, y el orgullo le hizo determinarse a encontrar algunas virtudes superiores en el ser con quien eligió vivir. Pero ¿no enseña claramente su conducta durante su vida, y después de su muerte, cuán groseramente estaba equivocado aquel que la llamó inocencia celestial? Todavía más, en la amargura de su corazón, él mismo lamenta que, cuando sus dolencias físicas^[14] le hicieron no tratarla más como una mujer, ella dejó de sentir afecto por él. Y ello fue muy natural, pues teniendo tan pocos sentimientos en común, ¿qué había para retenerla cuando el vínculo sexual se rompió? Para mantener el afecto de alguien cuya sensibilidad estaba confinada a un sexo, más aún, a un hombre, se requiere juicio con que convertir la sensibilidad en el ancho canal de la humanidad; muchas mujeres no tienen mente suficiente para tener un afecto por otra mujer o una amistad por un hombre. Pero la debilidad sexual que hace a la mujer depender de un hombre para la subsistencia produce un tipo de afecto gatuno, que lleva a una esposa a ronronear alrededor de su esposo del mismo modo que lo haría alrededor de cualquier hombre que la alimentase y acariciase.

Los hombres son, sin embargo, con frecuencia gratificados por este tipo de cariño que se confina de una forma animal a sí mismos; pero si alguna vez se volvieran más virtuosos, ellos desearán conversar a la lumbre con una amiga, una vez que cesan de jugar con la amante.

Además, el entendimiento es necesario para dar variedad e interés a los placeres sensuales, pues baja, de hecho, en la escala intelectual, es la mente que puede continuar amando cuando ni la virtud ni el juicio dan apariencia humana a un apetito animal. Pero el juicio siempre preponderará y si no se acerca a las mujeres, en general, al nivel de los hombres, algunas mujeres superiores, como las cortesanas griegas, congregarán a los hombres de habilidades a su alrededor, y apartarán de sus familias a muchos ciudadanos que hubieran permanecido en casa si sus esposas hubieran tenido más sentido o los encantos que resultan del ejercicio del entendimiento y la fantasía, padres legítimos del gusto. Una mujer de talentos, si no es absolutamente fea, siempre obtendrá gran poder, elevada por la debilidad de su sexo; y en la misma proporción en que los hombres adquieren virtud y delicadeza por el ejercicio de la razón, buscarán ambas en las mujeres, pero éstas sólo pueden adquirirlas del mismo modo que los hombres.

En Francia o en Italia, ¿se ha confinado a las mujeres a la vida doméstica? Aunque ellas no han tenido hasta ahora una existencia política, sin embargo, ¿no han

tenido ilícitamente gran poder corrompiéndose a sí mismas y a los hombres con cuyas pasiones jugaron? En resumen, sea cual sea la luz bajo la que contemplo el asunto, la razón y la experiencia me convencen de que el único método de llevar a las mujeres a cumplir sus deberes peculiares es liberarlas de todo límite permitiéndoles participar en los derechos inherentes de la humanidad.

Hacedlas libres y pronto se volverán sabias y virtuosas, a la vez que los hombres lo serán más. Pues la mejora debe ser mutua, o la injusticia a la que una mitad de la raza humana está obligada a someterse se volverá contra sus opresores. La virtud de los hombres será carcomida por el insecto que él mantiene bajo su pie.

Que los hombres hagan su elección; hombre y mujer fueron hechos el uno para el otro, aunque no para convertirse en un solo ser, ¡y si no mejoran a las mujeres, las depravarán!

Hablo de la mejora y emancipación de todo el sexo, pues sé que el comportamiento de unas pocas mujeres que, por accidente o siguiendo una fuerte disposición de la naturaleza, han adquirido una porción de conocimiento superior a la del resto de su sexo, ha sido con frecuencia arrogante. Pero ha habido ejemplos de mujeres que, adquiriendo conocimiento, no han descartado la modestia, ni han parecido siempre pedantes al despreciar la ignorancia que ellas se esforzaron por disipar en sus propias mentes. Las exclamaciones, entonces, que cualquier consejo respecto al aprendizaje femenino comúnmente produce, especialmente de mujeres hermosas, con frecuencia surgen de la envidia. Cuando ellas vean por casualidad que ni siquiera el brillo de sus ojos, ni los frívolos juegos de la coquetería refinada, les asegurarán siempre atención durante una noche entera, si una mujer de entendimiento más cultivado tratase de dar un giro racional a la conversación, la fuente de consuelo habitual es que semejantes mujeres raramente consiguen maridos. Qué artes no he visto a mujeres tontas usar para interrumpir, mediante el *flirteo* —una palabra muy significativa para describir semejante maniobra—, una conversación racional que hizo a los hombres olvidar que ellas eran mujeres hermosas.

Pero, concediendo lo que es muy natural al hombre, que la posesión de raras habilidades está realmente calculada para excitar orgullo arrogante, desagradable tanto en hombres como mujeres, ¿hasta qué estado de inferioridad deben las facultades femeninas haberse degradado cuando semejante pequeña porción de conocimiento como esas mujeres adquirieron, las cuales han sido denominadas despreciativamente mujeres cursadas, podría ser singular? Lo suficiente como para inflar a las poseedoras y excitar envidia en sus contemporáneas y en alguno del otro sexo. No, más aún, ¿no ha expuesto a muchas mujeres a la censura más severa un poco de racionalidad? Me refiero a hechos bien conocidos, pues frecuentemente he visto a mujeres ridiculizadas, y cada pequeña debilidad expuesta, sólo porque adoptaron el consejo de algunos doctores y se desviaron del camino trillado en su modo de tratar a sus hijos. He visto, de hecho, esta aversión bárbara a la innovación ser llevada aún más lejos, y una mujer sensata ser estigmatizada como una madre

innatural cuando, habiendo sido sabiamente solícita en preservar la salud de sus hijos, en medio de su cuidado perdió a alguno por esos accidentes de la infancia que ninguna prudencia puede evitar. Sus conocidas observaron que esto fue la consecuencia de nociones modernas —las nociones modernas del aseo y el reposo—. Y aquellos que fingen experiencia, aunque se han adherido por largo tiempo a los prejuicios que, de acuerdo con la opinión de los doctores sagaces, han debilitado a la raza humana, casi se alegran del desastre que otorga en cierto modo una sanción a la novedosa prescripción.

De hecho, aunque sólo fuera por esta razón, la educación nacional de las mujeres es de la máxima importancia, pues ¡cuántos sacrificios humanos se hacen a ese prejuicio de Moloch^[15]! Y ¿de cuántas maneras son los niños destruidos por la lascivia del hombre? La falta de afecto natural, en muchas mujeres que son alejadas de sus deberes por la admiración de los hombres y la ignorancia de otros, hacen la infancia del hombre un estado mucho más peligroso que el de las bestias. Sin embargo, los hombres no están deseosos de emplazar a las mujeres en posiciones adecuadas para permitirles adquirir suficiente entendimiento para saber incluso cómo criar a sus bebés.

Tan fuertemente me impresiona esta verdad, que haría descansar la tendencia entera de mi razonamiento sobre ella, pues sea lo que sea que tiende a incapacitar el carácter maternal, saca a la mujer de su esfera.

Pero es vano esperar que la raza actual de madres débiles tome aquel cuidado razonable del cuerpo de un niño que es necesario para establecer el fundamento de una buena constitución, suponiendo que no sufra por los pecados de sus padres^[16]; o para dirigir su temperamento tan juiciosamente que el niño no tendrá, conforme crece, que desechar todo lo que su madre, su primera instructora, directa o indirectamente le enseñó. Y a menos que la mente tenga un vigor no común, las locuras femeninas se adherirán a su carácter durante toda la vida. ¡La debilidad de la madre afligirá a los niños! Y mientras se educa a las mujeres para depender del juicio de sus esposos, ésta debe ser siempre la consecuencia, pues no hay mejora del entendimiento por mitades, ni puede cualquier ser actuar sabiamente mediante la imitación, porque en todas las circunstancias de la vida hay un tipo de individualidad que requiere un ejercicio del juicio para modificar las reglas generales. El ser que puede pensar justamente en un camino, pronto extenderá su imperio intelectual; y la mujer que tenga suficiente juicio para cuidar de sus hijos no se someterá, bien o mal, a su esposo, o pacientemente a las leyes sociales que hacen de una esposa una nulidad.

En las escuelas públicas debe enseñarse a las mujeres, para que se guarden de los errores de la ignorancia, los elementos de la anatomía y la medicina, no sólo para que puedan cuidar adecuadamente de su propia salud, sino también para hacerlas cuidadoras racionales de sus niños, padres, y maridos, pues las listas de mortalidad son hinchadas por los disparates de las ancianas testarudas que dan panaceas de su

invención sin saber nada del marco humano. Es del mismo modo adecuado, sólo desde un punto de vista doméstico, familiarizar a las mujeres con la anatomía de la mente, permitiendo a los sexos asociarse en cada ocupación, y llevándolas a observar el progreso del entendimiento humano en la mejora de las ciencias y las artes, sin olvidar nunca la ciencia de la moralidad, o el estudio de la historia política de la humanidad.

Un hombre ha sido denominado un microcosmos, y cada familia podría ser llamada también un Estado. Los Estados, es cierto, han sido en su mayoría gobernados por artes que deshonran el carácter del hombre, y la falta de una constitución justa y leyes iguales ha confundido de tal manera las nociones de la sabiduría humana que hace algo más que cuestionar si es razonable luchar por los derechos de la humanidad. De este modo la moralidad, contaminada en la reserva nacional, despacha corrientes de vicio para corromper las partes constituyentes del cuerpo político. Pero si principios más nobles, o más bien, más justos, regulasen las leyes que debieran ser el gobierno de la sociedad, y no aquellos que las ejecutan, el deber podría convertirse en el gobierno de la conducta privada.

Además, por el ejercicio de sus cuerpos y mentes las mujeres adquirirían aquella actividad mental tan necesaria en el carácter maternal, unida con la fortaleza que distingue la firmeza de conducta de la obstinada perversidad de la debilidad. Pues es peligroso aconsejar a los indolentes que sean firmes, porque instantáneamente se volverán rigurosos, y, para evitarse problemas, castigan con severidad faltas que la paciente fortaleza de la razón podría haber evitado.

Pero la fortaleza presupone fuerza de mente, ¿y ha de adquirirse la fuerza de mente por medio de la indolente aquiescencia? ¿Pidiendo consejo en vez de ejercitando el juicio? ¿Obedeciendo por miedo, en vez de practicar la templanza, que todos nosotros necesitamos? La conclusión que quiero extraer, es obvia; hagamos a las mujeres criaturas racionales, y ciudadanos libres, y pronto se volverán buenas esposas y madres; esto es, si los hombres no desatienden los deberes de esposos y padres.

Al discutir las ventajas que una educación pública y privada combinada, como he bosquejado, podría esperarse racionalmente que produjese, he hecho el mayor hincapié en aquellas que son particularmente relevantes al mundo femenino, porque considero al mundo femenino oprimido. Sin embargo la gangrena que los vicios engendrados por la opresión han producido no está confinada a aquella parte mórbida, sino que impregna a la sociedad a lo ancho y largo, de tal forma que, cuando deseo ver a mi sexo convertirse en agentes morales, mi corazón palpita con la esperanza de la difusión general de aquel sublime goce que sólo la moralidad puede difundir.

XIII. ALGUNOS EJEMPLOS DEL DESATINO QUE GENERA LA IGNORANCIA DE LAS MUJERES; CON REFLEXIONES CONCLUYENTES SOBRE EL PERFECCIONAMIENTO MORAL QUE SE PODRÍA ESPERAR QUE PRODUJERA, DE FORMA NATURAL, UNA REVOLUCIÓN EN LA CONDUCTA DE LAS MUJERES

Hay muchos desatinos que son hasta cierto punto peculiares de las mujeres — pecados contra la razón, tanto de comisión como de omisión—, pero todos surgen de la ignorancia o del prejuicio. Sólo subrayaré aquellos que parecen ser particularmente perjudiciales para su carácter moral. Y, al reprobarlos, deseo comprobar en especial que la debilidad de cuerpo y mente que los hombres, impulsados por varios motivos, han tratado de perpetuar, les impide cumplir con el deber específico de su sexo; pues ¿se encuentra la mujer en su estado natural cuando la debilidad corporal no le permite amamantar a sus hijos y la debilidad de mente le hace arruinar sus temperamentos?

Sección I

Lo primero que reclama atención y necesita una severa reprobación es un ejemplo palmario de la debilidad que procede de la ignorancia.

En esta metrópoli, numerosas sanguijuelas al acecho consiguen el sustento de modo infame, ejerciendo su actividad sobre la credulidad de las mujeres, al pretender hacer un vaticinio, por emplear la expresión técnica; y muchas mujeres orgullosas de su rango y fortuna, que miran por encima del hombro al vulgo con desprecio soberano, muestran con su credulidad que la distinción es arbitraria, y que no han desarrollado suficientemente sus mentes para situarse por encima de los prejuicios vulgares. Las mujeres, ya que no se les ha llevado a considerar el conocimiento de su deber como la única cosa necesaria, o a vivir el momento presente mediante su cumplimiento, están muy deseosas de divisar el futuro para enterarse de lo que les ha de deparar, que vuelva su vida interesante y que rompa el vacío de la ignorancia.

Debe permitírseme reconvenir seriamente a las señoras que siguen estas invenciones vanas, porque las damas, las madres de familia, no se avergüenzan de conducir su propio carruaje a la puerta del hombre astuto^[1]. Y si algunas de ellas leen detenidamente esta obra, les rogaría que respondieran a sus propios corazones las siguientes preguntas, sin olvidar que se encuentran ante la presencia de Dios.

¿Creéis que existe un único Dios, y que es poderoso, sabio y bondadoso?

¿Creéis que todas las cosas fueron creadas por Él y que todos los seres dependen de Él?

¿Confiáis en su sabiduría, tan patente en sus obras y en vuestra propia estructura, y estáis convencidas de que ha ordenado todas las cosas de las que no tenéis conocimiento con vuestros sentidos en la misma perfecta armonía para cumplir sus designios?

¿Reconocéis que el poder de adentrarse en el futuro y ver las cosas que no existen como si existieran es un atributo del Creador? Y, pues, si Él creyera apropiado transmitir algún acontecimiento oculto en las sombras del tiempo todavía venideras,

mediante su impresión en las mentes de sus criaturas, ¿a quién le sería revelado el secreto bajo la inspiración inmediata? La opinión que dan los años responderá a esta pregunta: a los ancianos reverendos, a las personas distinguidas por su eminente piedad.

Los oráculos de la Antigüedad eran así pronunciados por sacerdotes dedicados al servicio del Dios que, se suponía, los inspiraba. El resplandor de la pompa mundana que rodeaba a estos impostores y el respeto que les otorgaban los diestros políticos, que sabían cómo aprovecharse de este útil instrumento para doblegar los cuellos de los fuertes bajo el dominio de la astucia, extendía un misterioso velo sagrado de santidad sobre sus mentiras y abominaciones. Impresionada por semejante desfile solemne y devoto, se podría disculpar a una mujer griega o romana si consultaba el oráculo, cuando estaba deseosa de curiosear el futuro o preguntar sobre algún acontecimiento dudoso, y sus consultas, aunque contrarias a la razón, no se podrían considerar impías. ¿Pero pueden las que profesan el cristianismo rechazar esa imputación? ¿Puede una cristiana suponer que los favoritos del Altísimo, los más favorecidos, estarían obligados a merodear disimuladamente y a practicar las artimañas más deshonestas para estafar a las mujeres tontas el dinero por el que suspiran en vano los pobres?

No digáis que semejantes cuestiones constituyen un insulto al sentido común, pues es vuestra propia conducta, ¡oh, insensatas mujeres!, la que arroja odio sobre vuestro sexo. Y estas reflexiones deberían hacer que os estremecierais ante vuestra falta de consideración y devoción irracional. Pues supongo que no todas vosotras dejáis a un lado vuestra religión, tal como es, cuando entráis en esas moradas misteriosas. Sin embargo, como doy por supuesto que estoy hablando con mujeres ignorantes —pues sois ignorantes en el sentido más enfático de la palabra—, sería absurdo razonar con vosotras sobre la atroz insensatez de desear saber lo que la Sabiduría Suprema ha ocultado.

Probablemente no me entenderíais si intentara mostraros que sería absolutamente incoherente con el gran propósito de la vida hacer a las criaturas humanas sabias y virtuosas; y que, si ello fuera sancionado por Dios, perturbaría el orden establecido en la Creación; y si no lo estuviera, ¿esperáis escuchar la verdad?, ¿pueden ser augurados acontecimientos que todavía no han asumido cuerpo para convertirse en objeto de examen para los mortales? ¿Puede preverlos una persona mundana y viciosa, que colma sus apetitos aprovechándose de los necios?

Sin embargo, quizá creéis devotamente en el diablo e imagináis, para dar un giro a la cuestión, que puede asistir a sus devotos. Si en realidad respetáis el poder de semejante ser, enemigo del bien y de Dios, ¿podéis acudir a la iglesia después de haber estado obligadas a él?

De estas ilusiones a los engaños aún más en boga, practicados por toda la tribu de magnetizadores^[1], la transición es muy natural. Respecto a ellos, es igualmente apropiado preguntar a las mujeres algunas cuestiones.

¿Conocéis algo de la estructura del cuerpo humano? Si no es así, resulta apropiado que se os diga lo que todo niño debe saber: que, cuando su economía^[2] admirable ha sido alterada por el exceso y la indolencia —no hablo de desórdenes violentos, sino de enfermedades crónicas—, se la debe llevar de nuevo, poco a poco, hacia un estado saludable, y si las funciones de la vida no han sido dañadas materialmente, régimen (otra palabra para la templanza), aire, ejercicio, y unas pocas medicinas, recetadas por personas que han estudiado el cuerpo humano, son los únicos medios descubiertos hoy para recuperar esa inestimable y bendita salud, que sobreviven al escrutinio.

¿Creéis, entonces, que esos magnetizadores^[3], que pretenden realizar un milagro mediante trucos de abracadabra, son delegados por Dios, o apoyados por el que resuelve toda esa clase de dificultades, el diablo?

Cuando, como se dice, espantan los desórdenes que han resistido ante los poderes de la medicina, ¿proceden de acuerdo con la luz de la razón, o efectúan esas curas maravillosas mediante ayuda sobrenatural?

Mediante la comunicación, podría responder un adepto, con el mundo de los espíritus. Noble privilegio, debe admitirse. Algunos de los antiguos mencionan diablos familiares que los protegían del peligro mediante amables señales, no podemos adivinar de qué modo, cuando cualquier peligro se encontraba cerca, o les indicaban lo que debían hacer. Sin embargo, los hombres que reclamaban este privilegio, fuera del orden de la naturaleza, insistían en que era la recompensa, o la consecuencia, de una templanza y una piedad superiores. Pero los actuales curanderos no se sitúan por encima de los demás por una templanza o una santidad superiores. No curan por amor a Dios, sino al dinero. Son sacerdotes del curanderismo, aunque es cierto que no poseen el arbitrio conveniente para vender misas para las almas del Purgatorio^[4], ni tienen iglesias donde puedan mostrar muletas o réplicas de miembros curados^[5] mediante un toque o una palabra.

No estoy familiarizada con los términos técnicos, ni iniciada en lo arcano y, por ello, puede que me exprese de modo inapropiado, pero resulta evidente que los hombres que no se conforman con la ley de la razón y ganan su sustento de modo honesto, poco a poco, son muy afortunados al conseguir familiarizarse con semejantes espíritus serviciales. Realmente, no podemos darles crédito por su gran sagacidad o bondad, o hubieran escogido instrumentos más nobles al desear mostrarse como los amigos benévolos de los hombres.

Sin embargo, ¡fingir que se tienen tales poderes está muy cerca de la blasfemia!

Resulta evidente a la razón seria, por todo el tenor de los designios de la Providencia, que algunos vicios producen ciertos efectos, ¿y puede alguien insultar de modo tan grosero la sabiduría de Dios como para suponer que se permitiría que un milagro perturbase sus reglas generales para devolver la salud al intemperante y al vicioso, simplemente para que pueda continuar el mismo curso con impunidad? «Estás curado y no vuelvas a pecar», dijo Jesús^[6]. ¿Y han de ser realizados los

grandes milagros por aquellos que no siguen los pasos de Aquel que curó el cuerpo para alcanzar la mente^[7]?

La mención del nombre de Cristo tras semejantes viles impostores puede que desagrade a algunos de mis lectores, y respeto su ardor, pero que no olviden que los seguidores de estas ilusiones llevan su nombre y presumen ser discípulos^[8] del que dijo que por sus obras sabríamos quiénes eran los hijos de Dios^[9] o los sirvientes del pecado. Acepto que es más fácil tocar el cuerpo de un santo o ser magnetizado, que frenar nuestros apetitos o gobernar nuestras pasiones; pero la salud del cuerpo o de la mente sólo pueden recuperarse por estos medios, o hacemos al Juez Supremo parcial y vengativo.

¿Es Él un hombre que debería cambiar o castigar por resentimiento? Él, el padre común, hiere sólo para sanar, dice la razón, y como nuestras irregularidades producen ciertas consecuencias, se nos muestra poderosamente la naturaleza del vicio. Al aprender, por tanto, a distinguir el bien del mal mediante la experiencia, puede que odiemos a uno y amemos al otro, en proporción a la sabiduría que obtengamos. El veneno contiene el antídoto, y reformamos nuestros malos hábitos y cesamos de pecar contra nuestros propios cuerpos, por emplear el convincente lenguaje de las Escrituras, o una muerte prematura, el castigo del pecado^[10], rompe el hilo de la vida.

Aquí aparece un terrible freno a nuestras indagaciones. Pero ¿por qué debería disimular mis sentimientos? Al considerar los atributos de Dios, creo que cualquier castigo que pudiera seguirse, como la angustia de la dolencia, tenderá a mostrar la malevolencia del vicio con el propósito de una rectificación. El castigo definitivo parece tan contrario a la naturaleza de Dios, que se descubre en todas sus obras y en nuestra propia razón, que podría creer más fácilmente que la Deidad no preste atención a la conducta del hombre, a que lo castigue sin el designio benévolo de rectificación.

Suponer sólo que un Ser sapientísimo y todopoderoso, tan bueno como grande, debería crear un ser previendo que, después de cincuenta o sesenta años de existencia febril, sería arrojado a la desgracia eterna, es una blasfemia. ¿De qué se alimentará el gusano que nunca va a morir? De la insensatez, de la ignorancia, decís. ¡Me ruborizaría indignada al extraer la conclusión natural, si pudiera insertarla, y desearía retirarme de la protección de mi Dios! De acuerdo con semejante suposición, y hablo con reverencia, El sería un fuego arrollador^[11]. ¡Deberíamos desear, aunque en vano, huir de su presencia, cuando el miedo se apodere del amor y la oscuridad envuelva todos sus consejos!

Sé que muchas personas devotas presumen de someterse ciegamente a la voluntad de Dios, como a un cetro o tiranía arbitraria, bajo el mismo principio que los indios rinden culto al diablo. En otras palabras, como si fueran asuntos comunes de la vida, la gente rinde homenaje al poder y se arrastra bajo el pie que puede aplastarla. La religión racional, por el contrario, es el sometimiento a la voluntad de un Ser con una

sabiduría tan perfecta, que todas sus voluntades deben ser guiadas por un motivo adecuado, que debe ser razonable.

Y si, por tanto, respetamos a Dios de este modo, ¿podemos dar crédito a las insinuaciones misteriosas que insultan sus leyes? ¿Podemos creer, incluso aunque fuera obvio, que obraría un milagro para permitir la confusión sancionando un error? Debemos admitir estas conclusiones impías o tratar con desprecio toda promesa de recobrar la salud de un cuerpo enfermo a través de medios sobrenaturales o de predecir los incidentes que sólo Dios puede ver por anticipado.

Sección II

Otro ejemplo de esa debilidad femenina de carácter, con frecuencia producida por una educación limitada, es el giro romántico de la mente, que se ha denominado muy adecuadamente *sentimental*.

Las mujeres, sujetas por la ignorancia a sus sensaciones, y al haber sido educadas solamente para buscar la felicidad en el amor, perfeccionan sus sentimientos sensuales y adquieren nociones metafísicas respecto a la pasión, que las llevan a descuidar de forma vergonzosa las obligaciones de la vida, y con frecuencia, en medio de estos refinamientos sublimes, caen en el verdadero vicio.

Éstas son las mujeres que se entretienen con las ensoñaciones de los novelistas estúpidos, que, sabiendo muy poco de la naturaleza humana, construyen relatos manidos y describen escenas rimbombantes, todo ello narrado con una jerga sentimental que tiende de igual forma a corromper el gusto y a apartar al corazón de sus deberes diarios. No menciono el entendimiento, pues, al no haber sido ejercitado, sus energías dormidas permanecen inactivas, como las partículas de fuego ocultas que de forma universal, se supone, permean la materia.

De hecho, al negarse a las mujeres todos los privilegios políticos y no permitírseles una existencia civil como casadas, salvo en casos de delito, han vuelto su atención de forma natural del interés del conjunto de la comunidad al de las partes más pequeñas, aunque el deber privado de cualquier miembro de la sociedad debe cumplirse de forma muy imperfecta cuando no está conectado con el bien general. La gran misión, o el gran objetivo de la vida femenina, es complacer, y al impedírsele ocuparse de asuntos más importantes debido a la opresión política y civil, los sentimientos se vuelven acontecimientos y la reflexión profundiza en lo que debiera desaparecer y hubiera desaparecido si se hubiera permitido al entendimiento tener mayor alcance.

Pero, confinadas a ocupaciones intrascendentes, se empapan con naturalidad de las opiniones que inspira el único tipo de lectura calculada para interesar a una mente inocente y frívola. Incapaces de comprender nada de alcance, ¿resulta sorprendente que encuentren la lectura de la historia una tarea ardua y las disquisiciones dirigidas al conocimiento intolerablemente tediosas y casi ininteligibles? De este modo,

dependen por necesidad de los novelistas para el entretenimiento. Sin embargo, cuando me manifiesto en contra de los novelistas, lo hago comparándolos con aquellas obras que excitan el entendimiento y regulan la imaginación. Porque pienso que es mejor cualquier tipo de lectura que dejar en blanco lo que todavía está en blanco, porque la mente puede recibir cierta ampliación y fortalecerse un poco mediante un ligero ejercicio de sus capacidades para pensar. Además, incluso las obras que sólo se dirigen a la imaginación sitúan al lector un poco por encima de la burda satisfacción de los apetitos, a los que la mente no ha concedido una sombra de delicadeza.

Esta observación es el resultado de la experiencia, pues he conocido a varias mujeres notables, y a una en particular, que era muy buena, tanto como su mente limitada le permitía ser, la cual puso gran cuidado en que sus tres hijas nunca leyeran una novela. Como era una mujer de fortuna y a la moda, tenía varios maestros para atenderlas y una especie de institutriz que vigilaba sus pasos. De los maestros aprendieron cómo se decía, en francés e italiano, mesa, sillas, etc., pero como los pocos libros que caían en sus manos estaban muy por encima de sus capacidades o eran piadosos, no adquirieron ideas ni sentimientos, y pasaban el tiempo, cuando no se las obligaba a repetir *palabras*, vistiéndose, peleándose entre ellas o conversando con sus sirvientas a escondidas, hasta que fueron presentadas en sociedad como jóvenes casaderas.

Su madre, viuda, estuvo ocupada todo ese tiempo en mantener sus contactos, como llamaba ella a sus numerosos conocidos, no fuera que sus hijas carecieran de una introducción adecuada en el gran mundo. Y esas señoritas, con unas mentes vulgares en todos los sentidos del término y unos caracteres echados a perder, se introdujeron en la vida infladas por nociones de la importancia de sí mismas y miraban por encima del hombro a quienes no podían competir con ellas en vestuario y ostentación.

Con respecto al amor, la Naturaleza, o sus niñeras, se habían cuidado de enseñarles el significado físico de la palabra; y como tenían pocos temas de conversación, y menos refinamiento de sentimientos, expresaban sus vulgares deseos con frases no muy delicadas cuando hablaban abiertamente del matrimonio.

¿Podría haber dañado a estas muchachas la lectura de novelas? Casi olvidaba un ligero matiz en el carácter de una de ellas: simulaba una simpleza cercana a la insensatez, y con una sonrisa tonta formulaba las preguntas y los comentarios más inmodestos, cuyo pleno significado había aprendido mientras se encontraba retirada del mundo, y tenía miedo de hablar en presencia de su madre, que gobernaba con mano dura. Todas ellas fueron educadas, como ella se enorgullecía en afirmar, de la manera más ejemplar, y leían sus capítulos y salmos antes de desayunar, sin tocar nunca una tonta novela.

Este es sólo un ejemplo, pero recuerdo muchas otras mujeres que, por no haber recibido paso a paso los estudios adecuados y no permitírseles elegir por sí mismas,

han sido niñas grandes. O han conseguido, al mezclarse en el mundo, un poco de lo que habitualmente se denomina sentido común, es decir, una forma precisa de ver los hechos comunes, desde una perspectiva distanciada. Pero lo que merece el nombre de intelecto, el poder de adquirir ideas generales o abstractas, o incluso intermedias, se encontraba fuera de cuestión. Sus mentes estaban inactivas, y, cuando no las provocaban objetos sensibles u ocupaciones de ese tipo, estaban bajas de ánimo, lloraban o se iban a dormir.

Por tanto, cuando aconsejo a mi sexo que no lea semejantes obras ligeras, es para inducirlas a leer algo superior, pues coincido en la opinión de un hombre sagaz que tenía una hija y una sobrina bajo su cuidado y siguió un plan muy diferente con cada una.

La sobrina, que poseía capacidades considerables, antes de que la dejaran a su cargo, se había entregado a la lectura sin orden alguno. Se afanó en orientarla hacia los ensayos morales y la historia, y lo consiguió, pero permitió a su hija, a quien una madre débil y cariñosa había consentido, de forma que se volvió remisa a cualquier cosa como la dedicación, leer novelas, justificándolo al decir que, si alguna vez desarrollaba un gusto por ellas, tendría alguna base sobre la que construir, y que las opiniones erróneas eran mejores que ninguna.

De hecho, la mente femenina se ha abandonado tanto, que sólo se podía adquirir conocimiento de esta fuente turbia, hasta que algunas mujeres de talentos superiores aprendieron a despreciarlas^[12].

Considero que el mejor método que puede adoptarse para corregir la afición por las novelas es ridiculizarlas, no de forma indiscriminada, porque entonces tendría poco efecto; pero si una persona juiciosa, con algún sentido del humor, leyera algunas a una joven y subrayase, mediante la entonación y comparaciones apropiadas con patéticos hechos y personajes heroicos de la historia, de qué modo tan insensato y ridículo caricaturizan la naturaleza humana, las opiniones justas podrían sustituir a los sentimientos románticos.

Sin embargo, en un aspecto se asemejan la mayoría de seres de ambos sexos y muestran por igual una carencia de gusto y modestia. Las mujeres ignorantes, forzadas a ser castas para preservar su reputación, permiten que su imaginación se deleite en las escenas artificiales y engañosas esbozadas por los novelistas de la época, despreciando por insípida la dignidad sobria y los encantos maternos de la historia^[iii], mientras que los hombres muestran el mismo gusto viciado en la vida, buscan a la licenciosa para entretenerse, huyendo de los encantos sencillos de la virtud y de la grave respetabilidad de juicio.

Además, la lectura de las novelas hace que a las mujeres, y de modo particular a las damas elegantes, les guste utilizar expresiones potentes y superlativos en la conversación y, aunque la vida artificial y disipada que llevan evita que alberguen alguna pasión fuerte y legítima, el lenguaje de la pasión, en un tono afectado, se

desliza a todas horas de su lengua suelta, y cualquier nimiedad produce esas explosiones fosfóricas que sólo parodian en la oscuridad la llama de la pasión.

Sección III

La ignorancia y la astucia mal entendida, que la naturaleza agudiza en las cabezas débiles como un principio de autopreservación, llevan a la mujer a ser muy aficionada a los vestidos y produce toda la vanidad que puede esperarse que semejante inclinación genere de modo natural, hasta la exclusión de la emulación y la magnanimidad.

Estoy de acuerdo con Rousseau en que la parte física del arte de agradar consiste en los adornos, y por esa misma razón yo guardaría a las niñas de esa afición contagiosa hacia los vestidos, tan común entre las mujeres débiles, para que no se queden en la parte física. Pero débiles son las mujeres que imaginan que pueden gustar mucho tiempo sin la ayuda de la mente o, en otras palabras, sin el arte moral de complacer. Pero el arte moral, si no es una profanación emplear el término arte cuando se alude al encanto que es un efecto de la virtud y no el motivo de la acción, nunca se puede encontrar con la ignorancia. La vivacidad de la inocencia, tan placentera para los libertinos refinados de ambos sexos, difiere mucho en su esencia de esta gracia superior.

En los Estados bárbaros, siempre se aprecia una fuerte inclinación por los adornos externos, y sólo se adornan los hombres, no las mujeres. Porque allí donde se ha permitido a las mujeres estar al mismo nivel que los hombres, la sociedad ha avanzado, al menos, un paso en civilización.

Por lo tanto, creo que la atención hacia el vestido, que se había considerado una inclinación sexual, resulta una inclinación natural de la humanidad. Pero debería explicarme con mayor precisión. Cuando la mente no se encuentra lo suficientemente abierta a experimentar placer con la reflexión, el cuerpo se adornará con un cuidado diligente y aparecerá la ambición por pintarse o tatuarse.

Esta inclinación primera es llevada tan lejos, que ni siquiera el yugo infernal de la esclavitud puede contener el deseo salvaje de admiración que los héroes negros heredan de sus padres, pues todos los ahorros duramente ganados de un esclavo son gastados de manera generalizada en una gala vistosa. Y rara vez he conocido a algún sirviente, masculino o femenino, al que no le atrajera de manera particular la afición por el vestir. Sus ropas eran sus riquezas y, análogamente, argumento que la inclinación hacia la indumentaria, tan extravagante en las mujeres, surge de la misma causa: la carencia de una mente cultivada. Cuando los hombres se encuentran, conversan acerca de negocios, de política o de literatura, pero Swift afirma: «con cuánta naturalidad las mujeres tocan con sus manos las cintas y los volantes de la otra»^[13]. Y es muy natural, ya que no tienen ningún asunto que les interese, no les gusta la literatura y encuentran la política árida, porque no han adquirido un amor por

la humanidad desviando sus pensamientos hacia los grandes objetivos que exaltan la raza humana y promueven la felicidad general.

Además, varios son los senderos hacia el poder y la fama que los hombres persiguen por accidente o elección, y aunque chocan entre sí, pues los hombres de la misma profesión rara vez son amigos, existe un número mucho mayor de sus semejantes con los que nunca entran en conflicto. Pero las mujeres están situadas de modo muy diferente unas respecto de las otras, ya que todas son rivales.

Antes del matrimonio, su ocupación es agrandar a los hombres, y después, con unas pocas excepciones, siguen la misma fragancia con toda la perseverante pertinencia del instinto. Ni siquiera las mujeres virtuosas olvidan su sexo cuando se encuentran en compañía, pues siempre están tratando de ser agradables. Una belleza femenina y un hombre de ingenio parecen encontrarse igualmente ansiosos por atraer hacia ellos mismos la atención de la compañía, y es legendario el rencor de los ingeniosos contemporáneos.

¿Sorprende entonces la rivalidad perpetua, cuando la única ambición de la mujer se centra en la belleza, y el interés da a la vanidad un impulso adicional? Todas corren en la misma carrera y se situarían por encima de la virtud de los mortales si no se miraran con ojos sospechosos e incluso envidiosos.

Una inclinación inmoderada por el vestido, el placer y el poder es la pasión de los salvajes; las pasiones que ocupan a esos seres incivilizados que aún no han desarrollado el dominio de la mente o ni siquiera han aprendido a pensar con la energía necesaria para unir esa cadena abstracta de pensamientos que producen los principios. Y no creo que sea objeto de discusión el hecho de que las mujeres, debido a su educación y al estado actual de la vida civilizada, se hallen en la misma situación. Reírse de ellas o satirizar las insensateces de un ser al que nunca se le ha permitido actuar con libertad bajo la luz de su propia razón, es tan absurdo como cruel; porque lo más natural y cierto es que, tras enseñarles a obedecer de modo ciego, tratarán de eludir astutamente la autoridad.

Ahora bien, pruébese que deben obedecer al hombre incondicionalmente, y yo admitiré de inmediato que el deber de la mujer es cultivar una inclinación por el vestir, con el fin de complacer, y una propensión a la astucia para garantizar su propia conservación.

Sin embargo, las virtudes que se apoyan en la ignorancia deben ser inestables por siempre, pues una casa construida sobre la arena no podría aguantar una tormenta^[14]. Resulta casi innecesario realizar la inferencia. Si las mujeres han de volverse virtuosas mediante la autoridad, lo cual es una contradicción en los términos, que se las encierre en serrallos y se las vigile con mirada celosa. No temáis que el hierro penetre en sus almas, ya que las almas que pueden soportar semejante tratamiento están hechas de materiales maleables, avivados sólo lo suficiente para dar vida al cuerpo.

teria demasiado blanda para guardar una marca duradera a distingue mejor por ser morena, castaña o rubia^[15].

Las heridas más crueles se curarán pronto, por supuesto, y puede que todavía habiten el mundo y se vistan para complacer al hombre —propósitos únicos para los que fueron creadas, de acuerdo con ciertos escritores celebrados.

Sección IV

Se supone que las mujeres poseen más sensibilidad, e incluso humanidad, que los hombres y se presentan como pruebas sus profundos apegos y sus instantáneas emociones de compasión; pero el aferrado afecto de la ignorancia rara vez tiene algo de noble y puede ser atribuido principalmente al egoísmo, como el de los niños y los animales. He conocido a muchas mujeres débiles, cuya sensibilidad se encontraba completamente absorbida por sus maridos y, en cuanto a su humanidad, en efecto, era muy débil o, más bien, sólo una emoción pasajera de compasión. La humanidad no consiste «en un oído escrupuloso», afirma un eminente orador. «Pertenece a la mente, así como a los nervios».

Pero esta suerte de afecto exclusivo, aunque degrada al individuo, no debería presentarse como una prueba de la inferioridad del sexo, pues es la consecuencia natural de unas miras limitadas. Incluso las mujeres de entendimiento superior, al dirigir su atención hacia pequeñas tareas y planes privados, rara vez se elevan a la altura del heroísmo, a menos que las anime el amor. Y éste, como una pasión heroica, al igual que el genio, aparece sólo una vez en un siglo. Por tanto, estoy de acuerdo con el moralista que afirma «que la mujer rara vez posee tanta generosidad como el hombre»^[16], y en que sus estrechos afectos, a los que con frecuencia se sacrifican la justicia y la humanidad, convierten a su sexo en algo en apariencia inferior, especialmente cuando se inspiran habitualmente en los hombres. Pero sostengo que, si no se oprimiera a las mujeres desde la cuna, el corazón se ensancharía a la vez que el entendimiento ganaría fuerza.

Sé que un poco de sensibilidad y una gran debilidad producirán un afecto sexual muy fuerte y que la razón debe cimentar la amistad. Por consiguiente, admito que se ha de encontrar mayor amistad en el mundo masculino que en el femenino, y que los hombres tienen un mayor sentido de la justicia. De hecho, los afectos exclusivos de las mujeres parecen asemejarse al injusto amor de Catón por su pueblo. Quiso aplastar Cartago no para salvar a Roma sino para promover su vanagloria, y, en general, se sacrifica a la humanidad por principios similares, porque los deberes genuinos se apoyan mutuamente.

Además, ¿cómo pueden ser las mujeres justas o generosas, cuando son las esclavas de la injusticia?

Sección V

Como se ha insistido justamente en que el destino específico de la mujer es la crianza de los hijos, esto es, el establecimiento de las bases para que la nueva generación tenga una salud sólida tanto de cuerpo como de alma, la ignorancia que las incapacita debe ser contraria al orden de las cosas. Y sostengo que sus mentes pueden dar mucho más de sí, y así debe ser, o nunca se convertirán en madres juiciosas. Muchos hombres se dedican a la cría de caballos y supervisan la administración del establo, pero, debido a una extraña falta de sentido y sentimiento, se considerarían degradados por prestar alguna atención a sus hijos pequeños; del mismo modo que ¡cuántos niños son asesinados por la ignorancia de las mujeres! Pero cuando se escapan y no son destruidos por la negligencia desnaturalizada ni por el cariño ciego, ¡qué pocos son educados apropiadamente, en relación con la mente infantil! Así que para domar su espíritu, al que se ha permitido viciarse en casa, se manda al niño a la escuela; y los métodos allí utilizados, que son necesarios para mantener en orden a muchos niños, esparcen las semillas de casi todos los vicios en la tierra que ha sido de este modo arada a la fuerza.

A veces, he comparado las peleas de estos pobres niños, que nunca debieron sentirse reprimidos ni se hubieran sentido así si hubieran sido sujetados con mano firme, con los corcovos desesperados de una potranca inquieta que he visto domar en una playa: sus patas se hundían más y más en la arena cada vez que se esforzaba por desprenderse de su jinete, hasta que al fin se rendía malhumoradamente.

Los caballos siempre me han parecido muy manejables, animales por los que siento un gran apego, cuando se los trata con humanidad y firmeza, así que dudo que los métodos violentos que se emplean para domarlos no los dañen de modo esencial. Sin embargo, estoy segura de que nunca debería amansarse a un niño a la fuerza tras habersele consentido antes correr salvaje, insensatamente, pues toda violación de la justicia y la razón, en el trato a los niños, debilita su razón. Y adquieren el carácter tan pronto, que la base del carácter moral, según me lleva a inferir la experiencia, se fija antes de los siete años, periodo durante el que se asigna a las mujeres el cuidado exclusivo de los niños. Después sucede con demasiada frecuencia que la mitad de la tarea de la educación consiste en corregir —y de modo muy imperfecto, si se hace apresuradamente— los defectos que nunca habrían adquirido si sus madres hubieran tenido más entendimiento.

No debe omitirse un ejemplo muy llamativo de la insensatez de las mujeres: el modo en el que tratan a los sirvientes en presencia de los niños, permitiéndoles suponer que deben atenderlos y soportar sus humores. Un niño debiera recibir siempre la ayuda de un hombre o una mujer como un favor; y, como primera lección de independencia, se le debe enseñar de modo práctico, mediante el ejemplo de su madre, a no pedir asistencia personal, lo cual es una ofensa a la humanidad cuando se está sano. Y en lugar de llevarlos a asumir aires de importancia, un sentido de su

propia debilidad debería hacerles percibir la igualdad natural del hombre. No obstante, con cuánta frecuencia he escuchado indignada llamar a los sirvientes con urgencia para que lleven a los niños a la cama y se los ha despedido, una y otra vez, porque el señor o la señorita se colgaban de mamá para quedarse un ratito más. De este modo, atendido sumisamente el pequeño ídolo, eran exhibidos todos los humores desagradables que caracterizan a un niño malcriado.

En resumen, si hablamos de la mayoría de las madres, dejan por entero a sus hijos al cuidado de la servidumbre o, por ser sus hijos, los tratan como si fueran semidioses, aunque siempre he observado que las mujeres que así los idolatran rara vez muestran humanidad hacia los sirvientes o sienten un mínimo de ternura por ningún niño excepto los suyos.

No obstante, estos afectos exclusivos y una manera singular de ver las cosas, producida por la ignorancia, son los que mantienen a la mujer por siempre parada en cuanto a su perfeccionamiento y hacen que muchas de ellas dediquen sus vidas a sus hijos sólo para debilitar sus cuerpos y estropear sus temperamentos, frustrando también todo plan de educación que un padre más racional pudiera adoptar, porque, salvo que la madre esté de acuerdo, un padre que sea firme siempre será considerado un tirano.

Pero al cumplir los deberes de una madre, una mujer de constitución sana debe seguir manteniendo su persona escrupulosamente limpia y ayudar, si es necesario, a mantener a su familia, o perfeccionar su mente mediante la lectura y la conversación con ambos sexos sin distinción. Porque la naturaleza ha ordenado las cosas de modo tan sabio, que si las mujeres amamantaran a sus hijos conservarían su propia salud y habría tal intervalo entre el nacimiento de cada hijo que rara vez veríamos una casa llena de niños^[17]. Y si guardasen un plan de conducta y no malgastasen su tiempo en seguir los caprichos de la moda del vestir, la administración de su hogar y de sus hijos no las excluiría de la literatura o les impediría vincularse a una ciencia con esa concentración que fortalece la mente, o practicar alguna de las bellas artes que cultivan el gusto.

Pero ir de visita para presumir con las mejores galas, los juegos de cartas y los bailes, por no mencionar las frívolas actividades matutinas, las apartan de sus obligaciones para volverlas insignificantes, para volverlas agradables, de acuerdo con la acepción actual de la palabra, a todos los hombres, menos a sus maridos. Porque no puede decirse que una serie de placeres en los que no se ejercitan los afectos perfecciona el entendimiento, aunque se le llame erróneamente ver mundo; además, el corazón se vuelve frío y reacio a la obligación, debido a semejantes relaciones insensatas, que el hábito hace necesarias pese a que hayan dejado de ser agradables.

No obstante, no veremos mujeres afectuosas hasta que se establezca una mayor igualdad en la sociedad, hasta que los rangos se confundan y las mujeres se liberen; ni veremos esa felicidad doméstica dignificada, la grandeza sencilla que no pueden disfrutar las mentes ignorantes o viciadas; ni comenzará con propiedad la importante

tarea de la educación mientras se prefiera la persona de su mujer a su mente. Porque sería tan sabio esperar maíz de la cizaña o higos del cardo^[18], como esperar que una mujer insensata e ignorante sea una buena madre.

Sección VI

No es necesario informar al lector perspicaz, ahora que llego a mis reflexiones concluyentes, de que la discusión de este tema consiste simplemente en sentar unos pocos principios sencillos y depurarlos de las pamplinas que los oscurecían. Pero, como no todos los lectores son perspicaces, se me debe permitir añadir algunas consideraciones explicativas para convencer de la razón del tema, esa razón perezosa que supinamente toma las opiniones como si fueran verdades y las apoya obstinadamente para evitarse el trabajo de pensar.

Los moralistas han acordado por unanimidad que, a menos que la virtud se alimente de la libertad, nunca obtendrá la fuerza debida, y lo que afirman de los hombres, lo extendiendo a la humanidad, insistiendo en que en todos los casos la moral debe estar fundamentada en principios inmutables, y no se puede llamar racional o virtuoso a un ser que no obedezca a otra autoridad que no sea la razón.

Argumento que, para que las mujeres se vuelvan miembros verdaderamente útiles de la sociedad, se las debe llevar, a través del cultivo de sus entendimientos a gran escala, a adquirir un afecto racional por su país, fundado en el conocimiento, pues es obvio que estamos poco interesados en aquello que no comprendemos. Y, para conceder la importancia debida a este conocimiento general, he intentado mostrar que los deberes privados nunca se cumplen de modo apropiado a menos que el entendimiento ensanche el corazón, y que la virtud pública es sólo un agregado de la privada. Pero las distinciones que se establecen en la sociedad socavan ambas, golpeando el oro macizo de la virtud hasta que se convierte sólo en la pátina dorada del vicio. Porque mientras la riqueza haga a un hombre más respetable que la virtud, se perseguirá la primera antes que la última; y mientras se acaricien los cuerpos de las mujeres, cuando su sonrisa boba e infantil muestra ausencia de mente, ésta permanecerá en barbecho. Además, la verdadera voluptuosidad debe provenir de la mente, pues ¿qué puede equiparar las sensaciones producidas por el afecto correspondido que descansa en el mutuo respeto? ¿Qué son las frías o febriles caricias del apetito, sino el pecado abrazando la muerte, en comparación con los modestos comportamientos de un corazón puro y una imaginación exaltada? Sí, permítaseme decirle al libertino de la imaginación, cuando desprecia el entendimiento en la mujer: ¡que la mente que ignora, que él desprecia, da vida al afecto entusiasta del que sólo puede fluir el breve éxtasis, breve como es! Y que, sin virtud, el apego sexual se extinguiría, como el sebo de una vela en el candelero, originando una repulsión intolerable. Para probarlo, sólo necesito observar que los hombres que han malgastado gran parte de sus vidas con mujeres con las que han perseguido el placer

con entusiasta sed, albergan la opinión más miserable sobre el sexo. ¡Virtud que de verdad purificas el gozo, si los hombres necios te hubieran ahuyentado de la tierra para dar rienda suelta a todos sus apetitos sin control, alguna criatura sensual con gusto subiría a los cielos para invitarte a regresar y dar vigor al placer!

Creo que no admite disputa que la ignorancia, en el presente, ha convertido a las mujeres en insensatas o viciosas. Y parece surgir de la observación, al menos con cierto aire de probabilidad, que con una REVOLUCION en la conducta femenina podrían esperarse los efectos más saludables, tendentes a mejorar a la humanidad. Pues, como se ha llamado al matrimonio el padre de esas encantadoras bondades que apartan al hombre de las manadas animales, la relación corrupta que la riqueza, la ociosidad y la insensatez produce entre los sexos es universalmente más dañina para la moralidad que el resto de los vicios de la humanidad considerada en su conjunto. Los deberes más sagrados son sacrificados a la lujuria adúltera, pues, antes del matrimonio, los hombres, mediante una intimidad promiscua con las mujeres, aprendieron a considerar el amor como una satisfacción egoísta, aprendieron a separarlo no sólo de la estima, sino del afecto meramente basado en el hábito, que se mezcla con un poco de humanidad. La justicia y la amistad también son desafiadas, y se vicia esa pureza de gusto que conduciría al hombre de forma natural a saborear las auténticas muestras de cariño, más que las apariencias de afecto. Pero esa noble sencillez del afecto que se atreve a aparecer sin adornos posee pocos atractivos para el libertino, aunque sea el encanto que, al cimentar el lazo matrimonial, asegura a las promesas de una pasión más cálida^[19] la necesaria atención paternal; pues los niños nunca serán educados adecuadamente mientras no exista amistad entre los padres. La virtud se escapa de un hogar dividido^[20] y una legión completa de demonios^[21] establecerán su residencia en él.

El afecto de los esposos y las esposas no puede ser puro cuando poseen tan pocos sentimientos en común, y cuando existe tan poca confianza en el hogar, como debe ser el caso cuando sus ocupaciones son tan diferentes. Esa intimidad de la que brota la ternura no subsistirá, no podrá subsistir entre los viciosos.

Por lo tanto, al afirmar que resulta arbitraria la distinción sexual en la que los hombres han insistido con tanto entusiasmo, me he detenido en una observación que varios hombres juiciosos con los que he conversado acerca de este asunto consideran bien fundada. Y es simplemente ésta, que la escasa castidad que puede encontrarse entre los hombres, y, por consiguiente, el desprecio de la modestia, tiende a degradar a ambos sexos; más aún, que la modestia femenina, caracterizada como tal, con frecuencia será el velo astuto de la indecencia, en lugar del reflejo natural de la pureza mientras la modestia no sea respetada universalmente.

Creo firmemente que la gran mayoría de la insensatez femenina procede de la tiranía masculina; y la astucia, que admito, forma parte en el presente de su carácter, se produce por la opresión, como me he esforzado igualmente por probar.

¿No fueron, por ejemplo, los disidentes^[22] una clase de personas, con estricta verdad, caracterizadas como astutas?, ¿y no puedo incidir sobre esto para probar que, cuando un poder que no sea la razón reprime el libre espíritu del hombre, se practica el disimulo y da lugar de modo natural a variadas triquiñuelas? La gran atención al decoro, que fue llevada a un grado de suma escrupulosidad, todo ese bullicio pueril acerca de asuntos sin importancia y la consiguiente solemnidad que la caricatura de un disidente realizada por Butler^[23] trae a la imaginación, daban forma a sus cuerpos y a sus mentes con el molde de la mojigatería decorosa. Hablo en conjunto, ya que sé cuántas personas ejemplares se han inscrito entre los sectarios. Sin embargo, afirmo que el mismo prejuicio estrecho por su secta, que tienen las mujeres por sus familias, prevaleció en la parte disidente de la comunidad, por muy meritorio que fuese en otros aspectos; y también que la misma tímida prudencia o los esfuerzos obstinados deshonoran a menudo las obras de ambos. De este modo, la opresión ha formado muchos de los rasgos de su carácter para hacerlo coincidir a la perfección con los de la parte oprimida de la mitad de la humanidad, pues ¿no es sabido que los disidentes disfrutaban, como las mujeres, de deliberar juntos y darse consejos unos a otros, hasta que una complicada serie de planes provocaba su fin? Una atención similar por conservar la reputación era manifiesta en el mundo de los disidentes y en el femenino, y era producida por una causa similar.

Al afirmar los derechos por los cuales las mujeres deben combatir en común con los hombres, no he intentado atenuar sus faltas, sino probar que son el resultado natural de su educación y su posición en la sociedad. Si es así, es razonable suponer que cambiarán su carácter y corregirán sus vicios e insensatez cuando se las permita ser libres en un sentido físico, moral y civil^[iii].

Que la mujer comparta los derechos del hombre y emulará sus virtudes, pues se perfeccionará si se emancipa, o justificará la autoridad que encadena a semejante ser débil a su deber. En el último caso, sería recomendable abrir un nuevo comercio de látigos con Rusia, un regalo que un padre debería hacer siempre a su yerno el día de su boda, para que un marido pueda mantener en orden a toda su familia con los mismos medios y sin violación del reino de la justicia, empuñando este cetro, dueño único de su hogar, pues es el único ser en él que posee razón: la divina e irrevocable soberanía terrenal que el Señor del universo alentó en el hombre. Al admitir esta posición, las mujeres no tienen derechos inherentes que reclamar y, por la misma regla, sus deberes desaparecen, pues derechos y deberes son inseparables.

Luego sed justos, ¡oh, hombres de entendimiento!, y no señaléis los errores de las mujeres con mayor severidad que las maliciosas jugarretas del caballo o del asno a los que suministráis forraje. Y conceded el privilegio de la ignorancia a quienes negáis los derechos de la razón, o seréis peores que los capataces egipcios, al esperar virtud donde la Naturaleza no ha dado entendimiento.



MARY WOLLSTONECRAFT (27 de abril de 1759-10 de septiembre de 1797) fue una filósofa y escritora inglesa. Considerada una de las grandiosas figuras del mundo moderno, escribió novelas, cuentos, ensayos, tratados, un relato de viaje y un libro de literatura infantil. Como mujer del siglo XVIII, fue capaz de establecerse como escritora profesional e independiente en Londres, algo inusual para la época. En su obra *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), argumenta que las mujeres no son por naturaleza inferiores al hombre, sino que parecen serlo porque no reciben la misma educación, y que hombres y mujeres deberían ser tratados como seres racionales. Imagina, asimismo, un orden social basado en la razón. Con esta obra, estableció las bases del feminismo moderno y la convirtió en una de las mujeres más populares de Europa de la época.



MARTA LOIS es doctora en Ciencia Política y profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Santiago de Compostela. Desarrolla su actividad investigadora en el campo de la teoría política feminista, poder, género y toma de decisiones y políticas públicas de igualdad. Desde finales del año 2009 coordina el nuevo Grupo Interuniversitario de Innovación docente en Ciencias Jurídicas e Sociales. Ha impartido docencia en Teoría Política Contemporánea, Ciencia Política y Teoría del Estado desde el año 2002. Entre sus publicaciones destacan: Lois, M. y Diz, I. (2012) *¿Han conquistado las mujeres el poder político? Un análisis de la presencia de las mujeres en las instituciones autonómicas*, Madrid, Catarata; Lois, M. y Diz, I. (2011) «La institucionalización de la igualdad de género en Galicia: un camino abierto», en *Gestión y Análisis de Políticas Públicas; y Mujeres, Instituciones y Política* (editado por M. Lois e I. Diz, Barcelona, Bellaterra, 2007).

NOTAS

[1] Véase C. Amorós, «Feminismo, Ilustración y misoginia romántica», en F. Birulés (comp.), *Filosofía y género. Identidades femeninas*, Pamiela, 1992. <<

[2] Antes de la Primera Guerra Mundial, sólo Finlandia y Noruega reconocen el sufragio a las mujeres. Inmediatamente después de este conflicto se implanta en Austria, Dinamarca y Alemania. Irlanda y Gran Bretaña lo reconocen entre 1918 y 1928; Holanda y Suecia a principios de la década de 1920, España en 1931, y Francia, Italia y Bélgica tras la Segunda Guerra Mundial. En Suiza, como se menciona en el texto, las mujeres acceden al voto 123 años después de que el mismo derecho fuera reconocido a los hombres, debido a que en los referéndums convocados sobre el derecho al sufragio femenino ganaba sistemáticamente el no. <<

[3] Véase *Mujer en cifras 2003*, Instituto de la Mujer (www.mtas.es/mujer/mcifras).
<<

[4] Consúltese A. Phillips, *The Politics of Presence*, Oxford, Oxford University Press, 1995. <<

[5] Mary Wollstonecraft vive un episodio muy revelador de lo que ya comienza a ser su vida de lucha y emancipación contra la opresión de la mujer. Su hermana Elizabeth, casada con Meredith Bishop, abandonó su hogar conyugal alentada por ella, desafiando a la sociedad de la época y a todos los convencionalismos. Consúltese el capítulo cinco del interesante y actualizado estudio biográfico de J. Todd, *Mary Wollstonecraft, a revolutionary life*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2000. <<

[6] Véase H. N. Brailsford, *Shelley, Godwin y su círculo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986. <<

[7] Mary Wollstonecraft sintió una gran atracción por este hombre casado que frecuentaba el círculo de Johnson. Según las *Memoirs* de Godwin, lo que la autora inglesa había experimentado era un enamoramiento en contra de su voluntad y su razón, convirtiéndose dicha relación en «una fuente de perpetuo tormento» (*Memoirs of the Author of «The rights of woman»* [1798], Richard Holmes (ed.), Nueva York, Penguin Books, 1987). Para estudiar la posible influencia de Wollstonecraft en la pintura de Fuseli, véase P. Tomory, *The Life and Art of Henry Fuseli*, Londres, Thames and Hudson, 1972. <<

[8] Tras el éxito de la primera edición, a finales de 1790, se reeditó ya con el nombre de su autora. <<

[9] Véase el capítulo 3 («The Rebel Writer and the Rights of Men») en el que Gunther-Canada desarrolla estas ideas: W. Gunther-Canada, *Rebel Writer*, Northern Illinois University Press, 2001. Supone una excepcional reflexión acerca del feminismo de Wollstonecraft y su genuina aportación al debate clásico de la teoría política. Una aportación que volvió más compleja la discusión acerca de la diferencia sexual y la igualdad política. <<

[10] Durante el periodo de 1789-1793 las mujeres dan visibilidad a sus peticiones irrumpiendo en la esfera pública, en ocasiones de manera aislada, otras colectivamente. Los llamados *Cuadernos de quejas* fueron redactados en 1789 para hacer llegar las quejas de los estamentos a los Estados Generales convocados por Luis XVI. Estos cuadernos dan muestra de la diversidad de peticiones de las mujeres que, desde las nobles hasta las religiosas, pasando por las del Tercer Estado, solicitaban el derecho al trabajo, a la educación, los derechos matrimoniales y también el derecho al voto. <<

[11] Los textos constitucionales del momento plasmaron algunos avances en relación a los derechos de las mujeres. Así, por ejemplo, la Constitución francesa de 1791 marcó la mayoría de edad para hombres y mujeres en los veintiún años y consideró el matrimonio como un contrato civil. Asimismo, la ley de 1790 abolía el derecho de primogenitura masculino, y la de 1792 reconocía el divorcio en pie de igualdad de ambos cónyuges. En 1793, bajo el primer proyecto de Código Civil, la madre tenía derecho a ejercer la patria potestad en las mismas condiciones que el padre. Consúltese G. Duby y M. Perrot, *Historia de las mujeres*, vol. 4, *El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2000. <<

[12] Condorcet es el autor de la época que más ha destacado por su defensa de los derechos de las mujeres, proclamando el optimismo ilustrado en el progreso y en la perfectibilidad de la humanidad. Los principios democráticos requieren la extensión de los derechos políticos (el derecho al voto y a ser elegido representante) a todas las personas. Condorcet defendía los mismos derechos naturales para hombres y mujeres.
<<

[13] Véase el estudio preliminar de Isabel Burdiel en la traducción de Cátedra de *Vindicación de los derechos de la mujer*, de 1996. <<

[14] Mary Wollstonecraft criticará el carácter nacional francés por su superficialidad y debilidad, aspectos que precisamente buscará erradicar de la personalidad de las mujeres y hombres británicos. Para profundizar en este aspecto se recomienda el artículo J. Wellington, «Blurring the Borders of Nation and Gender: Mary Wollstonecraft's Character (R)evolution», en A. Craciun y K. Lokke (eds.), *Rebellious Hearts: British Women Writers and the French Revolution*, Nueva York, State University of New York Press, 2001, pp. 34-35, 50-51. <<

[15] Véase M. Ferguson, «Mary Wollstonecraft and the Problematic of Slavery», en *Colonialism and Gender Relations from Mary Wollstonecraft to Jamaica Kincaid*, Nueva York, Columbia University Press, 1993. Ferguson hace alusión a algunos comentarios que Wollstonecraft realiza en el capítulo v de *Vindicación de los derechos de la mujer*, donde supuestamente alude a la revuelta de los esclavos en Haití en 1791. <<

[16] Asunto que la llevó a escribir una obra llamada *An Historical and Moral View of the Origin and Progress of the French Revolution and the Effect it has produced in Europe* [Análisis histórico y moral de la Revolución Francesa], publicada por Johnson en 1794. <<

[17] S. Trimmer, *Reflections on the Education*, Patemoster-Row, T. Longman, 1792.
<<

[18] Debemos subrayar que Mary Wollstonecraft no se centró únicamente en el estudio del *Emilio*, sino que conocía toda la obra rousseauiana. Entre sus escritos se encuentra una crítica a las *Confesiones* de Rousseau. <<

[19] J. J. Rousseau, *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* [1955] [ed. cast.: *Del Contrato Social. Discursos*, Madrid, Alianza, 1986], p. 181. <<

[20] E. Leites, *La invención de la mujer casta*, México, Siglo XXI, 1990. <<

[21] Para un análisis específico sobre este aspecto, consúltese M. Poovey, «A Vindication of the Rights of Woman and Female Sexuality», en el debate crítico de la segunda edición de *Vindicación* (M. Wollstonecraft, *Vindication of the Rights of Women*, ed. by Carol H. Poston, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1988), y el artículo «Wollstonecraft and Self-Control», en M. Poovey, *The Proper Lady and the Woman Writer: Ideology as Style in the Works of Mary Wollstonecraft, Mary Shelley, and Jane Austen*, Chicago, University of Chicago Press, 1984. <<

[22] C. Kaplan, «Wild Nights: Pleasure / Sexuality / Feminism», en *Sea Changes: Essays in Culture and Feminism*, Londres, Verso, 1986, pp. 38-39,45-46. <<

[23] Véase la p. 81 de la presente edición. <<

[24] Véanse las pp. 42 y 315 de la presente edición. <<

[25] V. Sapiro, *A Vindication of Political Virtue: The Political Theory of Mary Wollstonecraft*, Chicago, University of Chicago Press, 1992. <<

[26] Gunther-Canada, *op. cit.*, pp. 97 ss. <<

[27] La gran mayoría de los estudios realizados sobre Mary Wollstonecraft no abordan la relación de su orientación política y feminista con un sentido profundo de la espiritualidad y de fe religiosa. De hecho, la obra que aquí se presenta contiene numerosas referencias encubiertas a pasajes de la Biblia. Su orientación religiosa, así como su concepción de la deidad, conectan con la idea de la racionalidad, pero, al mismo tiempo, con un interés por un mundo sensible y de la imaginación acorde con su radicalismo romántico. Véase D. Robinson, «Theodicy versus Feminist Strategy in Mary Wollstonecraft's Fiction», en *Eighteenth-Century Fiction* 9, 2 (1997), y J. Whale, «Preparations for Happiness: Mary Wollstonecraft and Imagination», en P. Martin y R. Jarvis (eds.), *Reviewing Romanticism*, Nueva York, St. Martin's Press, 1992. <<

[28] Véase C. Pateman, *The Disorder of Women: Democracy, Feminism and Political Theory*, Cambridge, Polity, 1989, pp. 196-197. <<

[29] El debate más importante a partir de los años sesenta se centró en la división entre hombres y mujeres, que articuló la lógica del «nosotras» frente al «ellos». La discusión abarcaba la pregunta por la naturaleza de los géneros, así como cuestiones político-estratégicas. La «diferencia» era analizada, en unos casos, como construcción social de género —presente ya en Mary Wollstonecraft o Simone de Beauvoir—, o bien como elemento ontológico que determina maneras de ser diferentes para mujeres y hombres. Una discusión que da cuenta de la tensión reivindicativa entre la igualdad y la diferencia a través del dilema entre el *feminismo de la igualdad* y el *de la diferencia*. Para el feminismo de la igualdad la subordinación de la mujer se explica como un proceso sociocultural de formación de género a partir de una matriz que se considera puramente biológica: el sexo. Bajo esta corriente de tradición anglosajona se aceptan las definiciones de la cultura, los valores y la universalidad, pero se exige que se apliquen en los mismos términos para hombres y mujeres, reivindicando la igualdad en términos de derechos. Poner el acento en la diferencia de género significa perjudicar a las mujeres, pues equivale a marginarlas y excluirlas de todas aquellas actividades que contribuyen a la autorrealización de la persona, a saber, la política, el trabajo, etc. Es necesario velar por los derechos de las mujeres y la participación de las mismas en la sociedad, para acabar con su situación de subordinación en la sociedad, siempre en el marco de la institución familiar. La equiparación de los sexos ha sido el principio que ha articulado las vindicaciones del feminismo de la igualdad.

Diez años más tarde, en la década de los setenta surge un feminismo interesado en profundizar en la relación entre los sexos desde el punto de vista de la diferencia, en la sexualidad femenina y masculina como núcleo de la dominación patriarcal, dejando en un segundo plano el tema de la igualdad, para así construir un sujeto femenino con palabra e identidad propia. El feminismo de la diferencia, mayormente de tradición francesa, reivindica la esencia de lo femenino frente a los abusos de la identidad masculina a lo largo de la historia. Enfatiza la diferencia como valor, consagrando como cualidades todo aquello que relaciona a la mujer especialmente con la naturaleza, la maternidad, el cuidado, la sensibilidad, etc. Estos dos movimientos se han influenciado mutuamente, ya que el poder movilizador de lo «femenino» seducirá en algunos momentos a las defensoras de la igualdad, del mismo modo que las reivindicaciones efectuadas a favor de los derechos fundamentales también marcarán a las partidarias de la diferencia. Consúltese M. Lois, «La nueva ola del feminismo», en J. A. Mellón (ed.), *Las ideas políticas en el siglo XXI*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 163-180. <<

[30] Véase la p. 308 de la presente edición. <<

[31] La construcción esencialista de la identidad femenina continúa hoy siendo objeto de discusión. Desde el debate acerca de la política de la presencia, protagonizado, entre otras, por Anne Phillips, se discute abiertamente el *status* de las mujeres, sus actitudes, orientaciones e intereses, sin incurrir en esencialismos. Véase Phillips, *op. cit.* <<

[1] M. WOLLSTONECRAFT, *A Vindication of the Rights of Woman: With Strictures on Political and Moral Subjects*, Nueva York, Dover Thrift Editions, 1996. <<

[2] María del Mar Medina es licenciada en Ciencias políticas por la Universidad de Santiago de Compostela. Realizó sus estudios de máster en EE. UU., especializándose en teoría política. Actualmente prepara su tesis doctoral en la Universidad de Essex. <<

[1] Charles Maurice de Talleyrand-Périgord (1754-1838). Obispo de Autun de 1788 a 1791 y famoso diplomático francés que participó activamente en la Revolución francesa. Abandonó el obispado de Autun en enero de 1791 como consecuencia de su activismo político y en abril de ese mismo año fue formalmente excomulgado de la Iglesia por haber ordenado a tres obispos después de su dimisión. <<

[2] La Asamblea Constituyente francesa encargó a Talleyrand la elaboración de un proyecto de educación pública: *Rapport sur L'Instruction Publique, fait au nom du Comité de Constitution*, 1791. El proyecto garantizaba la escolarización de todos los niños franceses. No obstante, sólo contemplaba la educación de las niñas hasta los ocho años de edad, momento a partir del cual debían permanecer en casa. <<

[3] La Constitución francesa de 1791, cuyo preámbulo era la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, fijó la igual mayoría de edad para hombres y mujeres en los veintiún años y declaró el matrimonio como un contrato civil; pero también distinguía entre dos categorías de ciudadanos: activos (los varones mayores de veinticinco años, independientes y con propiedades) y pasivos (hombres sin propiedades y todas las mujeres). <<

[4] Mary Wollstonecraft tiene en mente los célebres salones de París, que pronto se extendieron también a Londres y Berlín. Constituían un fenómeno profundamente ilustrado, y en ellos las mujeres —*salonnières*— manifestaban libremente tanto su sexualidad como sus conocimientos filosóficos y científicos. <<

[5] Pandora fue la primera mujer creada por Hefestos y Atenea. Zeus, después de confiarle una caja que contenía todos los bienes y los males de la humanidad, colocó a Pandora sobre la Tierra junto al primer hombre, Epimeteo. Éste abrió la caja y todos los infortunios se esparcieron por el mundo. Sólo quedó en el fondo el bien de la Esperanza. <<

[6] Lucas 16, 8: «Pues los hijos de este siglo son más avisados entre sus congéneres que los hijos de la luz». <<

[1] En el original, «manners». En inglés el término tiene dos acepciones distintas. En primer lugar, hace referencia a las normas socialmente correctas de comportamiento o etiqueta, y podría ser traducido como maneras o modales. En segundo lugar, el término también puede ser usado para referirse a las normas sociales, conductas, usos y costumbres de una sociedad, grupo o periodo. Creemos que Wollstonecraft usa el término en esta segunda acepción, pero el Diccionario de la Real Academia no recoge este significado para la palabra «maneras». De ahí que se haya optado por traducir la palabra inglesa «manners» por *forma de ser, conducta o comportamiento*, e incluso *usos o costumbres*, y no, en cambio, por «modales» o «maneras». <<

[2] Mary Wollstonecraft creía erróneamente que en la religión mahometana las mujeres no tenían alma y, por lo tanto, no se les permitía tener otra vida. <<

[3] *Sandford and Merton*, de T. Day (3 vols., Londres, 1789-1789), constituye un clásico de la literatura infantil del siglo XVIII. <<

[4] El término «natural» hace alusión aquí al hecho de que las mujeres de clase media no estaban corrompidas por la propiedad, los títulos de nobleza y la riqueza; constituían, por tanto, la clase con mayores posibilidades de educación. <<

[5] Mary Wollstonecraft toma prestada esta frase de Shakespeare para expresar un pensamiento análogo: «andáis a brincos, os contoneáis, ceceáis, ponéis apodos a las criaturas de Dios, y hacéis de vuestra ignorancia vuestra lascivia». W. Shakespeare, *Hamlet*, III, i, 131 [ed. cast.: *Hamlet, Macbeth*, Planeta, 2003, p. 55].

[i] Un agudo escritor (del que no recuerdo su nombre) pregunta qué le queda por hacer a una mujer en el mundo cuando cumple los cuarenta. <<

[6] La traducción del término «bugbear» resulta difícil; la palabra que mejor se ajusta al texto y su sentido original puede ser «espantajo», que, de acuerdo con el *Diccionario* de la Real Academia, significa «Cosa que por su representación o figura causa infundado temor». <<

[1] Se refiere a aquellos basados en la razón. <<

[2] La naturaleza del hombre es ser racional. <<

[3] J. Milton, *Paradise Lost* IV, 34-35: «A cuya vista todas las estrellas / ocultan sus disminuidas cabezas» [ed. cast.: *El Paraíso Perdido*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966, p. 63]. <<

[4] Se refiere especialmente a las tesis mantenidas en el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* [1755]. <<

[5] El *Emilio* de Rousseau comienza: «Todo está bien al salir de manos del autor de las cosas: todo degenera entre las manos del hombre» (J. J. Rousseau, *Emilio, o De la Educación*, Madrid, Alianza, 1990, p. 33). <<

[i] En contra de la opinión de los anatomistas, que argumentan por analogía a partir de la formación de los dientes, el estómago y los intestinos, Rousseau no admitirá que el hombre es un animal carnívoro. Y, alejado de la naturaleza por amor al método, discute si el hombre es un animal gregario, aunque la larga e indefensa etapa de la infancia parece señalarlo como particularmente impelido a emparejarse, primer paso hacia la vida en manadas. <<

[6] Proverbios 14, 27: «El miedo del Señor es la Fuente de la vida». <<

[ii] ¿Qué diríais a un mecánico a quien le habéis solicitado que haga un reloj para señalar la hora del día, si, para mostrar su ingeniosidad, incluyera ruedas para convertirlo en un reloj de repetición, y otras cosas que confundieran el mecanismo simple; y que, para disculparse, argumentara que, si no hubierais tocado cierto resorte, nunca habríais sabido nada del asunto, y que se había entretenido realizando *un experimento* sin haceros ningún daño?, ¿no contestaríais sin duda insistiendo en que, si no hubiera incluido esas ruedas y resortes innecesarios, el accidente no habría ocurrido? <<

[7] Rousseau, en su «Discurso sobre las ciencias y las artes» (1750), recupera la figura del político romano Cayo Fabricio (siglo III a. C.), que critica el debilitamiento de Roma y reclama a sus ciudadanos la vuelta a las batallas de conquista. Fabricio se convirtió en un símbolo de la virtud y la incorruptibilidad. <<

[8] El «infante» al que se refiere Mary Wollstonecraft es Felipe de Orleáns, que con cinco años se convirtió en regente de Francia hasta que alcanzó la mayoría de edad en 1723. Su principal asesor fue Dubois (1656-1723), un abate muy hábil que llegaría a ser cardenal. <<

[iii] ¿Podría haber un insulto más grande a los derechos del hombre que el curso de la justicia en Francia, donde se hizo a un infante el instrumento del detestable Dubois?
<<

[9] Lucas 6, 44: «Porque no se cosechan higos de los espinos, ni se vendimian uvas de los zarzales». Y Mateo 7, 16: «Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cosechan uvas de los espinos o higos de los cardos?». <<

[10] El doctor Richard Price (1723-1791) fue un amigo de Mary Wollstonecraft y conocido filósofo moral y político, defensor de la causa colonial americana. <<

[iv] El doctor Price. <<

[11] En el original aparece «intestine insurrections». Su sentido más preciso sería conflictos o luchas internas. <<

[v] Los hombres con capacidades siembran semillas que crecen y poseen una gran influencia en la formación de la opinión; y una vez que la opinión pública predomina, a través del ejercicio de la razón, el derrocamiento del poder arbitrario no está muy lejano. <<

[12] El color púrpura es el signo de la realeza o del alto rango. <<

[1] John Milton (1608-1674), poeta y activista protestante inglés, conocido por su poema épico *Paradise Lost*. <<

[2] «Aquellas dos criaturas no eran iguales, como tampoco eran iguales sus sexos: Él estaba formado para la contemplación y el valor; Ella, para la dulzura y la gracia seductora: Él, para Dios solamente; Ella, para Dios en Él». J. Milton, *op. cit.*, IV, ll. 296-299 [ed. cast. cit., p. 68]. <<

[3] Corresponde al Ensayo XVI, «Of Atheism», de F. Bacon. Existe una edición castellana de los *Ensayos* en Barcelona, Orbis, 1985. Mary Wollstonecraft, equivocadamente, se refiere en dos ocasiones a Bacon como *Lord Bacon*, al igual que otros muchos escritores. <<

[4] Véase Génesis 2, 17. <<

[5] Milton, *op. cit.*, IV, ll. 634-638 [ed. cast, cit., p. 74]. Las cursivas son de Mary Wollstonecraft. <<

[6] Milton, *op. cit.*, VIII, ll. 381-391 [ed. cast. cit., p. 139]. Las cursivas son de Mary Wollstonecraft. <<

[7] Dr. John Gregory (1724-1773), célebre médico escocés que escribió una de las obras más populares sobre la educación de las mujeres, *A Father's Legacy to His Daughters* (1774). Wollstonecraft discute sus ideas en el capítulo v, sección III, de esta obra. <<

[8] Mateo 15, 14: «Dejadlos. Son ciegos, guías de ciegos; y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo». <<

[i] ¿Por qué deberían ser censuradas con acritud mal encarada las mujeres que se apasionen por los abrigos escarlata? ¿No las ha colocado la educación en el plano de los soldados, más que en el de cualquier otra clase de hombres? <<

[9] El personaje de Sofía protagoniza el libro v del *Emilio* de Rousseau, el cual contiene las principales intuiciones del pensamiento rousseauiano acerca de la mujer. Wollstonecraft discute en el capítulo v las observaciones de Rousseau sobre la educación de Sofía. <<

[ii] Sentimientos similares suscita la grata imagen de la felicidad paradisíaca de Milton en mi mente; no obstante, en lugar de envidiar a la amorosa pareja, he vuelto al infierno con dignidad consciente u orgullo satánico, para buscar objetivos más sublimes. Lo mismo que me ha sucedido cuando, al contemplar algún noble monumento de las artes humanas, he encontrado la emanación divina en el orden que admiraba, hasta que, descendiendo de esa altura vertiginosa, me he encontrado en la contemplación de la más grande de todas las visiones humanas: porque la imaginación rápidamente se sitúa en algún solitario lugar escondido, marginado de la fortuna, y se alza superior a la pasión y el descontento. <<

[10] Según el Antiguo Testamento, Eva fue creada de una costilla de Adán (Génesis 2, 21-23). De acuerdo con Hardt, Wollstonecraft compartía la creencia de que el Pentateuco había sido escrito por Moisés (U. H. Hardt, *A Critical Edition of Mary Wollstonecraft's A Vindication of the Rights of Woman*, Albany, Nueva York, Whitston, 2001, pp. 433-434). <<

[11] Alexander Pope (1688-1744), poeta, ensayista y escritor satírico inglés. La cita procede de A. Pope, *Moral Essays* II, «Of the Characters of Women», 1735,11.51-52.
<<

[12] Véase en este capítulo n. 7, p. 69. <<

[13] Mateo 12, 34: «¡Raza de víboras! ¿Cómo podéis vosotros decir cosas buenas siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca». <<

[14] Mateo 23, 27: «¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos hipócritas, que sois como sepulcros blanqueados, que por fuera aparecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos muertos y de podredumbre!». <<

[15] Mateo 5, 8: «Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». <<

[16] Mateo 11, 7: «¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña movida por el viento?». <<

[17] F. La Rochefoucauld (1613-1680), noble francés, moralista y compositor de máximas. La cita procede de *Les Máximas*, núm. 473 [ed. cast.: *Máximas*, Barcelona, Planeta, 1984]. <<

[18] I Corintios 15, 32: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos», e Isaías 22, 13. <<

[19] Héroes de Rousseau en *Julie: La Nouvelle Héloïse* (1761). Julie, pese a que ha sido fiel a su esposo Wolmar, confiesa en su lecho de muerte su apasionado amor por St. Preux. No existe edición reciente en castellano. <<

[iii] Por ejemplo, el rebaño de novelistas. <<

[20] Cfr. Gálatas 5, 22 y Efesios 4, 2. <<

[iv] Véanse Rousseau y Swedenborg. <<

[21] Milton, *op. cit.*, IV, ll. 497-499: «... deleitado / tanto por su belleza como por sus encantos sumisos / sonrió con amor superior» [ed. cast. cit., p. 72]. <<

[22] Mateo 22, 30: «Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como los ángeles en el cielo». <<

[23] «¡Oh! ¿Por qué Dios, el sabio Creador, que pobló los altos cielos de espíritus masculinos, creó al final esta novedad en la Tierra, este bello defecto de la Naturaleza, y no llenó el mundo de hombres, al igual que los ángeles, sin sexo femenino?». Milton, *op. cit.*, X, ll. 888-893 [ed. cast. cit., p. 188]. También Pope, *op. cit.*, l. 44: «Hermoda por sus defectos y delicada debilidad». <<

[24] Era una creencia extendida en Occidente que el féretro de Mahoma estaba en La Meca, suspendido entre la tierra y el cielo. <<

[25] Pope, «An Essay on Man», II, ll. 31-34: «Seres Superiores, cuando recientemente vieron / A un Hombre mortal descubrir las Leyes de la Naturaleza, / Admiraron tal Sabiduría en una Forma terrenal / Y mostraron un NEWTON como mostramos a un Mono». <<

[26] Cita libre de M. Prior (1664-1721), «Hans Carvel» ll. 11-12. <<

[27] Esto es, la distinción de ciencia. <<

[1] La obra a la que se hace referencia debe de ser *Chart of Biography* (1765), de Joseph Priestley. El esquema al que se refiere Mary Wollstonecraft consiste simplemente en una lista de nombres históricos con información comparada y superpuesta. El prefacio explica el procedimiento y la propuesta de este esquema. <<

[2] W. Shakespeare, *Macbeth*, III, iv, 75-76: «es el puñal, trazado en el aire, que dices que te llevó a Duncan» (ed. cast.: W. Shakespeare, *op. cit.*, p. 148.). <<

[3] Referencia al libro II de *Paradise Lost*, en donde Satán abandona el infierno en busca del mundo creado por Dios. <<

[i] «La investigación de verdades abstractas y especulativas, de principios y axiomas de las ciencias, en definitiva, de todo lo que tiende a generalizar nuestras ideas, no es la provincia adecuada de las mujeres; sus estudios todos deben remitirse a la práctica; les corresponde a ellas hacer aplicación de los principios descubiertos por el hombre, así como hacer las observaciones que conducen al hombre al establecimiento de los principios generales. Todas las reflexiones de las mujeres deben dirigirse, en lo que no se refiere de modo inmediato a sus deberes, al estudio de los hombres o a la consecución de aquellas habilidades agradables que tienen el gusto por el objeto; porque las obras de genio están más allá de su capacidad; tampoco tienen suficiente precisión o capacidad de atención para triunfar en las ciencias exactas, y, en cuanto al conocimiento físico, corresponde a aquellos que son más activos, más inquisitivos, que comprenden la mayor variedad de objetos: en resumen, a aquellos que tienen la mayor capacidad, y la ejercitan más, para juzgar las relaciones entre los seres inteligentes y las leyes de la naturaleza. Una mujer, que es débil por naturaleza y que no desarrolla sus ideas en gran medida, sabe cómo juzgar y hacer una correcta estimación de los movimientos que debe causar para suplir su debilidad, y estos movimientos son las pasiones del hombre. El mecanismo que emplea es mucho más poderoso que el nuestro, pues todas sus palancas mueven el corazón humano. Debe poseer el arte de hacernos querer hacer todo lo que su sexo no le permite hacer por sí misma y que le resulta necesario o agradable; por tanto, debe estudiar a fondo la mente del hombre, no la mente de los hombres en general, de forma abstracta, sino la disposición de aquellos hombres de los que depende, bien por la ley de su país, bien por la fuerza de la opinión. Debe aprender a penetrar en sus sentimientos verdaderos a través de su conversación, sus acciones, sus miradas, sus gestos. Debe también poseer el arte de comunicar aquellos sentimientos que les agradan, a través de su conversación, sus acciones, sus miradas, sus gestos, sin que parezca intencionado. Los hombres filosofarán más sobre el corazón humano; pero las mujeres leerán el corazón de los hombres mejor que ellos. A las mujeres corresponde, si se me permite la expresión, formar la moral experimental, y reducir el estudio del hombre a un sistema. La mujer tiene más ingenio, el hombre más genio; la mujer observa, el hombre razona: de este concurso deriva la luz más clara y el conocimiento más perfecto que es capaz de adquirir por sí misma la mente humana. En una palabra, de aquí adquirimos el conocimiento más íntimo de nosotros y de los demás, del que es capaz nuestra naturaleza; y así es como el arte tiene una tendencia constante a perfeccionar las capacidades que la naturaleza nos ha otorgado. El mundo es el libro de las mujeres». *Emilio* de Rousseau. Espero que mis lectores todavía recuerden la comparación que he presentado entre mujeres y militares. (Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 525-526.) <<

[4] Dignatarios turcos. <<

[ii] Un respetable anciano da el siguiente informe razonable del método que siguió cuando educaba a su hija: «Me esforzaba por proporcionar tanto a su mente como a su cuerpo un grado de vigor que rara vez se encuentra en el sexo femenino. Tan pronto como alcanzó la suficiente fuerza para ser capaz de realizar las tareas más livianas de la granja y del huerto, la empleé como mi compañera constante. Selene — porque ése era su nombre— pronto adquirió destreza en todas estas tareas rústicas, que yo consideraba con placer y admiración iguales. Si las mujeres son en general endebles de cuerpo y alma, es menos por naturaleza que por su educación. Promovemos una viciosa indolencia e inactividad, que falsamente llamamos delicadeza; en lugar de fortalecer sus mentes mediante estrictos principios de la razón y la filosofía, las educamos para artes inútiles, que terminan en vanidad y sensualidad. En la mayoría de los países que he visitado, no se les enseña nada que no sea unas cuantas modulaciones de voz o posturas corporales inútiles; su tiempo se consume en pereza y nimiedades, y éstas llegan a ser los únicos objetivos capaces de interesarles. Parecemos olvidar que nuestro propio bienestar doméstico y la educación de nuestros hijos dependen de las cualidades del sexo femenino. ¿Y cuál es el bienestar o la educación que puede ofrecer una raza de seres corruptos desde su infancia e ignorantes de todas las obligaciones de la vida? Tocar un instrumento musical con habilidad inútil, exhibir sus encantos naturales o afectados a los ojos de jóvenes indolentes y pervertidos, disipar el patrimonio de sus esposos en gastos descontrolados e innecesarios, constituyen las únicas artes cultivadas por las mujeres en la mayoría de las naciones educadas que he visto. Y las consecuencias son, homogéneamente, las que se pueden esperar de tales fuentes contaminadas: calamidad privada y servidumbre pública.

»Pero la educación de Selene se regulaba por valoraciones diferentes y fue guiada por principios más estrictos, si puede llamarse estricto a aquello que abre la mente al sentido de la moral y los deberes religiosos y la arma de la forma más efectiva contra los inevitables males de la vida». *Sandford and Merton* de Mr. Day, vol. III. [La cita corresponde a Day, *op. cit.*, vol. 3, «The Conclusion of the Story of Sophron and Tigranes», pp. 205-207.] <<

[iii] «Conozco a una joven que aprendió a escribir antes que a leer, y que comenzó a escribir con su aguja antes de que pudiera usar la pluma. Al principio se empeñó en no escribir otra cosa que la letra O: escribía continuamente esta letra, de todos los tamaños, y siempre con equivocaciones. Por desgracia, cierto día que estaba ocupada en este ejercicio, se vio por casualidad en el espejo, y, disgustada por la postura que adoptaba mientras escribía, arrojó su pluma, como otra Minerva, y se determinó a no escribir más la letra O. Su hermano era tan adverso a escribir como ella, pero era el confinamiento, y no la postura incómoda, lo que más le disgustaba». *Emilio* de Rousseau. (Rousseau, *Emilio*, cit., p. 500.) <<

[5] I Pedro 5, 8: «¡Sed sobrios y estad en guardia! Vuestro enemigo, el diablo, como león rugiente, da vueltas y busca a quién devorar». <<

[6] «Pueda defender a la Divina Providencia y justificar ante los hombres las miras del Señor». Milton, *op. cit.*, I, ll. 25-26 [ed. cast, cit., p. 10]. <<

[7] Mateo 5, 48: «Vosotros sed perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto».
<<

[iv] «En la unión de los sexos, ambos persiguen un objetivo común, pero no de la misma manera. De su diversidad en este particular surge la primera diferencia entre las relaciones morales de cada uno. Uno debe ser activo y fuerte, el otro pasivo y débil: es necesario que uno tenga tanto el poder como la voluntad y que el otro oponga poca resistencia.

Establecido este principio, se sigue que la mujer está formada expresamente para complacer al hombre; si la obligación es recíproca, y el hombre debe complacerla a su vez, no es inmediatamente necesario: su gran mérito está en su poder, agrada meramente porque es fuerte. Esto, debo confesar, no es una de las refinadas máximas del amor; es, sin embargo, una de las leyes de la naturaleza, anterior al amor mismo.

Si la mujer está formada para complacer y someterse al hombre, es su papel, sin duda, hacerse agradable para él, en vez de desafiar su pasión. La violencia de sus deseos depende de sus encantos; es por medio de éstos que la mujer debe urgirle al ejercicio de aquellos poderes que la naturaleza le ha dado. El método más seguro para excitarlos es hacer dicho ejercicio necesario mediante la resistencia; porque, en ese caso, el amor propio se añade al deseo, y el uno triunfa en la victoria que el otro obligó a conseguir. De ahí nacen los varios modos de ataque y defensa entre los sexos, la audacia de un sexo y la timidez del otro, y, en una palabra, aquella modestia y pudor con que la naturaleza ha armado al débil, con el fin de derrocar al fuerte». *Emilio* de Rousseau. No haré otro comentario sobre este ingenioso pasaje que observar que se trata de la filosofía de la lascivia. (Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 484-485.) <<

[8] Mateo 23, 23: «¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del anís y del comino, y descuidáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe! Hay que hacer una cosa sin descuidar la otra». <<

[v] «¡Oh, qué encantadora» —exclama Rousseau hablando de Sofía— «es su ignorancia! ¡Feliz aquel destinado a instruirla! Ella nunca pretenderá ser la tutora de su marido, sino que consentirá en ser su alumna. Lejos de intentar someterle a su gusto, se acomodará al suyo. Será más valiosa para él que si fuera sabia: él se complacerá en instruirla». *Emilio* de Rousseau. Me contentaré simplemente con preguntar cómo puede sobrevivir la amistad cuando termina el amor entre el maestro y su pupila. (Rousseau, *Emilio*, cit., p. 557.) <<

[9] Hace alusión a la parábola de los talentos. Véanse Mateo 25, 14-30, y Lucas 19, 12-26. <<

[1] Véase capítulo II, n. 18, p. 82. <<

[i] ¡En qué inconsistencias caen los hombres cuando argumentan sin la guía de los principios! Las mujeres, débiles mujeres, son comparadas con los ángeles; sin embargo, debería suponerse que los seres de un orden superior poseen más intelecto que el hombre, o ¿en qué consiste su superioridad? En la misma línea, dejando a un lado el sarcasmo, se les supone poseer más bondad de corazón, piedad y benevolencia. Lo dudo, aunque sea dicho con cortesía, a menos que la ignorancia sea la madre de la devoción, pues estoy firmemente persuadida de que, en general, la proporción entre virtud y conocimiento está más a la par de lo que comúnmente se piensa. <<

[2] Milton, *op. cit.*, VIII, l. 547: «Su encanto, tan perfecta parece» [ed. cast. cit., p. 142]. <<

[ii] «Los brutos», dice Lord Monboddó, «permanecen en el estado en que la naturaleza les ha situado, excepto en la medida en que su instinto natural progresa por la cultura que les concedemos». [J. Burnett, Lord Monboddó (1714-1799), juez y pionero antropólogo escocés. La cita procede de *Of the Origin and Progress of Language*, Edimburgo, 1774, vol 1, p. 137.] <<

[iii] Véase Milton. [Cfr. Milton, *op.* VIII, ll. 57-58: «¡Oh! ¿Cuándo se encuentra ahora / semejante pareja, unida en amor y honor mutuo?».] <<

[iv] Esta palabra no es estrictamente justa, pero no he encontrado otra mejor. <<

[v] «El placer es la porción del tipo inferior; / Pero gloria, virtud, el Cielo diseñado para el *hombre*».

Tras redactar estas líneas, ¿cómo pudo la señora Barbauld escribir la siguiente comparación innoble?

na dama con algunas flores pintadas.
res para la bella: para ti estas flores traigo,
ntado en saludarte con una temprana primavera.
res DULCES y *alegres*, DELICADAS COMO VOS;
blemas de inocencia y de belleza también.
Gracias sujetaban con flores sus cabellos rubios,
amantes libres llevan coronas de flores.
res, el único lujo que la naturaleza conoció,
cían en el puro e inocente jardín del Edén.
tareas más arduas son para las plantas superiores;
oble protector resiste el viento de la tormenta,
ejo más robusto repele a los enemigos invasores,
sbelto pino crece para futuros navios;
o esta dulce familia desconoce las inquietudes,
ió SÓLO para el goce y el placer.
gres sin esfuerzo, y hermosas sin artes,
tan para *ALEGRAR* los sentidos y *CONTENTAR* el corazón.
te sonrojes, mi amor, por reconocer que las imitas;
MEJOR, tu MÁS DULCE imperio es AGRADAR.

Esto nos dicen los hombres; pero la virtud, dice la razón, debe ser adquirida con *duros* esfuerzos, y las luchas útiles con *cuidados* mundanos.

[Ambas citas proceden de *Poems*, de Anna Laetitia Barbauld (1743-1825), publicados por Joseph Johnson en 1792. La primera es de «To Mrs. P***, With some Drawings of Birds and Insects», ll. 101-102. La cursiva es de Wollstonecraft. La segunda es una cita entera de «To a Lady, with some Painted Flowers». Las cursivas y mayúsculas son de Wollstonecraft.] <<

[3] «Necesidad, Madre de la Invención», en W. Wycherley, *Love in a Word*, 1672, III, iii. <<

[4] Eva. Véase capítulo II, n. 10, p. 75. <<

[5] David Hume (1711-1776), filósofo escocés. <<

[6] David Hume, «A Dialogue», en D. Hume, *Enquiries Concerning Human Understanding and Concerning the Principles of Morals*, ed. L. A. Selby-Bigge, Oxford, 1975, p. 332. <<

[7] Mateo 6, 28: «Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Aprended de los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan». Lucas 12, 27: «Mirad los lirios cómo crecen; ni trabajan ni hilan, y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos». <<

[8] Barbauld, *op. cit.*, «Song V», ll. 16-18. <<

[9] Luis XIV (1638-1715) de Francia. <<

[vi] Y, podría añadirse, una ingeniosa, siempre una ingeniosa; pues las vanas tonterías de las mujeres bellas e ingeniosas para obtener atención y hacer conquistas están muy a la par. <<

[10] P. D. Stanhope, cuarto conde de Chesterfield (1694-1773), político inglés. Cita libre de *Letters Written by the Right Honourable Philip Dormer Stanhope to his Son*, vol. 2, carta LXXII, Londres, 1774, p. 299. <<

[11] Cita libre de A. Smith, *Theory of Moral Sentiments* (1759) [ed. cast.: *La teoría de los sentimientos morales*, Madrid, Alianza, 1997, p. 124]. <<

[12] «Localized». De acuerdo con el *Oxford English Dictionary*, Wollstonecraft fue la primera escritora en usar esta palabra. <<

[13] Smith, *op. cit.*, pp. 128-130. <<

[14] Milton, *op. cit.*, VIII, l. 548 [ed. cast, cit., p. 142]. <<

[15] Milton, *op. cit.*, VIII, ll. 549-554 [ed. cast, cit., pp. 142-143]. <<

[16] Cita libre de Pope, *op. cit.*, «Of the Characters of Women», l. 43. <<

[17] Cita libre de Rousseau, *Emilio*, cit., p. 492. <<

[18] De acuerdo con Hardt, Wollstonecraft evoca aquí una frase atribuida a Honoré G. V. Riqueti, conde de Mirabeau (1749-1791), estadista y líder revolucionario francés, pronunciada en la Asamblea Constituyente francesa: «Habéis soltado al toro, ¿esperáis que no use sus cuernos?» (Hardt, *op. cit.*, p. 458). <<

[19] Samuel Johnson (1709-1784), lexicógrafo, crítico y poeta inglés. Autor del *Dictionary of the English Language* (1755), editor de *The Rambler* y fundador del Literary Club (1764). Editor liberal, conoció a Wollstonecraft en 1783 y publicó *Vindicación* en 1792. <<

[20] Así comienza el Ensayo VIII de Francis Bacon «Of Marriage and Single Life» (1607). Curiosamente, Bacon escribió este ensayo un año después de contraer matrimonio con Alice Bamham. Véase capítulo II, n. 3, p. 66. <<

[vii] La masa de la humanidad es más bien esclava de los apetitos que de las pasiones.

<<

[viii] Los hombres de este tipo la vierten en sus composiciones, para amalgamar los materiales bastos. Y, moldeándolos con pasión, le dan al cuerpo inerte un alma. Pero en la imaginación de la mujer el amor sólo concentra estos etéreos haces de luz. <<

[21] Picante. <<

[22] Las mujeres. Véase capítulo II, n. 23, p. 86. <<

[ix] Podríamos añadir muchos otros nombres. [Abraham Cowley (1618-1667) publicó *Poetical Blossoms* a los quince años, un volumen de poemas que escribió entre los diez y los doce años de edad. John Milton (1608-1674) fue admitido en el Christ's College, en Cambridge, a la edad de quince años, donde escribió varios poemas en latín y una oda celebrando el nacimiento de Cristo. Alexander Pope (1688-1744) escribió su primera épica a la edad de quince y tenía sólo dieciséis años cuando compuso «Pastorals».] <<

[23] Fisonomía. <<

[x] La fuerza de un afecto se encuentra, en general, en la misma proporción que el carácter de la especie del objeto amado, perdido en el individuo. <<

[24] Johann Reinhold Forster y su hijo Georg acompañaron al capitán James Cook en su segundo viaje alrededor del mundo (1772-1775). La cita procede de J. R. Forster, *Observations Made During a Voyage Round the World*, Londres, 1778, pp. 425-426.
<<

[xi] El doctor Young sostiene la misma opinión, en sus obras, cuando habla de la desgracia que rehuyó la luz del día. [E. Young (1683-1765), dramaturgo y poeta. Referencia a *Busiris: King Of Egypt* (1719), II, i.] <<

[25] Samuel Richardson (1689-1761). En su novela *Clarissa* (1748-1749), Lovelace secuestra y viola a Clarissa. <<

[26] G. W. F. von Leibniz (1646-1716), filósofo y matemático alemán. La cita procede del prólogo de *Essais de Théodicée* (1710). <<

[27] Pope, *op. cit.*, «Of the Characters of Women», ll. 207-210: «En los hombres encontramos varias pasiones predominantes; / En las mujeres hay dos que las dividen casi por igual: / Como sólo hay esas dos, obedecen a una o a otra. — El amor al placer, y el amor al poder». <<

[28] Dios del matrimonio en la mitología grecorromana, hermano de Cupido. <<

[29] Era una creencia extendida en la época que las mujeres que amamantaban a sus hijos no debían tener relaciones sexuales. La práctica de contratar amas de cría era común, pero Wollstonecraft creía que debía ser la madre biológica la que amamantase a sus hijos. <<

[30] Cfr. Milton, *op. cit.*, IV, ll. 354-355: «[...] y en la ascendente escalera / del cielo surgieron las estrellas que anunciaban el atardecer» [ed. cast. cit., p. 69]. <<

[31] Estudio de la naturaleza o de los fenómenos naturales, conocimiento del mundo natural. <<

[32] Génesis 3, 19: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado; / ya que polvo eres, y al polvo volverás». <<

[xii] «Tomo su cuerpo», dice Ranger. [Personaje de la obra *The Suspicious Husband* (1747), de Benjamin Hoadly (1706-1757). La cita procede de un poema de William Congreve, «Song», que Hoadly hace recitar a Ranger. Véase W. Congreve, *Works*, ed. F. W. Bateson, Londres, 1930, p. 472. Congreve, a su vez, compuso este poema para la comedia de Thomas Southerne *The Maid's Last Prayer* (1693).] <<

[xiii] «Suponiendo que las mujeres son esclavas voluntarias, la esclavitud de cualquier tipo es desfavorable a la felicidad humana y el progreso». *Essays* de Knox. [V. Knox (1752-1821), autor de *Essays Moral and Literary* (1782). Cita libre de un pasaje de «No. V. On the Fear of Appearing Singular».] <<

[xiv] Safo, Eloísa, la señora Macaulay, la emperatriz de Rusia, la señora d'Eon, etc. Éstas y otras muchas pueden considerarse excepciones; ¿acaso no son todos los héroes y heroínas las excepciones a la regla general? Deseo que las mujeres sean, no heroínas ni bestias, sino criaturas razonables. [Safo (600 a. C.), poeta griega; Eloísa, intelectual medieval y amante de Pedro Abelardo (1079-1142); Catherine Macaulay (1731-1791), historiadora y autora de *History of England* (1763-1783); Catalina II, la Grande, emperatriz de Rusia (1729-1796); Charles de Beaumont, caballero d'Eon (1728-1810), agente secreto francés que vivió en Londres disfrazado de mujer. El sexo de la señora d'Eon fue revelado por una autopsia en 1810.] <<

[1] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 483: «Sofía debe ser mujer igual que Emilio es hombre».
<<

[i] Ya he insertado este pasaje, n. iv, capítulo III. <<

[ii] ¡Qué tontería! <<

[2] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 487. La cursiva es de Wollstonecraft. <<

[3] En la mitología clásica, Procrustes tenía una cama de hierro en la que ataba a los viajeros que caían en sus manos. Si el desgraciado viajero era muy alto y sus piernas sobrepasaban el largo de la cama, cortaba lo sobrante, y si, por el contrario, era bajo y no llegaba al borde, lo estiraba hasta que diera el largo de la cama. Teseo lo venció y lo puso en la cama, y, como Procrustes era muy alto, le cortó las piernas y la cabeza.
<<

[4] El Génesis. Véase capítulo II, n. 10, p. 75. <<

[5] El diablo. <<

[6] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 491. <<

[7] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 493. <<

[8] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 494. <<

[9] Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 495-496. <<

[10] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 498. <<

[11] Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 498-499. <<

[12] Francia. <<

[13] Durante la confesión. <<

[14] La mujer, creada después y a partir del hombre según la Biblia. <<

[15] Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 500-501. <<

[16] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 501. <<

[17] Conde Georges Louis Leclerc de Buffon (1707-1788), naturalista francés y autor de *Histoire naturelle, générale et particulière*, de donde procede la cita. <<

[18] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 502. <<

[19] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 502. <<

[20] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 502. <<

[21] Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 502-503. <<

[22] Rousseau escribe: «Lo que es, es bueno, y ninguna ley general puede ser mala». Rousseau, *Emilio*, cit., p. 504. <<

[23] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 504. <<

[24] Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 506-507. <<

[25] Habitante de Circasia, región de Rusia en la costa noreste del mar Negro. <<

[26] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 508. <<

[27] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 510. <<

[28] Véase cap. II, n. 13, p. 78. <<

[iii] ¿Cuál sería la consecuencia si *sucediese* que las opiniones de la madre y del marido no concordasen? Una persona ignorante no puede ser persuadida de un error —y, cuando es *persuadida* de abandonar un prejuicio por otro, la mente es confundida—. En efecto, el marido puede no tener ninguna religión que enseñarle, aunque en semejante situación ella carecerá de un apoyo para su virtud, independiente de las consideraciones mundanas. <<

[29] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 512. La cursiva es de Wollstonecraft. <<

[30] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 513. <<

[31] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 535. <<

[32] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 536. La cursiva es de Wollstonecraft. <<

[33] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 539. La cursiva es de Wollstonecraft. <<

[34] Cfr. Milton, *op. cit.*, I, ll. 62-63: «[...] sin embargo esas llamas / no dan luz, sino más bien visible oscuridad, / que sólo sirve para descubrir escenas de infortunio, / regiones de dolor, lúgubres sombras, donde la paz / y el descanso no pueden habitar nunca» [ed. cast. cit., p. 10]. <<

[35] *De officiis*, de M. T. Cicerón [ed. cast.: *Sobre los*, Madrid, Tecnos, 2002]. <<

[36] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 555. <<

[37] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 608. <<

[38] Cita libre de Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 654-655. <<

[iv] *Emilio* de Rousseau. <<

[39] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 655. <<

[40] Cita libre de Adam Smith, *op. cit.*, p. 57. <<

[41] J. Dryden (1631-1700), poeta y dramaturgo inglés. Tomado de su libreto para la ópera *The State of Innocence: and Fall of Man*, V, i, ll. 58-60. <<

[42] Referencia a Emilio, el protagonista de Rousseau, y a Telémaco, el protagonista de *Les Aventures de Télémaque* (1699), de F. Fénelon. En el *Emilio* Sofía declara a su madre que está enamorada del personaje ficticio de Telémaco: «Existe, vive, tal vez me está buscando, un alma que puede amarle» (Rousseau, *Emilio*, cit., p. 550). <<

[43] James Fordyce (1720-1796), clérigo y poeta, autor de *Sermons to Young Women* (1765). <<

[v] ¿Podéis?, ¿podéis?, sería el comentario más enfático, si fuera expresado con voz sollozante. <<

[44] J. Fordyce, *Sermons to Young Women* [1776], en *Female Education in the Age of Enlightenment*, vol. 1, Londres, Pickering and Chatto, 1996, pp. 99-100. <<

[45] Las mujeres. <<

[46] James Hervey (1714-1758), escritor y autor de *Meditations and Contemplations* (1746). <<

[47] Fordyce. <<

[48] Fordyce, *op. cit.*, p. 163. <<

[49] Fordyce, *op. cit.*, p. 248. <<

[50] Fordyce, *op. cit.*, pp. 224-225. <<

[51] Fordyce, *op. cit.*, pp. 264-265. <<

[52] J. Gregory, *A Father's Legacy to his Daughters* [1774], en *Female Education in the Age of Enlightenment*, vol. 1, Londres, Pickering and Chatto, 1996, p. 3. <<

[53] Wollstonecraft no se ocupa en esta obra del tema de la religión en un capítulo separado, como anuncia. <<

[vi] Dejemos que las mujeres adquieran de una vez buen sentido. Y, si merece tal nombre, él les enseñará. Si no, ¿de qué serviría cómo emplearlo? <<

[54] Gregory, *op. cit.*, p. 15. <<

[55] Mateo 7,13-14: «Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella!». <<

[56] Lucas 11, 33: «Nadie enciende la lámpara y la pone en un rincón ni bajo el celemín, sino sobre un candelero para que los que entren tengan luz». Véase también Marcos 4, 21 y Mateo 5, 15. <<

[57] Shakespeare, *op. cit.*, I, ii, ll. 80 y 89. <<

[58] Gregory, *op. cit.*, p. 17. <<

[59] Gregory, *op. cit.*, p. 20. <<

[60] Gregory, *op. cit.*, p. 20. <<

[61] Proverbios 4, 7. <<

[62] Proverbios 1, 22. <<

[63] Esto es, por haber sido creadas después del hombre. <<

[64] Referencia al mito indio según el cual la tierra se sostiene sobre un elefante, que a su vez se sostiene sobre una tortuga. <<

[65] En la mitología clásica, el gigante Atlas o Atlante, condenado por Zeus a soportar el cielo sobre sus hombros. <<

[vii] «¡Él es el hombre libre, a quien la verdad hace libre!» [W. Cowper, *The Task*, Libro V, «The Winter Morning Walk», l. 733. También Juan 8, 32: «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres».] <<

[66] Filipenses 4, 7. <<

[viii] Pretendo usar una palabra que comprende más que la virtud sexual de la castidad.
<<

[67] Hester Lynch Piozzi (1741-1821), amiga íntima del doctor Johnson y prolífica escritora de cartas. <<

[68] Anne Louise Germaine de Staël (1766-1817), autora famosa por sus tertulias literarias y políticas. <<

[69] A. L. G. de Staël, *Lettres sur les Ouvrages et le Caractère de Jean-Jacques Rousseau*, Ginebra, Slatkine, 1979, p. 14. <<

[70] Staël, *op. cit.*, p. 15. <<

[71] La baronesa de Staël escribió esta obra a los veintiún años de edad. <<

[72] Ibid. <<

[73] Stéphanie Félicité Ducrest de Saint-Aubin, condesa de Genlis (1746-1830), autora de *Adèle et Théodore, ou lettres sur l'éducation*, donde suscribe muchas de las ideas de Rousseau. <<

[ix] Una persona no ha de actuar de este o aquel modo, aunque convencidos de que hacen lo correcto, porque algunas circunstancias equívocas pueden llevar al mundo a *sospechar* que actuaron por motivos distintos. Esto es sacrificar la sustancia por una sombra. Que las personas observen tan sólo sus propios corazones y actúen correctamente, en la medida en que pueden juzgar, y podrán así esperar pacientemente hasta que la opinión del mundo cambie. Es mejor ser dirigido por un motivo simple, pues la justicia ha sido sacrificada demasiado frecuentemente por la propiedad —otra palabra para la conveniencia. <<

[74] Hester Chapone (1727-1801), escritora británica y amiga de Samuel Richardson. Autora de *Letters on the Improvement of the Mind: Addressed to a Lady* (1773), un conjunto de diez cartas escritas originalmente para su sobrina. Edición facsímil en *Female Education in the Age of Enlightenment*, vol. 2, introducción de Jane Todd, cit. <<

[75] Catharine Macaulay, autora de *Letters on Education* (1790). <<

[x] Al coincidir en la opinión con la señora Macaulay en relación a muchas ramas de la educación, remito a su valioso trabajo, en vez de citar sus sentimientos para apoyar los míos. <<

[76] Véase capítulo IV, n. 10, p. 118. <<

[xi] Que los niños deberían ser constantemente protegidos contra los vicios y locuras del mundo, me parece una opinión muy equivocada; pues en el curso de mi experiencia, y mis ojos han visto mucho, nunca conocí a un joven educado de esta manera, que se hubiera impregnado tempranamente de estas terribles sospechas y repetido de memoria el dubitativo *si* de la edad, que no tuviese un carácter egoísta.
<<

[77] Eclesiastés 3, 1: «Todo tiene su momento, y todo cuanto se hace debajo del sol tiene su tiempo». <<

[xii] Ya he observado que un conocimiento temprano del mundo, obtenido de una forma natural, mezclándose en el mundo, tiene el mismo efecto: dar como ejemplos oficiales y mujeres. <<

[78] I Juan 4, 20: «Si alguno dijere: Amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve». <<

[79] Fuego fatuo. Luces de diversos colores que oscilan y cambian continuamente de dirección, interpretadas históricamente en diversas culturas como evidencia de la presencia de espíritus. Wollstonecraft usa el término para referirse a un principio guía engañoso. <<

[80] Héroe de un cuento de Richard Steele (1672-1729), aparecido en *The Spectator* 11, 13 de marzo de 1711. <<

[xiii] «Creo que todo es sabiduría de boca para afuera, que necesita experiencia», dice Sidney. [Sir R Sidney (1554-1586), «Countess of Pembroke's Arcadia» (1590).] <<

[81] W. Shakespeare, *As You Like It*, II, vii, ll. 147-150: «El mundo entero es un escenario, / Y todos los hombres y mujeres meramente actores: / Tienen sus salidas y sus entradas, / Y un hombre interpreta en su tiempo muchos papeles». <<

[82] Shakespeare, *As You Like It*, II, cit., vii, ll. 160-161: «Buscando la engañosa reputación / Incluso en la boca del cañón». <<

[83] Pantaleón o Pantaleone, personaje clásico de la comedia italiana. <<

[84] En *Gulliver's Travels* (1726) de Jonathan Swift, los *yahoos* eran animales con forma humana sujetos a los *houyhnhnms*, caballos dotados de razón humana. <<

[xiv] Véase Sr. Burke. [Edmund Burke, autor de *Reflections on the Revolution in France* (1790). Wollstonecraft atacó las opiniones de Burke en dicha obra en *A Vindication of the Rights of Men* (1790).] <<

[xv] «Convence a un hombre contra su voluntad, / Y seguirá siendo de la misma opinión» [S. Butler, *Hudibras*, Tercera Parte, Canto III, ll. 547-548 (1678)]. <<

[xvi] «Uno no ve nada cuando se contenta con contemplar; es necesario actuar por uno mismo para ser capaz de ver cómo actúan otros». Rousseau. <<

[xvii] Véase un excelente ensayo sobre este tema de la señora Barbauld en *Miscellaneous Pieces in Prose*. [Anna Laetitia Barbauld, «Against Inconsistency in Our Expectations».] <<

[i] Algunas veces, cuando me siento inclinada a burlarme de los materialistas, he preguntado si, al igual que los efectos más poderosos en la naturaleza son producidos, aparentemente, por los fluidos, el magnetismo, etc., no podrían ser las pasiones los finos fluidos volátiles que abrazan a la humanidad, manteniendo unidas las partes elementales más refractarias, o si son simplemente un fuego líquido que impregna los materiales más pesados dándoles vida y calor. <<

[1] A. Pope, *An Essay on Man*, II, ll. 35-36: «La joven Enfermedad que debe derrocar eventualmente crece con su crecimiento y se fortalece con su fuerza». <<

[2] J. Swift, «The Furniture of a Woman's Mind» (1727), l. 1. <<

[3] Cfr. Milton, *op. cit.*, IV, ll. 635-636 [ed. cast, cit., p. 74]. <<

[4] Swift, *op. cit.*, l. 2. <<

[5] Pope, *Moral Essays* II, cit., «Of the Characters of Women», ll. 215-216: «Algunos hombres se dedican a los negocios, otros al placer; pero toda mujer es en el fondo una libertina». <<

[6] J. Dryden, *Palamon and Arcite*, III, ll. 231-232. <<

[7] Robert Lovelace, el villano de *Clarissa* (1748-1749), de Samuel Richardson. Vease capitulo IV, n. 25, p. 138. <<

[ii] Con frecuencia he visto esto ejemplificado en mujeres cuya belleza no podía ya ser reparada. Se han retirado del ruidoso escenario de la disipación; pero, a menos que se conviertan en metodistas, la soledad de la selecta sociedad de las conexiones o conocidos de sus familias se ha mostrado sólo un horroroso vacío. En consecuencia, las neurosis y toda la hipocondría que sigue a la ociosidad las hicieron casi tan inútiles, y mucho más infelices, que cuando se unieron al frívolo tumulto. <<

[1] J. Milton, «Ad Patrem», ll. 100-102: «Me sentaré entre la hiedra y los laureles del victorioso, / y ya no me mezclaré obscuramente con el aburrido populacho; / mis huellas escapan de los ojos profanos». <<

[2] George Washington (1732-1799), uno de los fundadores de la república de los Estados Unidos y su primer presidente (1789-1797). Elegido por unanimidad comandante en jefe de las fuerzas armadas norteamericanas en 1755, puesto para el cual no se había postulado, declaró en su discurso de aceptación que no se consideraba merecedor de dicho honor. <<

[i]

mejante es el miedo de la doncella del campo,
principio, cuando tiene a la vista un abrigo rojo;
alta su rostro tras la puerta;
siguiente ocasión los galones contempla a distancia;
ora ya puede soportar todos los horrores de él,
retira la mano de sus apretones.
fruta confiada en sus brazos,
todo soldado posee sus encantos;
toldo en toldo extiende su llama;
s la costumbre conquista vergüenza y miedo».

Gay [J. Gay (1685-1732), poeta y dramaturgo inglés. La cita procede de Fable XIII, «The Tame Stag», 11. 27-36 (1727)]. <<

[3] J. Berkenhout, *A Volume of Letters to His Son at the University*, Cambridge, 1790, p. 307. <<

[ii] La modestia es la grácil virtud sosegada de la madurez; la timidez es el encanto de la juventud vivaz. <<

[iii] He conversado, como de hombre a hombre, con médicos, sobre temas de anatomía, y he comparado las proporciones del cuerpo humano con artistas; sin embargo, con tal modestia me encontré, que nunca se me recordó mediante la palabra o la mirada mi sexo, ni las reglas absurdas que hacen a la modestia un manto fariseo de la debilidad. Y estoy persuadida de que en la búsqueda del conocimiento las mujeres nunca serían insultadas por los hombres sensatos, y raramente por hombres de cualquier tipo, si ellos no les recordasen con falsa modestia que son mujeres: motivadas por el mismo espíritu que las damas portuguesas, que considerarían sus encantos insultados, si, al ser dejadas a solas con un hombre, él no intentase, al menos, comportarse de manera groseramente familiar con sus personas. Los hombres no son siempre hombres en compañía de las mujeres, ni las mujeres recordarían siempre que son mujeres si se les permitiese adquirir más entendimiento. [Wollstonecraft visitó Portugal en noviembre de 1785 para asistir a su amiga Fanny Blood Skeys durante su embarazo y parto. Fanny falleció el 29 de noviembre tras dar a luz y Mary regresó a Inglaterra.] <<

[iv] Ya sea hombre o mujer, pues el mundo contiene muchos hombres modestos. <<

[v] La conducta inmodesta de muchas mujeres casadas, que son sin embargo fieles al lecho de sus maridos, ilustrará esta observación. <<

[4] Shakespeare, *Hamlet*, cit., V, i, 80: «¿Dónde están vuestras mofas, vuestras cabriolas, vuestras canciones, vuestras agudezas, que hacían prorrumpir a toda la mesa en una carcajada?». <<

[vi] La pobre polilla que revolotea alrededor de una vela se quema las alas. <<

[5] Véase capítulo II, n. 19, p. 83. <<

[vii] Las niñas ven muy pronto a los gatos con sus gatitos, a los pájaros con sus crías, etc. ¿Por qué no se les ha de decir que sus madres los llevan y alimentan de la misma manera? Como no habría entonces apariencia de misterio, no pensarían más en el tema. Siempre se les debe contar la verdad a las niñas, si se les cuenta seriamente; pero es la inmodestia de la modestia fingida la que hace todo el mal; y este humo aviva la imaginación al tratar de oscurecer en vano ciertos objetos. Si, de hecho, se pudiese apartar completamente a las niñas de la compañía inapropiada, no aludiríamos nunca a ningún tema semejante; pero, como esto es imposible, lo mejor es contarles la verdad, especialmente porque dicha información, al no interesarles, no producirá ninguna impresión en su imaginación. <<

[viii] El afecto más bien les haría elegir cumplir esos deberes, para no herir la delicadeza de un amigo, incluso corriendo un velo sobre ellos, pues aquel desvalimiento personal que produce la enfermedad es de una naturaleza humillante.
<<

[ix] Recuerdo haberme encontrado con una frase, en un libro de educación, que me hizo sonreír: «Sería innecesario advertiros de no poner vuestras manos, por casualidad, bajo la pañoleta del cuello; ¡pues una mujer modesta nunca hizo tal cosa!». <<

[6] Secta judía que habitaba en Palestina entre el 100 a. C. y el 100 d. C. aproximadamente. La secta agrupaba a unas cuatro mil personas que practicaban la comunidad de bienes y la sencillez de costumbres. Vestían siempre de blanco y practicaban abluciones rituales varias veces al día con el fin de purificar el alma y el cuerpo. Se cree que los Rollos del Mar Muerto, descubiertos en 1946, pertenecían a su biblioteca. <<

[7] «Economía animal» es una expresión científica del siglo XVIII que significa a grandes rasgos «fisiología» o «biología humana». La palabra «economía» en esta expresión se refiere a las varias partes del cuerpo que viven juntas en un organismo. Wollstonecraft se refiere a la evacuación de los excrementos y de la orina, que más arriba denomina «las tareas más desagradables». <<

[8] Diana, hija de Júpiter y de Latona, diosa romana de la caza. Obtuvo permiso de su padre para no casarse nunca, y éste asimismo la nombró reina de los bosques. <<

[9] I Corintios 3, 16-17: «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le aniquilará. Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros». <<

[10] Jeremías 17,10: «Yo, Yahvé, que penetro los corazones y pruebo los riñones para retribuir a cada uno según sus caminos, según el fruto de sus obras». También I Crónicas 28, 9. <<

[11] Cfr. Lucas 1, 30: «El ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios». <<

[12] Mateo 5, 48: «Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial». También I Juan 3, 3. <<

[x] El comportamiento de muchas mujeres recién casadas con frecuencia me ha desagradado. Parecen ansiosas por no dejar nunca que sus maridos olviden el privilegio del matrimonio, y por no encontrar placer alguno en su compañía a menos que él actúe como amante. ¡Corto, de hecho, ha de ser el reino del amor, cuando la llama es así constantemente inflada, sin recibir ningún combustible sólido! <<

[1] El camaleón atrapa a sus presas con la lengua muy rápidamente, de forma casi imperceptible para el ojo humano, de ahí que se diga que se alimenta de aire. <<

[2] En la mitología griega, Argos era un gigante de cien ojos, de los cuales sólo dos dormían cada vez, destinado por Hera para vigilar a Ío, de quien estaba celosa. Zeus envió a Hermes a liberar a Ío, y éste consiguió arrullarlo y hacerle dormir liberando así a ésta. <<

[3] Rousseau, *Emilio*, cit., p. 494. <<

[4] Smith, *op. cit.*, p. 304. <<

[5] Mateo 6, 5: «Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en pie en las sinagogas y en los ángulos de las plazas, para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa». <<

[6] I Samuel 16, 7: «No ve Dios como el hombre; el hombre ve la figura, pero Yahvé mira al corazón». <<

[7] Salmos 27, 5: «Pues Él me pondrá en seguro en su tienda el día de la desventura, me tendrá a cubierto en su pabellón, me pondrá en alto sobre su roca». Salmos 31, 21: «Tú los guardas, al amparo de tu rostro, de las altanerías de los hombres, y como en una tienda los pones a cubierto de las lenguas pendencieras». <<

[i] Aludo a varios escritos biográficos, pero en particular a *Life of Johnson* de Boswell. [James Boswell (1740-1795), amigo de Samuel Johnson y autor de su biografía *The Life of Samuel Johnson, LL. D.* (1791).] <<

[8] Noble romana, hija del prefecto Espurio Lucrecio y esposa de Tarquinio Colatino, que fue violada por Sixto Tarquino, hijo del monarca Tarquino el Soberbio. Lucrecia se suicidó para salvar la honra de su esposo y de su padre. Este escándalo contribuyó a la caída de la monarquía y al inicio de la época republicana. <<

[ii] Smith. <<

[9] *Syzygium cumini*, árbol autóctono de la India y Malasia. Sus frutos no son venenosos, pero la sombra creada por su denso follaje impide que otras plantas crezcan bajo él. <<

[10] W. Shakespeare, *Julius Caesar*, II, 1, ll. 35-37: «Y por tanto, piensa que es como un huevo de serpiente / Que si fuera incubado, sería dañino por naturaleza, y mátales en el cascarón» [ed. cast.: *Julio César*, Espasa-Calpe, 1990, p. 74]. <<

[11] C. Macaulay, *Letters on Education* [1790], en *Female Education in the Age of Enlightenment*, vol. III, cit., pp. 210 y 212. <<

[12] Hardt opina que Wollstonecraft podría aludir en este párrafo a las prácticas sexuales con animales (Hardt, *op. cit.*, p. 507). <<

[13] Los nacidos con alguna malformación o deficiencia por causa de la sífilis de los padres. <<

[14] Referencia a la costumbre de abandonar a los niños no deseados en la antigua Grecia. <<

[1] Cfr. I. Watts, *Divine Songs* [1720], «Song XX»: «Pues Satán encuentra algún mal que hacer / para las manos ociosas». <<

[2] Véase capítulo I, n. 7, p. 60. <<

[3] Véase capítulo VII, n. 2, p. 208. <<

[4] Juego de cartas en el que los jugadores hacen apuestas sobre el orden en que aparecerán ciertas cartas de la baraja. <<

[5] Referencia a las votaciones en el Parlamento inglés. «Voz única» significa voto, mientras que «pequeño escuadrón» alude a un pequeño número de miembros del Parlamento. <<

[6] Shakespeare, *Macbeth*, cit., I, v, 11. 17-19: «Pero temo tu naturaleza; / está demasiado llena de la leche de la bondad humana / para tomar el camino más corto» [ed. cast. cit., p. 131]. <<

[7] Perro de tres cabezas, guardián de los Infiernos en la mitología griega. <<

[8] En la época, los esclavos producían el azúcar, y éste fue un asunto de debate y controversia pública. <<

[9] En el libro v del *Emilio* Rousseau pregunta: «¿Cambiaría una mujer así, brusca y alternativamente, de manera de vivir sin peligro y sin riesgo? ¿Será hoy nodriza y mañana guerrera? ¿Cambiará de temperamento y gustos como un camaleón de colores?» (véase Rousseau, *Emilio*, cit., p. 490). <<

[10] Isaías 2, 4: «[...] de sus espadas harán rejas de arado, y de sus lanzas hoces. No alzarán la espada gente contra gente, ni se ejercitarán para la guerra». <<

[11] Ésta era una idea realmente avanzada en 1792. La primera mujer que se sentó en el Parlamento Británico fue Lady Astor en 1919. El sufragio femenino fue establecido en Gran Bretaña en 1928. <<

[12] Calle londinense donde se encuentran los principales centros de la Administración británica. Por extensión, «Whitehall» se utiliza para referirse a la Administración británica. <<

[13] Véase W. Shakespeare, *Othello*, II, i, l. 173. <<

[14] Obstetra, tocólogo. <<

[15] Cfr. Milton, *op. cit.*, III, ll. 11-12 [ed. cast, cit., p. 47]. <<

[16] Referencia a la muerte. *Paradise Lost* II, 1. 667. «Si puede llamarse forma a aquella forma que no tiene ninguna». [Ed. cast, cit., p. 38.] <<

[17] La prostitución legal es una referencia al matrimonio. <<

[18] F. Fénelon, *Les Aventures de Télémaque*, ed. Jeanne-Lydie Goré, París, Gamier, 1987, p. 200. <<

[19] W. Shakespeare, *Sonnet 73*, l. 12: «Consumido por aquello que le alimentaba»
[ed. cast.: *Los sonetos de Shakespeare*, Madrid, Edaf, 2000, p. 193]. <<

[i] *L'amour propre. L'amour de soi-même.* [Autoestima en el primer caso, vanidad en el segundo.] <<

[1] Shakespeare, *Macbeth*, cit., IV, i, l. 83 [ed. cast. cit., p. 167]. <<

[2] En el Antiguo Testamento, Libro del Génesis, Rebeca, la madre de Jacob y Esaú, intentó que el primero, su hijo favorito, ganara el favor de su padre Isaac con medios deshonestos. <<

[1] Dios y Adán. <<

[i] El doctor Johnson hace la misma observación. [En S. Johnson, «The cruelty of parental tyranny», *The Rambler* 148 (17 de agosto de 1751).] <<

[2] Romanos 11, 33: «¡Oh, profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!». <<

[3] I Juan 1,5: «Éste es el mensaje que de Él hemos oído, y os anunciamos que Dios es luz y que en Él no hay tiniebla alguna». <<

[4] Artículo 46.2 de la obra *Some Thoughts Concerning Education* (1693), de J. Locke (1632-1704) [ed. cast.: *Pensamientos sobre la educación*, Madrid, Akal, 1986, p. 76].
<<

[ii] Yo misma oí una vez a una joven decir a un sirviente: «Mi mamá ha estado regañándome finamente esta mañana, porque su cabello no estaba peinado a su gusto». Aunque impertinente, esta observación fue justa. ¿Y qué respeto podría una joven adquirir por semejante madre sin violentar la razón? <<

[1] Educación en casa, en contraposición a la educación «pública» en las escuelas. La educación no fue obligatoria y gratuita en Gran Bretaña hasta finales del siglo XIX. <<

[2] En referencia a las vacaciones escolares. <<

[3] Véase capítulo II, n. 18, p. 82. <<

[4] Lucas 16, 8: «Pues los hijos de este siglo son más avisados entre sus congéneres que los hijos de la luz». <<

[5] En el original, «romish», adjetivo despectivo relativo a la Iglesia católica. <<

[6] En inglés se llama escuela pública («public school») a los colegios privados para alumnos de edades comprendidas entre 13 y 18 años. <<

[7] Juego de cartas predecesor del *bridge*. <<

[i] Aludo en particular, ahora, a las numerosas academias en Londres y sus alrededores, y al comportamiento de la parte comercial de esta gran ciudad. <<

[ii] Recuerdo una circunstancia que vino a mi observación y provocó mi indignación. Había ido a visitar a un muchachito al colegio donde los niños eran preparados para otro mayor. El maestro me condujo al aula, etc., pero, mientras caminaba por un ancho camino de gravilla, no pude evitar observar que el césped crecía muy profusamente a cada uno de los lados. Inmediatamente hice algunas preguntas al niño, y descubrí que no se permitía a los pobres chicos salirse del camino, y que el maestro permitía a veces que llevasen a las ovejas a pastar en el inexplorado césped. El tirano de este dominio solía sentarse al lado de una ventana que miraba al jardín de la prisión, y cercó una esquina que había a la vuelta, donde los desafortunados jóvenes podían jugar libremente, para cultivar patatas. La esposa, del mismo modo, está igualmente ansiosa por mantener a sus niños en orden, por miedo de que se ensucien o rasguen sus ropas. <<

[8] La educación mixta se extendió gradualmente en Gran Bretaña durante el siglo xx.
<<

[9] Colorete. <<

[iii] Francia. <<

[iv] Al tratar esta parte del asunto, he tomado prestadas algunas sugerencias de un panfleto muy sensato, escrito por el anterior obispo de Autun sobre la Educación Pública. [El «anterior obispo de Autun» era Talleyrand, a quien Wollstonecraft dedica esta obra. Dejó el obispado en enero de 1791, un año antes de la publicación de *Vindicación*. El panfleto a que se refiere Wollstonecraft es *Rapport sur L'Instruction Publique, fait au nom du Comité de Constitution*. Véase la dedicatoria, nn. 1 y 2, p. 39.] <<

[10] En la mitología grecorromana, Juno (Hera) es la esposa de Júpiter (Zeus). <<

[v] Del obispo de Autun. <<

[11] Posible referencia a las ataduras de los corsés y fajas. <<

[12] Probablemente Wollstonecraft se refiere a *Julie: La Nouvelle Héloïse* (1761) de Rousseau. <<

[13] Teresa Le Vasseur era una sirvienta analfabeta cuando conoció a Rousseau en 1745. Fue desde entonces su compañera de por vida y madre de sus cinco hijos, a los que entregaron al hospicio. No contrajeron matrimonio hasta 1768. <<

[14] Rousseau padecía de una afección de la vejiga. <<

[15] Dios semítico a quien se sacrificaban los niños. <<

[16] Debido a las enfermedades venéreas. Éxodo 20,5: «No te postrarás ante ellas y no las servirás, porque yo soy Yahvé, tu Dios, un Dios celoso, que castiga en los hijos las iniquidades de los padres hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian». También Deuteronomio 5, 9. <<

[i] Una vez viví en el barrio de uno de estos hombres, un hombre *apuesto*, y vi con sorpresa e indignación a mujeres, cuya apariencia y presencia denotaban una categoría en la que se supone que éstas reciben una educación superior, congregarse en su puerta. <<

[1] Magnetizadores entendidos como hipnotizadores que tratan el dolor corporal o espiritual. <<

[2] Véase capítulo VII, n. 7, p. 217. <<

[3] Hace alusión a los «hipnotizadores». Mary Wollstonecraft, de acuerdo con el *Oxford English Dictionary*, fue una de las primeras autoras en emplear esta palabra.
<<

[4] La Iglesia católica romana permite que los fieles paguen una cantidad de dinero para que se oficie una misa con el fin de liberar del Purgatorio las almas de las personas fallecidas. <<

[5] Hace referencia a los «exvotos», esto es, a las ofrendas realizadas en agradecimiento de un beneficio obtenido, que se cuelgan en los muros de las capillas.
<<

[6] Juan 5, 14: «Mira que has sido curado; no vuelvas a pecar, no te suceda algo peor». Véase también Juan 8, 11. <<

[7] Mateo 10, 24: «No está el discípulo sobre el maestro, ni el siervo sobre su amo».
<<

[8] Mateo 7, 15: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces». <<

[9] Mateo 7, 16: «Por sus frutos lo conoceréis». <<

[10] Lamentaciones 4, 6: «El castigo de la hija de mi pueblo es más grande que el de Sodoma». <<

[11] Isaías 66, 24: «Cuyo gusano nunca morirá y cuyo fuego no se apagará». <<

[12] Esto es, las novelas. <<

[ii] No hago alusión ahora a esa superioridad de mente que lleva a la creación de la belleza ideal, cuando la vida, examinada bajo una mirada penetrante, parece una tragicomedia en la que se puede ver poco que satisfaga al corazón sin la ayuda de la imaginación. <<

[13] Cita libre de J. SWIFT, «A Letter to a Young Lady on Her Marriage» [1727], en *The Basic Writings of Jonathan Swift*, ed. Claude Rawson, Nueva York, Random House, 2002, p. 284. <<

[14] Mateo 7, 26-27: «Pero el que me escucha estas palabras y no las pone por obra, será semejante al necio, que edificó su casa sobre la arena. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre la casa, y cayó con gran fracaso».
<<

[15] Pope, *Moral Essays* II, cit., «Of the Characters of Women», 11. 3-4. <<

[16] Smith, *op. cit.*, p. 342: «La humanidad es virtud propia de la mujer, la liberalidad del hombre. El sexo bello, que tiene habitualmente mucha más ternura que el nuestro, pocas veces ostenta mucha generosidad». <<

[17] Aunque actualmente se sabe que durante el periodo de lactancia las mujeres pueden quedarse de nuevo embarazadas y, por lo tanto, no existen pruebas médicas que demuestren lo contrario, en aquella época se creía que sí. Véase D. McLAREN, «Marital Fertility and Lactation, 1570-1720», en M. Prior (ed.), *Women in English Society 1500-1800*, Nueva York, Methuen, 1985, pp. 22-53. <<

[18] Mateo 7, 16: «Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso de los espinos se cosechan uvas, o de los cardos higos?». <<

[19] Esto es, a los hijos de la pareja. Véase capítulo x, p. 253. <<

[20] Mateo 12, 25: «Penetrando Él sus pensamientos, les dijo: Todo reino en sí dividido será desolado y toda ciudad o casa en sí dividida no subsistirá». <<

[21] Lucas 8, 30: «Preguntóle Jesús: ¿Cuál es tu nombre? Contestó él: Legión. Porque habían entrado en él muchos demonios». <<

[22] Aquellos que se separaron de las doctrinas y costumbres de la Iglesia de Inglaterra. <<

[23] Samuel Butler (1612-1680), poeta y escritor satírico inglés, autor de *Hudibras*, poema épico-burlesco sobre el puritanismo que narra las aventuras de Hudibras, caballero puritano y disidente a que se refiere Wollstonecraft en este párrafo. <<

[iii] Me he extendido más sobre las ventajas que podrían esperarse razonablemente de una mejora de las conductas femeninas, hacia la reforma general de la sociedad, pero me pareció que tales reflexiones cerrarían de manera más apropiada el último volumen. <<

Vindicación



*de los
derechos
de la
mujer*

Mary Wollstonecraft

*Edición de
Marta Lois González*



se